



P. L. MATTHEWS

CORTEJANDO
EL PELIGRO

UN MISTERIO DE LA BRUJA VERDE

P L Matthews

Cortejando el Peligro

Un Misterio de la Bruja Verde

Copyright © 2024 by P L Matthews

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

P L Matthews asserts the moral right to be identified as the author of this work.

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy

Find out more at reedsy.com

*A mi hermana, el sol de mi luna. Aunque una vez chocamos
como gladiadores en la arena de la juventud, ahora
comprendemos el corazón del otro, y nada más importa.*

Contents

[*Foreword*](#)

[**CAPÍTULO 1**](#)

[**CAPÍTULO 2**](#)

[**CAPÍTULO 3**](#)

[**CAPÍTULO 4**](#)

[**CAPÍTULO 5**](#)

[**CAPÍTULO 6**](#)

[**CAPÍTULO 7**](#)

[**CAPÍTULO 8**](#)

[**CAPÍTULO 9**](#)

[**CAPÍTULO 10**](#)

[**CAPÍTULO 11**](#)

[**CAPÍTULO 12**](#)

[**CAPÍTULO 13**](#)

[**CAPÍTULO 14**](#)

[**CAPÍTULO 15**](#)

[**CAPÍTULO 16**](#)

[**CAPÍTULO 17**](#)

[**CAPÍTULO 18**](#)

[**CAPÍTULO 19**](#)

[**CAPÍTULO 20**](#)

[**CAPÍTULO 21**](#)

[**CAPÍTULO 22**](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[**Epílogo**](#)

[*Nota para los lectores*](#)

[*Agradecimientos*](#)

[*Otras obras de P L Matthews*](#)

[*About the Author*](#)

Foreword

Nota: Esta traducción ha realizado un largo viaje bajo el sol abrasador de Australia, donde los canguros saltan y los eucaliptos bailan. Algunas frases pueden haberse acalorado un poco, y algunas peculiaridades australianas pueden haberse colado en el camino. Así que si te encuentras con un poco de Castellano bronceado o un 'G'day' perdido, ¡piensa que es solo la traducción tomando unas vacaciones en la tierra de los canguros!

Si notas algún error de traducción o crees que alguna frase se parece más a un hechizo que salió mal, ¡me encantaría escuchar tu opinión! Tus comentarios me ayudan a mantener la magia fluyendo. No dudes en enviarme un mensaje al correo electrónico que aparece a continuación.

plm@plmatthews.com

CAPÍTULO 1

Ser un cuarto dríada tenía sus ventajas.

Mientras Rhianne Alkenn paseaba por el parque nacional que colindaba con su vivero y hogar, los árboles hacían más que susurrar para saludarla: la serenaban, nutriéndola con su energía.

Había aprendido a aceptar sus dones con gracia, muy lejos de sus primeros días de meteduras de pata botánicas. En aquel entonces, había agotado sin querer la vitalidad de un helecho, convirtiéndolo en un triste palito. Ahora, sabía que los árboles más antiguos podían satisfacer sus necesidades energéticas sin perder ni una hoja. Le ofrecían generosamente su ayuda, incluso se enfurruñaban un poco cuando ella dudaba en aceptarla.

El final de la primavera trajo una cálida mañana, iluminando las vastas extensiones de bosques de eucaliptos con un tono dorado. El aire zumbaba con el parloteo de los loritos y llevaba el aroma fresco del árbol de té, agitado por la suave brisa matutina.

Era su momento favorito del día. Cuando llegó a un claro dominado por un robusto eucalipto blanco, Rhianne se detuvo y se apoyó contra su ancho tronco. Respirando profundamente, cerró los ojos y dejó que los rayos del sol le calentaran el rostro.

Con un suave pop y un silbido, algo se materializó justo al lado de sus zapatillas. Con la curiosidad despertada, se inclinó para echar un vistazo más de cerca. *¿Un hongo rojo?*

La alarma perimetral de su vivero sonó como un mal tono de llamada, y una flecha golpeó el árbol justo donde había estado su cabeza segundos antes.

Las runas grabadas en el asta de la flecha hicieron que su corazón se acelerara.

Una flecha élfica.

Su corazón latía con fuerza mientras emitía un SOS con su magia. Zarcillos de energía fluyeron de sus dedos, entrelazándose con la red de los árboles. Segundos después, Toto, en forma de un magnífico águila cola de cuña con un ego a juego, se lanzó en picado, aterrizando con un innecesario alarde en una rama cercana.

—Chulo —murmuró entre dientes.

La tierra retumbó con pasos pesados. Giró la cabeza para ver a Carl, su empleado gárgola, entrar pesadamente en el claro. Con sus dos metros y tanto de altura y construido como una fortaleza, tenía los hombros tensos como si se preparara para la batalla. Escudriñó los alrededores con un peligroso brillo en sus ojos marrones y se plantó protectoramente frente a Rhianne. Su pequeña figura apenas le llegaba al pecho, haciendo que su postura vigilante fuera aún más imponente.

—¿Andas con pies de plomo, Carl? —bromeó Rhianne, una leve sonrisa asomando en sus labios a pesar de —o quizá por— el peligro. El humor era su arma predilecta para cortar la tensión de las situaciones de vida o muerte, eventos que se habían vuelto demasiado familiares.

La mirada de Carl se suavizó, y se encogió de hombros, el movimiento asustando a un maluró que salió volando. —No quiero pisar ninguna mariposa —gruñó, con una voz tan profunda como la tierra.

Su teléfono móvil sonó con la melodía de “Holding Out for a Hero”. Lo sacó de su bolsillo.

—Estoy bien, Kai —susurró, aunque no estaba segura de por qué; su agresor ya conocía su ubicación, y hablar en voz baja no iba a hacer ninguna diferencia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kai con urgencia.

—Alguien me disparó una flecha, pero falló. O apuntaba al árbol —bromeó.

Mientras hablaba, una idea se le ocurrió. El hongo rojo brillante a sus pies... los árboles debían haberlo puesto allí como advertencia, empujándola fuera de peligro. —O tal vez los árboles simplemente me están cuidando, lanzando setas y no sombra.

—Voy para allá —la voz de Kai se tensó.

Rhianne estaba a punto de discutir, pero ¿a quién quería engañar? Le habían disparado, a tiro de piedra de su casa, con una flecha élfica, nada menos. ¡Malditas travesuras del Mundo de los Fae otra vez!

Toto batió sus alas, erizando sus plumas con un aire de oficiosidad. —No detecto ninguna presencia maliciosa cerca. Parece que el culpable ha huido. Sin embargo, ascenderé de inmediato y realizaré un reconocimiento exhaustivo. —Despegando hacia el cielo, comenzó a sobrevolar por encima del dosel.

Como si arrancara un simple palillo de dientes, Carl sacó la flecha del árbol. Rhianne empezó a protestar por su manejo de la flecha mientras se levantaba, pero incluso si hubiera huellas dactilares en ella, ninguna base de datos en la Tierra tendría las huellas de un elfo registradas.

De todos modos, pocos elfos vagaban por el lado terrestre, y solo con el permiso expreso de la Reina Elfa. Por supuesto, seres feéricos no afiliados como Toto habían migrado al mundo

terrestre, pero Rhianne pensó que no había elfos reales en ese grupo. Tendría que preguntarle a Toto cuando regresara.

Sacudiéndose los vaqueros y con Carl rondando cerca, se dirigió de vuelta.

La entrada al vivero, ostentando un caprichoso cartel de “Paisajes Hoja de Té”, se abría a una exhibición de plantas nativas australianas de finales de primavera: vibrantes waratahs y delicadas flores de franela entremezcladas con arbustos de banksia podados.

Un Tesla blanco se detuvo, la puerta se abrió de golpe y salió Kai, su brillante cabello rojizo destacando como un faro de alarma. Con los ojos llenos de preocupación, se fijó en Rhianne.

Se acercó con paso decidido, las cejas fruncidas mientras la escaneaba de arriba a abajo. La sonrisa de Rhianne estalló en su rostro con el brillo de los waratahs del vivero. Se lanzó a los brazos abiertos de Kai con tanto entusiasmo que ambos casi se caen. Con una risa, Kai los estabilizó a ambos, plantando firmemente sus pies en el suelo.

La atrajo hacia sí y la besó en los labios, con un brillo en sus ojos azul tormentoso mientras susurraba: —Empiezo a creer que tú y los problemas estáis unidos por la cadera.

—¡No empieces tú también! —Rhianne le dio un golpecito juguetón a Kai.

—No se equivoca —intervino Carl, sonriendo.

Rhianne miró el brazo de Carl, tentada de darle un golpe también, pero considerando su piel de piedra, sería como golpear una roca: probablemente se haría daño y él ni siquiera lo notaría.

Pasando por alto la entrada del vivero, el trío subió las escaleras hacia el acogedor apartamento de Rhianne, un espacio encantador y soleado salpicado de plantas en macetas y pinturas de paisajes.

Rhianne pasó zumbando por la sala de estar, esquivando el sofá doble y un par de sillones, y se dirigió directamente a la cocina para encender la tetera.

—¿Té? —gorjeó, con un tono demasiado alegre que delataba sus nervios. Mientras el choque comenzó a apoderarse de ella y su corazón empezó a correr a toda velocidad en su pecho, reunió los ingredientes para un té negro, añadiendo un palito de canela y un generoso chorro de leche para rematar.

—Para mí no —dijo Carl mientras se dejaba caer en un sillón que gimió bajo su peso. Rhianne hizo una mueca, cada crujido le recordaba que era un pequeño milagro que sus muebles no se hubieran rendido aún ante la pétrea mole de Carl.

Carl colocó la flecha sobre la mesa de centro. La mesa había sido un regalo del abuelo, un robusto trozo de madera reciclada que de alguna manera sobrevivía a la vida diaria y ahora se había convertido en el escritorio de un detective.

Kai se inclinó para examinarla más de cerca. —¿Estamos seguros de que es una flecha élfica?

La puerta se abrió de golpe y Toto, en su forma de perro maltés, entró trotando con las orejas erguidas como pequeñas antenas de radar. Se acercó a la mesa y se alzó sobre sus patas traseras, mirando fijamente la flecha. —Sin duda es una flecha élfica —confirmó con un olfateo—. Y nuestro culpable ha elegido una de la Sala de Entrenamiento de la Alta Corte.

Rhianne le entregó una taza de té a Kai y dio un sorbo de la suya, observando el trozo de madera tallada que ahora parecía inocente sobre la mesa.

Carl frunció el ceño. —¿La Alta Corte?

Durante un caso anterior, Rhianne y algunos de su equipo se habían aventurado en el reino élfico. Carl no los había acompañado, y dudaba que hubiera disfrutado de la afición de los elfos por la pompa excesiva y el lenguaje enrevesado.

Toto saltó a su sillón favorito y se aclaró la garganta.

Ya empezamos.

—El reino élfico está dividido en cinco cortes: Verano, Invierno, Otoño, Primavera y la suprema Alta Corte —Toto movió las orejas—. La reina Elara preside la Alta Corte y, por tanto, gobierna sobre todas las demás cortes y sus habitantes.

El ceño de Carl se profundizó. —¿Los nombres son significativos o solo se trata del clima? Porque si es solo lo último, suena como si hubieran nombrado sus cortes según una aplicación del tiempo.

Kai se rió, su mente probablemente dando vueltas con la idea de desarrollar una aplicación así para ayudar en futuros tratos con la corte.

Lo cual con suerte sería nunca, pero Rhianne no tenía tanta suerte.

Toto asintió sabiamente, aunque Rhianne estaba bastante segura de que el concepto de aplicaciones pasaba por encima de su peluda cabeza. No es que estuviera en contra de la tecnología; adoraba a Kai, un mago tecnológico. Toto tenía algo en contra del metal, probablemente un efecto secundario de su ADN feérico que lo hacía más apto para los hongos que para los microchips.

—Cada corte refleja rasgos de personalidad distintivos y unificadores. Algunos dicen que esas características coinciden con el clima de sus tierras. Por ejemplo...

Antes de que Toto pudiera lanzarse a lo que seguramente sería una saga épica, Rhianne intervino: —Las cortes élficas en pocas palabras: Verano es básicamente el escuadrón de festivales, Otoño son los poetas emo, Invierno los amantes de las reglas a la antigua, y Primavera

el grupo que no puede decidir qué pedir para almorzar —Ladeó la cabeza—. ¿Y la reina? Ella dirige el espectáculo con puño de hierro... bueno, no literalmente con hierro, porque eso le daría picazón en las manos, pero ya me entiendes.

Carl se rascó la cabeza. —¿Eh?

Rhianne dio una palmadita en la mano de Carl y se acomodó en el sofá. —Es complicado —Miró a Toto—. ¿Estás seguro de que es de la Alta Corte?

Toto resopló, meneó la cola y levantó una ceja con un aire de exagerada sabiduría. —Lamentablemente, estoy bastante seguro.

—¿Por qué lamentablemente? —preguntó Kai, inclinándose hacia adelante.

—Porque, mi querido amigo, hace que la tarea de identificar al dueño sea tan desalentadora como encontrar un trol delicado —dijo Toto, con voz llena de solemnidad—. Docenas y docenas de estas flechas son meticulosamente elaboradas por los exaltados artesanos élficos cada mes. La Sala de Entrenamiento, una estimada parte de la Armería de nuestra gran Alta Corte, está repleta de multitudes de guardias e invitados. Todos ellos se deleitan en el ilustre y grandioso ritual del entrenamiento con armas.

Un vacío se formó en el estómago de Rhianne. —¿Estás diciendo que habría muchas huellas dactilares en esas flechas? —Los elfos, conocidos por su meticulosa artesanía, moldeaban esas flechas para que duraran y probablemente pasaban por muchas manos.

—Y lo más crucial, aromas —continuó Toto, bajando la voz como si compartiera un secreto de estado—. Aunque pudiera esforzarme por cribar la cacofonía de distinguidas fragancias, incluso una investigación olfativa exitosa difícilmente resolvería el caso.

—Así que el arquero probablemente es listo, eligiendo un arma que no podemos rastrear fácilmente hasta él —comentó Kai—. Pero cometió un error. No estaba al tanto de la alarma del perímetro y entró en los límites del vivero cuando disparó la flecha. Suerte que estabas tan cerca.

Carl cruzó los brazos, pero Toto asintió.

—Hay dos posibilidades. O quien hizo esto tuvo una suerte increíble al elegir una flecha muy usada, o lo orquestó hábilmente para ocultar sus huellas. ¿Una Sombra? —preguntó Rhianne.

Las Sombras, espías y asesinos élficos elusivos y altamente entrenados, operaban con una habilidad inigualable. La reina Elara había enviado una vez uno para espiar a Rhianne por curiosidad, algo que aún la desconcertaba ya que no encontraba nada especial en sí misma aparte de tener un padre élfico.

Toto negó con la cabeza, su expresión seria. —Una Sombra no habría fallado.

Sí, estaría muerta.

—Bien, sigamos adelante. ¿Qué creen que significa esto, aparte de alguien con pésimas habilidades de tiro? —Rhianne tiró de su larga coleta.

—Un elfo la tiene tomada contigo —Los ojos de Carl se estrecharon y sus bíceps se hincharon, una visión que pertenecía a un póster de película de Marvel. Marissa, su novia, presumía frecuentemente de su apariencia durante sus charlas.

Toto se puso de pie y ladró. —La reina Elara tiene a Rhianne bajo su protección. Solo alguien muy imprudente o desesperado recurriría a esto.

Rhianne se estremeció, y Kai colocó su brazo sobre sus hombros.

—Eso fue solo mientras llevábamos a cabo la investigación —corrigió Rhianne.

Toto olfateó y se acomodó de nuevo, con las orejas aplastadas contra su cabeza.

Rhianne se inclinó hacia adelante y apuntó con un dedo a Toto. —¡No, no lo harás! ¿Qué es lo que no me estás contando?

—El edicto de la reina es permanente. Cualquiera que se atreva a hacerte daño se enfrentará a su ira —dijo Toto—. De hecho, el edicto está entretejido en la misma esencia del Mundo de los Fae. Tal acto nunca podría haber ocurrido dentro de sus fronteras, que van más allá del reino élfico.

Su estómago se retorció en un nudo repentino. Su corazón latía erráticamente, haciendo eco de la confusión que invadía su mente: ¿era esta noticia inesperada algo bueno o un presagio de problemas? Su respiración se entrecortó, atrapada entre un jadeo y un suspiro, mientras luchaba por organizar sus pensamientos arremolinados.

Kai le masajeó el hombro con movimientos reconfortantes. —¿Cuál es la diferencia entre el Mundo de los Fae y el reino élfico?

Ella se dio una palmada en la frente mentalmente. Atrapada en la sorpresa de la declaración, se había perdido la sutil distinción. Inclinando la cabeza, esperó la respuesta de Toto.

La sonrisa de Toto y un asentimiento de satisfacción confirmaron que Kai había dado en el clavo con su pregunta.

—Perspicaz, como siempre, mi querido muchacho. El Mundo de los Fae no es simplemente un lugar; es la tierra misma: los árboles, el cielo y todo lo que hay entre ellos. Muchos creen que es consciente, imbuida de una magia que elude incluso la comprensión de nuestros eruditos más sabios.

—Como Gaia —dijo Carl, con su voz grave.

Algunas personas subestimaban a Carl debido a su apariencia, pero sus agudas percepciones habían capturado el corazón de Marissa, una abogada sensata y de mente afilada. Rhianne

consideraba su emparejamiento como uno de sus mayores triunfos como casamentera, incluso si su primera cita había sido un absoluto fiasco.

La sonrisa de Toto se ensanchó y su lengua colgó. —Muy similar, en efecto.

Rhianne sentía que le faltaba una pieza del rompecabezas. Agitó una mano. —Entonces, ¿qué tiene que ver el Mundo de los Fae conmigo y el edicto de la Reina?

La sonrisa de Toto se desvaneció y dudó. —El Mundo de los Fae ha decidido entrelazarse con el decreto de la reina.

Ella reconoció ese tono y ritmo; sus palabras fueron tan cuidadosamente elegidas como movimientos en una partida de ajedrez.

—¿Por qué? —preguntó Rhianne.

Un pesado suspiro llenó la sala, su causa incierta: posiblemente una señal de la exasperación de Toto o tal vez solo él siendo misteriosamente vago de nuevo. A Toto le encantaba compartir su vasto reservorio de conocimientos; había sido el compañero constante y mentor de Rhianne desde que era niña, materializándose de la nada un día.

Recientemente, se había dedicado a instruirla en los matices de su descuidada magia élfica, magia que había ignorado por miedo, lo que llevó a algunos... percances problemáticos. Sin embargo, algunos temas seguían siendo tabú. En la cima de esa lista estaba cualquier cosa relacionada con la verdadera esencia de Toto.

Rhianne sabía que era una formidable entidad fae, y eso era todo. Si indagaba demasiado, se cerraría más rápido de lo que podrías decir “polvo de hadas”.

—Es imposible determinar las verdaderas intenciones del Mundo de los Fae. Muchos lo han intentado y han fallado —dijo finalmente Toto.

—¿Cómo lo sabes, entonces? —insistió Rhianne, quizás con demasiada fuerza, pero el manto de secreto la volvía loca.

Su curiosidad no era solo por diversión; tenía raíces. Toto y su padre se conocían desde mucho antes de que ella descubriera la conexión hace unos meses. La naturaleza exacta de su relación, ya fueran conocidos, enemigos o simplemente socios en el programa místico de protección de testigos para ella, seguía siendo un misterio tentador. Sin embargo, definitivamente tenía algo que ver con ella y su rara magia, como su habilidad para sanar tanto plantas como otros seres.

Rhianne no calificaba como una potencia mágica. Claro, no tenía el mísero nivel dos que había fingido en su prueba de magia (deliberadamente rindiendo por debajo de sus capacidades para molestar a su madre, una Alta Bruja), pero tampoco alcanzaba un nivel cinco como Kai. En

cambio, su particular cóctel de habilidades mágicas era más bien una caipiriña engañosamente suave que un ardiente chupito de tequila.

Antes de que Toto pudiera responder, probablemente con otra de sus maniobras evasivas expertamente elaboradas, Kai intervino.

—Tenemos un BMW aparcando fuera —dijo, levantando la vista de su teléfono.

Kai había equipado recientemente el vivero y el apartamento de Rhianne con un sistema de seguridad de última generación, que había delatado al arquero anteriormente. Aunque Rhianne no estaba exactamente versada en la magia combinada con la tecnología que lo impulsaba, Kai había mencionado que usaba algoritmos inteligentes para detectar amenazas. Lo suficientemente agudo para detectar un arco y flecha, pero no tan crítico con un coche aparcando durante el horario comercial.

Mientras Rhianne se disponía a ver quién había llegado, Carl se le adelantó. En solo dos zancadas, llegó a la puerta principal y la abrió de par en par, su ancha espalda bloqueando todo lo que había detrás como un eclipse personal.

Miró hacia abajo y luego se volvió con una expresión impasible. —Es un gato.

CAPÍTULO 2

—¿Un gato? —Rhianne se inclinó alrededor de la imponente figura de Carl para echar un vistazo.

Allí, en su puerta, un gato elegante se limpiaba los bigotes con la finura de un aristócrata experimentado. Su pelaje, negro azabache y lustroso, brillaba bajo el escrutinio del sol, cada movimiento de su pata preciso y calculado. El gato se acicalaba con un aire altivo, como si se considerara un dignatario, concediéndoles graciosamente el honor de su compañía.

Toto apareció a los pies de Rhianne y dio un delicado olfateo, manteniendo una distancia respetuosa. Levantó el hocico, meneando la cola. —Por las estrellas, ¿por qué estás en tu forma felina, y a qué debemos el honor de tu visita a la morada de Rhianne?

—¿Lo conoces? —preguntó Rhianne, de alguna manera segura de que era macho.

—En efecto —respondió Toto—. Permíteme presentarte a Don Aricen, el Duque del Elysian Glade.

—¿El representante de los seres feéricos en la Tierra? —preguntó Kai desde atrás.

Carl, finalmente dándose cuenta de que era más pared que ventana, se apartó hacia un lado.

Toto soltó un ladrido que podría haber sido una risa, sobresaltando a Aricen lo suficiente como para hacerle arquear el lomo.

—Encantada de conocerte —dijo Rhianne.

Aricen respondió con un digno levantamiento de pata, como si reconociera a un miembro menor de la realeza.

—No puede responder a tu saludo mientras esté en su forma de gato —dijo Toto.

—¿Por qué no? —preguntó Rhianne, arqueando una ceja hacia Toto—. Tú logras conversar en tus formas.

Toto, como era de esperar, ignoró su pregunta.

Rhianne no se sorprendió; solo reforzaba su sospecha de que Toto era mucho más de lo que aparentaba. En su lugar, Toto empujó a Aricen con un golpe de cabeza.

Mientras Rhianne y Toto observaban, el elegante gato (*¿un Bombay?*) agitó su cola, y con un destello de magia que pareció guiñarles con picardía, Aricen comenzó a transformarse. El suave

pelaje negro se desvaneció en una cascada de destellos. Su transformación ocurrió tan rápido como el aleteo de un hada.

Donde antes había un gato, ahora se erguía un elfo. Vestido con un traje de diseñador, parecía haber salido directamente de una pasarela de Milán, su figura un par de centímetros más baja que el metro ochenta de Kai.

El traje a medida complementaba su figura esbelta con un toque vanguardista que haría envidiar a cualquier gurú de la moda. Sus ojos, de un impactante tono azul, brillaban con picardía, y su boca sensual se curvaba en una sonrisa conocedora.

Aricen dio un paso adelante y tomó la mano de Rhianne, sin inmutarse por el gruñido bajo que retumbó desde la dirección de Carl, un movimiento audaz que le valió algunos puntos de valentía con Rhianne.

—Encantado de conocerla, mi dama —dijo con un floreó—. Los informes sobre su belleza se quedan cortos. —Besó su mano, su encantadora sonrisa desvaneciéndose al enderezarse—. Mis disculpas por llegar en mi forma felina, estoy intentando viajar de incógnito. Me temo que me encuentro en extrema necesidad de su experta asistencia. ¿Puedo pasar?

Rhianne miró hacia otro lado, esperando que ocultara sus mejillas sonrojadas, y le hizo una señal para que entrara. Aricen simplemente mostraba la típica galantería élfica; los vaqueros y la camiseta de Rhianne difícilmente la hacían sentir atractiva, y su largo cabello castaño atado en una simple coleta, sin maquillaje que realzara sus rasgos, ciertamente no ayudaba.

Mientras el Duque entraba, ella lo guió hasta su sofá y lo presentó a los demás.

—Mi novio, Kai Wagner. —Señaló a Kai, quien hizo un gesto casual con la cabeza, luego a Carl, quien cruzó los brazos, perfeccionando su impresión de una estatua malhumorada—. Y ese es Carl Vargas, mi empleado y amigo. ¿Y ya conocías a Toto? —Lo enmarcó como una pregunta, esperando una revelación digna de telenovela o al menos algunas pistas sobre la naturaleza de Toto, pero el duque simplemente asintió y estrechó la mano de Kai.

Probablemente notando la postura poco acogedora de Carl, el duque se inclinó en su lugar. *Inteligente*. Había evitado cualquier percepción de invadir la burbuja personal de Carl.

—¿Te apetece un té? —preguntó Rhianne, dirigiéndose ya a la cocina antes de que el duque pudiera abrir la boca.

—Qué encantador de tu parte ofrecerlo —le gritó el duque.

Rhianne se ocupó con el té, echando hojas sueltas de Darjeeling y una pizca de mirto limón en una taza delicada, un regalo reciente de su madre, que pensaba que las tazas grandes eran para

bárbaros. Se lo presentó al duque, tomó asiento junto a Kai en el sofá y observó cómo Toto saltaba a un sillón, dando dos vueltas antes de acomodarse, pareciendo todo un rey legítimo.

El duque sorbió su té como si meditara sobre sus orígenes y miró por encima del borde. —El asunto es altamente delicado —dijo, su mirada desviándose hacia Carl y de vuelta tan rápidamente que podría haberle dado un latigazo cervical.

—Todos aquí son de confianza y me han ayudado en casos anteriores —intervino Rhianne rápidamente. Si quería su ayuda, tendría que aceptar el paquete completo: estatuas malhumoradas, té casero y todo.

—Muy bien. —Sin embargo, el duque no dijo nada durante unos momentos. Tomó un profundo respiro—. No estoy seguro de cuánto sabes sobre los seres feéricos en la Tierra.

Rhianne se preparó para la inminente lección sobre política, un tema que evitaba como la comida callejera cuestionable. Había tenido más que suficiente creciendo, habiendo sido obligada a ayudar con la carrera política de su madre.

Kai, por otro lado, se inclinó hacia adelante como un niño a punto de recibir su caramelo favorito. Le encantaba la nueva información, incluso si se trataba del sombrío mundo de las maniobras políticas.

Desafortunadamente, la política a menudo tenía relación con sus investigaciones.

—Em, Su Gracia —comenzó Rhianne, buscando el tratamiento correcto—, por favor, comparta lo que crea relevante para el caso. No estoy completamente al día con la política de los seres feéricos. —Rhianne no miró a Toto cuando dijo esto; probablemente le daría una de sus miradas de “maestro”. Últimamente se había estado aplicando más, pero el tema le daba vueltas la cabeza.

—Llámame Aricen, por favor —dijo con un gesto casual.

La ceja de Toto se arqueó y su oreja izquierda se movió como si captara una frecuencia de radio lejana. Rhianne hizo un gesto para que Aricen continuara, esperando una breve historia en lugar de una crónica.

—Los que venimos del reino élfico y vivimos en la Tierra somos, en esencia, exiliados por voluntad propia —comenzó Aricen, sonando más como si estuviera confesando una travesura menor que una condición que cambia la vida—. Técnicamente, ya no pertenecemos a ninguna corte específica. Pero las viejas costumbres son difíciles de erradicar; no podemos evitar organizarnos en algo que se asemeja a una corte. Es menos una cuestión de jerarquía y más un sistema de apoyo.

Kai intervino, sus dedos moviéndose a toda velocidad en su teléfono.

—¿Todos los fae son parte de esta corte improvisada de la Tierra?

—La mayoría —dijo Aricen, sonriendo con suficiencia a Toto, quien permaneció impasible, aunque Carl se rio por lo bajo.

—Como Kai mencionó cuando llegué, soy el líder nominal de esta corte. Es mayormente ceremonial —Aricen se encogió de hombros.

La implicación era que tenía más probabilidades de organizar una noche de bingo que de ejercer algún poder real.

Rhianne se encontró simpatizando con Aricen. No se daba aires excepto como gato; era tan humilde como un fae podía ser.

—Sin embargo, medió en disputas y supervisó la justicia cuando es necesario. —Por primera vez desde que había llegado, Aricen pareció quedarse sin palabras. Se alisó los pantalones perfectamente planchados y se aclaró la garganta—. Somos un pueblo pacífico. Muchos de nosotros huimos a la Tierra para escapar de la mezquina presunción y los señores elfos temperamentales. Coexistimos en armonía, unidos tanto por nuestro patrimonio compartido como por nuestros sentimientos mutuos de marginación.

—Pero algo sucedió, o no estarías aquí —gruñó Carl.

Rhianne le lanzó una mirada de reproche a Carl, y él tuvo la decencia de sonrojarse.

Por alguna razón, Carl le había tomado antipatía a Aricen, o tal vez era alérgico a los gatos.

Aricen se pasó la mano por el pelo, que, a diferencia de todos los otros elfos que Rhianne conocía, era más bien corto, lo suficientemente largo como para permitir que hermosos rizos formaran un halo alrededor de su rostro. Le daban el aspecto de un profesor despeinado pero apuesto.

—En efecto, hoy fui llamado a la casa de un joven elfo muy talentoso.

Las orejas de Toto se movieron de nuevo.

—Desafortunadamente, estaba muerto, asesinado en su hogar. —Aricen se mordió el labio—. Con un cuchillo élfico —terminó, con la voz entrecortada.

Kai y Rhianne intercambiaron una mirada de complicidad. *Una vez es casualidad, dos veces...*

—¿La víctima era un *elfo* de sangre pura exiliado, dijiste? —Las cejas de Toto se arquearon y sus orejas se irguieron.

Si Toto estaba sorprendido, sugería que los elfos exiliados eran tan raros en la Tierra como un día fresco en el Outback. Entre los fae, los elfos eran los más importantes en casa, ¿por qué dejar el paraíso? O tal vez su lealtad a la reina y al reino élfico era demasiado fuerte.

El padre de Rhianne ciertamente era leal, o eso había dicho Toto una vez. Lo que fuera que hubiera empujado a Aricen a salir debió haber sido significativo.

Rhianne estudió las facciones del duque, notando su altura —baja para un elfo— y una suavidad en su rostro que no encajaba del todo con el molde élfico habitual. Sin embargo, era innegablemente hermoso; aparentemente, la buena apariencia era parte del paquete inicial de los elfos.

—¿Quién lo encontró? —preguntó Rhianne, su mente corriendo sobre cuántas pistas podrían haber borrado los amigos angustiados o los vecinos curiosos.

—Aerlyn Windwhisper. Es una vecina —dijo Aricen, probablemente adivinando la línea de pensamiento de Rhianne—. Nadie más entró en la sala. Aerlyn, siendo una sílfide, simplemente flotó y no tocó nada.

Movimiento inteligente. A menos que el asesino también pudiera transformarse en un felino, descartar cualquier huella de pata sospechosa sería pan comido.

—¿Por qué estás tan seguro de que era un cuchillo élfico? —intervino Kai.

Aricen se volvió, dándole a Kai una mirada que se prolongó como si lo estuviera evaluando por primera vez.

—Las marcas son élficas, y el acero es la mezcla especial que no afecta a los fae.

Rhianne tomó un sorbo de su té.

—¿Le has contado esto a alguien más?

Típicamente, las comunidades sobrenaturales preferirían nadar con un cocodrilo antes que llamar a la policía, apegándose en cambio a sus propios sistemas crípticos de investigación y justicia. La policía solo aparecía si la víctima era un humano no afiliado o en raras ocasiones a petición de los propios sobrenaturales. Orgullosos y paranoicos, así eran los sobrenaturales hasta la médula.

—No, cerré la sala, le pedí a Aerlyn que montara guardia y vine directamente aquí —respondió Aricen.

Carl se inclinó hacia adelante, las sombras acentuando sus bíceps moldeados en el gimnasio y los ángulos afilados de su rostro. Estaba tratando de parecer amenazante.

—¿Y cómo supiste de Rhianne?

Sí, Carl apreciaba al duque tanto como un gato a un baño.

Aricen ofreció una sonrisa.

—En mi posición, es mi deber saber, amigo mío.

Carl murmuró algo sobre *no* ser su amigo.

Ignorando los murmullos de Carl, Aricen continuó:

—El nombre de Rhianne ha estado circulando como una excelente investigadora desde hace unos meses.

Rhianne puso los ojos en blanco. Los vampiros, benditos sean sus corazones secretos, se habían convertido en sus mayores fans después de resolver un caso para ellos; incluso uno la había detenido para pedirle un autógrafo. Y claro, los hombres lobos no se quedaban atrás en el departamento de chismes; ese caso les había hecho mover la lengua y había encabezado las listas de escándalos de la comunidad sobrenatural durante semanas.

—Supongo que sabes que Nel Lamont es mi mejor amigo, ¿no? —Nel no era solo el cerebro detrás de un elegante club nocturno; su verdadero imperio era la moneda de los susurros. Acumular secretos, intercambiar chismes y olfatear escándalos eran su pan de cada día. Y Aricen era su principal competidor.

Aricen hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—El señor Lamont sobresale en sus actividades. —Sabidamente se abstuvo de alardear sobre su propio éxito—. Nuestros intereses divergen más a menudo que no, pero seguramente eso no disuadirá a alguien de tus capacidades de hacer justicia por Eldrin. —Su voz se suavizó—. Después de todo, ¿quién más podría manejar un asunto tan delicado con la misma fineza e integridad?

Rhianne inclinó la cabeza, sintiendo el sutil giro de manipulación. Hizo lo posible por mantener una expresión neutral, aunque la irritación burbujeaba bajo la superficie.

—No hay necesidad de halagos falsos.

Toto resopló, y Kai le tocó la mano.

La fachada pulida de Aricen se agrietó, y se pasó las manos por la cara.

—Eldrin Delmar era un artista prometedor y un alma bondadosa. Indiscutiblemente merece justicia.

Rhianne asintió, con un nudo en el estómago.

—Y haré todo lo posible para asegurarme de que la obtenga.

—Lo que necesites, estoy a tu disposición —dijo Aricen.

—Excelente. Necesitaré una lista de sus amigos cercanos, familia y posibles enemigos —dijo Rhianne.

Aricen sacó una libreta de su bolsillo y una pluma bastante ostentosa. —Él vive... vivía con su padre, pero no estoy seguro de cuánta ayuda pueda ser.

Rhianne arqueó una ceja.

—El padre de Eldrin, Joshua, sufre de demencia. Dependiendo del día, puede que ni siquiera recuerde su propio nombre.

Kai deslizó su teléfono hacia Aricen. —¿Este es Eldrin?

Una suave sonrisa se extendió por el rostro de Aricen, esta vez teñida de sinceridad. —Ese es él. Ganó el prestigioso Premio Pike de pintura de retratos.

—Déjame adivinar, ¿te pintó a ti? —preguntó Carl, con la boca torcida en una sonrisa sardónica.

—No —Kai fue rápido en responder, agitando su mano y haciendo que la imagen flotara en el aire frente a ellos.

La foto mostraba a un elfo con una sonrisa tímida de pie junto a un retrato tan alto como él. La pintura presentaba a un caballero distinguido con un traje oscuro de estilo vintage, su cabello de todos los tonos de gris, ojos brillantes de humor y labios curvados como si conociera el remate de un chiste que el resto del mundo aún no había escuchado. Junto al gran retrato, Eldrin, con su largo cabello rubio recogido en un moño y ojos color avellana salpicados de ámbar, parecía que le vendría bien un sándwich o dos, casi desapareciendo al lado de su propia obra de arte.

Toto se acercó y escrutó la imagen. —Los rasgos de Eldrin... me recuerdan mucho a alguien del reino élfico.

—Tal vez conocías a su madre, la Duquesa de Thorn, de la Corte de Invierno —dijo Aricen.

—¿Liraelle? —Toto jadeó, dando un paso atrás como si hubiera visto un fantasma.

—¿Quién es ella? —preguntó Rhianne, su curiosidad despertada por la reacción de Toto.

—Era —corrigió Toto—. Era la hija del antiguo Rey de la Alta Corte. No sabía que había tenido un hijo.

Aricen dejó escapar un profundo suspiro. —No lo habrías sabido. Su esposo, Joshua, es un cuarto humano. Ella lo conoció durante una visita a la Tierra en una misión real. Se llevó a Joshua de vuelta al reino élfico. No fue fácil para Eldrin debido a la herencia de su padre.

—Eldrin fue acosado —adivinó Kai.

—Combina su ascendencia con su total desinterés por cualquier cosa que no fuera arte, y tenías una receta para el desastre. Eldrin detestaba la violencia y no tenía reparos en decirlo. Eso ciertamente no le ganó ningún concurso de popularidad en una sociedad que valora tanto la destreza física y el honor como un buen combate —dijo Aricen—. Después de la muerte de la Duquesa de Espina, padre e hijo regresaron a la Tierra.

Rhianne respiró hondo. Como medio elfa, había tenido su cuota de ser la diferente durante sus días de escuela. No es que muchos conocieran su verdadera ascendencia, pero sus delicadas orejas puntiagudas y su poco impresionante destreza mágica la habían marcado como una extraña. Este caso se estaba volviendo personal.

El aquelarre era todo sonrisas si su madre estaba cerca y simplemente toleraban a Rhianne cuando no lo estaba. Una bruja formidable, su madre, del tipo que podía convertir a alguien en un sapo, revertir el hechizo, y aun así se encontrarían inexplicablemente ansiando moscas en una cena semanas después. Muy pocos se atrevían a cruzarse en su camino, y aquellos que lo hacían a menudo se encontraban en la sección de “Los Momentos Más Vergonzosos” del “Semanario de las Brujas”.

—Necesito hacer una llamada —dijo Rhianne, dirigiéndose al exterior. Técnicamente, podría haber hecho la llamada dentro, pero necesitaba un poco de aire fresco y la reconfortante presencia de los árboles.

Ni siquiera había llegado al pie de las escaleras cuando Carl se materializó en la parte superior.

—No me entrometeré, señorita Rhianne —dijo con un saludo juguetón—. Solo rondaré cerca, ya sabes, en caso de cualquier amenaza.

Rhianne puso los ojos en blanco mientras una pequeña sonrisa tiraba de sus labios. Carl estaba en modo guardián total, y nada de lo que hiciera o dijera lo sacaría de ese estado. Todavía estaba trabajando en lograr que la llamara simplemente “Rhianne”, pero a menudo volvía a la formalidad; sospechaba que esta vez era un movimiento calculado, una forma sutil de mantener las cosas ligeras.

Se sentó al pie de las escaleras y marcó un número.

Isobel contestó al segundo timbre.

—Hola a mi botánica y experta en venenos favorita. Por favor, dime que llamas con una oferta de un croissant de almendras y un café decente —dijo Isobel.

—Te ofrezco algo mejor —respondió Rhianne, animada por el familiar saludo de su amiga y esperando que las cosas siguieran bien entre ellas tras la reciente revelación de su naturaleza no del todo humana. También estaba esa tensión continua entre ella y Nel, un drama que Rhianne prefería evitar... por ahora.

—¿Ah, sí?

—Veo tu apuesta y la subo con un cuento de asesinato por cuchillo élfico.

CAPÍTULO 3

Rhianne se bajó de su moto Energica Ego y se quitó el casco.

A Carl no le había hecho gracia que viniera en moto, pero meterlo en la parte trasera del Tesla de Kai habría sido como intentar meter un San Bernardo en un transportín para gatos.

Con su ansiedad por las nubes después del ataque con flechas y ahora este asesinato que involucraba una daga élfica, montar en Gee —su querida moto— era una forma de relajarse y centrarse.

Las preguntas incesantes le carcomían la mente: ¿alguien quería matarla o le estaban enviando un mensaje? Pero ¿por qué? El pensamiento le provocó escalofríos, amplificando su inquietud. Sentía como si unos ojos invisibles observaran cada uno de sus movimientos, y el peso de amenazas invisibles presionaba con fuerza sobre sus hombros.

Montar en Gee le permitía escapar momentáneamente del tumulto. Le encantaba la libertad, la cercanía con la naturaleza y, sobre todo, el viento en su largo cabello que, seamos sinceros, probablemente parecía un nido de pájaros ahora, pero se sentía glorioso.

Caminó los pocos metros hasta situarse frente a la casa de Eldrin, una encantadora casa adosada en el corazón del centro de Sídney. La fachada era una mezcla de buen gusto entre ladrillos desgastados y grandes ventanas acogedoras que probablemente habían presenciado algún que otro drama.

El pequeño patio debía de haber sido el intento de Eldrin o su padre de crear un jardín botánico, bastante exitoso por cierto, aprovechando al máximo el diminuto espacio con un colorido despliegue de flores. Rodeado por una cerca baja de hierro forjado que era más decorativa que de seguridad (no mantendría fuera ni a un gato decidido), presumía de una alegre mezcla de pensamientos, petunias y algunos tulipanes lo suficientemente valientes como para enfrentarse a la vida urbana.

Las flores en el patio se inclinaban como si saludaran —o quizás esquivaban abejas—, mientras un sendero de guijarros lisos conducía a una pesada puerta de madera que parecía poder susurrar historias sobre los buenos viejos tiempos.

Rhianne hizo una pausa, contemplando la pintoresca escena que combinaba el encanto de antaño con un toque de fantasía, antes de subir los cortos escalones hacia la puerta.

—¡Yuju! —trinó una voz desde atrás.

Rhianne se dio la vuelta mientras Isobel entraba revoloteando por la estrecha verja como un hada tardía en una fiesta de jardín. Isobel era un poco más baja que ella, una sensación desconcertante para Rhianne, que normalmente se encontraba de puntillas intentando hacer contacto visual con el mundo. Menuda y de apariencia delicada, Isobel podría parecer que una brisa se la llevaría, pero tenía una fiereza que la anclaba.

Isobel era un djin —un pequeño detalle que Rhianne había descubierto recientemente— y la razón del bastante dramático enfrentamiento romántico con Nel.

Su corto cabello castaño claro ondulaba con la brisa, mientras sus ojos azul claro brillaban con una mezcla de picardía y solemnidad.

—Realmente no tenías que venir —Rhianne bajó la voz, sus ojos moviéndose rápidamente alrededor—. Estábamos tranquilos de llevar el cuerpo a la morgue.

El duque había pedido discreción, y Rhianne había estado de acuerdo.

Conducir investigaciones funcionaba mejor cuando las charlas ociosas no retorcían la verdad hasta convertirla en un pretzel. Nada ponía en marcha la fábrica de rumores local para producir todo tipo de teorías descabelladas y fantásticas como un asesinato. Repite algo lo suficiente, y bien podría ser el evangelio.

—¿Entramos? —preguntó Isobel mientras Rhianne escudriñaba la calle en busca de alguna señal de Kai.

Rhianne se encogió de hombros, pero un nudo de ansiedad se apretó en su estómago. No podía quitarse la sensación de que el peligro estaba a la vuelta de la esquina, esperando para atacar.

Carl, Kai y Toto llegarían en breve; puede que hubiera o no infringido algunos límites de velocidad en su camino. El tiempo era crucial en cualquier investigación, y las normas de tráfico eran, después de todo, meras sugerencias cuando el asesinato estaba en el menú.

Recordando que Aricen había mencionado que la vecina sílfide —un espíritu del aire— estaba vigilando la sala, Rhianne llamó a la puerta. Una serie de pasos sin prisa señaló que alguien se acercaba.

Cuando la puerta se abrió, un rostro apuesto las miró desde arriba. El cabello del caballero era una batalla de tonos, con canas flanqueando los lados, pero el rubio aún mantenía la fortaleza en la parte superior. Solo unas pocas líneas estropeaban los gentiles ojos ámbar que se posaron

en ellas, ojos que, aunque carecían de la vivacidad de su retrato, indudablemente pertenecían a Joshua, el padre de Eldrin.

—Hola. ¿Puedo ayudarlas? —Sus palabras fueron tentativas, como si las hubiera ensayado en su mente antes de dejarlas salir.

—Hola —dijo Isobel con una suave sonrisa y un tono tranquilizador que Rhianne no sabía que poseía—. ¿Podemos pasar?

Joshua parpadeó como si despertara de una ensoñación y luego retrocedió, abriendo más la puerta.

Rhianne e Isobel entraron en un pasillo. Era el epítome de la elegancia discreta; su madre lo aprobaría.

Los techos altos adornados con molduras hablaban de una época más grandiosa, y un papel tapiz descolorido que probablemente había visto el cambio de un siglo o dos recubría las paredes. Una alfombra persa recorría la longitud del suelo, su patrón desgastado pero aún colorido, ofreciendo un suave camino hacia el corazón de la casa.

El aire estaba cargado con el aroma de libros viejos y lavanda, sugiriendo que Joshua podría pasar sus noches con una buena novela en lugar de un mando a distancia. El suave tictac de un reloj de pie añadía una puntuación rítmica a su entrada.

Justo adelante, una sílfide flotaba frente a una puerta adornada con paneles de cristal, moviéndose de un lado a otro en lo que parecía ser una danza de impaciencia o nerviosismo. Cuando las vio, sus ojos se agrandaron, pareciendo platillos de un azul claro, y sus pálidas manitas revoloteaban como hojas en la brisa.

No queriendo asustar más a la delicada sílfide, Rhianne se detuvo suavemente e hizo un gesto a Isobel para que hiciera lo mismo.

La sílfide, de apenas un metro veinte de altura y tan esbelta como un joven abedul, se movía etéreamente, su ligera forma apenas hacía una ondulación en el aire a su alrededor.

—Hola —dijo Rhianne, con voz suave pero clara, con una cálida sonrisa—. Tú debes de ser Aerlyn. Yo soy Rhianne, y esta es Isobel —Señaló hacia Isobel—. Don Aricen ha solicitado nuestra ayuda.

Aerlyn se quedó quieta mientras continuaba mirando fijamente.

Las manos de Joshua se movieron en un borrón, los gestos tan rápidos que Rhianne apenas captó un vistazo. Aerlyn respondió con una ráfaga de sus propios signos, luego asintió en comprensión.

—Creo que no puede oírnos —susurró Isobel.

—¿Conoces LSE? —preguntó Rhianne.

Isobel negó con la cabeza.

—El lenguaje de signos que conozco probablemente no tendrá sentido para ella.

Rhianne suspiró. Los lenguajes de signos variaban globalmente y, desafortunadamente, el único gesto que conocía era “hola”. Agitó su mano plana varias veces, esperando estar lo suficientemente cerca de ser precisa.

La expresión de Aerlyn se transformó cuando sus rasgos se iluminaron con una sonrisa. Empezó a hacer señas rápidamente en respuesta. Rhianne articuló un «lo siento» disculpándose, y la sonrisa de Aerlyn se apagó, pero luego voló más cerca, inclinando la cabeza mientras escrutaba a Rhianne. Después de un momento, asintió secamente y les hizo señas para que la siguieran.

Cuando Joshua se movió para unirse a ellos, Aerlyn lo detuvo con un gesto firme de la mano: una mano plana empujada frente a su cuerpo y luego ondeada hacia atrás en la dirección de la que habían venido. Sin decir palabra, Joshua se dio la vuelta.

Aerlyn los condujo hasta las puertas y las abrió, pero se detuvo en el umbral, sin entrar.

Cuando Rhianne e Isobel entraron, la sala de estar se desplegó ante ellas: un espacio acogedor que equilibraba las comodidades modernas con el encanto antiguo. Una sala espaciosa con techos altos adornados con cornisas ornamentadas. Sofás de terciopelo mullido en tonos joya apagados invitaban a un momento de relajación, flanqueados por estanterías repletas de una mezcla ecléctica de libros, sus lomos un mosaico de colores y temas.

Cerca del gran mirador, un gramófono antiguo permanecía en silencio, junto a un moderno sistema de sonido.

La suave luz que entraba por la ventana de guillotina proyectaba un resplandor gentil sobre una colección de fotografías enmarcadas y obras de arte que salpicaban las paredes.

¿Dónde estaba Eldrin?

Rhianne se movió hacia el fondo de la sala, cerca de la ventana, y finalmente divisó el cuerpo.

Eldrin yacía boca abajo, su largo cabello trenzado dispuesto desordenadamente alrededor de su hombro izquierdo, vestido con una camisa de manga larga azul claro y pantalones color canela. La sangre empapaba la ropa de color claro y también manchaba la alfombra debajo de él. El largo mango de un cuchillo sobresalía de su espalda baja.

Una oleada de tristeza invadió a Rhianne. No había conocido a Eldrin, pero la insensatez de su muerte pesaba mucho en su corazón. Nadie merecía un final tan brutal.

Isobel se acercó a su lado y le entregó un par de botines y guantes de plástico. Rhianne se los puso metódicamente antes de que ambas se acercaran al cuerpo.

Sí, esas marcas en el mango del cuchillo eran definitivamente escritura élfica.

Toto le había estado enseñando el idioma, insistiendo en que podría ayudarla a entender y manejar mejor su magia. Hasta ahora, Rhianne no estaba convencida, aunque Toto seguía diciéndole que su pronunciación de algunas de las palabras antiguas era atroz, así que ese podría haber sido el problema.

—Está descalzo —dijo Rhianne. Por alguna razón, le pareció un punto importante.

—Estaba relajándose en casa —dijo Isobel.

Hacía que Eldrin pareciera más inocente, más joven. *¿Había dicho Aricen qué edad tenía?*

—Lo apuñalaron por la espalda —añadió Rhianne, bastante superfluamente. Un calor repentino en su estómago subió por su cuerpo, y apretó los dientes. Se prometió a sí misma, y a Eldrin, que descubriría quién le había hecho esto.

—Justo a través del riñón, de hecho —dijo Isobel—. Quien lo mató o tuvo suerte o tenía entrenamiento militar.

—La última sería la respuesta más adecuada, Dra. Dupre —dijo Toto mientras entraba en la sala, seguido por Kai—. Todos los elfos de corta edad deben someterse a un entrenamiento de guerrero durante varios años, con pocas excepciones.

—Pero Eldrin no era un luchador, y le dio la espalda al asesino —dijo Rhianne.

Mientras Kai inspeccionaba la sala, Toto se acercó al cuerpo.

—Y su cobarde agresor se aprovechó de eso. Una acción muy deshonrosa para cualquiera, pero especialmente inquietante viniendo de un guerrero élfico. —La cola de Toto se tensó mientras olfateaba el área—. Hay numerosos olores en el aire. Ninguno que reconozca.

—¿Cuántos olores puedes recordar? —preguntó Rhianne, arqueando una ceja.

Toto resopló pero no respondió.

—Encontré su teléfono —gritó Kai, colocándolo en una bolsa de plástico.

—Así que estaba conectado al mundo moderno; eso podría ayudar con algunas pistas —dijo Rhianne.

—Encontraré sus contactos y rastrearé sus movimientos de los últimos días —dijo Kai.

—¿Dónde está Carl? —Isobel levantó la cabeza de su examen.

—Estoy aquí, Dra. Dupre —dijo Carl desde la puerta.

Aricen estaba de pie junto a él, cambiando su peso de un pie al otro como un colegial nervioso.

Rhianne cogió una de las fotografías enmarcadas de una mesita de caoba y la estudió. — ¿Para qué necesitas a Carl?

—Necesitamos transportar el cuerpo a la morgue, y supongo que tu cliente —Isobel lanzó una mirada a Aricen— no querrá que llamemos a una ambulancia.

Aricen negó con la cabeza. —No, no. Debemos evitar que nada de esto llegue a la comunidad. Si descubren que hay un asesino élfico suelto, entrarán en pánico. Tendréis que esperar hasta que oscurezca. Hay demasiados ojos en el vecindario. Estoy seguro de que ya han notado las muchas visitas de hoy.

—Pero necesito llevármelo ahora —argumentó Isobel, con un tono cortante—. Sus órganos y otros tejidos corporales pronto comenzarán a deteriorarse. Eso hará más difícil realizar ciertas pruebas con precisión.

Rhianne hizo una mueca. Podría haberse ahorrado la imagen visual.

Aricen parecía listo para discutir, pero Toto ladeó la cabeza e intervino con un ladrido: —Yo os transportaré a ambos a la morgue si me informas exactamente dónde necesitas que se coloque a Eldrin.

Kai levantó su móvil y lo agitó en dirección a Isobel. —¿Tu oficina?

Isobel negó con la cabeza. —Demasiado estrecha. Déjame hacer una llamada telefónica para asegurarme de que no haya nadie en el laboratorio, y luego Toto puede llevarnos allí.

Con los ojos desorbitados, Aricen parecía a punto de implosionar mientras se dirigía a Toto. —Los hechizos de invisibilidad son poco fiables en el mejor de los casos. Si intentas sacarlos volando, aumenta el riesgo de ser vistos. ¡Es pleno día!

Ignorándolo, Isobel sacó su teléfono y marcó. —Peter, quiero a todo el mundo fuera del laboratorio hasta nuevo aviso. —No esperó una respuesta antes de colgar. Se puso de pie y se sacudió los pantalones negros—. Lista.

Rhianne sonrió con suficiencia. —Eficiente como siempre, Isobel.

Los empleados de la morgue estaban igualmente asombrados y aterrorizados por Isobel, y Rhianne podía entender por qué.

Isobel lo ocultaba bien, pero si Rhianne miraba de cerca, podía ver los destellos de poder bailando a su alrededor como pequeñas chispas de relámpago, a pesar del esfuerzo determinado de Isobel por suprimirlos.

La capacidad de detectar la magia oculta de otros era uno de los talentos peculiares de Rhianne.

O quizás fue el fino sentido de Rhianne para las calamidades inminentes, perfeccionado tras años de atraer problemas, lo que hizo saltar sus alarmas internas. Pero incluso si alguien no podía ver el poder de Isobel, era obvio que muchos podían intuirlo: una sensación de peligro inminente, como estar al borde de un precipicio o darse cuenta de que habían enviado un mensaje atrevido a su madre en lugar de a su novio.

Kai proyectó una imagen de la ciudad desde su móvil. La pantalla virtual cobró vida, mostrando una vista aérea del paisaje urbano, con diminutos coches moviéndose por las calles y personas salpicando las aceras.

Hizo zoom, y la imagen se deslizó hacia abajo hasta enfocarse en la morgue, mostrando el exterior con una claridad sorprendente. La vista cambió como si estuvieran dentro de un videojuego, pasando sin problemas al interior de la morgue, resaltando habitaciones con etiquetas flotantes, e incluso mostrando un modelo 3D de un escritorio abarrotado de papeles e instrumentos médicos.

Isobel se aclaró la garganta ante la imagen.

Sí, estaba peor que mi propio escritorio.

Finalmente, la pantalla cambió una vez más para revelar el laboratorio. Mostraba con detallada precisión las estaciones de trabajo, el equipo e incluso una pequeña planta en maceta en el alféizar de una ventana.

—Esto no era parte de nuestro trato. ¡Exijo discreción! —los ojos desesperados de Aricen se clavaron en Rhianne.

Toto se levantó sobre sus patas traseras. —¿Quién mencionó la necesidad de volar? —dijo, y una luz apareció a su alrededor.

Kai y Rhianne retrocedieron un par de pasos mientras la luz se expandía para incluir a Isobel y Eldrin. La luz brilló y comenzó a arremolinarse, creando un vórtice de colores vibrantes que se retorcían y bailaban a su alrededor.

El aire zumbaba de energía, y los colores se intensificaron, formando un portal que pulsaba con un resplandor rítmico. El suave murmullo de la magia llenó la sala, y tan repentinamente como había comenzado, el vórtice los envolvió por completo.

Cuando los colores se aclararon y la luz se desvaneció, Isobel, Eldrin y Toto habían desaparecido.

CAPÍTULO 4

Rhianne se estremeció cuando el brillante portal se desvaneció, y con él, Toto, Isobel y el cuerpo de Eldrin. Mejor Isobel que ella. Viajar por portal no era lo suyo, era como estar dentro de una lavadora en el ciclo de centrifugado. La última vez que había usado un portal, le había tomado varios minutos recuperarse de las náuseas y el mareo.

—¿Un portal? —La voz de Aricen subió una octava. No se había movido del umbral mientras miraba fijamente el lugar donde los otros habían desaparecido.

—Sí, ¿por qué? —preguntó Rhianne, y luego casi se dio una palmada en la frente. La capacidad de crear portales era prerrogativa de aquellos con una cantidad considerable de magia. Más rara aún era la habilidad de transportar a otros también. Toto había hecho ambas cosas sin despeinarse.

Por lo general más discreto con sus habilidades, Toto había sorprendido al duque. Pero Rhianne podía restarle importancia e insinuar que no había sido la magia de Toto—. Mucha gente le debe favores a Toto —dijo con un gesto, esperando que eso acabara con cualquier pregunta sobre el tema.

El pequeño surco que apareció entre las cejas de Aricen no deslucía en absoluto su apariencia. Se frotó la cara con las manos—. ¿Por qué un asesino del reino élfico atacaría a uno de nosotros?

Kai, que había estado de pie en la esquina jugueteando con el teléfono de Eldrin, finalmente se movió y se hundió en uno de los grandes sillones.

—Entonces —dijo Kai, reclinándose y cruzando las piernas—, ¿Eldrin tenía enemigos? ¿O era universalmente querido?

Aricen se frotó la barbilla—. Era muy querido, pero no muchos lo conocían bien.

Rhianne reanudó la búsqueda en la sala, sin estar segura de qué estaba buscando pero esperando reconocerlo si lo veía—. Entonces la pregunta es, ¿por qué Eldrin?

—Si me hubieran atacado a mí y no hubiera sido una flecha élfica, habría sido fácil de responder —Aricen rio sin alegría—. No busco enemigos, pero me temo que en mi línea de trabajo sucede.

Una caja elaborada en la repisa de la chimenea llamó la atención de Rhianne. Intrincados grabados de rosas y enredaderas, resaltados con finos detalles dorados, decoraban su superficie. La giró, esperando a medias que tocara una melodía o liberara una nube de purpurina. Estaba de espaldas a Aricen cuando la levantó.

—¿Podrían haberlo matado para llegar a ti? —preguntó.

El silencio le dijo a Rhianne que Aricen lo estaba considerando. Su arrebato anterior no le había ganado puntos, pero la vacilación hizo que ella revisara su opinión sobre él una vez más.

—Es poco probable —respondió finalmente—. No tenía una relación cercana con él. Eldrin era un alma solitaria, prefería la compañía de su lienzo y sus pinturas a la de otros seres. Ya sabes, el tipo artístico silencioso... mayormente silencioso.

Realmente es una caja muy bonita.

Rhianne sonrió al abrirla, pero cuando el espacio de terciopelo negro reveló que estaba vacía, su entusiasmo se esfumó. Se giró parcialmente hacia Aricen—. Recientemente he aprendido que la gente hará grandes esfuerzos para socavar a las personas en el poder.

Aricen debió haber decidido que era seguro entrar en la sala ahora que el cuerpo se había ido, y dio unos pasos adentro. Carl lo siguió, con los hombros relajados y casuales, pero la tensa contracción de su mandíbula traicionaba su tensión.

—Los elfos son particularmente aficionados a la intriga política, y no me sorprendería que uno de ellos recurriera al asesinato con ese propósito. Sin embargo, no puedo imaginar que ninguno de ellos quiera tener algo que ver con nosotros.

Rhianne estaba familiarizada con la arrogancia élfica—. ¿Quieres decir que nosotros, los habitantes de la Tierra, no somos solo peces pequeños para ellos, sino el tipo de vida marina de baja categoría que ni siquiera servirían en un restaurante de sushi de tercera?

Aricen se acomodó en el sofá, alejándose de la mancha de sangre. Le ofreció un breve asentimiento.

—¿No te consideras un elfo? —preguntó Rhianne. Se sentó frente a él, aún sosteniendo la caja.

Aricen resopló —. Mi bisabuela era una selkie.

Por su tono, eso se suponía que era una explicación suficiente, y tal vez lo era. Rhianne decidió no profundizar más, incapaz de ver cómo se relacionaba con el asesinato. Mientras trazaba los patrones de la caja con los dedos, la mirada de Aricen se posó en ella, y jadeó.

Se inclinó hacia adelante, con los ojos muy abiertos—. ¿Dónde conseguiste eso?

—De la repisa de allí —Rhianne señaló la pequeña estantería sobre la chimenea.

La mirada de Aricen siguió su dedo, y le dio un lento asentimiento. Se pasó una mano por el cabello, con una expresión pensativa cruzando su rostro.

Carl gruñó y se movió para pararse justo al lado de Rhianne. Poniendo los ojos en blanco, Rhianne le lanzó una mirada de advertencia a la gárgola, pero su expresión amenazante no se inmutó. Hizo una nota mental para tener una discusión con él sobre los límites y la ética de molestar a los clientes, tal vez con una útil ayuda visual sobre “Cómo no asustar a la gente 101”. Además, Aricen no había hecho nada indebido; ¿cuál era el problema?

La oferta de pago de Aricen era más que generosa para que ella aceptara el caso, pero la investigación se había vuelto personal. Primero, la flecha esta mañana, y ahora un cuchillo élfico, ambos incidentes ocurriendo en pocas horas. Considerando que los elfos eran más raros que un buen día de pelo en una tormenta de viento, la situación apestaba a algo sospechoso. No creía en las coincidencias en el mejor de los casos, y esto era más bien como un letrero de neón gritando: “¡Bienvenidos a la Ciudad de los Problemas!”

Cerrando los ojos, Aricen tomó una respiración profunda y extendió su mano—. ¿Puedo? —preguntó, indicando la caja. Probablemente pensó que si se acercaba más, Carl no reaccionaría bien.

Rhianne se levantó y le entregó la caja. Era extraño, pero un sutil dolor se instaló en su pecho cuando la soltó, y con cierta reluctancia, volvió a sentarse. Aricen levantó la caja, girándola de un lado a otro, sus ojos iluminándose mientras su pulgar trazaba los grabados.

—Esta es la caja de Onlura, se dice que contiene el Corazón del Mundo de los Fae —dijo Aricen con asombro.

—¿El qué? —preguntó Rhianne, inclinando la cabeza.

Pero Aricen no pareció escucharla. Sostuvo la caja en alto como si fuera la cosa más hermosa que jamás hubiera visto. Finalmente, la colocó con cuidado sobre la mesa de café de roble oscuro frente a él, sus dedos deteniéndose en la tapa por un momento antes de levantarla lentamente—. El Corazón del Mundo de los Fae, o el Corazón para abreviar, es una reliquia preciosa —dijo Aricen.

—Estupendo —dijo Rhianne—. Tenemos una caja que supuestamente contiene el Corazón del Mundo de los Fae, pero está vacía. No es nada ominoso. —Se tiró de la coleta—. ¿Qué significa eso? ¿Y de dónde la sacó Eldrin?

—No sé mucho al respecto. Es cosa de leyendas —dijo Aricen—. No estoy seguro de que muchos en el reino élfico crean en ello tampoco. Me contaron la historia cuando era un pequeño elfo, sentado en el regazo de mi abuela. —Aricen se reclinó en el sofá, cerrando los ojos—. Se

supone que encarna la magia del Mundo de los Fae y otorga un poder inimaginable, o quizás inmortalidad; mi abuela no fue clara en los detalles, a quien lo posee.

—¿Posee, no es dueño? —preguntó Kai, sus ojos escaneando la caja.

Carl había relajado su postura, inclinándose hacia adelante pero sin alcanzar la caja.

Abriendo los ojos, Aricen miró a Kai con una expresión vidriosa. —Posee —dijo con un tono definitivo—. Nadie es dueño del Mundo de los Fae. Ni siquiera la Reina de la Alta Corte.

Rhianne se mordió el labio. *Consciente*, había dicho Toto.

—Pero ¿no debería estar la caja en posesión de la Reina Elara? —preguntó Rhianne.

Negando con la cabeza, el duque volvió a enfocar su mirada en ella, sus ojos aclarándose. —Según lo que me contó mi abuela, nadie lo ha visto quizás en siglos. El último ser que lo poseyó fue un ermitaño y erudito que lo escondió, y a sí mismo, en la cueva de una montaña.

—¿Entonces cómo sabes que es la caja correcta? —preguntó Kai.

Un portal brillante se materializó en la esquina de la sala, sus bordes resplandeciendo con una luz sobrenatural. El aire a su alrededor ondulaba y zumbaba. Un momento después, Toto atravesó el portal, su pequeña y esponjosa forma de Maltés emergiendo del vórtice arremolinado. Su pelaje blanco brillaba, y sus ojos chispeaban con una aguda inteligencia.

Al salir del portal, se sacudió vigorosamente, su pelaje esponjándose aún más. El portal se cerró detrás de él con un suave pop, dejando un leve aroma a ozono en el aire. Toto trotó hacia adelante, sus diminutas patas repiqueteando contra el suelo, y miró alrededor de la sala con una expresión que de alguna manera combinaba curiosidad y diversión conocedora.

—¿Qué tenemos aquí, me pregunto? —dijo Toto—. ¿Me he perdido algo significativo? —Se sentó, inclinando la cabeza hacia un lado, sus orejas erguidas mientras miraba al grupo con una amplia sonrisa canina.

Rhianne se levantó y recogió la caja, acercándola a Toto. Si alguien sabía sobre leyendas élficas, sería Toto.

Se levantó sobre sus patas traseras, sus ojos ensanchándose. —¡La Caja de Onlura!

—Sí, sí, eso ya lo sabemos —dijo Rhianne rápidamente, presintiendo el comienzo de uno de los largos monólogos de Toto—. ¿Algo más que añadir que pueda ayudar con el caso? ¿Preferiblemente algo más corto que un discurso parlamentario?

Toto dio un pequeño resoplido indignado. —Bueno, si insistes en saltarte los detalles más finos —dijo, sonando ofendido—. Se dice que la Caja de Onlura contiene un inmenso poder, quizás incluso el propio Corazón del Mundo de los Fae.

—Y aquí vamos —murmuró Rhianne entre dientes, intercambiando una mirada de complicidad con Carl, quien puso los ojos en blanco.

Toto continuó, ajeno. —Esta caja ha estado perdida durante siglos, escondida por un erudito recluido que, debo añadir, tenía una barba bastante impresionante. Dicen que era tan larga que tropezaba con ella.

—Fascinante —dijo Rhianne—. Pero ¿sabes algo que realmente pueda ayudarnos a resolver este caso?

Sacudiéndose, Toto se sentó sobre sus cuartos traseros y se rascó la oreja. —Los antiguos tomos sugieren que el Corazón elige a su portador y permanece con ellos mientras se mantengan virtuosos y fieles.

—¿O hasta que mueran? —preguntó Kai.

—Posiblemente. Sabemos muy poco con certeza. Algunos incluso dudan de su existencia —dijo Toto—. Sin embargo, aquí está, exactamente como se describe en los antiguos manuscritos.

—Si es tan poderoso y alguien sabía que Eldrin lo tenía, entonces es un motivo bastante bueno para el asesinato —dijo Rhianne—. Ese tipo de poder sería muy tentador. ¿Podría ser de Joshua?

Aricen negó con la cabeza. —La mente de Joshua no ha estado bien desde hace tiempo; no parece probable que él fuera el portador. En cualquier caso, yo no sabía que Eldrin tenía el Corazón, y Eldrin casi no recibía visitas.

—¿Crees que Aerlyn podría saber algo al respecto? —preguntó Rhianne.

Todos miraron hacia la puerta, pero Aerlyn había desaparecido.

Aricen se levantó de su asiento y fue hacia la puerta, mirando a izquierda y derecha. —Esto ha sido bastante perturbador para ella. Y me niego a creer que tuviera algo que ver con el asesinato. Aerlyn es un alma gentil que disfrutaba viendo pintar a Eldrin. Creo que Eldrin también disfrutaba de su tranquila compañía. Ella ayuda a cuidar a Joshua.

—¿Es sorda y muda? —preguntó Rhianne, sus ojos suavizándose mientras se inclinaba hacia adelante.

—Lo de muda es por elección. Fue traumatizada en su juventud. Su familia no tomó bien su... incapacidad para oír, y la echaron.

—Dijiste que es una vecina, así que tal vez haya vuelto a su casa —sugirió Rhianne.

—Es posible. Déjame ir a ver si está allí y si no, su compañera de cuarto podría decirme dónde está. Me esforzaré por convencerla de que confíe en vosotros. —Aricen se levantó de su asiento, sus pasos pesados mientras salía de la sala.

Tan pronto como Rhianne oyó la puerta cerrarse, se giró hacia Carl. —¿Qué pasa con todas esas tácticas intimidatorias?

El ceño fruncido de Carl había desaparecido, y miró a Rhianne, parpadeando. —Es un elfo —dijo, como si eso lo explicara todo.

—En su mayoría. Bisabuela selkie, ¿recuerdas? —dijo Rhianne, y luego se estremeció. No había querido que sonara así, tan prejuicioso y feo—. De todos modos, mi padre también lo es, y no veo que le des el tratamiento de villano de “El Señor de los Anillos”.

Las mejillas de Carl se enrojecieron ante eso, pero luego se recuperó. —¡Eso es diferente!

—¿Ah, sí? ¿Es porque mi padre hace unos panqueques excelentes? —Rhianne cruzó los brazos y arqueó las cejas. En realidad, no tenía idea de si su padre sabía cocinar. Por lo que sabía, podría quemar el agua. Las visitas de su padre eran breves, y solo recientemente habían estado tratando de conocerse mejor. El jurado aún estaba deliberando sobre qué tan bien iba eso, pero al menos no había sentido la necesidad de gritarle en los últimos meses.

Carl suspiró y se dejó caer en el sofá que Aricen había desocupado. —Hoy alguien intentó dispararte una flecha élfica, y él es el único elfo que conocemos que estaba cerca. Si me lo preguntas, que aparezca poco después es bastante sospechoso.

—O tal vez solo tiene un pésimo sentido de la oportunidad. ¿Nunca lo has considerado? —Ella suspiró y suavizó su tono—. Es un poco exagerado pensar que cometería un asesinato y luego vendría a mí para ayudarlo a resolverlo para, ¿qué? ¿Asesinarme cuando descubra que es él? Es demasiado enrevesado incluso para los estándares élficos.

Kai intervino: —He hecho una búsqueda y no puedo encontrar ningún otro elfo conocido en Sídney. Aunque es posible que no usen mucha tecnología y no dejen rastros digitales en absoluto —dijo Kai, rascándose la cabeza.

Rhianne sonrió con suficiencia. Para Kai, la idea de vivir sin internet era tan extraña como ver peces plateados nadando por la autopista Barkly en el Territorio del Norte. *Sí, he visto el video.*

Toto saltó al sofá junto a Carl y movió las orejas. —No tengo conocimiento de ningún otro elfo de sangre pura que viva en Australia. Es extremadamente raro que los elfos emigren.

—Entonces debe ser él —dijo Carl, apretando los puños y tensando la mandíbula.

—No lo creo, joven Carl —dijo Toto, dando golpecitos con su pata sobre los puños de Carl—. Don Aricen no habría tenido acceso a las flechas del Salón de Entrenamiento. La flecha de esta mañana probablemente fue fabricada en los últimos meses y había sido usada en prácticas. Además, Aricen no podría acertar ni a un granero con una flecha.

Rhianne se preguntó distraídamente cómo sabía Toto eso.

—¿Qué hay del cuchillo que mató a Eldrin? —preguntó Kai.

—Ah, excelente pregunta. —Toto asintió, moviendo la cola—. El cuchillo también es ciertamente otro artefacto de fabricación élfica. Y resulta ser uno utilizado en actividades de entrenamiento. —Miró a Rhianne—. Muy diferente a los finos que posee tu padre.

—Así que estamos buscando a un elfo que tiene acceso al Salón de Entrenamiento en la Alta Corte y vino al Reino de la Tierra, presumiblemente en busca de la caja y el Corazón. —Rhianne tamborileó con los dedos en el brazo del asiento, frunciendo el ceño mientras consideraba las implicaciones—. Voy a asumir que no tenían permiso para su visita —no encaja con el sigilo y la planificación cuidadosa— pero lo comprobaré con Aria. —Echó un vistazo al anillo de esmeralda en su dedo, dejado por el mensajero personal de la Reina Elara para invocarla—. Realmente parece un asesinato premeditado.

Tomó un respiro profundo. —Pero ¿qué tengo yo que ver con todo esto? ¿Por qué atacarme?

CAPÍTULO 5

La pregunta de Rhianne resonó en las paredes de la sala de estar de Eldrin. —¿Por qué alguien querría matarme?

La idea era tan aterradora como extraña.

Miró hacia donde había estado el cuerpo. —Le llevará unas horas a Isobel determinar la hora de la muerte en la autopsia. Pero dado el rigor mortis y la temperatura del cuerpo, el asesinato probablemente ocurrió en algún momento durante la noche.

Kai juntó las puntas de los dedos y miró al techo. —Así que primero asesinó a Eldrin y luego fue por ti.

Toto ladró en señal de acuerdo.

Rhianne tiró de su coleta. —Eldrin no llevaba el pijama cuando lo encontramos. No había señales de entrada forzada, lo que me lleva a creer que Eldrin conocía a su visitante.

Carl se aclaró la garganta. —El anciano nos dejó pasar sin cuestionarnos.

Una sensación inquietante se revolvió en el estómago de Rhianne, como un globo desinflándose lentamente. —Buen punto, Carl, no había pensado en eso.

Carl sonrió como un estudiante que finalmente había complacido a un profesor severo, y ella se sintió mal por haberse enfadado con él antes.

Kai miró su teléfono. —Las personas con demencia duermen mucho. Es posible que Joshua ya estuviera en la cama para entonces. Aún es posible que Eldrin dejara entrar a su visitante. Y debía conocerlo o no le habría dado la espalda.

Por supuesto, también era posible que Eldrin fuera muy confiado. Y volvían a tener demasiados escenarios posibles.

Una repentina idea iluminó el cerebro de Rhianne con pequeños destellos. —Tal vez la caja estaba vacía cuando no esperaban que lo estuviera —dijo. No estaba segura, pero sonaba cierto.

Kai frunció el ceño. —¿Y pensaron que tú la tenías?

Rhianne hizo un gesto con la mano. —Aún no he conectado todos los puntos, pero es lo único que tiene sentido. Tal vez Eldrin le dijo que yo la tenía. —Estaba agarrándose a un clavo ardiendo, pero era mejor que nada.

—¿Conocías a Eldrin? —Carl ladeó la cabeza y se frotó la barbilla.

Negando con la cabeza, Rhianne miró a Toto. —¿Hay algo que Eldrin y yo tengamos en común? ¿Una conexión con mi padre, quizás?

Toto abrió la boca para responder cuando Aricen entró a zancadas y dirigió sus palabras a Rhianne. —Aerlyn está dispuesta a hablar contigo. A solas.

Carl frunció el ceño, pero Rhianne se alegró de que no gruñera a Aricen.

Rhianne se puso de pie. —Iré ahora antes de que cambie de opinión.

Cuando Carl hizo ademán de seguirla, Rhianne levantó la palma. —Solo voy a la casa de al lado, y no quiero asustarla.

—Entonces él también se queda —dijo Carl, señalando con el pulgar en dirección a Aricen.

Aricen, sin inmutarse por la rudeza de Carl, sonrió a Rhianne. —Hay una puerta de interconexión entre las propiedades. Te la mostraré.

Esta vez, Rhianne permitió que Carl la siguiera hasta que llegaron a la puerta. Aricen la abrió, y ella se deslizó dentro.

El interior de la casa adosada de al lado era un reflejo gemelo del hogar de Eldrin. La luz matinal se filtraba por las ventanas, donde los coloridos vitrales creaban un caleidoscopio de tonos en los suelos de madera pulida.

El pasillo era estrecho pero acogedor, con paredes adornadas con delicados murales pintados a mano de sífides y otras criaturas míticas, como si las propias paredes fueran páginas de un libro de cuentos encantado.

Si el lugar de Eldrin era una mezcla de vintage y chic artístico, este era un cuento de hadas envuelto en arcoíris y susurros de magia.

En el corredor, Aerlyn esperaba, su forma etérea brillando en la suave luz. Tenía una belleza sobrenatural, y sus delicadas alas se estremecían. Sus grandes ojos negros daban la impresión de profundos estanques en una cueva.

Hizo un gesto a Rhianne para que la siguiera; sus movimientos fluidos y graciosos, como una danza. Rhianne sonrió y asintió, esperando a medias que la sílfide se lanzara a una pirueta en cualquier momento.

Aerlyn la condujo al área de la sala de estar, un espacio tan encantador como el corredor. Muebles mullidos de colores pastel rodeaban una mesa baja de madera.

Sobre la mesa había una bandeja con una hermosa tetera y tazas humeantes de té. El aroma de manzanilla y lavanda flotaba en el aire.

La tetera era una delicada pieza de porcelana, pintada con patrones florales y acentuada con toques de oro. Las tazas, a juego con la tetera, tenían delgadas asas que parecían demasiado frágiles para sostener. Cada taza era una pequeña obra de arte, con el vapor elevándose de ellas en suaves y ondulantes volutas.

Con un suave gesto de su mano, Aerlyn indicó a Rhianne que se sentara. Rhianne obedeció, tomando asiento en uno de los sillones mullidos. Aerlyn le entregó una taza a Rhianne con una pequeña y nerviosa sonrisa.

—Gracias —dijo Rhianne, dando un sorbo y dejando que el líquido cálido y reconfortante la calmara.

Miró a Aerlyn, que se había acomodado en una silla frente a ella, y le ofreció otra sonrisa tranquilizadora.

Y entonces se dio cuenta Rhianne: no tenía idea de cómo comunicarse con la sílfide.

Como si leyera sus pensamientos, Aerlyn sacó un pequeño cuaderno de cuero y una elegante pluma plateada de su bolsillo y se los entregó a Rhianne.

Rhianne sintió el peso poco familiar de la pluma en su mano. Dudó mientras pensaba cómo formular su pregunta. Comenzó a escribir, luego tachó una palabra, finalmente escribiendo la pregunta.

¿Viste algo inusual anoche, algún visitante? Deslizó el cuaderno sobre la mesa.

Con una velocidad que desafiaba la lógica, Aerlyn escribió su respuesta y devolvió el cuaderno.

No. Me aseguré de que Joshua estuviera en la cama a las nueve, luego volví a casa.

Eso significaba que Joshua no habría sido quien dejó entrar al asesino, a menos que... Rhianne escribió otra pregunta.

¿Joshua se levanta en medio de la noche?

Aerlyn se encogió de hombros.

Vale, así que presumiblemente Aerlyn solo cuidaba de Joshua durante el día. Rhianne cogió la taza y dejó que calentara sus dedos. Nunca se había dado cuenta de cuánto dependía de la comunicación verbal hasta ahora. Escribir las preguntas debería ser lo mismo en teoría, ¿no? Pero de alguna manera, se sentía como intentar bailar ballet con botas de montaña.

Aerlyn, sin embargo, no parecía molesta en absoluto. Se sentó con las manos abrazando la taza de té contra su pecho, con la cabeza inclinada, mientras esperaba que Rhianne continuara.

¿Viste algo inusual durante el día?

Negando con la cabeza, Aerlyn escribió algo.

Llevé a Joshua al parque; le gusta dar de comer a los patos. Estuvimos fuera un par de horas a primera hora de la tarde.

Rhianne leyó entre líneas. Alguien podría haber venido entonces.

¿Qué hay de la caja? ¿Siempre se guarda en la sala de estar?

Aerlyn parpadeó y dudó antes de escribir su respuesta con trazos lentos.

¿Qué caja?

Con el bolígrafo listo para escribir su respuesta, Rhianne la estudió. Como todos los demás fae, Rhianne asumió que Aerlyn no podía mentir. Lo comprobaría con Toto, pero algo en su postura le dijo a Rhianne que había tropezado con algo que Aerlyn no quería revelar.

La que está sobre la repisa de la chimenea, una pequeña caja de madera tallada que representa rosas y enredaderas doradas.

Al oír el cierre de una puerta, Rhianne giró la cabeza. Otra sílfide entró en la sala, con los ojos abiertos como platos cuando vio a Rhianne. De pie, con una altura de un metro cincuenta y esbelta como un junco, llevaba vaqueros rotos y una camiseta rosa. Su suave cabello rizado le caía hasta los hombros y grandes ojos marrones con gruesas pestañas enmarcaban un rostro encantador. Llevaba grandes bolsas de la compra que parecían demasiado pesadas para su ligera complexión.

Rhianne la saludó con una cálida sonrisa. —Hola.

La recién llegada se movió, dejando las bolsas con un suave golpe. —Hola —murmuró, su mirada saltando entre Rhianne y Aerlyn.

Aerlyn le dio a la recién llegada una sonrisa y le hizo la seña de “hola” con un movimiento plano de la mano.

Sin querer mentir pero teniendo cuidado de no revelar el asesinato, Rhianne se presentó. —Soy Rhianne. Estoy haciendo un trabajo para el Duque de Elysian Glade.

Los dedos de la mujer retorcieron el dobladillo de su camiseta rosa, y miró a Aerlyn, quien asintió. —Soy Skye, la compañera de piso de Aerlyn.

—Me alegro tanto de que estés aquí. —Era la verdad; bien podría ser un testigo clave aunque aún no se diera cuenta—. Estoy investigando... un robo de al lado y me preguntaba si viste algo inusual anoche —preguntó Rhianne.

Para sorpresa de Rhianne, los hombros de Skye se relajaron como si este fuera un tema seguro. —Le dije a Eldrin que actualizara su sistema de seguridad. Incluso le ofrecí un buen precio.

—Oh, ¿trabajas en seguridad? —preguntó Rhianne, asombrada de que fuera la elección de carrera para un espíritu del aire. Para empezar, los fae tenían aversión a los metales.

Examinó la apariencia de Skye un poco más de cerca. Bastante alta para una sílfide, su altura era solo un par de centímetros menor que la de Rhianne. La mayoría de las sílfides que Rhianne había conocido tenían el pelo liso; Skye debía ser también de herencia mixta.

Skye se sentó a su izquierda, sus ojos evaluando abiertamente a Rhianne también. Luego asintió como si tomara una decisión. —Sí, la seguridad es lo mío. Y los juegos de realidad virtual.

Rhianne no pudo evitar sonreír. Era una lástima que Kai no estuviera aquí; los dos probablemente podrían hablar durante horas sobre el tema.

—Vaya, eso es bastante impresionante.

Skye sonrió. —Bueno, alguien tiene que mantener a los hackers y a los gremlins fuera del sistema. —Inclinó la cabeza, estudiando a Rhianne con una extraña intensidad—. Eres parte elfa y parte... —Se mordió el labio—. ¿Una bruja verde?

Rhianne ni siquiera intentó ocultar su sorpresa. La mayoría de las conjeturas de la gente estaban muy desencaminadas, en parte porque era raro que los elfos se mezclaran con otros. —¿Cómo lo...?

Inclinándose hacia adelante, la sonrisa de Skye se ensanchó, ahora en su elemento. —Tienes tierra bajo las uñas y trozos de hierba y ramitas en la ropa. Por lo tanto, trabajas al aire libre. Además, puedo sentir parte de tu poder; hay cierta vibración en él. Y tus brazos tonificados; la forma en que te mueves... Apostaría a que eres una artista marcial. Pareces capaz de defenderte en una lucha.

Rhianne se rio con una mezcla de admiración y diversión. —Eres buena. ¿Es por eso que te metiste en este tipo de trabajo? —Entonces, recordando que Aerlyn también estaba en la sala y no podía oírlas, Rhianne le lanzó una mirada culpable.

Skye debió haberlo notado. —Aerlyn puede leer los labios si hablas lo suficientemente despacio, y me conoce bien, así que es más rápido para ella leerme a mí. Probablemente esté aprendiendo tus gestos mientras hablamos. Es bastante inteligente, ¿sabes?

Demostrando el punto, Aerlyn agitó sus alas y sus mejillas se sonrojaron de un delicioso tono rosado.

—Nunca lo dudé ni por un segundo —dijo Rhianne, asegurándose de mirar a Aerlyn de frente—. Entonces, volviendo a mi pregunta anterior sobre anoche...

—¡Cierto! —Skye se frotó la barbilla—. Tengo horario de búho, así que estuve despierta probablemente hasta las cuatro de la mañana.

Cuando Rhianne alzó las cejas, Skye ofreció un encogimiento de hombros casual. —Es más tranquilo por la noche, y hay menos distracciones.

El comentario hizo que Rhianne prestara atención a su entorno, captando el ruido del tráfico y el parloteo de la gente que pasaba. Los perros ladraban en la distancia, y los gritos de una urraca puntuaban el aire.

—Entonces, ¿notaste algo inusual durante tu vigilia nocturna? —preguntó Rhianne, con un tono ligero pero los ojos agudos.

La sonrisa de Skye volvió, irónica y conocedora. —Bueno, aparte de los habituales antojos de medianoche y la ocasional incursión de zarigüeyas dentro del techo, nada fuera de lo común. —Hizo una pausa y luego añadió—: Pero tenía puestos mis auriculares con cancelación de ruido la mayor parte del tiempo, así que es muy posible que me perdiera cualquier ruido que hiciera el ladrón.

Una punzada de culpa retorció las entrañas de Rhianne. Se recordó a sí misma que la confidencialidad del cliente era lo primero, pero sospechaba que Skye no tardaría en darse cuenta. De hecho, Aerlyn probablemente se lo diría en cuanto estuvieran solas. Aun así, Rhianne le había prometido a Aricen que sería discreta.

Probablemente confundiendo su culpa con decepción, Skye dijo:

—Tengo cámaras en el exterior de la terraza. Si alguien se hubiera acercado para llamar a la puerta, lo habría grabado.

Una sonrisa tiró de los labios de Rhianne. Definitivamente tendría que presentarla a Kai.

—¿Te importaría enviarme eso? —Miró su teléfono—. Mejor aún, ¿podrías enviárselo a mi novio mago tecnológico? Se llama Kai y me ayuda con mis investigaciones.

Skye se quedó inmóvil.

—¿Kai? ¿Como Kai Wagner? ¿*El* Kai Wagner? —La voz de Skye subió una octava.

Vaya. Parecía que Kai tenía una fan.

—El mismo —dijo Rhianne, tratando de no reírse ante la expresión de absoluto asombro en el rostro de Skye.

—¡Oh, por la luna azul! Voy a enviar un correo electrónico a Kai Wagner. Todos en la academia aspiraban a llegar a su nivel. Aunque nadie podría, por supuesto. —El discurso de Skye fue interrumpido por Aerlyn, quien le dio un toquecito en la mejilla e inclinó la cabeza.

—Cierto, lo siento, Aerlyn. El novio de Rhianne es una gran figura en la comunidad de magos tecnológicos. —Skye acompañó sus palabras con lenguaje de señas.

¡Bingo! Skye debía tener algo de sangre de mago tecnológico, y por eso podía trabajar con metales sin efectos adversos. Su fanatismo era adorable.

—Kai está al lado. Podría traerlo y presentártelo —dijo Rhianne.

Skye jadeó, un leve temblor sacudiendo su cuerpo. Se miró a sí misma.

—No, no. No estoy vestida apropiadamente.

—A Kai no le importará. Él mismo es muy informal. —Había usado esmoquin cuando la ocasión lo requería, pero Kai se sentía más cómodo en vaqueros y camiseta.

Rhianne sacó su teléfono y escribió un mensaje. Momentos después, Kai entró, y Skye se puso de pie de un salto como si acabara de sentarse sobre una tachuela.

—Kai, te presento a Skye. Tiene imágenes de anoche y, por cierto, es una fan tuya —dijo Rhianne, añadiendo un guiño cómplice para rematar.

Kai arqueó las cejas e inclinó la cabeza.

—¿Una fan, eh? ¿O es porque te debo dinero o algo así? —preguntó, con una sonrisa extendiéndose por su rostro.

Skye se sonrojó, sus mejillas tornándose del color de los tomates maduros.

—N-no, solo una admiradora —tartamudeó.

Kai se rió entre dientes.

—Bueno, no todos los días conozco a alguien a quien le guste mi trabajo. O al menos que lo admita. —Le dio un asentimiento amistoso a Skye—. Un placer conocerte, Skye.

Skye le devolvió la sonrisa, su sonrojo disminuyendo.

—Un placer conocerte también, Kai. Y no, no me debes dinero. Aún.

Rhianne sonrió, complacida de descubrir que Skye tenía sentido del humor.

—¿Quieres que te envíe las imágenes ahora? —preguntó Skye.

Kai agitó su teléfono mientras Skye escribía algo en el suyo.

—Listo —dijo Skye al mismo tiempo que Kai decía—: ¡Lo tengo! —Ambos sonrieron.

Sí, como dos gotas de agua.

Rhianne se volvió hacia Aerlyn, quien revoloteaba por la sala, recogiendo más tazas y colocándolas en la mesa de café. Miró a Kai e inclinó la cabeza, señalando la tetera.

Kai inclinó su muñeca y movió su puño arriba y abajo. Luego colocó su mano en su barbilla y la movió hacia adelante. Por sus esfuerzos, fue recompensado con una de las brillantes sonrisas de Aerlyn.

—¿Conoces el lenguaje de señas australiano? —preguntó Rhianne. Kai nunca dejaba de sorprenderla.

Él se encogió de hombros.

—Solo algunas frases.

El pequeño gesto había obrado maravillas. No solo Aerlyn le sirvió una taza de té a Kai, indicándole que se sentara, sino que tan pronto como lo hizo, ella comenzó a escribir en el cuaderno.

Mientras las manos de Aerlyn se movían sobre la página, Rhianne volvió a su asiento. Poco después, Aerlyn terminó de escribir y deslizó el cuaderno.

La caja ha estado ahí por un tiempo. Eldrin dijo que la encontró y que era preciosa. Cuando regresé con Joshua de nuestro paseo, Eldrin estaba molesto por algo pero no quiso compartir por qué.

Con Kai espiando y leyendo por encima de su hombro, Rhianne releyó la nota varias veces. Algo debió haber asustado a Eldrin.

—¿Puedes extender las imágenes para incluir la tarde, por favor? —le preguntó Rhianne a Skye, quien asintió y escribió algo en su móvil.

Un pitido a su lado le indicó que Kai lo había recibido.

—También estudiaré las imágenes, si quieres —dijo Skye—. ¿Planeas usar la Reconstrucción Facial Forense en 3D?

Kai asintió.

—Sí, dependiendo de la imagen.

Rhianne dio un sorbo a su taza de té.

—¿Qué hace eso?

Kai sonrió.

—Es una técnica que crea una representación tridimensional del rostro de una persona utilizando sus restos óseos. En este caso, podemos usar datos visuales de las imágenes para reconstruir rasgos y obtener una imagen más clara de cualquier persona involucrada.

Los ojos de Rhianne se agrandaron.

—¿Qué tan preciso es?

—Depende de los datos de entrada —respondió Kai—. Combina ciencia forense, gráficos por computadora y un poco de arte. Es como resolver un rompecabezas con piezas borrosas.

Rhianne se rió.

—Suenas como tu tipo de desafío.

Kai sonrió.

—Sí.

—Incluso podrías intentar animarlo y agregar sonidos para una experiencia de realidad virtual —intervino Skye, inclinándose hacia adelante, con sus bolsas de compras desplomadas a su lado.

Rhianne esperaba que nada dentro se estuviera derritiendo.

—¿Has probado el nuevo casco de realidad virtual de Vortex Tech? —preguntó Kai, dando un sorbo a su té.

Los ojos de Skye se iluminaron.

—¡Sí! ¿El que tiene los guantes de retroalimentación háptica? Es como entrar en otro mundo. La resolución es increíble.

Kai colocó su taza vacía en la mesa de café.

—¿Y el nuevo sistema de seguimiento de movimiento? —Imitó agarrar un objeto invisible en el aire, su mano moviéndose con meticulosa precisión—. Es tan preciso que jurarías que estás sosteniendo algo real.

Skye sonrió.

—Lo sé, ¿verdad? Es un cambio de juego. Literalmente.

A este ritmo, Rhianne sabía que estarían así durante horas si no intervenía. Incluso Aerlyn contuvo un bostezo. Rhianne se aclaró la garganta.

—Podría ser una buena idea hablar con el padre de Eldrin.

Aerlyn garabateó rápidamente una nota y se la entregó a Rhianne.

Te ayudaré con Joshua. Conozco sus peculiaridades.

Skye cogió sus bolsas y se puso de pie. —¡Ha sido todo un honor conocerte! —Estrechó la mano de Kai—. Será mejor que me vaya a la cocina antes de que se derrita el helado —dijo con un gesto amistoso—. Buena suerte; te avisaré si encuentro algo interesante.

CAPÍTULO 6

Mientras Skye desaparecía en la cocina, Rhianne, Kai y Aerlyn regresaron a la casa de Eldrin. Una simple cerradura aseguraba la puerta de interconexión entre las dos casas adosadas. Normalmente, este tipo de casas no se conectaban internamente entre sí; la puerta debía ser una adición. ¿Cuánto tiempo llevaba Aerlyn cuidando de Joshua?

Dentro de la sala de estar, Carl y Joshua estaban inmersos en una conversación. Carl se inclinaba hacia adelante, asintiendo a algo que Joshua había dicho.

Toto estaba sentado sobre sus cuartos traseros a los pies de Joshua, con la cola meneándose, mientras Joshua lo acariciaba con movimientos lentos y suaves.

—Hola —saludó Rhianne, inclinando la cabeza—. ¿Dónde está Aricen?

—Está atendiendo una llamada en la cocina —respondió Carl con un gesto desdeñoso—. Joshua aquí me está poniendo al día sobre la vida en el reino élfico.

El cambio en Joshua desde su llegada era nada menos que notable. Desaparecidas estaban la boca floja y la mirada vacía. Sus ojos estaban agudos y evaluadores, sus hombros relajados, pero su espalda erguida. Se levantó de su asiento e hizo una reverencia a Rhianne. —Mi dama, estoy encantado de conocerla.

¿Eh? —Nos conocimos hace un rato, Joshua. Soy Rhianne —le ofreció una cálida sonrisa.

Una breve nube cruzó su mirada antes de devolverle la sonrisa. —¡Por supuesto! Como dije, encantado de conocerte.

Rhianne sintió un suave tirón en su manga. Aerlyn le dio una rápida sacudida de cabeza.

La advertencia era clara: Joshua estaba mayormente presente. Sigue el juego. Esta versión de Joshua era tan encantadora como apuesta.

Rhianne sintió una punzada de dolor al imaginar cómo debía haber sido antes de que la enfermedad nublara su mente.

—Lo mismo digo. Le estabas contando a Carl sobre el reino élfico —dijo Rhianne, acomodándose.

Kai se dejó caer a su lado, susurrando: —No sabía que íbamos a escuchar *cuentos de hadas*.

Rhianne contuvo una risa. —Sigue la corriente —le susurró de vuelta.

Aerlyn revoloteaba cerca, moviéndose de aquí para allá como una mariposa nerviosa, vigilando a Joshua y ocasionalmente lanzando miradas de complicidad a Rhianne.

—Le estaba contando al joven sobre el famoso duelo de Lerong —dijo Joshua.

Sentado al borde de su asiento, Carl se volvió hacia Rhianne. —Aparentemente, a los elfos les encantan los buenos desafíos, especialmente si las apuestas son altas.

—En efecto —sonrió Joshua, complacido por el entusiasmo de Carl—. En este caso, Don Talion de la Corte de Verano estaba furioso porque Don Erdellan de la Corte de Invierno había desafiado a la Dama Madina. —Su voz bajó a un mero susurro—. Y, tristemente, la había derrotado. Don Talion desafió a Don Erdellan para vengar su muerte.

El corazón de Rhianne dio un vuelco. *¿Un duelo a muerte?*

La mirada de Joshua se desvió hacia el techo. —Dama Madina era hermosa y amable. —Parpadeó y miró a Rhianne, ladeando la cabeza—. Me recuerdas bastante a ella.

Toto lamió la mano de Joshua y la empujó suavemente. Joshua se rió y continuó acariciándolo.

—Rhianne es hermosa —dijo Kai, colocando un brazo alrededor de sus hombros y dándole un breve beso.

El calor inundó las mejillas de Rhianne.

—Ah, qué afortunado eres. Cuídala de cerca. Nunca se sabe los peligros que acechan y los enemigos que esperan en rincones oscuros —aconsejó Joshua. Sacudió la cabeza—. ¿Dónde estaba? Ah, sí, el duelo. Don Talion aún era joven pero valiente y hábil.

Carl sonrió, su rostro iluminado con un toque de asombro infantil. —Suenas como si fuera el galán élfico.

—Ciertamente tenía sus admiradores. —Joshua se recostó, sus ojos brillando con la emoción del relato—. El día del duelo llegó bajo un cielo oscuro y tormentoso. Don Talion estaba en un extremo del claro, su cabello dorado azotando en el viento, su espada brillando con una promesa mortal. En el otro extremo, Don Erdellan esperaba, una figura de compostura helada, su hoja plateada reflejando el cielo ominoso. —La voz de Joshua adoptó un tono melodioso—. Sus ojos se encontraron, cada uno lleno de feroz determinación. Cuando se dio la señal, avanzaron con ímpetu, las espadas chocando con un sonido como el trueno. Los golpes de Talion eran rápidos e implacables, un testimonio de su vigor. —Joshua hizo rápidos movimientos cortantes en el aire—. Erdellan, aunque mayor, contraatacaba con precisión calculada, cada uno de sus movimientos una danza de gracia letal.

Rhianne tenía que reconocérselo a Joshua; era un narrador cautivador. Casi podía oír el choque de las espadas y los gritos de batalla, como si una épica medieval en toda regla se estuviera desarrollando en la sala de estar. Esperando a medias que alguien irrumpiera por la puerta con cota de malla, gritando sobre dragones, escuchó atentamente.

Las manos de Joshua imitaron una parada mientras continuaba el relato. —El duelo continuó con furia, el aire a su alrededor crepitando con la intensidad de su combate. La hoja de Talion encontró su marca más de una vez —Su mano se lanzó hacia adelante—, derramando sangre que manchó la hierba bajo sus pies. Pero Erdellan no era una presa fácil; paraba con habilidad, sus contraataques mordiendo las defensas de Talion.

Joshua hizo una pausa, escudriñando los ojos de su audiencia. Aparentemente satisfecho de que todos pendían de cada una de sus palabras, hizo un floreio dramático y continuó.

—Con un último y poderoso golpe, Talion desarmó a Erdellan, enviando la espada de su oponente volando por el aire. Erdellan cayó de rodillas, ensangrentado y derrotado, pero sus ojos aún ardían con desafío. Talion levantó su espada, listo para asestar el golpe fatal, su rostro una máscara de furia justiciera.

Aerlyn jadeó, llevándose la mano a la garganta.

—Pero antes de que pudiera golpear, la reina misma apareció, su presencia imponente e innegable. “¡Basta!”, gritó, su voz resonando como un toque de clarín. “Ya se ha derramado suficiente sangre”. Talion dudó, su espada aún en posición de ataque. La reina dio un paso adelante, colocando una mano suave pero firme en su antebrazo. “Has ganado, Talion. Perdónale la vida. Muestra la fuerza de la misericordia, no solo del poder”.

—¿Qué pasó? —interrumpió Carl, sus manos aferrando su asiento.

Joshua le dirigió una breve sonrisa.

—Los brazos de Don Talion temblaban con la necesidad de venganza. Pero no podía desafiar a la reina. Bajó su espada y, con una última mirada asesina a su rival, se marchó. Algunos dicen que se fue a las montañas, para no regresar jamás, su corazón roto en un millón de pedazos por la muerte de la Dama Madina.

—Pensé que eso era un cuento de elfos —dijo Aricen desde la puerta, con su chaqueta colgada sobre los hombros en una pose estudiada.

Joshua se enderezó y frunció el ceño en su dirección. —Por supuesto que no lo es. Lo presencié de niño, encaramado a los hombros de mi padre.

Aerlyn hizo algunos gestos con las manos y Joshua asintió. —El destino de Don Erdellan es más conocido. La reina lo desterró a su propia finca, con la prohibición de salir de ella nunca

más bajo amenaza de muerte.

—¿Fue ese su castigo por matar a la dama? —preguntó Kai.

Rhianne sonrió. Todos habían quedado cautivados por el relato, probablemente más por el toque dramático y la voz resonante de Joshua que por la historia en sí.

Joshua negó con la cabeza. —No, esa es una regla esencial del duelo. Tu oponente debe quedar totalmente incapacitado. El derrotado no puede rendirse. Don Erdellan estaba en su derecho de matar a la Dama Madina.

Toto gruñó y se puso de pie. —No hay honor en luchar contra alguien que no puede defenderse.

Joshua asintió mientras miraba a Toto. —Así es. ¿Has presenciado algo así antes?

En lugar de responderle, Toto se volvió hacia Kai. —La reina no podía castigar a Don Erdellan directamente, pero invocó el deshonor de la derrota para su destierro —Su tono era áspero y su cola rígida.

Rhianne se enderezó en su asiento. Era hora de volver al propósito de la conversación. —Gracias por la maravillosa historia, Joshua.

Radiante, Joshua se puso de pie e hizo una reverencia teatral.

—¿Recuerdas alguna visita anoche? —preguntó Rhianne, esperando que ahora que estaba más lúcido pudiera responder preguntas.

La sonrisa en los labios de Joshua se desvaneció. —¿Anoche? —Su tono perdió el poderoso barítono de hace un momento. Sus ojos buscaron a Aerlyn—. ¿Dónde está Eldrin?

Los ojos de Aerlyn se empañaron y voló hacia Joshua, dándole palmaditas en la mano.

—¿Ya es hora de alimentar a los patos? —le preguntó Joshua, con una confusión infantil en su voz.

Carl se levantó, con la boca torcida, y le apretó el hombro a Joshua. —Gracias por contarnos sobre el duelo.

Joshua lo miró, con la cabeza inclinada en señal de desconcierto. Toto saltó sobre su pierna, con la lengua colgando, y Joshua le acarició la cabeza distraídamente.

Mirando a Rhianne, Aerlyn negó con la cabeza, luego tomó la mano de Joshua y lo condujo afuera. La voz de Joshua, aún preguntando por Eldrin, se fue apagando hasta que solo quedó el ruido del tráfico exterior.

Rhianne suspiró, frotándose el pecho dolorido. —Tendremos que volver en otro momento para hablar con Joshua.

Aricen se pasó una mano por el pelo, cerrando los ojos por un momento. —Arreglaré para que alguien más ayude a cuidar a Joshua. No puedo esperar que Aerlyn esté aquí todo el tiempo.

—¿Hay alguna forma de contactar a Aerlyn para avisarle cuándo vendremos? —preguntó Kai.

—La campana de al lado hace parpadear las luces de la casa para alertar a Aerlyn de que hay alguien en la puerta. O podrían intentar con su compañera de cuarto, Skye. Aunque Skye no se siente muy cómoda con los extraños —dijo Aricen.

—La conocimos —dijo Rhianne—. Fue muy amable.

Las cejas de Aricen se alzaron y Rhianne sonrió.

—Es fan de Kai —explicó Rhianne.

Kai se sonrojó.

—Por supuesto —dijo Aricen.

Rhianne estaba bastante segura de que había hecho su investigación y sabía de los logros de Kai como investigador financiero digital.

—¿Puedo proporcionarles mi número personal? Pueden contactarme a cualquier hora del día o de la noche. —Aricen no solo sonaba sincero, sino que Rhianne adivinó que su número personal era un secreto muy bien guardado.

Después de asegurarle a Aricen que se mantendría en contacto y lo actualizaría sobre la investigación, se despidieron.

Rhianne, Kai, Carl y Toto salieron al aire fresco.

Kai miró a Rhianne. —¿Qué sigue?

Rhianne se mordió el labio. No le gustaban las primeras etapas de una investigación. Nunca había suficientes pistas y encontrar al culpable parecía tan descabellado como entrenar a un canguro para que fuera a buscar el periódico por la mañana. —Creo que deberíamos hacer un resumen durante el almuerzo.

El clima era perfecto, con un cielo brillante que se extendía sin fin sobre sus cabezas, salpicado de algunas nubes esponjosas. El sol de finales de primavera bañaba todo con un cálido resplandor.

Mientras comenzaban a caminar, las orejas de Toto se cayeron y su cola colgaba baja. Un paso más lento y pensativo reemplazó su habitual andar vivaz, sus ojos enfocados en el suelo. —Realizaré más investigaciones sobre la flecha y el cuchillo —dijo Toto.

Antes de que Rhianne pudiera preguntarle qué le pasaba, trotó calle abajo, desapareciendo en un callejón estrecho.

—¿Qué le pasa? —preguntó Carl.

—Sí, pensaba lo mismo —dijo Kai.

Rhianne negó con la cabeza.

Más adelante, elegantes cafés y tiendas boutique bordeaban la calle, sus escaparates mostraban una variedad de productos artesanales y ropa de moda. En lo alto, luces decorativas colgadas entre los edificios añadían un toque de fantasía al paisaje urbano. El aroma del café recién hecho y productos horneados flotaba desde un café cercano, mezclándose con el olor de las casuarinas y los cepillos de botella de los árboles que salpicaban la acera.

El teléfono de Carl sonó y lo sacó del bolsillo. Sus mejillas se pusieron de un rojo brillante, una vista rara y encantadora en el grandullón.

—¿Es Marissa? —preguntó Rhianne.

—Sí, está en su hora de almuerzo —respondió Carl.

—¿Por qué no le pides que se una a nosotros? Su oficina no está tan lejos —sugirió Rhianne.

Dada su sonrisa, pero con las mejillas aún sonrojadas, parecía que Carl estaba en guerra entre la vergüenza y su deseo de ver a su novia. La duda se despejó rápidamente de su expresión, como una nube que pasa para revelar el sol brillante.

Aunque Rhianne era romántica de corazón y estaba encantada de que sus esfuerzos de casamentera hubieran tenido éxito con esos dos, también tenía un motivo ulterior. La oportunidad de consultar las cosas con una abogada tan aguda como un tachuela y igual de dura era demasiado buena para dejarla pasar.

Se detuvieron en un café donde coloridas obras de arte adornaban las paredes, representando desde diseños abstractos hasta intrincados murales de la fauna nativa australiana. El murmullo de las conversaciones y las risas llenaba el aire mientras locales y turistas por igual disfrutaban del bullicioso ambiente.

Carl, ajeno a la más que justa parte de atención que atraía, lucía una amplia sonrisa de anticipación. Cuando la camarera se acercó para tomar sus pedidos de almuerzo, Carl dijo: —Tomaré un contundente sándwich de bistec con papas fritas. ¡La comida de los campeones!

Kai se rio. —Alguien tiene que equilibrar el colesterol. Yo tomaré una ensalada César con pollo, por favor.

—Y yo tomaré el burrito de frijoles, gracias —dijo Rhianne.

Kai alzó una ceja y sonrió con picardía. —¿Es tu forma de decirme que necesitas más picante en tu vida?

Rhianne le dio un golpecito en el brazo, con el corazón acelerado. —¡Tengo suficiente picante y problemas, muchas gracias!

—Sí, creo que puedo dar fe de eso —dijo Kai, con los ojos brillantes.

Su mirada la hizo sentir cálida por dentro. *Sí, ¿quién necesitaba un burrito?*

Rhianne agarró una servilleta para abanicarse, tratando de ocultar el rubor que seguramente coloreaba sus mejillas.

Kai extendió la mano y tomó la suya, dándole un suave apretón. —No te quería de ninguna otra manera —dijo con una cálida sonrisa, haciendo que el corazón de Rhianne se derritiera un poco más.

—Hola, tortolitos —la inconfundible voz atronadora de Marissa se abrió paso entre el ruido de la cafetería.

Hay que reconocerle el mérito a los clientes de las cafeterías del centro de Sídney: solo un par de ellos se giraron para mirarla. Se necesitaría mucho más que la imponente y aterradora mitad gárgola serpenteando entre las mesas para distraerlos de sus cafés con leche y sus sesiones de chismes.

Su avance arrollador se detuvo abruptamente cuando Carl echó hacia atrás su silla con un fuerte chirrido y se puso de pie. Se quedaron allí como dos peces globo, balanceándose en círculos misteriosos, incapaces de alcanzarse del todo. Marissa podía paralizar a un gángster experimentado con solo una mirada severa en el tribunal, pero cuando se trataba de Carl, simplemente se derretía. ¿Y Carl? Sus ojos brillaban, y el rubor de antes había vuelto con venganza.

—Hola, reina de los tribunales —dijo Rhianne, esperando incitarlos a terminar su extraño baile.

Carl apartó una silla para Marissa, sus dedos rozándose brevemente mientras ella se sentaba. La fachada severa de Marissa se suavizó aún más. La sonrisa de Carl se ensanchó, y volvió a tomar asiento, todavía sonrojado.

Después de pedir pescado con patatas fritas, Marissa se volvió hacia Rhianne. —¿Qué hay de nuevo? Tienes esa mirada que pones cuando tu cerebro está trabajando en algún rompecabezas complicado.

—Tenemos otra investigación de asesinato —respondió Rhianne—. Y me gustaría tu opinión.

CAPÍTULO 7

Un breve silencio siguió al anuncio de Rhianne.

Carl se burló, reclinándose en su silla. —Se está saltando la parte en la que alguien intentó matarla esta mañana con una flecha élfica.

Marissa arqueó una sola ceja de una manera que Rhianne encontró tanto impresionante como un poco aterradora.

Efectivo también como método de interrogatorio, porque Rhianne se encontró explicando. —Sí, eso también. Y tal vez estén relacionados, pero todavía estoy tratando de averiguar cómo.

Rhianne procedió a contarle a Marissa lo que había descubierto hasta ahora. Mientras hablaba, la camarera llegó con su comida. El plato de Carl estaba casi desbordando, el aroma de las especias y las patatas fritas se elevaba haciendo que el estómago de Rhianne sonara. Hizo una pausa para darle un mordisco a su burrito, saboreando el toque perfecto que le picaba en la lengua sin opacar los ricos sabores de los frijoles.

—Vale —dijo Marissa, después de que Rhianne le contara todo. Levantó un dedo—. Uno. Tenemos dos ataques con armas élficas en cuestión de horas. —Levantó otro dedo—. Dos, ambas víctimas tienen herencia élfica. —Otro dedo más se alzó—. Tres, hay un posible robo de un artefacto élfico mítico, que puede o no estar relacionado con dichos ataques.

Rhianne suspiró, tirando de su coleta. —Cuando lo pones así, todo suena conectado, ¿no?

Carl cruzó los brazos sobre su pecho, con expresión seria. —Alguien necesita protegerte hasta que sepamos qué está pasando.

Extendiendo la mano para tocar su brazo, Marissa le sonrió a Carl. —Estoy de acuerdo.

—Lo estarías, ¿verdad? —dijo Rhianne, poniendo los ojos en blanco—. No eres tú quien intenta obtener información de testigos nerviosos con Carl revoloteando detrás.

Marissa sonrió radiante y le guiñó un ojo a Carl. —Es totalmente aterrador, ¿verdad? He considerado llevarlo a mis interrogatorios.

¡Ja! Marissa era bastante intimidante por sí sola. Sería exagerado, un poco como tener un oso grizzly detrás de un demonio de Tasmania.

Kai dio un mordisco a su pollo y agitó el tenedor. —He estado perfeccionando la barrera mágica que desarrollé. Podría usarla para proteger a Rhianne cuando esté conmigo.

—¡No necesito protección! —Rhianne levantó las manos, casi derribando su bebida.

Tres pares de cejas perfectamente alzadas se giraron hacia ella.

Rhianne respiró hondo. Se había estado cuidando a sí misma desde que se fue de casa en su adolescencia. De alguna manera, en el camino, había reunido a un grupo de personas que pensaban que necesitaban hacerlo por ella. Aunque para ser justos, había estado en algunas situaciones peligrosas en los últimos meses. Como Kai había dicho hace solo unos días, puede que ella no busque problemas, pero lo más probable es que los problemas la estuvieran buscando a ella.

Kai puso su brazo alrededor de los hombros de Rhianne y le besó la sien. —Nos preocupamos, Rhi, déjanos ayudar.

—De acuerdo —cedió, levantando una mano—. Por ahora, tendré a alguien conmigo en caso de que suceda algo.

Después de escribir algunas cosas en su móvil, Kai levantó la vista. —No encuentro nada relacionado con la Caja de Onlura y el Corazón. Lo más cercano que tengo, y me lo tomo con pinzas, son historias de un artefacto antiguo y sensible que contiene un poder inimaginable.

—Cada comunidad sobrenatural tiene una leyenda similar —dijo Carl—. Para los gárgolas, es la Piedra de Obsidiana.

Marissa asintió, haciendo una pausa para limpiarse los dedos con una servilleta. —Se dice que contiene todas las frecuencias metálicas, así que si controlas la piedra, puedes dominar los elementos.

—Eso suena francamente aterrador —dijo Rhianne, reprimiendo un escalofrío.

—Quienquiera que sea el asesino puede pensar que Rhianne lo tiene, y por eso fueron tras ella —dijo Kai.

Rhianne negó con la cabeza, dejando su tenedor. —El problema con esa teoría es que no me lo pidieron; ¡me dispararon! Tal vez querían enviar un mensaje.

—¿Algo así como, entrégalo o si no? —preguntó Marissa.

Sonaba descabellado cuando Marissa lo decía, sin embargo, Rhianne no podía encontrar ninguna otra hipótesis razonable. Las caras expectantes de sus amigos le dijeron que todos los demás también estaban perdidos.

Una posible explicación se formó en su mente. —Mi apartamento y el vivero están fuertemente protegidos, y Kai instaló un sistema de seguridad de alta gama. Es posible que el

asesino lo intentara pero no pudiera entrar.

—Y si estuvieras muerta, las protecciones se habrían debilitado, dándole acceso. —Marissa asintió, y luego se metió una patata en la boca.

—¿Por qué un él? —preguntó Carl.

Marissa agitó la mano. —Es una simplificación.

—Carl tiene razón, sin embargo. Vimos mujeres guerreras cuando fuimos al reino élfico —dijo Kai.

Hace unos meses, Rhianne había ido al reino élfico a petición de la Reina Elara para resolver el asesinato de su mejor amiga y dama de compañía.

¡Esto era enloquecedor! ¿Qué haría pensar al asesino que Rhianne tenía el Corazón? ¡Ni siquiera sabía cómo era! Toto no había dicho mucho al respecto, y ahora se había ido quién sabe dónde. Pensándolo bien, su reacción había sido extraña. Rhianne intentó determinar cuándo había cambiado su estado de ánimo. Había estado tan absorta en la historia y en la regresión de Joshua que no se había dado cuenta hasta que salieron de la casa.

—¡Tierra llamando a Rhianne! —Marissa agitó una mano frente a su cara.

—¿Eh?

—Estabas en las nubes. ¿Qué pasa? —preguntó Marissa, inclinándose hacia adelante.

—¿Por qué el asesino pensaría que yo lo tengo? —preguntó Rhianne, mirándolos a cada uno por turno.

Kai hizo girar su bebida helada antes de dar un sorbo. —¿Estás segura de que nunca conociste a Eldrin?

—No. No lo creo. —La mirada de Rhianne se desvió hacia las coloridas bombillas colgadas de cables—. Quiero decir, me gusta el arte, pero no frecuento exposiciones donde lo hubiera encontrado a él o su trabajo. No soy buena con los nombres, pero recuerdo las caras, y no recuerdo la suya. Además, como era... fue un elfo, habría sido memorable.

—Eso no significa que él no supiera de ti —dijo Carl, frunciendo el ceño a su plato ahora vacío.

—Tal vez tenía tu tarjeta de visita. Podría haber querido un investigador si estaba preocupado por algo —sugirió Marissa, pinchando otra patata y dándosela a Carl.

—Excepto que, según Aerlyn, ella solo notó que estaba preocupado después de que ella y Joshua regresaran por la tarde —dijo Rhianne, haciendo señas a la camarera.

Marissa se encogió de hombros. —Eso podría haber sido la gota que colmó el vaso, la punta del iceberg, o una pequeña parte del panorama completo.

—¿Qué pasa con todos los clichés? —preguntó Kai.

Hombre valiente. Rhianne no la habría cuestionado.

—Estoy en un caso con un juez conocido por ellos. Podría inclinar la balanza a mi favor si las uso en mi argumento.

—O podrías encontrarte desestimada por uso excesivo de lugares comunes —Rhianne sonrió. Kai esbozó una sonrisa burlona. —Sí, o el juez podría tirarte el libro... literalmente.

Carl apretó la mano de Marissa. —Rhianne usa el humor cuando está estresada. Las situaciones de vida o muerte tienden a provocar en ella la respuesta de ‘reír o llorar’.

Marissa levantó las manos. —Vale, quizás necesite contratar a Rhianne como consultora de sentido del humor.

La camarera se acercó, y Rhianne pidió un batido de plátano, Marissa un café expreso, y Carl y Kai tarta de zanahoria.

La interrupción hizo que Rhianne se pusiera seria. —Ninguna teoría encaja perfectamente, y tampoco tenemos muchos datos. Tenemos que seguir investigando.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Marissa.

Rhianne negó con la cabeza. —Ahora mismo no, pero si se me ocurre algo, te lo haré saber.

—Profundizaré en la presencia digital de Eldrin; a ver qué puedo encontrar —dijo Kai mientras cortaba un trozo de su tarta.

Rhianne esperaba que Toto regresara pronto. Él era su principal fuente de información cuando se trataba de asuntos élficos. En algún lugar de esa memoria enciclopédica suya, tenía que haber alguna pista. Un artefacto como el Corazón sería increíblemente valioso.

Rhianne chasqueó los dedos, atrayendo miradas curiosas de los demás. —Si algo es valioso, ¿a quién conocemos que sería una buena fuente de información?

Kai soltó un gruñido.

Rhianne sacó su móvil y marcó.

—Hola, Nel.

—Hola, princesa —dijo Nel al otro lado de la línea—. ¿Ya me echas de menos?

Rhianne puso los ojos en blanco. Había visto a Nel hacía solo dos días en su sesión de capoeira tres veces por semana en el gimnasio. —No tanto como tú echas de menos a cierta patóloga —respondió, con un tono juguetón en su voz.

—¿Está contigo? —Su tono delataba su anhelo.

—Me temo que no, pero pronto iremos a verla.

Un profundo suspiro se escuchó a través de la línea.

Rhianne suavizó su tono. —Entonces, ¿no hay mucho progreso en tu campaña para conquistarla?

Isobel había estado aterrorizada de hacerle saber que era un djin. Por lo que Rhianne entendía, los amantes de los djinés podían tener deseos infinitos. Pero esos deseos eran un arma de doble filo, llena de giros y potenciales consecuencias no deseadas. Las historias de amor en su mundo podían terminar siendo más una tragedia que un cuento de hadas.

La idea de lo que alguien como Nel, un incubo con apetito por los lujos de la vida, podría hacer con una lista ilimitada de deseos le provocó escalofríos a Rhianne. Adoraba a su mejor amigo, pero no era ciega a su amor por todas las cosas extravagantes y aventureras. O, como lo llamaba Kai, su hedonismo. Y Nel había renunciado a ello... por Isobel. Lo había hecho deseando nunca pedir un deseo sobre la lámpara de Isobel.

Sin embargo, Isobel no estaba cooperando. Tal vez aún intentaba encontrar un vacío legal en sus palabras, algo que aún pudiera resultar en una catástrofe.

Fuera cual fuera el caso, Rhianne no había podido sacarle nada a Isobel, pero estaba decidida a descubrir el problema y ayudar. En lo que a ella respectaba, todos sus amigos merecían su final feliz.

Rhianne se dio cuenta de que Nel se había quedado en silencio mientras ella se había sumido en sus pensamientos.

—¿Nel?

—Sí, lo siento, princesa. El progreso va... al ritmo de una tortuga con escayola —murmuró Nel. Podía imaginárselo pasándose una mano por el pelo.

—Ya veo. —Rhianne se reprendió a sí misma. *Ni elocuente ni útil.*

—Pero mis lamentables intentos de cortejo no son la razón por la que llamaste, ¿verdad? —La voz de Nel se volvió más segura.

—No. Bueno, al menos no del todo. Necesito preguntarte sobre un artefacto precioso.

—¿Oh? ¡Cuéntame! —Podía oír la sonrisa de Nel. Había despertado su interés.

Rhianne bajó la voz. —Es un artefacto élfico, pero preferiría contártelo en persona.

—Hoy no puedo. Estoy en París —dijo Nel.

—¿París? —repitió ella.

¿Qué demonios estaba haciendo en Europa?

Marissa articuló sin voz ‘París’ levantando las cejas, y Carl ladeó la cabeza.

—Volveré mañana, sin embargo, y si me das los detalles, puedo empezar a hacer averiguaciones —dijo Nel.

—Claro, te enviaré lo que sabemos —dijo Rhianne, cruzando la mirada con Kai.

Kai agitó su teléfono, y Rhianne añadió: —Kai acaba de enviártelo.

—Por supuesto que lo ha hecho —dijo Nel en un tono seco.

Rhianne optó por ignorar el comentario. —Nos vemos mañana. Intenta no hacer sonrojar a la Mona Lisa.

—¡Ah, sí! La dulce Lisa —dijo Nel—. Adiós, princesa. Nos vemos entonces. —Y colgó.

CAPÍTULO 8

Después de que Nel colgara, Rhianne se preguntó si realmente habría conocido a Madame Lisa Giacondo, la mujer que se rumoreaba era el sujeto de la Mona Lisa. Descartó ese pensamiento caprichoso con una risita.

—¿Vamos a ver a Isobel? —preguntó Kai.

Aunque parecía un caso claro de muerte por arma blanca, Rhianne aún quería escuchar la opinión de Isobel; las pistas a menudo se encontraban en los detalles.

Carl se levantó a medias, pero Kai le puso una mano en el hombro. —Acordamos que solo uno de nosotros era necesario. Yo iré con Rhianne. De todos modos, no hay espacio suficiente en la oficina de Isobel ni para dar la vuelta.

—Todavía me quedan quince minutos antes de tener que salir corriendo a mi reunión con un cliente —dijo Marissa con una sonrisa coqueta.

Carl volvió a sentarse y asintió, pero aún había una ligera tensión en su mandíbula.

—No te preocupes por la cuenta, Rhianne —dijo Marissa—. Yo invito. —Sus ojos se posaron en Carl.

Claro. No solían tener tiempo a solas debido a algunas tontas reglas de cortejo que los gárgolas debían seguir, incluida la presencia de un acompañante en todo momento. Quedarse aquí en el café con él, después de que Rhianne y Kai se fueran, probablemente era algún tipo de laguna legal que Marissa había encontrado. Típico de una abogada encontrar un tecnicismo legal para el amor.

Marissa hizo un gesto distraído; sus ojos se encontraron con los de Carl, quien a su vez emitió un breve gruñido. Estaban perdidos en su propio mundo.

Rhianne y Kai se despidieron con la mano —no es que los tortolitos lo notaran— y caminaron hacia el frente, intercambiando miradas divertidas.

—¿Vamos en mi moto hasta la morgue? —preguntó Rhianne.

Kai asintió. Estacionar en el centro de la ciudad no era para los débiles de corazón; más bien era como un juego de Tetris de la vida real, donde las piezas eran coches territoriales y agresivos.

Rhianne se detuvo en el mostrador. —¿Podría llevar un trozo de tarta de zanahoria y una porción de milhojas para llevar, por favor? —preguntó.

El barista asintió y envolvió los postres. Rhianne tocó su teléfono, sonriendo mientras tomaba las cajas.

Kai miró la caja con una sonrisa. —Sabes, podría crear un cojín mágico para el milhojas. Asegurarme de que sobreviva al viaje en moto. Buena práctica para mí.

Kai tenía razón. Con sus delicadas capas de hojaldre y crema, la porción sería un desastre para cuando llegaran.

Rhianne se rio, negando con la cabeza. —Siempre el perfeccionista, ¿verdad?

Kai le guiñó un ojo, ya conjurando un suave cojín brillante alrededor de la caja. —Solo me aseguro de que el postre llegue con estilo. Isobel puede ser exigente.

Mientras se abrían paso por las calles, con el aire cálido azotándolos, Rhianne sintió que los brazos de Kai se apretaban alrededor de su cintura. Cada sutil movimiento de su cuerpo contra el de ella enviaba una cálida emoción a través de su pecho, despertando un aleteo, como el de un pájaro alzando el vuelo.

El zumbido rítmico de la moto y la presencia constante de Kai detrás de ella creaban una burbuja de intimidad en medio de la bulliciosa ciudad, tan acogedora como una manta bien usada.

Captó un vistazo de su reflejo en el escaparate de una tienda: un borrón de movimiento y conexión. La hizo sonreír, una sonrisa secreta solo para ella, oculta bajo su casco.

Las calles de la ciudad se difuminaron en franjas de color mientras conducían. Por un momento, el mundo se sintió maravillosamente simple.

Rhianne maniobró su moto en un estrecho espacio para motocicletas. Después de desmontar y quitarse los cascos, caminaron de la mano hacia la morgue.

Fueron recibidos por Nina, cuyo hermoso cabello rizado enmarcaba su gran y acogedora presencia.

Rhianne le entregó una porción de tarta de zanahoria. Los ojos de Nina se iluminaron de placer.

—Gracias, chicos. Esto endulzará mi día —dijo Nina, con una sonrisa tan cálida como el pan recién horneado.

—Solo lo mejor para ti, Nina —respondió Rhianne con un guiño.

Nina les señaló la puerta de cristal. —Está en su oficina. Si traéis golosinas —señaló la caja de papel de Rhianne—, seréis bienvenidos.

Con un gesto de agradecimiento, Rhianne y Kai atravesaron la puerta de cristal. Caminaron por el pasillo blanco, sus pasos resonando contra el suelo de baldosas.

Cuadros de paisajes apagados colgaban de las paredes, y el tenue olor a antiséptico se aferraba al aire, agudo y estéril. Las luces del techo proyectaban sombras danzantes como fantasmas valseando a lo largo de las paredes, añadiendo un toque surrealista a su entorno.

Rhianne miró a Kai y susurró: —¿Crees que van a propósito por todo el rollo de casa embrujada?

Kai sonrió, apretando su mano. —Tal vez sea para mantener entretenidos a los espíritus.

La puerta de la oficina de Isobel estaba entreabierta, y Rhianne la empujó con una dosis racional de precaución. Se aseguró de tener la caja con el milhojas extendida como ofrenda mientras entraba, con Kai un paso detrás.

Isobel estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia la calle. Normalmente habría estado sentada en su escritorio, con una mirada enojada ante la montaña de papeleo que cubría todas las superficies.

—Hola —dijo Rhianne tentativamente, levantando la caja—. He traído golosinas.

Isobel les echó un vistazo y parpadeó un par de veces. Rhianne podría haber jurado que vio un destello de humedad en sus ojos. Se volvió hacia Kai, que se había quedado junto a la puerta, listo para una rápida escapada. —Nos olvidamos de traerle café a Isobel —dijo Rhianne con una sonrisa exageradamente brillante.

Kai no necesitó que se lo dijeran dos veces. Con la agilidad de un gato evitando un chapoteo de agua, desapareció, cerrando la puerta tras de sí.

Rhianne examinó la oficina, buscando un lugar para depositar el milhojas. Su mirada se posó en una hermosa caja de regalo de cartón sobre la mesa. Elegantemente diseñada, la caja tenía grabados en oro y una cinta de satén, pareciendo demasiado lujosa para contener simples pasteles.

La curiosidad la atrajo más cerca. —¿Qué es esto? —preguntó Rhianne.

Isobel levantó un hombro, pero sus ojos se clavaron en la caja como si contuviera una serpiente enroscada lista para atacar.

Rhianne hizo lo único que cualquier persona normal haría: la abrió. El jadeo que escapó de sus labios fue recibido con un pesado suspiro de Isobel.

Rhianne miró fijamente el contenido, luego miró a Isobel. —¿Es esta una magdalena Golden Phoenix? —Su voz sonaba asombrada, incluso para sus propios oídos.

Había leído sobre la famosa magdalena en una revista. ¿Cuál era el titular? Ah, sí, “La magdalena más cara del mundo”. Si su memoria no le fallaba, la magdalena infundida en oro estaba hecha con cacao italiano, fresas orgánicas y vainilla de Uganda, acompañada de trozos de chocolate y mousse, todo espolvoreado con polvo de oro, por supuesto.

No había tarjeta de regalo, pero no era necesaria.

—Nel —dijo Rhianne.

Isobel contuvo la respiración.

—¿Cuándo llegó? —preguntó Rhianne.

—Esta mañana. —Un susurro apenas audible.

Rhianne estaba casi segura de que sus cejas habían alcanzado la frente. —¿Y aún no le has dado ni un mordisco?

Decir que la patóloga tenía debilidad por lo dulce era como decir que Papá Noel tenía una lista de deseos.

Isobel respondió con un breve movimiento de cabeza.

Suspirando, Rhianne cerró la caja, e Isobel pareció recordar cómo respirar de nuevo.

—No es gran cosa en comparación, pero te he traído un milhojas de vainilla —dijo Rhianne. Ni siquiera había terminado la frase cuando Isobel le arrebató la caja de las manos y la abrió. Sacando el delicado pastel, Isobel le dio un gran mordisco. Trozos de azúcar glasé volaron por todas partes, e Isobel cerró los ojos.

—Gracias —dijo, dando otro bocado.

—Eso puede funcionar a corto plazo, pero tarde o temprano vas a ceder. Lo sabes, ¿verdad? —dijo Rhianne.

Aferrándose al milhojas de vainilla, Isobel se sentó en su escritorio, girando su silla para alejarse de la caja de magdalenas.

—¡Me está torturando! —exclamó Isobel, después de devorar lo último del pastel.

Rhianne estaba dividida entre querer zarandear a Isobel y empatizar con lo que parecía una angustia genuina. —Vas a tener que explicarme qué está pasando. —Se sentó en una incómoda silla de plástico frente a Isobel.

Isobel sopló un mechón de pelo de su cara. —No hay nada que contar.

Rhianne ya había tenido suficiente. Se levantó y caminó en dirección a la magdalena. —En ese caso, y dado que parece que no la quieres, no te importará que me lleve esa magdalena, ¿verdad? No tiene sentido desperdiciarla.

Más rápido de lo que debería haber sido posible, Isobel apareció frente a ella y siseó.

Rhianne alzó las cejas y se cruzó de brazos. —Habla.

Los hombros de Isobel se hundieron, y apartó la mirada. Rhianne golpeó el suelo con el pie.

—De acuerdo —dijo Isobel, arrastrando a Rhianne de vuelta a la silla. Solo después de que Rhianne se sentara, Isobel volvió a acomodarse en su silla.

El silencio descendió sobre ellas como una espesa niebla. Un reloj anticuado en la pared marcaba los minutos. Ninguna de las dos se movió.

Si Isobel pensaba que ganaría permitiendo que el silencio las asfixiara, estaba a punto de llevarse una desagradable sorpresa. Rhianne había aprendido de la mejor a soportar el tratamiento silencioso: su madre.

Di lo que quieras sobre la Gran Bruja Esther Broadwater, pero su habilidad para ganar y prevalecer en cualquier discusión era legendaria. No, Rhianne era una oponente experimentada.

—De acuerdo —repitió Isobel, mordiéndose el labio—. No funcionará —añadió finalmente.

Rhianne ni se molestó en preguntar a qué se refería con “eso”. —¿Por qué no?

—¡Mírame! —dijo Isobel, haciendo un gesto hacia su abarrotada oficina. En una esquina, un esqueleto de tamaño natural parecía burlarse de sus palabras con su sonrisa permanente.

Rhianne inclinó la cabeza, frunciendo el ceño. —No estoy segura de entenderte. Veo a una mujer hermosa e inteligente que es adicta al trabajo. No muy diferente de cierto hombre vivaz que ambas conocemos. Desde donde estoy sentada, ustedes dos tienen mucho en común.

Isobel apretó un montón de papeles y los agitó enfáticamente. —Me gusta saber lo que pasa y planear para todas las eventualidades. No me gustan las sorpresas. Mi idea de pasarlo bien es quedarme en casa con un buen libro, comiendo un croissant de almendras de Reuben y bebiendo un café fino.

—Así que eres una introvertida controladora con debilidad por lo dulce —bromeó Rhianne.

Dejando los papeles, Isobel juntó las puntas de los dedos. —Y Nel es un extrovertido espontáneo que es el alma de la fiesta.

Rhianne negó con la cabeza. —Millones de parejas en todo el mundo son totalmente opuestas, y les funciona.

—Tengo mal genio —dijo Isobel rápidamente—. Y él siempre está tratando de provocarme.

Rhianne entrecerró los ojos mientras Isobel miraba al techo.

Kai eligió ese momento para entrar con un vaso de café para llevar. Observó el tenso silencio, luego, dejando el café frente a Isobel, salió directamente.

—La verdad esta vez, Isobel —dijo Rhianne, señalando la caja de la magdalena y levantando las cejas.

Los ojos de Isobel se abrieron de par en par. —¡No te atreverías!

—Ponme a prueba —desafió Rhianne. Estaba harta del drama y quería que Isobel confiara en ella.

Una avalancha de emociones cruzó el rostro de Isobel: ira, angustia, finalmente asentándose en resignación.

—No durará —susurró.

—¿Por qué? —preguntó Rhianne.

—Por la naturaleza de Nel —respondió Isobel.

Rhianne tiró de su cola de caballo y balanceó la silla sobre dos patas. —¿Te refieres a que es un poco tonto, no se toma a nadie en serio y corre demasiados riesgos estúpidos? —Había tendido la trampa y ahora esperaba, con la mirada fija en Isobel.

Isobel tardó apenas dos segundos en estallar. —¿Cómo puedes decir eso de tu mejor amigo? ¡Es increíblemente leal, generoso hasta el extremo y tan divertido! Es ingenioso, y guapo y... — Isobel agitó un dedo, con los ojos ardiendo—. Eso se llama entrapamiento.

—No. Se llama “estoy harta de las tonterías que me estás contando” —replicó Rhianne, con tono cortante. Podía sentir la tensión en la oficina crepitando como electricidad estática.

Isobel dejó escapar un pesado suspiro, con los hombros caídos. —Aunque es cierto que corre riesgos estúpidos y ni siquiera se toma en serio a sí mismo.

—¿Y? —la instó Rhianne.

—Eso es todo —dijo Isobel, con voz apagada, casi un susurro—. Solo soy un desafío. Uno del que se aburrirá tan pronto como me conquiste, y me quedará con el corazón roto. —Sus ojos brillaban.

Rhianne contempló robar la taza de café de Isobel para fortalecerse, excepto que ella no bebía esa cosa. En su lugar, se reclinó, tratando de encontrar las palabras adecuadas. —No sabes eso —dijo, suavizando su voz.

—Oh, pero sí lo sé —dijo Isobel, con una lágrima escapando por su mejilla—. He hecho mi investigación. Nel nunca ha estado con nadie por más de una semana.

Menos, en realidad. Nel nunca salía con alguien más de dos veces.

—Pero eso es porque no quiere que se obsesionen con él. ¡Las está protegiendo! Tú eres inmune a él —argumentó Rhianne.

—¿Lo soy? ¿Cómo sé que lo que siento es real? Además, Nel no cambiará sus hábitos de la noche a la mañana, y necesita reponer su energía, y la única manera es ser íntimo con otros. ¿Cómo se supone que debo aceptar eso? —dijo Isobel.

—¿Has intentado *hablar* con él? —preguntó Rhianne.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó Isobel—. Se pone poético mientras conducimos en sus ruidosos coches y me lleva a buenos restaurantes y teatros, *llenos de gente*!

Una sonrisa floreció en los labios de Rhianne. —¿Has tenido citas?

—¿Escuchaste lo que dije? ¡Argh! —Isobel levantó las manos—. Pues no, no he hablado con él, pero necesito proteger mi corazón. Ya se rompió una vez, y *no* voy a pasar por eso de nuevo.

Cuando Rhianne abrió la boca para discutir, Isobel levantó la palma. —Caso cerrado, detective. Déjalo estar.

La boca de Isobel se había convertido en una línea dura, y Rhianne supo que era mejor dejarlo por ahora. Pero no pudo evitar una última prueba. —¿Y la magdalena?

—Mío —dijo Isobel, levantando la barbilla como si la desafiara a contradecirla.

—Bien —Rhianne se reclinó y cambió de tema. Quién dijo que no sabía cuándo hacer una retirada estratégica—. ¿Algo interesante sobre Eldrin?

Pasó un momento antes de que Isobel relajara la barbilla, inclinando la cabeza. Rhianne ofreció su expresión más inocente. Una mirada fugaz cruzó los ojos de Isobel antes de que asintiera. ¿Decepción?

—Murió entre la medianoche y las cuatro de la madrugada. Puedo confirmar que la causa de la muerte fue una puñalada en el riñón; se seccionó una arteria renal. Si sirve de consuelo, habría sido rápido. También está claro por el ángulo de entrada que Eldrin estaba de espaldas al agresor y que el asesino probablemente sea diestro —dijo Isobel.

Sí, al igual que el ochenta por ciento de la población. Rhianne dudaba que los elfos fueran diferentes.

—¿Dónde está el cuchillo? —preguntó Rhianne.

Isobel frunció el ceño y comenzó a buscar en su escritorio, levantando papeles. —Toto pasó por aquí e insistió en llevárselo. ¡Ah, aquí está! —Isobel le entregó un papel a Rhianne.

Era una foto del cuchillo élfico. El mango tallado lucía runas simples cerca de la guarda y tenía un pomo de hueso.

—¿Qué tan grande era? —preguntó Rhianne.

—25 centímetros —respondió Isobel—. Bastante grande para una daga.

Rhianne no preguntó cómo sabía eso. —¿Una daga?

—A diferencia de otros tipos de cuchillos, tiene una punta muy afilada. Esta también tenía dos filos muy afilados. —Cuando Rhianne frunció el ceño, Isobel continuó—. Las dagas se usan

para el combate cuerpo a cuerpo, a menos que sean ceremoniales. Esta es claramente un arma de embestida.

—¿Por qué no se la llevó? —preguntó Rhianne.

Kai habló desde detrás de ella. —Esa es una buena pregunta.

¿Cuánto tiempo llevaba escuchando? No es que importara; podría ahorrarle tener que relatar la conversación con Isobel. Una que necesitaba algo de decodificación.

Isobel se encogió de hombros. —¿Se fueron con prisa?

—Alguien pudo haberlos interrumpido —dijo Kai—. ¿Tal vez el padre de Eldrin?

Un escalofrío recorrió la espalda de Rhianne, y no pudo sacudirse la sensación de inquietud que se asentó en la boca de su estómago. —O querían enviar un mensaje.

CAPÍTULO 9

Rhianne se despertó temprano a la mañana siguiente con las risas estridentes de las cucaburras fuera de su ventana, la suave luz del amanecer filtrándose a través de las cortinas. Se estiró, escuchando el alegre parloteo de las aves, y no pudo evitar sonreír con ironía.

—Está bien, está bien, ya me levanto —murmuró como si las cucaburras pudieran oírla, o les importara si lo hicieran.

Después de una ducha rápida, se puso sus vaqueros favoritos y una camiseta verde. Se ató el pelo en su habitual cola de caballo alta y luego bajó de su acogedor apartamento al vivero de abajo.

El aroma de la tierra fresca y la dulce fragancia de las flores de banksia la recibieron al entrar en el vivero. El aire cálido prometía un día caluroso por delante. Respiró hondo, disfrutando del aroma terroso, y se dirigió al invernadero principal. La luz del sol se filtraba a través de los paneles de vidrio, creando sombras juguetonas sobre la vibrante variedad de plantas.

Acababa de entrar en el invernadero cuando sintió la presencia de Carl. Se giró para saludarlo amistosamente.

—Buenos días, Carl.

—Buenos días —respondió Carl, con una sonrisa que no llegaba del todo a sus ojos.

Mientras Rhianne se dedicaba a añadir posos de café a las rosas, Carl se acercó como una sombra alta y ansiosa.

Rhianne hizo una pausa y lo miró.

—¿Necesitas algo? ¿Quizás un pasatiempo?

—No, estoy bien —pero no se alejó.

—Carl —Rhianne se levantó y lo miró a los ojos—. Entiendo que estés preocupado, pero aquí estoy a salvo. Nada puede penetrar las barreras.

Bueno, nada excepto magia élfica realmente poderosa, a la que solo la reina elfa tendría acceso. ¿Qué había dicho Toto? La reina tendría que encargarse de un hechizo muy específico para ello. Así que no, estaba bastante segura aquí.

Carl frunció el ceño y se movió inquieto.

—¿Estás segura?

Rhianne resistió el impulso de poner los ojos en blanco. Carl solo quería protegerla, aunque se sintiera más como asfixiarla.

—Sí, estoy segura. Toto lo dijo.

Tan pronto como lo dijo, se dio cuenta de que Toto no había regresado la noche anterior y no había señales de él por ninguna parte. La preocupación la carcomía y se frotó el pecho. No era la primera vez que desaparecía, quién sabe dónde, pero por lo general nunca por mucho tiempo.

Se encogió de hombros y se dijo a sí misma que estaba bien. Toto era poderoso y podía cuidarse solo. Pero se había visto tan abatido después de que dejaron la casa de Eldrin.

Tratando de sacudirse la preocupación, Rhianne volvió a sus tareas, y la mañana pasó volando en una nebulosa de entregas, papeleo y preguntas de los clientes.

Inevitablemente, cada vez que alguien se le acercaba, Carl aparecía de repente. Por suerte, dados los coquetos vistazos que le lanzaban, al menos algunos clientes apreciaban su presencia.

Al mediodía, sonó su teléfono, mostrando el apodo de Nel. Secándose la frente, contestó.

—Hola, grandullón, ¿ya has vuelto?

—Efectivamente, princesa —respondió Nel—. ¿Qué tal un almuerzo? Yo invito.

Rhianne dudó. Ayer había sido despreocupada sobre todo esto, pero hoy el peso del peligro se cernía más real. Por un lado, había un asesino elfo suelto, y odiaba tener que sentir la necesidad de mirar por encima del hombro. Por otro lado, la idea de estar demasiado asustada para salir de su apartamento y vivero le parecía ridícula. Se había enfrentado a vampiros mortales mientras los interrogaba como posibles sospechosos de asesinato, la habían arrojado a una zanja de tierra que se encogía e incluso la habían secuestrado unos gánsteres. En comparación con eso, un asesino elfo podría pasar por casi mundano.

Mmm, dijo una vocecita en su cerebro, pero Rhianne la ignoró.

No, no iba a dejar que esta amenaza actual la hiciera acobardarse en casa. Además, tenía un caso que investigar, y tal vez un almuerzo gratis no era la peor manera de tentar al destino.

—¿Estás ahí, princesa? —preguntó Nel.

—Sí, aquí estoy. Claro, suena genial. Aunque tendrá que ser discreto —y defendible, pero no lo dijo en voz alta. Lo último que necesitaba era que alguien más saltara ante las sombras a su alrededor.

—¿Oh? Ahora me tienes completamente intrigado. ¿Está relacionado con tu visita a una casa en el centro de Sídney con el altivo duque? —preguntó Nel.

No estaba realmente sorprendida. Nel tenía informantes por todo el país. Si un secreto valía la pena conocerlo, él lo sabría casi antes de que fuera susurrado.

—Tal vez —evadió Rhianne. Los clientes pululaban alrededor, y no estaba dispuesta a revelar nada mientras pudieran oírla.

—Encontrémonos en Sheldon's junto al agua —dijo Nel—. ¿Digamos en media hora? Y por favor, ponte algo que te haya comprado.

¡Ja! Nel había acusado a Aricen de ser un esnob, pero su afición por la ropa de diseñador era legendaria. Su armario probablemente habría hecho llorar a Imelda Marcos.

A lo largo de los años, había maniobrado para comprarle ropa cara porque “no se trataba de mantener las apariencias, sino de mostrar tu mejor versión”. *Sí, claro.*

—Que sean cuarenta y cinco minutos, entonces. Ah, y Kai viene —no esperó a que Nel respondiera, o más probablemente discutiera, antes de colgar.

Aunque la relación entre Kai y Nel había mejorado, no estaba exactamente en la etapa de “darse palmadas en la espalda”. Suspiró, admitiendo para sí misma que tal vez nunca llegaría a ese punto, pero pequeños pasos.

Las diferencias de personalidad eran definitivamente el problema entre Kai y Nel. Donde Kai era el océano profundo, Nel era el viento siempre cambiante.

Pero Rhianne se negaba a creer que fuera un problema insuperable. El hecho de que hubiera logrado llevar a Nel y Kai a un nivel civil demostraba que era posible.

Las diferencias de personalidad también afectaban a Isobel y Nel. Sin embargo, a pesar de sus negaciones y evasivas, saltaban chispas cada vez que estaban en presencia del otro. La forma en que sus ojos se iluminaban y sus cuerpos, aparentemente por voluntad propia, se acercaban... Sí, estaban enamorados, aunque fueran demasiado tercos para admitirlo.

Rhianne estaba decidida a encontrar una manera de juntar a Isobel y Nel, aunque tuviera que chocarles las cabezas para lograrlo.

Se rio por lo bajo al imaginarse a sí misma haciendo de árbitro con un silbato y una camiseta a rayas, obligando a los dos a abrazarse en un ring de boxeo. Quizás hasta vendería entradas.

Sacudió la cabeza y sacó su teléfono. —Hola, Genio Alfa —dijo cuando Kai contestó—. ¿Te apetece almorzar en Sheldon's?

* * *

Rhianne optó por un pequeño vestido negro para el almuerzo. Era elegante pero sencillo, con un corpiño ajustado que favorecía su figura y una falda que fluía justo por encima de sus rodillas como una suave brisa. El escote, discretamente bajo, revelaba un atisbo de clavícula, y la tela era suave al tacto. Lo combinó con sandalias negras de tacón bajo.

Se aplicó un toque de rímel y lo consideró suficiente. Por capricho, también se puso el anillo y los pendientes de esmeralda, regalos de la reina elfa y su mensajero personal. No podía negar el atractivo de las joyas —la llamaban— y se encontraba usándolas cada vez más a menudo.

Finalmente, se recogió el pelo en un moño alto, dejando algunos mechones delicados enmarcando su rostro. Se examinó en el espejo. *No está nada mal para una bruja verde sobre la marcha.*

Mucho más cómoda con ropa informal, aun así podía reconocer que, al menos con este clima, el vestido era una buena elección.

Un golpe en la puerta le indicó que Kai había llegado, y la abrió. Los ojos de Kai se agrandaron con apreciación, escaneándola de pies a cabeza como un artista admirando una obra maestra recién pintada. Las mariposas revolotearon en su estómago ante su mirada. *Quizás debería esforzarme más a menudo.*

Vestido con un traje a medida, había optado por un look más relajado sin corbata, con su camisa blanca impecable abierta en el cuello.

Inclinándose, le susurró al oído: —Me dejas sin aliento. —Su cálida proximidad le provocó un escalofrío por la espalda, y su corazón se aceleró.

Antes de que pudiera responder, la besó. Sus labios eran suaves e insistentes, enviando oleadas de calor por todo su cuerpo. Se dejó fundir en su abrazo, con las manos apoyadas en su pecho, sintiendo el latido constante de su corazón. El mundo se desvaneció, dejando solo a los dos en ese momento. La mente de Rhianne se llenó de una mezcla de emociones: afecto, emoción y un toque de nerviosismo.

Los brazos de Kai la rodearon, acercándola más, y ella sintió la fuerza y la ternura en su tacto. Su aroma, una mezcla de cardamomo y algo únicamente suyo, inundó sus sentidos. Suspiró suavemente contra sus labios, saboreando la conexión entre ellos. En su abrazo, se sentía segura y querida.

Cuando el beso terminó, ella levantó la mirada hacia sus ojos, los suyos reflejando la profundidad de sus sentimientos.

—Siempre sabes cómo hacer que una chica se sienta bien —dijo, con una voz apenas por encima de un susurro.

Carl se aclaró la garganta al pie de las escaleras, y con cierta reluctancia, Rhianne se giró para mirarlo. La cara de Carl se sonrojó, e intentó —sin éxito— ocultar su vergüenza frotándose las manos por el rostro. Los gárgolas eran simplemente adorables en sus pintorescas tradiciones.

—Mmm, siento interrumpir.

Kai sonrió con suficiencia, y Carl se sonrojó aún más.

—Supongo que van a algún lado —preguntó Carl, quitándose la gorra y girándola nerviosamente en sus manos.

Rhianne suspiró. —Vamos a almorzar con Nel en la ciudad.

—Bien, ¿necesitan que los acompañe? Podría esperar afuera si quieren.

¿*En serio?* Una chica es secuestrada *una vez*, y sus amigos se vuelven tan protectores como urracas con sus polluelos. Bueno, quizás la flecha fue un poco aterradora.

Rhianne solo podía imaginar a Carl, de dos metros de altura, con su camiseta de “Paisajes de Hojas de Té” esperando afuera de uno de los restaurantes más caros de Sídney. Probablemente las turistas se detendrían para hacerse selfies, pero estaba bastante segura de que la gerencia de Sheldon’s no estaría muy impresionada.

—No hace falta, Carl. Ya he puesto la barrera —dijo Kai.

¿*Eh?* Rhianne no sentía nada diferente. Cerrando los ojos, dejó que su magia se filtrara y probara el área. Estaba mejorando en el control del poder dentro de ella; aunque todavía intentaba ir a toda velocidad, no resistía tanto cuando lo retenía y lo contenía.

Ahora que se concentraba, la barrera que Kai había construido era obvia. Incluso se sentía como él: fresca y tranquila, como las aguas de un estanque en una caverna profunda.

Kai le dio un suave tirón a Rhianne, guiándola escaleras abajo. Se despidieron de Carl, quien respondió tocándose la gorra.

Mientras conducían hacia la ciudad, el paisaje urbano de Sídney los envolvió gradualmente.

Las calles salpicadas de sol bullían de actividad de fin de semana, y la energía vivaz de la ciudad se filtraba en el coche.

Cruzaron el Puente del Puerto, el gigante de acero desafiando a cualquiera que cuestionara su dominio sobre el agua. La icónica Ópera de Sídney apareció a su izquierda, sus velas blancas brillando contra el cielo cerúleo como un pavo real albino gigante mostrando sus plumas.

Pronto, entraron en el distrito de The Rocks, un área histórica conocida por sus calles empedradas y encantadores edificios coloniales.

Rhianne admiró las estructuras catalogadas como patrimonio con sus ventanas altas y estrechas. —Estas calles son tan antiguas que casi puedo ver un carruaje tirado por caballos

cortándonos el paso.

Kai navegó con facilidad por los estrechos callejones, finalmente girando hacia un estacionamiento subterráneo.

Subieron al ascensor, que zumbó mientras ascendía hasta la cima. Las puertas se abrieron con un suave tintineo, revelando la entrada del restaurante.

Sheldon's era el epítome de la elegancia. Las ventanas del suelo al techo ofrecían una vista panorámica del agua resplandeciente, donde los ferris se deslizaban y los yates se mecían en sus amarres como invitados ebrios a una fiesta.

El interior, con suelos de mármol pulido, brillaba y las lámparas de cristal resplandecían como si tuvieran cautivos mil soles diminutos.

Los muebles elegantes y modernos lucían tan impolutos que probablemente eran alérgicos al polvo. El sutil aroma de la cocina gourmet, una mezcla tentadora de trufas, hierbas frescas y algo innegablemente caro, impregnaba el aire.

Una mujer con falda de tubo y blusa de seda color crema se acercó a ellos. Su atuendo parecía haber sido confeccionado a medida por un equipo de magos de la moda, abrazando perfectamente su esbelta figura. Un único hilo de perlas alrededor de su cuello brillaba bajo las luces de la araña. Su cabello negro y liso estaba peinado en un clásico moño, sin un solo mechón fuera de lugar. Sus ojos los escanearon con educada indiferencia. —Bienvenidos a Sheldon's. ¿Puedo ayudarles?

—Somos invitados de Nel Lamont —dijo Rhianne.

La cortesía dio paso a la deferencia. —Por supuesto, señorita. Por favor, síganme.

El restaurante parecía estar lleno. Rhianne apostaba a que el menú no mostraba el precio de los platos.

Vaya con el alto costo de vida.

La disposición de las mesas permitía cierta privacidad a los comensales, creando íntimos rincones de conversación. La mujer los guio a una esquina junto a la ventana. Sorprendentemente, las dos mesas más cercanas estaban vacías.

Nel se puso de pie cuando se acercaron, su traje de diseñador de color claro impecable. Saludó a Rhianne con un beso en cada mejilla y le hizo un gesto con la cabeza a Kai.

Volviéndose hacia la mujer, Nel dijo: —Gracias, Therese. ¿Podrías traer el especial para mí y mis invitados, por favor?

Therese era demasiado profesional para perder la compostura ante la sonrisa deslumbrante de Nel. Pero aunque no se desmayó, era evidente que le costó mantener la calma.

—Por supuesto, señor Lamont. —Therese apartó una silla para Rhianne y esperó hasta que ella y Kai estuvieran sentados, colocando cuidadosamente una servilleta en el regazo de cada uno antes de marcharse apresuradamente.

Rhianne hizo un gesto hacia las mesas vacías. —Supongo que no es una coincidencia que esas mesas estén libres.

Nel sonrió con suficiencia. —Dijiste que querías discreción. Tus deseos son órdenes para mí.

—Espero que no hayas usado esa frase con Isobel —dijo Rhianne, sonriendo.

La sonrisa de Nel se atenuó, como una bombilla parpadeando bajo una caída de tensión, mientras se ajustaba las solapas.

Un camarero apareció con una botella de Pinot Gris, presentándosela a Nel. Este asintió en señal de aprobación. El camarero descorchó la botella y sirvió una pequeña cantidad en una copa, entregándosela a Nel. Él hizo girar el vino, lo olió y asintió de nuevo.

Probablemente estaba ganando tiempo para controlar sus emociones, y una punzada de simpatía golpeó el pecho de Rhianne. Le picaban las manos por alcanzar y apretarle la mano, pero antes de que pudiera actuar siguiendo ese impulso, Nel se reclinó y su máscara volvió a su lugar.

El camarero llenó las copas de Kai y Rhianne y se marchó.

—El Corazón del Mundo de los Fae es toda una fabulosa leyenda —dijo Nel, con un tono ligero pero los ojos afilados.

Rhianne se inclinó hacia adelante. —¿Qué has averiguado?

Nel sonrió, probablemente disfrutando de tener a Rhianne como audiencia cautiva, mientras lograba ignorar las miradas furtivas de Kai a su teléfono.

—¿Cómo te topaste con esta pequeña joya? —preguntó Nel.

—Mmm, bueno, tengo un caso —se esquivó Rhianne.

—El duque te contrató, ¿no es así? Astuto tipo —dijo Nel, con una mirada calculadora asentándose en su rostro mientrasladeaba la cabeza.

Rhianne agitó su dedo. —No, ni lo intentes. El caso es confidencial.

Su sonrisa volvió con toda su fuerza. —¿Incluso para tu mejor amigo?

—Especialmente para mi mejor amigo, que resulta que comercia con información como otros comercian con antigüedades —respondió Rhianne, con un tono juguetón pero firme.

Nel se llevó una mano al pecho. —Me hieres.

El camarero llegó con una selección de canapés y colocó la bandeja de porcelana sobre la mesa. Delicadas rosas de salmón ahumado reposaban sobre rodajas crujientes de pepino,

adornadas con una pizca de crème fraîche y un toque de eneldo. Bruschettas en miniatura presentaban tomates secos, albahaca fresca y un chorrito de glaseado balsámico sobre rebanadas de baguette tostado. Pequeñas conchas de hojaldre albergaban queso de cabra cremoso, coronado con miel y una sola nuez tostada.

Kai tomó un trozo de bruschetta y le dio un mordisco, mientras Rhianne cogió una rodaja de salmón y se la llevó a la boca. El sabor rico y ahumado creó una deliciosa explosión en su lengua.

—¿Realmente encontraste algo sobre el Corazón? —preguntó Rhianne mientras alcanzaba una bruschetta.

—Por supuesto. —Nel se burló—. Pero ayudaría si supiera por qué quieres saberlo.

Para Nel, la información no era solo moneda de cambio; saber cosas era parte de quien era, estaba ligado a su sentido de valía.

Ella suspiró. —Tu palabra de que no compartirás ni usarás esta información a menos que lo aclares conmigo primero.

—¡Hecho! —Nel se inclinó hacia adelante, sus dedos tamborileando sobre la mesa.

—Un caso de asesinato, con daga élfica —dijo Rhianne.

CAPÍTULO 10

—¿Un asesinato? —La boca de Nel se torció en las comisuras—. ¿No será Joshua o Eldrin Delmar?

Rhianne asintió. —Desafortunadamente, sí. Eldrin.

—Un artista muy talentoso, sin duda, con un alma bondadosa —dijo Nel, negando con la cabeza.

Como conocedor de arte, tenía sentido que hubiera conocido a Eldrin.

—También hubo un intento contra Rhianne ayer por la mañana con una flecha élfica —dijo Kai.

El rostro de Nel se transformó. Sus ojos, que hace un momento estaban tranquilos, ahora se abrieron de par en par, con las pupilas dilatadas como pozos negros de furia. Apretó la mandíbula y sus labios se curvaron hacia atrás, dejando al descubierto los dientes en un gruñido.

—¿Lo atrapaste? —escupió Nel.

—No estaba allí —dijo Kai—. Sucedió fuera de los límites y del perímetro de seguridad.

Nel respiró hondo y desenganchó sus dedos uno por uno del borde de la mesa. Escaneó el salón con el ceño fruncido.

—Tengo una barrera mágica protectora sobre Rhianne ahora mismo. Ni siquiera una bala podría penetrarla —dijo Kai.

El estómago de Rhianne se retorció. La magia tenía un precio. Era como hacer ejercicio extenuante y pasaba factura. Kai parecía estar bien, pero esto debía estar costándole. Tendría que limitar sus salidas para que no terminara agotado.

—Ya veo. —Nel inclinó la cabeza hacia Kai. Sus ojos se suavizaron y las líneas alrededor de ellos se relajaron—. Gracias.

¡Vaya! ¿Nel acaba de agradecer a Kai y lo dijo en serio?

—Bien. Ahora mi información tiene más sentido —dijo Nel.

El camarero llegó con pequeños cuencos de gazpacho. El líquido rojo brillaba bajo los rayos del sol que se filtraban por la ventana, con pequeños trozos de hierbas verdes flotando en la

superficie. Un remolino de aceite de oliva y un toque de queso feta desmenuzado completaban la presentación, mientras el aroma de tomates y ajo impregnaba el aire.

Ignorando la sopa, Nel continuó. —El Corazón es más que una leyenda. Mi fuente afirma que la gente lo ha visto. Supuestamente es similar a un huevo Fabergé, elaborado con el esmalte verde más profundo e incrustado con oro. Está cubierto de esmeraldas y diamantes. Tengo un dibujo de buena calidad que puedo enviaros.

Al menos sabría cómo se veía. Útil para reconocerlo, si alguna vez lo encontraba.

Nel bebió un sorbo de su vino. Apenas había probado la sopa. —Hay dos versiones de la leyenda. Una es que otorga gran poder a quien lo posee. Suficiente para gobernar el reino.

El camarero retiró sus cuencos y depositó delicadas vieiras en la mesa, junto con un acompañamiento de brócoli y piñones. Las vieiras estaban dispuestas con precisión, como pequeñas perlas anidadas en una cama de espinacas y migas doradas.

Nel pinchó una vieira. —La otra versión afirma que tiene un gran poder, pero nadie puede manejarlo, solo custodiarlo. Los guardianes son responsables de nutrirlo y asegurarse de que no caiga en las manos equivocadas.

—Eso no suena nada ominoso —dijo Kai, arqueando una ceja.

Rhianne se inclinó hacia adelante. —Si Eldrin lo tenía, ¿era consciente de lo que era? ¿Dónde podría estar ahora?

Nel se encogió de hombros, finalmente dando un bocado a su vieira. —Dado lo que sé de Eldrin, habría tenido la intención de mantenerlo a salvo. ¿En cuanto a dónde está ahora? Mis fuentes no encontraron nada.

Las palabras de Nel eran cortantes, con evidente frustración en su tono. Detestaba no saber las cosas, y este misterio lo carcomería. —Seguiré investigando —dijo—. Algo aparecerá.

Llegó el postre: tres platos, cada uno con un delicado milhojas, con capas de hojaldre dorado y crema de vainilla, cubierto con un chorrito de caramelo y frambuesas frescas.

Rhianne tomó una cucharada de su postre antes de responder. —Todo lo que Isobel pudo decirme es la hora de la muerte, entre la medianoche y las cuatro, y que el agresor probablemente era diestro.

—Además, tenemos grabaciones del exterior de la casa, que aún no he tenido mucha oportunidad de revisar —dijo Kai.

Ah, por eso Kai había estado tan distraído. Probablemente estaba ansioso por revisarlas.

—¿Puedo echar un vistazo? —preguntó Nel.

Kai les hizo un gesto para que se acercaran, apartando algunos platos antes de proyectar un video sobre el mantel blanco. Las imágenes eran borrosas, mostrando a alguien con una sudadera y ropa holgada, de espaldas a la cámara.

Kai congeló la imagen y señaló la figura. —Comparando su altura con la puerta, probablemente mida alrededor de un metro ochenta.

Rhianne entrecerró los ojos mirando la imagen. —Es imposible decir si es hombre o mujer.

Nel se inclinó más cerca, entrecerrando los ojos. —Mira, presionan el timbre con la mano derecha. Otro punto para un sospechoso diestro.

Negando con la cabeza, Rhianne volvió a entrecerrar los ojos mirando la figura. —Ni siquiera puedo decir con seguridad si es un elfo. Pero de todos modos, está fuera de la ventana de tiempo.

—Eso no significa que no sea el asesino —dijo Kai.

—Menuda coincidencia —dijo Nel.

—Sí, no me gustan las coincidencias —dijo Rhianne, enroscando un mechón de pelo—. Una posibilidad es que entraran, se escondieran y cometieran el asesinato más tarde.

—¿No los habrían visto Aerlyn o Joshua? —preguntó Kai—. Además, Eldrin los habría dejado entrar y habría sabido si no se hubieran ido.

—¿Quién es Aerlyn? —preguntó Nel.

—La vecina de Eldrin y cuidadora de Joshua —respondió Kai.

Rhianne tamborileó con los dedos sobre la mesa. —Podrían haber fingido irse.

Pero no sonaba bien. Miró por la ventana, dejando que sus ojos se posaran en las velas de la Ópera. —Eso nos lleva a la otra posibilidad. El agresor discutió con Eldrin, por eso Eldrin estaba alterado después y se fue. Luego volvieron más tarde y lo mataron. ¡Espera! ¿Volvieron a salir?

Kai movió la mano y el metraje avanzó rápidamente hasta que la figura salía de la casa.

—Están encorvados. Ni siquiera puedo ver sus manos, mucho menos su cara —dijo Rhianne, con su frustración burbujeando bajo la superficie como una tetera a punto de hervir—. ¿Crees que eran conscientes de la cámara?

Kai se tocó la barbilla y reprodujo la secuencia. —Parece que se están ocultando de miradas indiscretas más que nada. Por nuestra visita al reino élfico y lo que sabemos de ellos, los elfos no son precisamente expertos en tecnología. Aunque sabían lo suficiente como para usar ropa que les ayudara a pasar desapercibidos.

En ese momento, el camarero se deslizó con una bandeja, colocando una selección de té, una tetera pulida y un plato de chocolates Lindt sobre la mesa. Nel le ofreció un asentimiento

distraído.

—¿Y después? —preguntó Rhianne, pero Kai ya había comenzado a adelantar el video. Observaron cómo Aerlyn y Joshua regresaban. La sílfide tenía su brazo entrelazado con el de él, y Joshua se comunicaba con señas rápidas. Desaparecieron dentro y luego... nada hasta que Rhianne e Isobel llegaron a la puerta a la mañana siguiente.

Antes de que Rhianne pudiera preguntar, Kai ya había cambiado a las imágenes de la parte trasera de la propiedad. Parecía que Skye había sido bastante minuciosa con su equipo de vigilancia.

La parte trasera de la casa de Eldrin contaba con un patio no más grande que un espacio para un coche, rodeado por altos muros cubiertos de hiedra, la planta trepadora tejiendo densos patrones. En lugar de una puerta, una persiana de garaje lo separaba del callejón, su superficie metálica brillando bajo la escasa luz.

Kai negó con la cabeza ante la imagen que avanzaba rápidamente. —Nadie entró por ahí tampoco.

—¿Cómo entraron después, entonces? —se preguntó Rhianne en voz alta. Entonces se le ocurrió una posibilidad—. Algunos fae pueden transformarse en animales, como Toto y Aricen. Si su forma animal fuera un pájaro, podría haber volado hasta el piso superior y no nos habríamos enterado.

Nel, que se había quedado callado cuando vio a Isobel en el video, intervino: —No creo que esa habilidad sea tan común. El duque ciertamente se jacta de ella en cada oportunidad.

Rhianne suspiró y desenvolvió un chocolate. —De todos modos, eso no nos ayuda a reducir las opciones. Por lo que sabemos, el culpable podría haber huido de vuelta al reino élfico para no regresar nunca.

—No si su objetivo es obtener el Corazón por cualquier medio —dijo Nel.

El pulso de Rhianne se aceleró. El recuerdo de la flecha apuntando a su cabeza destelló en su mente. Una flecha que Toto se había llevado. Se metió el chocolate en la boca, pero ni siquiera la rica dulzura pudo calmar sus nervios. *¿Dónde estás, Toto?*

—Eso nos deja con una pregunta clave, sin embargo —dijo Kai, mientras Rhianne elegía tres bolsitas de té, las colocaba en tazas y vertía agua caliente sobre ellas—. ¿Por qué atacar a Rhianne?

Nel tomó la taza de té que Rhianne le ofreció y dio un sorbo. —La respuesta más probable es que piensan que Rhianne tiene el Corazón.

—Bueno, no lo tengo. ¿Y por qué pensarían eso? —preguntó Rhianne, dejando que el té caliente calmara su estómago revuelto.

—Esa es una suposición, pero creo que necesitamos hacer más investigación. Ver si hay algún tipo de conexión oscura entre Rhianne y Eldrin —dijo Kai.

—Nunca lo conociste, supongo —preguntó Nel, sin esperar su respuesta—. No, no lo habrías hecho. Era bastante reservado. Haré algunas averiguaciones más. Un elfo que viene al lado terrenal está destinado a llamar la atención. Necesitaba conseguir la ropa en algún lugar, para empezar.

Kai apagó la pantalla, y todos volvieron a colocar sus sillas en sus posiciones originales. —Haré algunos análisis del metraje. Puede haber una forma de determinar la forma del elfo observando cómo le queda la ropa mientras se mueve —dijo Kai.

Nel asintió. —¿Qué hay de la seguridad de Rhianne?

Aquí vamos. Nel ni siquiera la miró cuando planteó la pregunta.

—Carl y yo nos turnaremos hasta que sepamos que la amenaza ha desaparecido —dijo Kai.

—¡Oye! —Rhianne agitó las manos—. ¡Estoy aquí! Y puedo cuidarme sola. —Señaló a Nel—. Te di una paliza en nuestra última lucha en el gimnasio.

Kai se rió entre dientes.

—No contra la flecha de un asesino, no puedes —replicó Nel.

—Miren, no necesito niñeras. —Cuando ambos hombres la miraron con las cejas levantadas, ella puso los ojos en blanco—. Ciertamente no en el vivero o en mi apartamento. Esas protecciones no pueden ser violadas. Kai las probó.

Varias veces. Era minucioso.

—Bien —dijo Nel, como si estuviera haciendo una gran concesión—. Pero fuera de esos límites, uno de nosotros debe estar contigo en todo momento.

—Solo hasta que esto se resuelva —dijo Rhianne, cruzando los brazos.

Y cuanto antes encontrara al asesino, antes podrían volver las cosas a la normalidad. O lo que fuera que pasara por normal en su vida estos días, que, si era honesta, involucraba mucha más magia ansiosa y *peculiar* y árboles sensibles de lo que jamás había planeado.

Después de agradecer a Nel por la comida, Rhianne y Kai se dirigieron de vuelta al coche. Kai se deslizó en el asiento del conductor, y Rhianne se acomodó a su lado, su mente aún zumbando con los eventos del día.

Mientras conducían por las calles suburbanas, el teléfono de Kai vibró. Miró la pantalla y frunció el ceño. —Tengo que atender esto —dijo, poniendo la llamada en altavoz—. Kai Wagner

al habla.

La voz al otro lado crepitó con urgencia. —Kai, soy el Comandante de Área Johnson. Tenemos una situación. Te necesitamos en el lugar inmediatamente.

Kai suspiró, lanzando una mirada rápida a Rhianne. —Tengo tus coordenadas. Estaré allí en media hora.

Terminó la llamada y se volvió hacia Rhianne. —Parece que tengo que cortar nuestra tarde.

Rhianne asintió, dándole una sonrisa tranquilizadora. —Ve, haz lo que tengas que hacer. Estaré bien.

El coche se detuvo junto al vivero, las escaleras hacia su apartamento a solo unos pasos de distancia. Kai se inclinó, sus labios rozando los de ella en un beso fugaz. Mientras su mano tocaba la manija de la puerta, él la miró a los ojos, su mirada intensa. —Ten cuidado —dijo, su voz más suave de lo habitual.

Rhianne asintió, una sonrisa irónica tirando de sus labios. Con una rápida mirada a las ramas de los árboles que se mecían —los árboles no parecían estar en alerta— salió.

—Siempre lo tengo —respondió Rhianne con un guiño.

Observó cómo Kai se alejaba a toda velocidad. Era un testimonio de su preocupación por esta inusual y urgente llamada que Kai no la hubiera confrontado por la mentira descarada.

Volviéndose hacia su apartamento, el camino familiar la recibió de vuelta.

El misterio del Corazón persistía en sus pensamientos cuando un ruido llamó su atención. El vivero ya había cerrado por el día, aunque a veces Carl o Alice se quedaban después del cierre si se necesitaban entregas temprano a la mañana siguiente.

—¡Carl! —gritó, dirigiéndose hacia la entrada principal. Pero entonces se dio cuenta de que el ruido había venido de su vivero privado y redirigió sus pasos. Frunciendo el ceño, se detuvo, inclinando la cabeza para escuchar.

Una bandada de cacatúas se elevó en vuelo, graznando alarmadas. Los árboles agitaron sus hojas como viejos gruñendo sobre el clima —ya fuera por molestia o algo más, Rhianne no podía decirlo.

La puerta de su vivero privado estaba cerrada con llave como de costumbre. Aquí, Rhianne trabajaba con sus plantas curativas lejos de miradas indiscretas. El aroma a vainilla y cítricos de sus raras orquídeas la invitaba a entrar. Desbloqueó la puerta y entró.

—¿Toto?

Nadie excepto ella y Toto tenían permiso para entrar aquí. Sus plantas eran preciosas y requerían cuidados especializados. Además, este también era el lugar donde practicaba su magia

élfica. Una magia que era impredecible y tan entusiasta como un joven Pastor Vasco en plena jornada de pastoreo.

Rhianne se había desmayado un par de veces al intentar usarla. Pero incluso Toto admitía que estaba mejorando en su control, como un surfista que finalmente atrapa la ola perfecta, aunque esa ola ocasionalmente se convertía en un delfín juguetón con mente propia.

Todo parecía normal. Su mesa de trabajo estaba en su estado habitual, con varias plántulas y tubos sobre ella. Caminó más adentro para inspeccionar sus orquídeas raras. Cuando alcanzó una, esta pulsó bajo sus dedos. Un escalofrío le recorrió la espalda y la nuca de Rhianne hormigueó. Sin esperar a que su cerebro lo procesara, su cuerpo pivotó hacia una postura de capoeira Esquiva, un pie adelante, brazo arriba.

Una tenue luz se formó frente a ella, brillando en los bordes. Un portal. Su corazón latía con fuerza. *¿Estaría Toto regresando?* Pero en lugar de un perro blanco y esponjoso, la figura de un imponente elfo vestido de oscuro atravesó el portal.

¡No podía ser! ¿Cómo habían roto las protecciones? El pánico estalló en su pecho mientras escaneaba el área inmediata en busca de un arma. Las tijeras que usaba para sus esquejes estaban fuera de alcance, pero tal vez si el elfo se movía a la izquierda, tendría una oportunidad.

Pero en su lugar, el elfo acortó la distancia entre ellos.

Por supuesto que lo hizo; no tengo tanta suerte.

¡Espera! El reconocimiento la golpeó como un rayo. Sabía quién era. —¿Alvador? —susurró, su voz temblando con una mezcla de conmoción y temor.

¿Qué hacía aquí la Sombra, el espía y asesino de la Reina Elara?

—Saludos, híbrida —dijo él con desdén.

—Mi nombre —replicó ella en un tono cortante— es Rhianne.

Antes de que pudiera hablar más, Alvador se abalanzó hacia adelante y agarró su brazo con un agarre como una prensa.

El instinto se activó. Ella bajó su peso y torció su muñeca bruscamente, rompiendo su agarre. Mientras se liberaba, pivotó sobre su talón y levantó su codo en un arco rápido, apuntando a su mandíbula. Alvador esquivó con gracia fluida, sus movimientos casi un borrón.

Ella se puso de pie de un salto, su corazón latiendo con fuerza. La expresión de Alvador era fría, calculadora. Se movía con la precisión de un bailarín, su estilo de lucha élfico elegante.

Si la situación no fuera tan grave, Rhianne le habría pedido consejos, o al menos el nombre de su coreógrafo. Rhianne se lanzó a una serie de patadas, su cuerpo girando con facilidad practicada.

Alvador paró cada patada, sus manos un borrón de movimientos defensivos.

La mente de Rhianne corría. Necesitaba superarlo en ingenio. Fingió una patada, luego cambió, su pierna balanceándose en un amplio arco. Alvador anticipó el movimiento, esquivando y contraatacando con un golpe rápido dirigido a su abdomen. Ella apenas lo esquivó, sintiendo la corriente de aire mientras su puño pasaba a centímetros de sus costillas.

—Impresionante, híbrida —los ojos de Alvador brillaron con diversión—. Pero no es suficiente.

Sus pulmones y músculos gritaban en protesta, pero no podía permitirse disminuir la velocidad.

—La práctica hace al maestro —resopló, pasando a una patada, esperando tomarlo por sorpresa. Alvador igualó sus movimientos uno por uno; su agilidad era sobrenatural.

—Sabes, si todo este asunto de la Sombra no funciona, siempre podrías convertirte en un jugador profesional de quemados —jadeó, esquivando otro golpe.

Él barrió su pierna, y ella cayó al suelo, volcando una bandeja de plántulas. Rodó justo a tiempo para evitar su golpe de seguimiento.

El miedo la impulsaba. Volvió a ponerse de pie de un salto, su mente buscando frenéticamente una nueva estrategia. Mientras Alvador avanzaba, ella se dejó caer en un Macaco de capoeira, un flic-flac hacia atrás que le dio un momento de respiro y un nuevo ángulo de ataque. Apuntó una patada rápida a su cabeza, pero él la bloqueó con facilidad, respondiendo con un agudo golpe de codo.

El dolor explotó en su hombro, pero apretó los dientes, negándose a ceder. Con un aumento de determinación, usó el impulso de su golpe para girar, su pierna cortando el aire hacia el torso de él. Por una fracción de segundo, la sorpresa brilló en los ojos de Alvador, pero se recuperó rápidamente, atrapando su pierna y usando su propia fuerza para desequilibrarla.

Rhianne golpeó el suelo con fuerza, jadeando por aire. Alvador se alzaba sobre ella, su sombra cerniéndose como un oscuro presagio. La desesperación surgió dentro de ella mientras reunía sus últimas fuerzas. Lanzó una poderosa patada, conectando con su rodilla.

Alvador se tambaleó, una mueca de dolor cruzando su rostro.

Entrecerró los ojos y levantó su mano, y una luz azul y espeluznante crepitó en sus dedos.

Rhianne apenas tuvo tiempo de prepararse cuando una oleada de magia la golpeó, envolviéndola en una energía fría y paralizante. Su visión se nubló, el mundo a su alrededor desvaneciéndose en una neblina.

—No —susurró, su voz apenas audible mientras la oscuridad se cernía. Su cuerpo se sentía pesado; sus pensamientos se desvanecían.

Kai se va a enojar tanto.

Lo último que vio fue el rostro ceñudo de Alvarador antes de que todo se volviera negro.

CAPÍTULO 11

Los ojos de Rhianne se abrieron lentamente, su cabeza palpitando con un dolor sordo. Parpadeó varias veces, tratando de entender su entorno. Una suave luz dorada se filtraba a través de cortinas translúcidas como el sol de la mañana a través de la niebla.

Yacía en una cama con dosel tallado, su estructura hecha de madera pulida que brillaba. Las sábanas debajo de ella eran de seda, bordadas con delicados patrones de enredaderas y hojas.

Exuberantes plantas llenaban la habitación, sus vibrantes verdes y coloridas flores creaban una atmósfera casi selvática, y el aire estaba impregnado con los aromas de flores en flor y vegetación fresca. Algunas plantas las reconocía: raras orquídeas que exhalaban una fragancia dulce y delicada, y helechos con hojas como encaje; y otras le eran desconocidas, sus flores brillando tenuemente o meciéndose suavemente a pesar de la ausencia de brisa.

Se incorporó, sus músculos protestando por el movimiento. A medida que sus sentidos se agudizaban, los sutiles y relajantes aromas de lavanda y jazmín la alcanzaron, mezclándose con un toque de algo mágico que no podía identificar del todo.

La realización la golpeó. —Genial, justo lo que necesitaba —murmuró, mirando alrededor—. Secuestrada por un elfo y ahora atrapada en el reino élfico.

Al menos no era un vieja nave industrial en medio de la nada. *¿Progreso, no?*

A pesar de su voz interior optimista y el lujoso entorno, un nudo de ansiedad se apretó en su estómago.

Balanceó las piernas sobre el borde de la cama. El camisón de seda le caía hasta los tobillos y se sentía a la vez lujoso y extraño contra su piel.

Al ponerse de pie, sus pies presionaron contra la suave madera debajo. Dio un paso tentativo hacia la puerta, su mente corriendo con preguntas. Pero se detuvo cuando vio un bulto acurrucado en un gran sillón de terciopelo.

Aria, la mensajera de la reina, yacía con los ojos cerrados, su cabello dorado como el trigo tejido en una trenza corona. En su sueño, su pequeña boca en forma de corazón mantenía una expresión serena.

Rhianne había conocido a Aria cuando resolvió el caso del asesinato de la mejor amiga de la Reina Elara unos meses atrás.

La pequeña hada era adorable. De unos sesenta centímetros de altura, las delicadas y brillantes alas de Aria estaban pulcramente plegadas contra su espalda. El suave subir y bajar de su pecho hacía que las alas de gasa se estremecieran.

Rhianne dudó, luego dio otro paso, el susurro de su bata despertando a Aria de su sueño. Sus párpados temblaron, luego se abrieron, su mirada aclarándose al fijarse en Rhianne.

El hada sonrió, revelando dientes diminutos pero afilados como navajas. —¡Dama Rhianne! Es maravilloso verte de nuevo, estimada Sanadora —cantó, acercándose. Un trino alegre escapó de sus labios—. Eres tan hermosa y notablemente joven como recuerdo. Siempre es un privilegio estar en tu presencia.

Su sonrisa se apagó mientras estudiaba a Rhianne de pies a cabeza. —Estaba profundamente angustiada y extremadamente preocupada por ti después de saber que ese *vil* Sombra te golpeó con su magia. Se le había confiado el más alto nivel de cuidado. La reina fue muy insistente en esto. Tendré unas palabras con él; ciertamente las tendré. —Asintió, sus delicadas alas aleteando mientras hablaba.

La idea de la pequeña hada “teniendo unas palabras” con el alto y amenazante Sombra hizo que los labios de Rhianne se curvaran. Solo la expresión en el rostro de Alvador valdría la pena el precio de la entrada.

La mano de Aria tocó la frente de Rhianne. —¿Estás bien? ¿Necesitas algo? ¡Por los violines y las luciérnagas! ¡Debes necesitar sustento! —Sin esperar una respuesta, tomó la mano de Rhianne y comenzó a tirar de ella hacia la puerta. Luego, tan repentinamente, se detuvo y miró fijamente el camisón de Rhianne. Su mano voló a su boca—. ¿Preferirías que pidiera que te trajeran la comida?

A estas alturas, Rhianne sabía que su opinión no era necesaria, pero asintió de todos modos.

Las manos de Aria dibujaron pequeños círculos, y pequeños destellos de luz brotaron, formando un orbe pulsante. El aire a su alrededor brilló con un suave resplandor mágico, las chispas bailando como luciérnagas. El orbe, una esfera radiante de luz infundida con tonos de esmeralda y oro, flotó momentáneamente antes de salir disparado por la ventana a una velocidad vertiginosa, dejando un rastro de polvo brillante a su paso.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que la habían secuestrado? —Mis amigos estarán preocupados. Necesito hacerles saber que estoy bien. —Kai estaría fuera de sí.

Aria le dio unas palmaditas en la mano. —Lo sospechaba y he dejado un mensaje con tu guardián fae. Estoy segura de que se asegurará de que los demás sean informados.

¿Por qué Toto no estaba aquí entonces?

—¿Hablaste con él? —preguntó Rhianne.

Aria negó con la cabeza. —No estaba en tu morada; sin embargo, me he asegurado de que el mensaje siga transmitiéndose. No pasará mucho tiempo antes de que se entere.

Tomándola de la mano, Aria la guió a través de la habitación hasta un armario de caoba que ocupaba toda la pared lateral. Sosteniendo ambas manijas, Aria lo abrió de par en par en un solo movimiento amplio.

Mmm. Aria es más fuerte de lo que parece.

Dentro, debía haber docenas de atuendos, desde elegantes vestidos élficos formales tejidos con hilos de plata y oro hasta túnicas y mallas a juego. Los vestidos brillaban con bordados detallados de hojas y flores, mientras que las túnicas y mallas, hechas de suaves telas en tonos tierra, exudaban un encanto refinado pero funcional. Desafortunadamente, no había jeans a la vista.

El hada miró fijamente el armario y se tocó la barbilla. —Su Majestad ha solicitado tu presencia una vez que se hayan atendido tus necesidades. Como la reunión es informal, no hay requisitos de vestimenta específicos. Por favor, selecciona lo que prefieras, ya que te verás encantadora con cualquier elección. —Aria se giró y escaneó a Rhianne una vez más—. ¡Benditas sean mis alas! Tu figura es bastante delicada y, eh, menuda —dijo Aria.

Rhianne cubrió una risita con una tos. *Mira quién habla.*

Ajena a la reacción de Rhianne, Aria continuó. —Y aquí estoy parloteando, cuando estoy *segura* de que tienes muchas preguntas.

En efecto, Rhianne las tenía, pero cuando abrió la boca, Aria se le adelantó. —Todo eso debe esperar, por supuesto, hasta que estés debidamente instalada. —Hizo un gesto hacia el armario.

Rhianne suspiró profundamente. Una lección que su madre le había enseñado bien era elegir sus batallas.

Su curiosidad tendría que esperar un poco más. Al menos ahora Rhianne sabía que estaba aquí por orden de la reina y no en peligro. Podía trabajar con eso.

Aun así, era *irritante* que la reina no hubiera simplemente solicitado su presencia en lugar de haberla llevado por la fuerza; está bien, Rhianne estaba furiosa por ello. La reina necesitaba controlar mejor sus límites. Tal vez Rhianne podría recomendarle un buen libro sobre etiqueta.

Seleccionó una túnica verde y negra y unas mallas negras. La túnica, confeccionada con un elegante patchwork en varios tonos de colores del bosque, era elegante. Las mallas eran suaves como plumas. Reunió las prendas en su brazo, mirando a Aria.

Aria aplaudió.

—¡Qué elección tan encantadora! —Tomando la mano de Rhianne, Aria la condujo a una puerta lateral.

Dentro, un magnífico baño deslumbró sus sentidos.

Mármol blanco pulido revestía las paredes y el suelo. Los grifos y accesorios de bronce brillaban. En el centro se erguía una gran bañera con patas de garra, llena de agua humeante que perfumaba el aire con toques de lavanda y eucalipto. El vapor se elevaba como espíritus traviesos, enroscándose y retorciéndose en el aire cálido.

Una suave luz ambiental se filtraba a través de ventanas de vidrio emplomado, proyectando patrones coloridos en las paredes, haciendo que la habitación pareciera un caleidoscopio de cuento de hadas.

¡Un baño! Oh, sí. Las preguntas de Rhianne podían esperar hasta que pudiera lavar la suciedad del día anterior. Rhianne frunció el ceño, recordando que había estado investigando el asesinato de Eldrin. Esperaba que lo que sea que la reina quisiera no tomara mucho tiempo. Apretando los labios, decidió que, reina o no, iba a escuchar lo que Rhianne pensaba sobre el secuestro.

Un jadeo hizo que Rhianne mirara a Aria, cuyos ojos se habían abierto de par en par y su pequeña boca temblaba.

—¿No es de tu agrado? Podría tal vez preparar el baño de nuevo con diferentes aromas, ¿rosa o vainilla? ¿O acaso la habitación es demasiado pequeña para las necesidades de la estimada sanadora? —Sus alas aleteaban con agitación, como una mariposa atrapada en una tormenta.

Con cierto esfuerzo, Rhianne esbozó una sonrisa. No había sido Aria quien la había secuestrado o dado las órdenes.

Tal vez la Sombra había tergiversado la invitación de la reina como un permiso para secuestrarla. Pero Rhianne lo dudaba. Habiendo conocido previamente a la reina —que irradiaba poder contenido como un volcán dormido— Rhianne sabía que no era así. El aire alrededor de la reina crepitaba con energía contenida. No importaba cuán letal fuera la Sombra, la reina era más letal aún.

—En absoluto —dijo intentando un tono ligero—. Solo estoy cansada. La magia debe haberme afectado bastante.

El bufido indignado de Aria fue lo que Rhianne había esperado. Redirigir la atención del hada hacia la malvada Sombra le serviría de lección, de todos modos.

—¡Un baño suena maravilloso! —añadió.

Sus palabras devolvieron una renovada sonrisa al rostro de Aria.

—Me aseguraré de que la comida sea de calidad adecuada, Dama Rhianne. Conozco a una duendecilla particularmente talentosa en la cocina del palacio. —Y con eso, voló de vuelta por la puerta.

Rhianne se desvistió y se sumergió en el baño humeante, permitiendo que el calor se filtrara en sus músculos doloridos como un bálsamo calmante, mientras los aromas fragantes envolvían sus sentidos.

Cerró los ojos y trazó su estrategia.

Toto le había advertido sobre la reina más veces de las que podía contar. Definitivamente había mala sangre allí: Toto se mantenía bien alejado de la reina. Si Toto había agraviado a la reina o al revés, era difícil saberlo.

Rhianne tenía un buen radar para el poder y tanto Toto como la reina eran *realmente* poderosos. Del tipo que podrían vaporizar el Puente del Puerto si así lo quisieran.

Entonces, ¿cómo debería abordar la reunión con la reina? Una oleada de ira burbujeó dentro de ella. ¿Cómo se atrevía la reina a secuestrarla y traerla aquí?

Rhianne y la autoridad tenían una relación difícil en el mejor de los casos, forjada en los fuegos de una infancia con una madre exigente y formidable. Respirando profundamente, se hundió más en el agua, el calor calmando su frustración por un breve momento. Su enojo era válido, pero era mejor canalizarlo para obtener respuestas, y un boleto de vuelta a casa.

Después de un rato, se levantó a regañadientes del baño, sintiéndose refrescada y más como ella misma. Se puso la túnica verde y negra, la tela suave y cómoda contra su piel.

Cuando entró en el dormitorio, una bandeja con una tetera de té humeante la esperaba. Una variedad de pasteles y frutas vibrantes, dispuestos en un bonito patrón, cubrían una mesa de café.

El dulce aroma de los higos glaseados con miel se mezclaba con el aroma terroso de los bollos recién horneados, mientras que delicados pétalos de flores comestibles añadían un toque caprichoso. El té, una rica mezcla de manzanilla y saúco, enviaba zarcillos de vapor fragante.

Aria revoloteaba cerca, sus alas un borrón de colores iridiscentes, inquieta como un colibrí sobre una flor. Rhianne le ofreció una cálida sonrisa.

—¡Por las estrellas, te ves radiante! ¡Es maravilloso ver que el color tan necesario ha vuelto a tus mejillas! —dijo Aria—. He traído un festín para levantar tu ánimo. Ven, siéntate, mi querida

Sanadora —dijo, guiando a Rhianne a un sillón cubierto de suaves cojines.

—¡Tengo para ti tartas de frambuesa, bollos de limón, pasteles de miel, y, oh, simplemente debes probar las galletas de lavanda! ¡Y también hay un delicioso strudel de manzana! —Los ojos de Aria brillaban mientras enumeraba la lista de dulces, su voz burbujeando de entusiasmo—. ¡La duendecilla que contraté para esto es una verdadera artista!

Un movimiento de una cortina llamó su atención; ¿era solo el viento, o un misterioso pequeño observador se escondía esperando? Los duendes domésticos eran criaturas tímidas, asustadizas como un ratón en la guarida de un gato. Toto le había dicho que se dedicaban a servir a los demás.

Más importante aún, eran los mejores chismosos. Su red era rápida y confiable, como un servicio postal con polvo de hadas. Habían ayudado a resolver el caso de la mejor amiga de la Reina Elara. Estaba segura de que la duendecilla estaba aquí, esperando ansiosamente ver sus reacciones a su comida.

¿Cómo hacerse amiga de ella?

Rhianne alcanzó la galleta de lavanda y no tuvo que fingir el suspiro de placer que escapó de sus labios. La delicia mantecosa, con un toque floral, se derritió en su boca como una brisa de verano.

Las cortinas se agitaron de nuevo. Hablando más alto esta vez, Rhianne exclamó: —¡Este es sin duda el mejor galleta que he probado en toda mi vida! —Y no estaba exagerando.

Aria se movió detrás de Rhianne, sus dedos ya entrelazándose en el cabello de Rhianne con un toque suave. —Déjame trenzarte el pelo mientras saboreas estas delicias culinarias. Tu cabello es increíblemente suave, y su color me recuerda a las hojas oscuras del otoño —dijo, su tono cambiando a un zumbido reconfortante. Los ágiles dedos del hada obraban su propia magia, creando intrincadas trenzas mientras continuaba charlando alegremente—. Oh, tienes que probar los scones de limón; tienen un toque de romero. ¡Es una nueva receta de Lila, la duendecilla!

—Bueno, Lila es definitivamente una artista. Me encantaría conocerla algún día y decirle cuánto aprecio sus delicias. —Un sonido de risitas provino de detrás de las cortinas.

Contrariamente a los mitos que circulaban, era posible agradecer a un ser feérico sin molestas consecuencias, pero las palabras específicas eran clave. El truco era nunca insinuar que había una deuda. Su madre solía decir: «Nunca debes un favor a un elfo, o el favor te poseerá a ti».

Sí, mejor prevenir que lamentar. Rhianne se mordió el labio mientras sus hombros se tensaban. Necesitaba estar alerta. Los elfos retorcían las palabras y los significados como

enredaderas alrededor de un enrejado, oscureciendo la perspectiva y haciendo imposible saber qué camino era el correcto.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó Rhianne. Los elfos tampoco podían mentir, o al menos no sin algunas consecuencias desagradables. Rhianne sabía que estaba siendo grosera al ser tan directa, pero necesitaba estar preparada antes de encontrarse con la reina.

¿Sabía su padre que estaba en el reino élfico? Y si era así, ¿dónde estaba él?

Aria hizo una pausa en su trenzado, suspiró y luego reanudó el tejido de los mechones. —Me temo que no puedo revelar la naturaleza confidencial de las necesidades de Su Majestad. Ella desea presentarte la situación personalmente —dijo Aria, su voz llevando una cadencia melódica. Con la última trenza terminada, comenzó a apilarlas sobre la cabeza de Rhianne, creando una corona.

¿Una situación? *Interesante*. Aria le estaba dando pistas que no traicionaban la orden de la reina. A propósito.

Siguiendo el consejo de Aria, Rhianne tomó un scone de limón y le dio un mordisco. Esta vez, dos grandes ojos marrones se asomaron alrededor de la mesa consola antes de desaparecer de nuevo. Lila se volvía más audaz. *Bien*. —Otra obra maestra —dijo Rhianne entre bocados. Pronto lo terminó.

—La situación no tendría nada que ver con mi padre, ¿verdad? —preguntó mientras Aria traía un espejo y lo sostenía frente a ella.

Su reflejo la hizo sonreír. Aria era verdaderamente talentosa. Con su largo cabello recogido, sus ojos avellana ahora ocupaban el centro de atención. Normalmente, optaba por una coleta, aunque mechones rebeldes a menudo enmarcaban su rostro. Aria había dejado dos delicados mechones sueltos.

—Me has hecho ver hermosa —dijo, sintiéndose muy élfica pero guardandoselo para sí misma. Además, era demasiado baja para engañar a nadie en la corte. ¡Demonios! Para los elfos, cualquiera por debajo de un metro setenta y ocho era bajo, mucho más alto que su metro sesenta. Tampoco tenía su delicada belleza. No importaba, no estaba aquí para ganar un juego de «Encuentra al híbrido».

Se dio cuenta de que Aria no había respondido a su pregunta anterior. ¡Ajá! Sí se trataba de su padre. Lo intentó de nuevo. —¿Cómo está mi padre?

Aria le ofreció un rápido asentimiento. —Don Caelan está bien, considerando todo. Ha sido notablemente *resiliente*. —Ajustó uno de los mechones sueltos, sus dedos deteniéndose un momento más de lo necesario.

El pulso de Rhianne se aceleró. Su padre estaba en algún tipo de problema. —Ya veo.

Aria dejó el espejo. —¿No es maravilloso que hayas aparecido en este momento? ¿Qué padre no extraña a su hija, especialmente una tan talentosa y estimada sanadora como tú con *habilidades adicionales*? —dijo arrastrando las palabras.

La mente de Rhianne trabajaba a toda velocidad. La cuidadosa elección de palabras y énfasis le indicaba que lo que fuera que estuviera sucediendo, requería sus habilidades de detective.

Algo serio. Su apetito desapareció, y el calor de la habitación de repente la sofocó. Se puso de pie, sacudiéndose las manos en la túnica. —Bueno —dijo—. Será mejor que no haga esperar más a la reina, ¿verdad?

Mejor tomar al toro por los cuernos.

Salieron de la habitación y Aria la guió a través de los corredores, flanqueados por tapices capaces de contar más historias heroicas que un bardo en una borrachera.

La luz del sol que se filtraba a través de estrechas ventanas bailaba sobre las superficies de piedra, haciendo que las paredes parecieran cobrar vida como si se contonearan al ritmo de alguna melodía inaudible.

Elfos con atuendos elegantes se mezclaban en pequeños grupos, sus orejas puntiagudas asomando a través de cabellos finamente trenzados. Algunos vestían túnicas bordadas con hilos de plata y oro que brillaban, mientras que otros llevaban prendas más sencillas de tonos terrosos que los hacían parecer recién salidos del bosque.

Sus ojos, llenos de curiosidad mal disimulada, seguían a Rhianne mientras pasaba, susurrando entre ellos.

Casi podía oír su desprecio: «Ah, la sanadora híbrida de elfo ha llegado».

Aria golpeó en una puerta de caoba flanqueada por dos guardias armados con espadas. Ni siquiera parpadearon ante su llegada, y mucho menos miraron en dirección a Rhianne. Las puertas se abrieron como por voluntad propia, y Rhianne entró, con Aria a su lado.

Una exuberante vegetación decoraba la sala y el dulce aroma de las camelias llenaba el aire. Hiedra en cascada cubría toda una pared, como si las plantas hubieran decidido redecorar en su tiempo libre, y suaves alfombras yacían esparcidas por el suelo.

Una gran ventana salediza dejaba entrar una luz moteada, iluminando una mesa de madera puesta con delicada porcelana que parecía demasiado bonita para tocar. Una pequeña fuente en la esquina añadía un sonido suave y relajante.

La reina estaba de pie frente a la ventana, su perfil recortado contra la luz. Su largo cabello plateado fluía por su espalda en suaves ondas, coronado por una tiara de flores de cristal. Se

volvió hacia Rhianne y se acercó con pasos rápidos y decididos.

Decir que la Reina Elara era hermosa era como decir que el sol del mediodía era brillante. Ojos azul profundo atravesaron el alma misma de Rhianne. Por un segundo, olvidó su enojo.

—Bienvenida, querida Rhianne. Estoy encantada de que puedas estar con nosotros. —La voz de la reina era melodiosa, como el tañido de campanas distantes.

Como si hubiera sido un interruptor, una ira ardiente se encendió en las entrañas de Rhianne. —¿Acaso tuve elección?

Había usado su magia en el baño para aliviar los moretones y el dolor de la lucha; de lo contrario, la reina estaría recibiendo una demostración completa de las consecuencias de su “invitación”.

Aria tosió. Un sonido delicado.

Un pequeño ceño fruncido estropeó las facciones perfectas de la reina. —Por favor, siéntate —indicó los asientos mullidos alrededor de la mesa de café.

Aria la tomó de la mano e intentó llevarla a los asientos ofrecidos, pero Rhianne plantó los pies y no se movió.

El ceño de la reina se profundizó, y las alas de Aria temblaron con energía ansiosa mientras tiraba tentativamente de la mano de Rhianne. *Ni hablar*. La ira de Rhianne nublaba sus pensamientos, su cuerpo rígido e inmóvil.

La reina dejó escapar un suspiro, del tipo reservado para tratar con niños rebeldes. A Rhianne no le importaba.

—Me disculpo por la manera en que te traje aquí. Si te sientas, te lo explicaré.

La voz de la reina era cortante, cada palabra forzada con un esfuerzo visible. Su expresión estaba tensa, y sus dedos apretaban la tela de su túnica. La tensión en su postura delataba cuánto esta disculpa mordía su orgullo.

Rhianne luchó contra la voz terca en su cabeza, la que decía que nada justificaba un secuestro descarado, reina o no. Y nadie mandaba sobre ella. Pero quería volver a casa, así que al menos tenía que escuchar a la reina.

Respiró hondo, liberando parte del fuego, y dejó que Aria la guiara a un asiento.

Aria sirvió el té y le entregó una taza a Rhianne. La reina arqueó una ceja, y Rhianne se dio cuenta de que Aria había cometido un faux pas al servirle primero. No había forma de que Aria estuviera tan alterada como para descuidar la etiqueta.

La boca de Rhianne se contrajo, un fantasma de sonrisa, y la tensión en su mandíbula se alivió.

El choque de acero y el golpe seco de cuerpos cayendo al suelo reverberaron más allá de la puerta.

Los sentidos de Rhianne se agudizaron, sus ojos dirigiéndose hacia la fuente del alboroto.

Con un estruendo, la puerta se abrió de un tirón. Cael entró tambaleándose, su pecho agitado por el esfuerzo. Detrás de él, dos guardias yacían desplomados e inmóviles.

A Rhianne se le cortó la respiración mientras se ponía de pie de un salto, su pulso marcando un ritmo frenético. —¡Padre!

CAPÍTULO 12

Rhianne corrió al lado de su padre, examinándolo en busca de heridas. Antes de que pudiera decir algo, se vio envuelta en un abrazo tan apretado que le exprimió el aire de los pulmones. Sus fuertes brazos la sujetaban con tanta firmeza que sus intentos de zafarse fracasaron miserablemente.

—No puedo respirar —murmuró contra su túnica.

Cael aflojó su agarre, sus ojos encontrándose con los de ella. —¿Estás bien, Rhianne? ¿Te lastimó? —Su voz estaba tensa, cada palabra recortada con una furia apenas contenida. Tenía la mandíbula apretada y sus ojos ardían con una feroz protección, prometiendo retribución por cualquier daño que le hubieran hecho.

Rhianne parpadeó, con un nudo en la garganta. Todavía le sorprendía que a su padre le importara; había estado ausente la mayor parte de su vida, y ella había erigido una barrera alrededor de su corazón, solo para verla tambalearse y debilitarse al descubrir que las cosas no eran tan blancas o negras como había creído.

Guardias adicionales irrumpieron en la sala y avanzaron, intentando apresar a Cael.

—¡Alto! —ordenó la reina, su voz cortando la tensión como una hoja.

Uno de los guardias se acercó. Rhianne lo reconoció de su visita anterior: era el capitán de la guardia personal de la reina.

Igualaba a su padre en altura y se portaba con cierta autoridad, pero carecía de la presencia imponente que definía a Cael. Quizás eran las bandas de cuero que cruzaban los brazos de Cael, acentuando sus bíceps, o la forma en que sus ojos esmeralda brillaban con un poder innegable. Esto a pesar del impresionante uniforme del capitán que contrastaba con el chaleco de media longitud, los pantalones y las botas altas de Cael, simples para los estándares élficos.

El capitán se encontró con la mirada firme de la reina, su propia postura rígida por la incertidumbre. —Su Majestad, me disculpo por la interrupción. Nos llevaremos a Don Caelan para ocuparnos de él más tarde.

¡Ja! Probablemente le molestaba al capitán que Cael hubiera vencido a sus guardias; nada lastimaría el orgullo de un elfo tanto como una buena paliza a la antigua, especialmente con su

retorcido sentido del honor.

—No —dijo la reina, su voz baja, sus ojos como el acero—. Déjennos. —El capitán miró con furia en dirección a Cael, luego hizo una reverencia antes de escoltar a sus hombres fuera.

La puerta se cerró tras ellos con un clic resuelto.

Mientras los ecos de la partida de los guardias se desvanecían, la reina volvió su atención a Cael. Sus ojos eran rendijas finas y sus labios estaban fruncidos, pero luego suspiró.

—Por favor, siéntate, Caelan —dijo la reina.

Tirando de su mano, Rhianne guió a Cael al asiento junto a ella. Cael miró sus manos entrelazadas y sus ojos se suavizaron. Le apretó la mano y se giró, solo para que Aria flotara frente a él armada con una taza de té y una expresión amable.

—¿Té, Don Caelan? —Aria prácticamente le empujó la taza en las manos.

—Retaré a Alvador a un duelo por esto —dijo Cael, tomando la taza.

Ver a su padre guerrero pronunciar estas palabras con una delicada taza en la mano hizo que la boca de Rhianne se contrajera. En el fondo, también lo estaba animando. No es que quisiera que se batiera en duelo con la Sombra, por supuesto.

El asesino de la reina podría no ser tan justo y honorable como su padre en una lucha. Aun así, sería un despliegue impresionante; ambos eran igual de mortíferos.

—No harás nada de eso. —La reina levantó la mano cuando Cael abrió la boca—. Alvador estaba obedeciendo mis órdenes, aunque se excedió en la ejecución. Se suponía que debía persuadir a Rhianne para que viniera a mí, no forzarla. Mi descontento le ha sido debidamente transmitido.

No me lo creo. Enviar a la Sombra era como usar un martillo para cascar una nuez, y la reina lo sabría.

El fuerte chasquido de los dientes de Cael al cerrarse advirtió a Rhianne que sus siguientes palabras no serían conducentes a las respuestas que necesitaba, o más precisamente, a su pasaje, un portal, de vuelta a casa.

—Hablando de eso —se apresuró a decir Rhianne—, ¿por qué lo hicisteis?

La reina se volvió hacia ella, rompiendo el concurso de miradas que había estado manteniendo con Cael. —Te he ofrecido una disculpa; sin embargo, también te debo una explicación.

¡Claro que sí! Pero Rhianne solo asintió y esperó.

—¡Rhianne no tiene nada que ver con esto! —protestó Cael.

¡Oh, por todos los cielos!

A este paso, no volvería a casa en horas. Una pequeña voz insistente en el fondo de su mente añadió, *si es que vuelvo*, y Rhianne sacudió la cabeza para silenciarla.

—Estoy aquí —dijo Rhianne, dando palmaditas en el brazo de Cael—. Bien puedo averiguar por qué Su Majestad sintió la necesidad de *secuestrarme*. —Sí, no estaba por encima de intentar manipular emocionalmente para conseguir lo que quería, aunque las posibilidades de que eso funcionara con la astuta reina eran remotas.

Aun así, la esperanza es lo último que se pierde.

—Alguien está intentando asesinar a Caelan —dijo la reina.

Rhianne derramó su té. —¿Alguien está qué?

—No son más que intentos pasivos y patéticos en el mejor de los casos —dijo Cael, extendiendo la mano hacia ella.

Oh no, eso sí que no. —¿Intentos? ¿En plural? —Su voz sonaba calmada. Por dentro, sus entrañas se revolvían.

La reina suspiró, un gesto de frustración rompiendo momentáneamente su compostura regia. —El primer intento involucró una comida envenenada en una taberna local, muy burdo.

Los ojos de Rhianne se agrandaron. —¿Veneno?

Cael se encogió de hombros. —Probablemente un caso de comida en mal estado. Apenas vale la pena mencionarlo.

Aria resopló. —Don Caelan estuvo tres días y tres noches en las garras del delirio.

Rhianne comenzó a catalogar venenos con efectos alucinógenos.

La reina continuó: —El segundo intento fue más elaborado: un carruaje sabotado destinado a caer por un acantilado.

—¿Un carruaje sabotado? —Rhianne sabía que había empezado a sonar como un loro, pero no podía evitarlo—. ¡Podrías haber muerto!

Cael negó con la cabeza. —No fue nada más que un esguince en el pie cuando me lancé del carruaje y volví a subir.

Rhianne lo miró boquiabierta. —¿Dos intentos? ¿En cuántos días?

Cael se sonrojó. —Alguien también disparó una flecha en mi dirección. Me aparté a tiempo.

Aria resopló. —Las reacciones rápidas de Don Caelan son legendarias; sin embargo, ese incidente requirió la atención de dos sanadores.

Una fría ola de terror invadió a Rhianne, dejándola sin aliento. —Esa flecha —comenzó—. ¿No sería por casualidad una del Salón de Entrenamiento de la Alta Corte?

El silencio se apoderó del lugar mientras tres pares de ojos se giraban hacia Rhianne.

—¿Debo suponer que la respuesta es sí? —preguntó Rhianne, con voz firme a pesar de la tensión que espesaba el aire.

Los hombros de Cael se tensaron, y los tendones de su cuello palpitaban. Las manos de la reina temblaban tanto que dejó su taza sobre la mesa con un estrépito. Aria, abandonando su propia taza, se movió para pararse directamente frente a Rhianne, con las mejillas teñidas de un delicado rosa.

—Estarías al tanto de esto debido a... —la voz de Aria se quebró mientras sus ojos se agrandaban—. ¿Alguien te disparó una flecha? —Su voz se elevó bruscamente—. ¿A una estimada sanadora? ¿En el Reino de la Tierra? —A estas alturas, su tono era tan agudo que Rhianne tuvo que frotarse los oídos.

—¿Hija? —la voz de Cael cortó el repentino silencio.

—¿Ah, sí?

—¿Por qué no me informaste de tal intento? —Su rostro se había vuelto inquietantemente sereno, como si una máscara de piedra se hubiera asentado sobre sus facciones. El único indicio de vida era un sutil tic en el ojo.

Está enojado conmigo porque no se lo dije.

La reacción inicial de Rhianne fue tranquilizarlo, pero entonces una pequeña voz interior se hizo oír. ¿Acaso no se había estado cuidando sola durante años? ¿Dónde estaba él entonces? La ira y el miedo burbujearon dentro de ella en una peligrosa mezcla. —Incluso si hubiera querido hacértelo saber, ¿cómo lo habría hecho?

—Oh, Dama Rhianne —dijo Aria—, eso habría sido una tarea bastante simple. El anillo que te regalé —estoy encantada de ver que lo llevas puesto— como te había explicado anteriormente, sirve para llamar. Habría estado a tu lado en cuestión de segundos, y luego habría informado a Su Majestad. —Aria sonrió.

Cael giró bruscamente su rostro hacia Aria.

—Y por supuesto, inmediatamente después, habría informado también a Don Caelan. —Aria inclinó la cabeza.

No estás ayudando.

La madre de Rhianne siempre decía que la mejor defensa era el ataque. —Además, al igual que contigo, padre, su intento fracasó. Desafortunadamente, Eldrin no tuvo tanta suerte. —Rhianne cruzó los brazos.

—¿Eldrin? —preguntó la reina.

Rhianne arrugó la nariz, cerrando los ojos para ayudarse a recordar. El día anterior bien podría haber sido hace semanas, dado lo confusos que estaban sus recuerdos. —Eldrin Delmar. El hijo de Madina y Joshua —dijo finalmente.

La reina frunció el ceño como si intentara ubicar el nombre. Cael, captando más rápido, preguntó: —¿Es el talentoso artista?

—Sí —respondió Rhianne.

El rostro de Aria se iluminó. —Oh, recuerdo al maravilloso elfito. Estudió bajo la tutela del Maestro Evaner. —La expresión de Aria se volvió soñadora, y suspiró—. Los paisajes de Eldrin eran vívidos y audaces.

Ah, sí. Aria tenía debilidad por los artistas.

—¿El método de su asesinato fue por flecha? —preguntó Cael.

—No —respondió Rhianne—. Fue asesinado con una daga élfica.

Esto ya no era una coincidencia. Y su padre también era un objetivo. ¿Cuál era la conexión entre todos ellos? Necesitaba-

La voz imperiosa de la reina cortó sus pensamientos. —Rhianne, investigarás este asunto de inmediato y averiguarás quién es el culpable.

Los pelos de la nuca de Rhianne se erizaron y una oleada de calor la recorrió. —¿Usted no tiene autoridad sobre mí!

Los ojos de la reina se agrandaron.

—¡Lo prohíbo! —exclamó Cael.

Ella se volvió para enfrentar a su padre. —Y tú tampoco.

Aria soltó una risita, pero cuando la reina la fulminó con la mirada, la disimuló con una pequeña tos.

Cuando Rhianne y su equipo habían visitado el reino élfico antes, Toto había dejado claro que Rhianne no estaba obligada a obedecer a la reina. Aunque era parte elfa, había nacido y se había criado fuera del reino. Por supuesto, la reina podría usar amenazas para forzar su obediencia. Rhianne también carecía de los medios para abrir un portal de regreso, y dudaba que alguien desafiara a la reina para ayudarla. Pero Toto la encontraría, ¿verdad?

—Tu padre está en peligro y- —comenzó la reina en un tono más suave.

—Estaré perfectamente bien. No necesito ayuda —interrumpió Cael.

Rhianne ignoró a su padre, el calor en su rostro intensificándose, y se dirigió a la reina. —No intente manipularme. He tratado con maestros del oficio que podrían darle una lección. —A saber, su madre.

¡Así que ahí lo tienen! Dos de nosotros que no obedeceremos instantáneamente. Aunque solo eran Rhianne y su padre, todos los demás habían caído en línea, incluyendo al Capitán de la Guardia, que había parecido bastante molesto por sus órdenes.

Espera un momento.

Rhianne entrecerró los ojos, escrutando a la reina y a su padre. Sus colores de ojos eran diferentes, pero sus narices tenían la misma forma. ¿Qué había dicho Toto? La lealtad de su padre era hacia la reina. Pero, ¿y si fuera más que lealtad? ¿Y si la razón por la que podía desobedecerla era porque estaban relacionados?

—¿Está viva mi abuela? —preguntó.

Aria jadeó, y la reina y su padre se quedaron tan quietos que podrían haber sido esculturas de mármol.

No podían mentir, no sin consecuencias mágicas y físicas significativas. *Veamos cómo se escabullen de esta.* Lo cual sería una respuesta en sí misma. Golpeó el suelo con el pie impacientemente.

—No, no lo está —dijo su padre en voz baja. Se levantó y le ofreció su mano a Rhianne—. Te llevaré a tu casa.

La reina frunció los labios pero no dijo nada.

Puede que Rhianne no hubiera acertado del todo, pero ciertamente no estaba completamente equivocada. Su reacción había sido una clara señal. ¿Qué se le estaba escapando? Miró la mano de su padre mientras él permanecía de pie frente a ella con una expresión triste pero decidida. Tiró de su coleta.

Dos misterios que resolver, entonces. Rhianne siempre había amado un desafío.

Sorbiendo su té, miró por encima de la taza a la reina y vio el cálculo en sus ojos. —El primer paso lógico sería ir a la taberna y entrevistar a los elfos que estuvieron presentes ese día.

Su padre frunció el ceño. Rhianne le agitó el dedo. —Piénsalo de esta manera; también estoy ayudando a identificar y detener a quien sea que está intentando matarme *a mí* —dijo.

Sí, su madre también le había enseñado a argumentar sus casos. No superaría a Marissa, pero ciertamente no era una amateur. Más bien como Deep Blue contra Kasparov en una partida de ajedrez.

Su padre no bajó la mano. —Estarías más segura en el Reino de la Tierra. No es fácil viajar entre los reinos. El agresor también debe evitar llamar la atención, y tarde o temprano sus viajes serán notados.

Tenía razón, pero Rhianne ya había olfateado la pista y no iba a retroceder. ¿Lo habían hecho personal? Pues bien, que empiece el juego.

—Cierto —dijo ella—. Pero no creo que sea suficiente para disuadirlos. Ya han tenido éxito con Eldrin y casi lo logran conmigo. Eso los habrá envalentonado.

Lo único que los elfos tenían en mayor abundancia que su sentido del honor era su arrogancia.

Su padre abrió la boca como para protestar, pero Rhianne se le adelantó. —Si estoy aquí, puedes protegerme mejor, papá.

Cael bajó la mano y parpadeó, con los ojos empañados. Era la primera vez que ella usaba el apelativo más informal. Diablos, no hacía mucho que solo llamaba a su padre por su nombre real. No lo había dicho para manipular, aunque la pequeña sonrisa de la reina lo sugiriera.

Rhianne aprovechó su ventaja de todos modos. —Investigaremos juntos. —Cael extendió la mano para apretarle la suya y se sentó de nuevo.

Rhianne se volvió hacia la reina, que lucía una sonrisa triunfal. —No se regodee; no es muy regio —dijo Rhianne.

La sonrisa de la reina se transformó en algo más. ¿Confusión? ¿Orgullo?

—Necesitaré su apoyo y aprobación. —Tratando de canalizar a su madre y a Marissa, Rhianne añadió—: Toda la información y recursos necesarios deben estar a mi disposición y a la de cualquiera que me asista. Esto incluye el acceso a todas las personas y cosas que considere necesarias para identificar al culpable. No estoy segura de qué historia quiere tejer para justificar mi investigación, pero estoy dispuesta a seguir lo que funcione.

La última vez, fingieron que estaba emparentada con la víctima del asesinato. Eso no funcionaría ahora.

Los elfos no sabían que ella y Cael eran padre e hija, y revelar eso expondría su engaño anterior. Aunque, para ser justos, nadie había *mentido* realmente.

La reina se había basado en insinuaciones y palabras vagas, y Rhianne había utilizado la supuesta relación para obtener respuestas. ¿Quién sabía cuáles serían las repercusiones de ese engaño si saliera a la luz? Puso los ojos en blanco. Conociendo a los elfos, lo verían como una manipulación magistral, orgullosos de cómo su reina había superado a todos.

Discutieron un rato cuál sería la mejor estrategia. Era interesante ver la dinámica del grupo. Ahora que todos habían acordado un curso de acción, las ideas fluían libremente, sin ataduras de rango o especie. La reina demostró ser bastante intuitiva e inteligente, y al final, fue su sugerencia la que prevaleció.

—Es muy afortunado que el caso anterior fuera el tema de conversación de la corte durante meses —dijo la reina—. Será creíble que no solo te hayas ganado mi favor, sino también mi confianza.

Aria asintió. —Su estatus como Sanadora ya le ha ganado a la Dama Rhianne el respeto entre los miembros de la corte.

Ser Sanadora era raro y, por lo tanto, valorado entre los elfos. Aún desconcertaba a Rhianne, que no entendía completamente sus poderes todavía. Bueno, tal vez también les tenía un poco de miedo. Su magia siempre luchaba por descontrolarse y era difícil de manejar.

—Pero ¿no han ocultado los ataques del conocimiento público? —preguntó Rhianne.

Cael había sido inflexible en que no quería que nadie lo supiera. Le había dicho a Rhianne que la especulación y el chisme alrededor de los ataques le darían poder al perpetrador. También haría que Cael pareciera débil, lo que podría ser uno de los objetivos del asesino.

Los elfos y su extraña forma de pensar. Sin embargo, su lógica tenía mérito. Si hubiera una investigación oficial en curso, el asesino podría mantener un perfil bajo por un tiempo. El problema era que también haría más difícil justificar sus indagaciones.

—Sí, nadie más que un número muy reducido de elfos de confianza sabe sobre ellos —confirmó Cael.

Aria se frotó la barbilla. —Puede que ese sea el caso; sin embargo, los rumores —a través de la confiable red de chismes de los duendes domésticos— han circulado por la corte.

La reina dio una palmada, y una sonrisa floreció en sus labios. —Eso es perfecto para nuestros propósitos. Sugeriremos que los ataques no fueron más que travesuras. La Dama Rhianne, que está considerando mudarse al reino élfico, desea afirmar su posición en la corte y ganarse el favor de Caelan, quien la complacerá en este asunto para agradar a su reina.

Y los elfos podrían interpretar lo que quisieran de eso. *Bastante perfecto, en realidad.*

Rhianne tomó un sorbo de su té. —Bien, entonces, ¿qué tan rápido podemos empezar?

Aria hizo un gesto con la mano y sonrió. —En cuestión de minutos después de que salgamos de estas cámaras, habré dado a los duendes domésticos la información necesaria, y el chisme comenzará. Para cuando usted, mi estimada Sanadora, y Don Caelan lleguen a la taberna, la noticia se les habrá adelantado.

Rhianne frunció el ceño. —¿Qué tan lejos está esta taberna?

CAPÍTULO 13

Cael dio unas palmaditas en el brazo de Rhianne. —La Taberna de la Hoja de Plata está a solo una hora de camino a caballo. Podría abrir un portal, pero esa hora proporcionará tiempo suficiente para que la historia inventada se extienda por todo el reino.

Un suspiro de alivio se le escapó ante esa declaración. La única razón por la que Rhianne quería volver a usar un portal era para regresar a casa. Viajar por portal la hacía sentir como si la estuvieran girando en una licuadora y luego la exprimieran a través del ojo de una cerradura.

El único consuelo de su secuestro fue que había estado felizmente inconsciente cuando la Sombra la había transportado por portal al reino de los elfos.

La reina se levantó de su asiento. —Entonces está decidido. Que vuestro viaje sea rápido y vuestra misión exitosa.

Aria se elevó y extendió sus alas, con una amplia sonrisa. —¡Luz de luna y sombras! ¡Qué emocionante! No solo tengo el placer de vuestra compañía, Dama Rhianne, sino que también podría ayudar en vuestras investigaciones. —Aria juntó las manos, con los ojos brillantes.

Rhianne se rio de su entusiasmo.

—Cuento con ello —dijo Rhianne, intentando un tono solemne pero fracasando—. Fuiste clave para resolver el misterio la última vez, Aria. —Eso era totalmente cierto. La habilidad de Aria para leer las auras de los demás había descubierto una mentira que llevó directamente al culpable.

Cael se puso de pie e hizo una reverencia. —Majestad, haremos todo lo posible.

La reina volvió a hablar cuando Rhianne dejó su taza. —Dama Rhianne, requiero un momento de vuestro tiempo, si me lo permitís.

El cuerpo de Cael se tensó. Pero las palabras de la reina eran lo más parecido a una petición que Rhianne probablemente recibiría.

Un pequeño rescaldo de ira aún persistía en el estómago de Rhianne, y tuvo el impulso infantil de rechazarla. Pero la combinación de la frase cortés de la reina y su curiosidad ganaron.

—Por supuesto —dijo, volviéndose hacia Cael y Aria—. No tardaré mucho.

La pequeña sonrisa de la reina le dijo a Rhianne que no había pasado por alto la implicación de que no sería una conversación larga. *Bien.*

—Os esperaré junto a la puerta —dijo Cael, y con pasos rígidos, salió. Aria, lanzando miradas por encima del hombro, salió junto a él.

Cuando el suave clic de la puerta indicó que estaban solas, Rhianne inclinó la cabeza y tamborileó con los dedos en el brazo del sillón. —¿Sí, Majestad?

La reina suspiró.

Sí, date prisa. Tengo tabernas a las que ir y asesinos que encontrar.

—En vuestra visita anterior, os pedí que os refirierais a mí como Elara cuando estuviéramos en un entorno privado —dijo.

Rhianne hizo un ruido no comprometedor.

Otro suspiro. —Caelan y vos sois muy queridos para mí —dijo.

Apenas me conoces. Pero Rhianne mantuvo la calma.

—Os pido que seáis cuidadosa y no os expongáis a riesgos innecesarios. Nuestras costumbres pueden ser... violentas a veces.

Rhianne cogió su taza y bebió su té, preguntándose adónde iba esto. No se creía el acto de preocupación. —Creo que puedo defenderme si llega el caso.

—Oh, sí. Impresionasteis a la Sombra. —La reina se rio—. Y eso es toda una hazaña. —Su rostro se volvió serio—. ¿Os estaréis preguntando por qué os lo digo a vos y no a Caelan?

No, no lo estoy. —Porque mi padre ignoraría vuestro... consejo.

La reina echó la cabeza hacia atrás y rio, un sonido como campanillas. —Os pido que vigiléis a vuestro padre. Su instinto de protegeros podría hacerle imprudente, y a menudo se lanza al peligro sin el debido cuidado. Sois la única que puede moderar sus impulsos y mantenerlo a salvo. —Extendió la mano y tocó brevemente la de Rhianne—. Sois bastante extraordinaria, Rhianne. He descuidado compartir con vos importante historia élfica. Algo que remediaré una vez que esta situación se resuelva.

Así que le estaba dando un pequeño incentivo. Bien, seguiría el juego por ahora. Incluso podría obtener algunas respuestas. —Si también pudierais responder algunas preguntas familiares, sería genial... Elara —dijo Rhianne.

Los ojos de la reina brillaron. —Vuestro padre ciertamente podría aprender algunas habilidades de negociación de vos.

—Mi madre es más bien una, em, experta. —La subestimación del año.

—Creo que me gustaría bastante vuestra madre.

La idea de que las dos poderosas mujeres se encontraran alarmó a Rhianne. O se llevarían como una casa en llamas o se matarían entre sí; de cualquier manera, habría fuego. No era una apuesta que estuviera dispuesta a hacer.

—Tenemos un acuerdo, Rhianne. Espero con ansias nuestra conversación —dijo la reina.

¿Por qué sonó eso como una amenaza?

Se levantaron al unísono, con la reina acompañándola. Cuando llegaron a la puerta, la reina le tocó brevemente la mejilla. —Hasta que nos volvamos a ver, querida.

Rhianne resistió el impulso de analizar el gesto. —Hasta entonces, Elara —dijo mientras las puertas se abrían como por su propia voluntad.

El suave jadeo del guardia más cercano reveló que había escuchado a Rhianne.

Sí, bueno, quéjate a la reina.

Los guardias se inclinaron mientras la reina volvía a retirarse dentro de la sala.

Cael y Rhianne caminaron a paso rápido por los grandes pasillos del palacio, con Aria flotando a su lado mientras señalaba características.

—El mármol es de la Corte de Verano. Tienen los acantilados blancos y azules más asombrosos que jamás hayáis visto —dijo Aria.

Los suelos de mármol pulido hacían eco de sus pasos en respuesta.

Aria señaló la pared a su izquierda. —Ese tapiz supuestamente representa la batalla de Cameran. Involucró dragones y caballos alados. —El tapiz en cuestión mostraba varios caballos alados rodeando a un dragón dorado.

Mientras avanzaban, los elfos en los pasillos se apartaban, dejando amplio espacio para que pasaran. Algunos lo hacían con una reverencia de deferencia, con los ojos bajos en señal de respeto, mientras que otros observaban con un toque de temor, sus miradas se posaban en Cael en forma cautelosa.

¡Ja! Toto había dicho que su padre tenía reputación de ser un feroz guerrero con mal genio.

Al atravesar las puertas dobles, emergieron a la luz del sol en el patio del palacio. El aroma de las flores de lavanda en flor de los jardines se mezclaba con el olor fresco y terroso de la hierba alta, combinando perfume y rocío.

Árboles antiguos bordeaban el camino, sus ramas formando un dosel natural sobre sus cabezas, como el techo abovedado de una catedral forestal. A medida que se acercaban a los establos, les llegaron los sonidos de los relinchos de los caballos y el crujir de la paja.

Los mozos de cuadra, al verlos, se apartaron rápidamente e hicieron una reverencia. La sólida estructura de madera contrastaba con la elegancia del palacio; un puesto avanzado robusto junto

a un castillo reluciente.

Aria se detuvo en la puerta.

—Me reuniré con ustedes tan pronto como regresen, Dama Rhianne, Don Caelan —antes de que alguien pudiera decir algo, Aria se alejó zumbando más rápido de lo que Rhianne hubiera imaginado que era capaz.

Cael guio a Rhianne al interior. Seleccionó su montura: un semental de pelaje negro reluciente y cuello orgulloso y arqueado. El caballo relinchó cuando Cael le dio una palmada en el hombro y lo sacó del establo.

Rhianne deambuló por la fila de cubículos. Una yegua curiosa de pelaje castaño brillante olisqueó sus manos a través de la puerta del establo y luego la empujó con el hocico. Rhianne sonrió.

—Vaya, ¿no eres una dulzura? —murmuró, abriendo la puerta del cubículo y acariciando el cuello de la yegua.

Cael echó un vistazo y asintió.

—Es una buena elección. Confiable y con espíritu. Muy parecida a ti.

—¿Puedo montarla? —habían pasado un par de años desde la última vez que Rhianne había salido a montar.

Tenía que ser como andar en bicicleta, ¿verdad?

Rhianne sonrió, sacando a la yegua del cubículo. Un duendecillo del establo apareció trotando y la ensilló.

—Se llama Merina, mi dama —sonrió, mostrando sus dientes torcidos—. Una yegua hermosa, con buenas y fuertes patas. Le dará guerra al caballo del señor, eso seguro.

Rhianne montó a la yegua con facilidad y se unió a Cael mientras salían de los establos y partían a un paso ligero. El camino de tierra, tan ancho como un sendero rural, se extendía ante ellos, bordeado por altos árboles a ambos lados.

Cabalaron en un silencio agradable, Rhianne admirando el paisaje. El suave clip-clop de los cascos se mezclaba con el susurro del viento y el trino de los pájaros. Los árboles se arqueaban sobre sus cabezas en una catedral viviente de verde y oro, sus troncos retorcidos con enredaderas antiguas. Suaves rayos de sol se filtraban a través del dosel, salpicando el camino con parches de cálida luz, y el dulce aroma terroso del musgo y los helechos en flor llenaba el aire.

Los minutos pasaron, sin contar y sin prisa, mientras se adentraban más profundamente en el bosque. El ritmo del paseo los arrulló en un silencioso ensueño, el tiempo parecía ralentizarse mientras se movían bajo las sombras cambiantes de los árboles. La mente de Rhianne vagaba,

perdida en la danza tranquila de luz y hojas, sus sentidos empapándose de la quietud de los bosques antiguos.

—No hay mucho tráfico por aquí —dijo Rhianne finalmente, su voz rompiendo el hechizo mientras el bosque comenzaba a aclararse, dando paso a exuberantes campos salpicados de flores silvestres.

—Esta es la hora de la comida del mediodía, así que es poco probable que nos encontremos con mucha gente —respondió Cael.

Algo se agitó dentro de Rhianne al recordar las palabras del duendecillo. Era un día hermoso, y un impulso repentino se apoderó de ella. Tal vez era el estrés del secuestro o lo extraño de su situación, pero necesitaba liberarse.

Se volvió hacia su padre.

—¿Una carrera? —sonrió.

Cuando él inclinó la cabeza en señal de interrogación, Rhianne decidió simplemente mostrarle. Presionando los estribos en Merina, gritó:

—¡Vamos!

Merina no necesitó que se lo dijeran dos veces y arrancó, sus cascos golpeando el suelo como un redoble de tambor.

Montar a caballo podría no ser lo mismo que montar su motocicleta en casa, pero la sensación de euforia de la carrera, con el viento azotando su cabello, era igual de real.

Escuchó más que vio a su padre también ordenando a su caballo que los siguiera.

Cuando se acercaban a una curva en el camino, Rhianne divisó la taberna. Un edificio encantador y rústico con hiedra trepando por sus paredes de piedra y un letrero crujiendo con la brisa.

Apenas unos sesenta metros.

Instó a Merina a ir más rápido, pero el caballo de Cael se adelantó, aventajándolas por una cabeza. Cruzaron una línea de meta invisible, con Cael ganando por un pelo. *Bueno, tal vez por un hocico completo.*

Él se volvió hacia ella, con un brillo de diversión en los ojos pero sin un atisbo de alarde.

—Bien hecho —dijo simplemente, dando una palmada en el cuello de su caballo.

Rhianne redujo a Merina a un paso, sintiéndose a la vez eufórica y derrotada, pero sobre todo contenta.

La emoción de la carrera le había dado la liberación que necesitaba, y no pudo evitar sonreír.

—Buena carrera —respondió, con la respiración entrecortada por la alegría. Echó un vistazo al camino por el que habían galopado, su superficie de tierra ahora volviendo a la calma, al igual que su corazón.

Un par de elfos que holgazaneaban en un banco presenciaron su llegada. Los elfos se pusieron de pie e hicieron una reverencia antes de volver a sentarse. Dos jóvenes elfos vinieron a ayudar a Rhianne a desmontar. Después de hacer una reverencia, llevaron sus caballos a los establos de la taberna.

—¿Qué pasa con todas estas reverencias? —preguntó Rhianne, sacudiéndose el polvo de la túnica y las calzas.

—Es solo una muestra de respeto —respondió Cael, dirigiéndose hacia la puerta de madera.

El interior era cálido y acogedor, con vigas de madera cruzando el techo como las costillas de una bestia gigante y amistosa. El hogar crepitaba, proyectando un brillo acogedor que bailaba sobre el suelo de piedra. El olor a pan recién horneado y a guiso sustancioso llenaba el aire, haciendo que a Rhianne se le hiciera la boca agua.

Alrededor de la sala, se reunía un variado surtido de elfos y otros seres feéricos. Un grupo de elfos en la barra charlaba animadamente, sus risas tintineando como campanas de viento.

En un rincón, un gnomo participaba en un animado juego de cartas con una duendecilla, que agitaba sus alas cada vez que ganaba una mano, lo cual ocurría a menudo, a juzgar por el montón de bellotas frente a ella.

Cerca de la chimenea, un par de duendes compartían una bebida, sus voces ásperas resonando como el rumor de un trueno distante.

Rhianne y su padre se dirigieron a una mesa, pasando junto a un elfo cuyo cabello resplandecía como la luz de la luna y un duende encaramado en un taburete, con las piernas balanceándose mientras sorbía una bebida brillante.

Todo el lugar bullía de vida y magia, haciendo que Rhianne sintiera como si hubiera entrado en un libro de cuentos viviente.

En cuanto se sentaron en la mesa de la esquina, se les acercó un hada que llevaba un delantal rojo. Tenía alas delicadas y brillantes que captaban la luz como las de una libélula y una pequeña varita guardada detrás de la oreja.

—¡Bienvenidos a la Hoja de Plata, estimado Don Caelan y mi dama! ¿Les gustaría picar algo? ¡El estofado de pescado está rebosante de sabor y es el favorito de los lugareños! —trinó el hada con una gran sonrisa.

—El estofado suena genial —dijo Rhianne.

—Yo tomaré lo mismo y un poco de hidromiel, si al tabernero le place —dijo Cael.

El hada hizo una reverencia, agitó su varita y se alejó volando en un borrón de movimiento.

Rhianne escudriñó la sala, contando unos veinte elfos y hadas. La suya había sido la última mesa libre, y se preguntó si alguien la habría desocupado solo para ellos. O, más probablemente, para Cael.

—¿Era esta la mesa en la que estabas sentado cuando...? —Rhianne dudó en mencionar la palabra “veneno”. Aunque todos parecían estar ocupados comiendo, apostando o charlando, un par de miradas furtivas en su dirección le indicaron que habían atraído la atención. Más de un oído estaba probablemente sintonizado con su conversación.

Cael asintió.

—¿Y era esa la misma hada que te atendió? —preguntó, bajando la voz.

Cael giró la cabeza en la dirección en que se había ido el hada y frunció el ceño. —Sí. Creo que ese fue el caso.

El hada había desaparecido tras una puerta, y Rhianne se levantó. Si alguien le preguntaba por qué estaba siguiendo a su camarera, ya se le ocurriría algo. Cael ladeó la cabeza, pero no la cuestionó.

Caminó con paso seguro hacia la puerta, sintiendo el peso de las miradas detrás de ella mientras entraba en la cocina.

La cocina bullía de actividad. Los cocineros se movían como abejas en una colmena, removiendo ollas y picando verduras. El aroma tentador de las hierbas y especias se mezclaba con el rico olor de la carne asada.

Una larga mesa de madera junto a la puerta sostenía una variedad de platos esperando ser servidos, cada uno dispuesto como un soldado en formación, listo para la inspección. Las ollas resonaban y los cucharones entrechocaban.

Un chef particularmente rotundo, un duende, con la cara roja como una remolacha y un bigote que se crispaba con cada orden vociferada, dirigía la locura con estilo.

Rhianne sonrió. Era como si hubiera entrado en un bullicioso mercado, con la ventaja añadida de no tener que regatear por una buena comida.

Sorprendentemente, nadie le dirigió siquiera una mirada cuando entró. Se quedó en la puerta unos segundos, sintiéndose como una flores de pared en un gran baile. Su camarera hada recitaba pedidos a un deundecillo encaramado en un taburete, removiendo una gran olla con la intensidad de un mago preparando una poción.

Rhianne se retiró cuando el chef la miró con el ceño fruncido.

Alguien podría haber envenenado fácilmente la comida de su padre si sabía lo que había pedido. ¿Podrían otros haber visto al envenenador entrar y salir de la cocina? *Mmm*. Eso probablemente dependería de si su comportamiento era inusual y su apariencia distintiva.

Volvió a examinar a los clientes: en medio de una multitud tan diversa, lo único que podría destacar sería un guardia uniformado o un elfo vestido con elegancia. Dudaba que su culpable hubiera sido tan descuidado.

Al volver a la mesa, negó con la cabeza a su padre para indicarle que hablarían más tarde. — ¿Con qué frecuencia vienes aquí? —preguntó.

—Dos veces por fase lunar —respondió él.

Rhianne tradujo eso en su cabeza como dos veces al mes. —¿El mismo día de la semana? — En cuanto lo dijo, se dio cuenta de que el concepto de semanas podría carecer de sentido aquí, pero su padre no dudó.

—Sí —dijo—. Está de camino cuando me ocupo de los asuntos de la reina en las otras cortes.

Así que o alguien conocía su rutina o lo habían seguido. Rhianne se inclinaba a pensar lo primero, dado lo desierto que estaba el camino; su padre se habría dado cuenta si alguien lo hubiera seguido.

—¿Alguien más se enfermó por la comida de la taberna? —preguntó Rhianne.

Un jadeo agudo hizo que Rhianne girara la cabeza. Se dio cuenta demasiado tarde de que no había comprobado su entorno ni había bajado la voz cuando hizo la pregunta.

Los ojos del hada se desorbitaron y su boca se abrió. Los platos en sus manos temblaban tan violentamente que Cael se los quitó y los colocó sobre la mesa.

CAPÍTULO 14

La angustia del hada atrajo la atención del tabernero, un trol cuyos anchos hombros y complexión musculosa eran tan grandes como su mesa. Sus colmillos brillaban bajo las tenues luces de la taberna, y su ceño fruncido se profundizó como una tormenta que se avecina mientras se acercaba pesadamente, sus pasos resonando contra el suelo.

—¿Qué pasa, mi amor? —preguntó, con una voz como de grava mientras extendía la mano para sostener al hada.

Las cabezas se giraron, los ojos se agrandaron, y los susurros se extendieron entre los otros clientes, sus miradas fijas en la escena con cejas levantadas. Cael agitó la mano. Un leve resplandor en el aire creó una barrera a su alrededor. El bullicio de la taberna se apagó, y los susurros preocupados se desvanecieron, dejándolos en un capullo de relativo silencio.

—El señor Caelan se enfermó con su comida la última vez que estuvo aquí, esposo —la voz del hada tembló.

El tabernero miró a su alrededor e hizo gestos frenéticos para callar a su esposa.

—He colocado una barrera mágica. Nadie puede escuchar nuestra conversación —les aseguró Cael.

¿Eh? Rhianne podía ver la barrera que Cael había erigido, pero era evidente que el tabernero y el hada no podían. ¿Tal vez era algo de elfos?

—Eso es muy amable, mi señor. Espero que sea indulgente con la restitución requerida. Tenemos dos pequeños y...

Cael levantó la mano. —No es necesaria ninguna restitución, mi buen tabernero.

Los hombros del trol se relajaron, y el temblor del hada disminuyó, aunque sus ojos seguían abiertos como platos.

—Por favor, tomen asiento —dijo Rhianne—. Nos gustaría hacerles algunas preguntas.

Las sillas debían ser de madera resistente porque crujieron pero aguantaron firmes bajo el peso del trol. El hada se posó en su regazo, y él la rodeó con un brazo reconfortante por la cintura.

—Cuando mi pa... —comenzó Rhianne. Ups—. Cuando el señor Caelan estuvo aquí la última vez, ¿notaron algo inusual? —preguntó Rhianne, reprochándose por el desliz.

El tabernero miró a su esposa. El hada miró al techo y se mordió el labio inferior. —Mayormente nuestros clientes habituales... —Cerró los ojos y no habló por unos segundos. Luego sus ojos se abrieron de golpe—. Dos elfos que nunca había visto antes entraron. Los recordé porque llevaban capuchas cubriendo sus rostros.

El corazón de Rhianne se aceleró, y Cael colocó los codos sobre la mesa e hizo un gesto con la mano para que continuara.

Hasta este punto, su padre no parecía estar muy interesado en su respuesta, probablemente descartando toda la idea como una simple intoxicación alimentaria. Conociendo a los elfos, su incredulidad tenía más que ver con el método de asesinato que con el intento en sí. Los elfos verían el envenenamiento como cobarde y deshonesto, y por lo tanto improbable.

—La mujer pidió una cerveza y no la tocó. La noté más porque seguía olvidando encorvarse, y cuando salió, sus pasos eran precisos y fuertes.

La descripción le resultó familiar. —¿Como el andar de un guardia?

El hada asintió, gesticulando con las manos. —Sí, más alta que usted, pero más baja que el señor.

—¿Viste su rostro? —Las manos de Rhianne se aferraron a sus muslos.

El hada negó con la cabeza. —Apenas un vistazo de una trenza oscura y una nariz respingona.

Eso describiría a demasiadas elfas. Rhianne trató de no mostrar su decepción. —¿Y el otro? —preguntó.

—Él llegó antes y pidió el asado y una cerveza. —El hada frunció el ceño concentrándose—. Vi más de su rostro, porque seguía mirando hacia la puerta. Ojos oscuros. —Su mano se alzó por encima de su cabeza—. Tan alto como la otra, sí.

—¿Serías capaz de reconocer su rostro de nuevo? —Los dedos de Cael tamborileaban sobre la mesa.

—Tal vez. —El hada se encogió de hombros delicadamente.

—¿Alguno de ellos entró a la cocina? —preguntó Rhianne.

El hada negó con la cabeza pero luego dudó. —Sus mesas estaban en la parte de atrás y cerca de la entrada de la cocina. Aunque solo se permite el personal.

Pero Rhianne había estado dentro, y el personal no la había notado por unos segundos.

—¿Crees que el hombre también era un guardia? —preguntó Cael.

La negación del hada fue definitiva. —No como la mujer, aunque tenía hombros anchos y llevaba una espada corta. Un noble, quizás.

El hada tenía una memoria asombrosa y un ojo para los detalles.

—Has sido de gran ayuda para el señor Caelan —dijo Rhianne, cuidando de no agradecerle abiertamente.

El hada sonrió y miró a Cael. Cuando él no dijo nada, Rhianne le dio una patada en la espinilla. —¿No fue tremendamente útil? —Rhianne arqueó las cejas.

Su padre demostró que podía captar una indirecta y ofreció al marido y la mujer una breve sonrisa. —En efecto, lo han sido.

El tabernero se frotó una mano contra los pantalones. —¿Volverá, mi señor?

Pobrecito. Estaría preocupado por lo que haría a su reputación y al negocio de la taberna si Cael de repente evitara su establecimiento.

—Por supuesto, tu asado de setas no tiene igual en el distrito —dijo Cael.

La sonrisa del tabernero mostró una hilera de dientes como de tiburón. —Muy agradecido, mi señor. La comida va por cuenta de la casa, por supuesto. —Su sonrisa se ensanchó aún más, revelando suficientes dientes como para hacer desmayar a un dentista.

—No es necesario —dijo Cael, pero cuando el tabernero frunció el ceño, añadió—: Sin embargo, a la Dama Rhianne y a mí nos encantaría probar tu tarta de cerezas.

—Por cuenta de la casa, mi señor. Insisto. —El tabernero se puso de pie, y el hada se elevó.

Cael inclinó la cabeza, y el hada sonrió antes de desaparecer de vuelta a la cocina. El tabernero regresó a la barra con la cabeza en alto.

Rhianne probó el guiso, saboreando la rica mezcla de setas terrosas, tiernos trozos de carne y hierbas fragantes que bailaban en su paladar. —Delicioso —murmuró.

Cael también tomó una cucharada.

Como Cael aún no había bajado la barrera mágica, que Rhianne había apodado el “cono del silencio”, le preguntó: —¿Ahora crees que fuiste envenenado?

Sus hombros se tensaron, pero luego inclinó la cabeza, frunciendo el ceño, mientras estudiaba a Rhianne. —¿Eres capaz de determinar que he mantenido la barrera mágica?

—Sí —Rhianne echó un vistazo a la red resplandeciente—. La has encogido un poco ahora, pero aún puedo verla. ¿Por qué? ¿Es eso inusual?

Cael le tomó las manos y se las apretó antes de reclinarse. Rhianne parpadeó. Los elfos no eran propensos a los gestos de afecto, especialmente en público.

Él sonrió.

—Mi querida hija —dijo—, muy pocos poseen la habilidad de hacerlo. Y la mayoría solo la percibiría en lugar de verla. Tus habilidades son extraordinarias.

Vale, entonces. Demasiado incómoda para tratar de entender este nuevo dato sobre su peculiar magia y cómo usarla, decidió insistir en la respuesta a su pregunta.

—Entonces, ¿lo crees?

Cuando él asintió secamente, una mueca reemplazó su sonrisa, y Rhianne se arrepintió del cambio de tema. No estaba acostumbrada a recibir elogios de ninguno de sus padres, pero debía admitir que se sentía bien, como una brisa fresca en un día sofocante.

Se recordó a sí misma que ahora era una adulta y ya no la niña pequeña que ansiaba su atención. Atención que nunca le dieron, o al menos no de la manera que ella quería. No, ya había superado todo eso.

Un pequeño aleteo en su estómago contaba una historia diferente, pero ahora no era el momento de analizarlo.

El pastel de cereza estaba para morirse, y desapareció más rápido que un conejo en su madriguera, dejando solo migajas a su paso.

Cael pagó, anunciando en voz alta lo buena que había sido la comida, y salieron de la taberna con el hada justo detrás de ellos.

Cael se volvió hacia el hada.

—Por favor, infórmame de inmediato si alguno de los elfos sospechosos regresa.

El hada asintió con entusiasmo.

—¡A la orden, mi señor! ¡Mantendré los ojos bien abiertos!

Rhianne le sonrió.

—¿Puedes también preguntar por ahí y ver si alguien notó algo más? Con discreción, por supuesto —añadió apresuradamente cuando su padre se aclaró la garganta.

—Sí, será un placer, mi dama —respondió el hada con un guiño.

Montaron sus caballos y comenzaron el regreso en un silencio agradable.

Rhianne reflexionó sobre las descripciones de los dos elfos sospechosos. ¿Quiénes eran? ¿Habían intentado uno o ambos envenenar a su padre?

El aire estaba un poco más fresco ahora, como el aliento del atardecer susurrando entre los árboles, pero aún tibio. Los grandes árboles enviaban suaves destellos de bienvenida a Rhianne, sus hojas ondeando como viejos amigos que la invitaban a acercarse, y ella extendió la mano para devolverles el saludo.

Al abrir más sus sentidos, escuchó el grito de los pájaros, nítido y claro como un toque de clarín, y el murmullo reconfortante del agua corriendo. El estofado había sido sustancioso, y Rhianne tenía sed.

—¿Es un arroyo lo que oigo? —preguntó.

Cael se volvió para mirarla.

—¿Puedes oírlo? —Sonrió—. Nos espera un hermoso lugar un poco más adelante. Podemos detenernos unos momentos para que presencies algo de la belleza natural del Mundo de los Fae.

Solo unos minutos después, Cael los guió hacia el bosque y llegaron a una cascada. El agua caía en cascada por una serie de rocas cubiertas de musgo, brillando como plata líquida bajo la luz moteada del sol. El agua se precipitaba en una piscina cristalina debajo, levantando una fina neblina que resplandecía como una nube de diamantes.

Danzando dentro y fuera de la niebla había pequeñas hadas del agua, sus alas brillando con todos los colores del arcoíris. Revoloteaban con risas como campanillas tintineantes. Jugando entre las gotas, algunas de las hadas se zambullían en la piscina, creando ondas que se extendían en círculos perfectos.

—Son hermosas —susurró Rhianne y sonrió ante sus travesuras.

Un pequeño grupo de hadas jugaba al tira y afloja con un junco. De repente, se detuvieron, y su silencio le provocó escalofríos en la nuca a Rhianne.

Un súbito silbido del viento, y su padre se movió tan rápido que Rhianne ni siquiera tuvo tiempo de gritar alarmada. Siguió un golpe seco, y luego su padre cayó al suelo, sacándola de su estado de parálisis.

Los caballos se encabitaron, relinchando de pánico, y Rhianne rezó para que no fueran pisoteados por sus cascos. Pero todo eso quedó olvidado en el momento en que vio la flecha que sobresalía del pecho de su padre.

—¡Corre! —dijo él entre dientes apretados.

Ella se arrodilló a su lado y negó con la cabeza, con la boca repentinamente seca.

—Ni hablar, papá.

La yegua se paró protectoramente sobre ellos, mientras que el caballo de Cael se encabitó una vez más antes de salir disparado hacia el bosque.

Rhianne examinó la herida de su padre, conteniendo el aliento ante la visión.

—¡Vete ahora! El semental te dará tiempo —jadeó Cael, con el rostro desprovisto de todo color.

¿La flecha había perforado un pulmón? Sus manos temblaban mientras se cernían sobre la herida, su respiración volviéndose superficial y rápida. El control de Rhianne sobre su magia curativa no era muy bueno, y nunca había tratado una herida como esta. Su mente corría, con el corazón latiendo como un tambor contra sus costillas. ¿Ir por ayuda? El palacio no podía estar tan lejos. Los ojos de Cael se cerraron, su respiración húmeda y trabajosa. Su garganta se tensó con un nudo de pánico. *No hay tiempo.*

Llamó a su magia, que respondió con el entusiasmo de un cachorro al que le muestran una correa. Luchando con ella, dirigió zarcillos de energía curativa hacia la herida. Imaginó la punta de la flecha incrustada en el tejido y, con meticuloso cuidado, aflojó el tejido a su alrededor hasta que la flecha cayó. Ignorando la herida externa por ahora, envió los zarcillos más profundamente para reparar y arreglar el daño, conteniendo la sangre para que no llenara sus pulmones y drenando los restos que se habían infiltrado.

Su padre, estoico como siempre, apretó la mandíbula. La observaba con una mezcla de orgullo y preocupación, sus ojos sin revelar nada de la agonía.

El sudor corría por su rostro, nublando su visión. Apretando los dientes, concentró toda su energía en la tarea que tenía entre manos.

Con una precisión que no se creía capaz, su magia reparó el pulmón desgarrado, uniendo el delicado tejido. Sus manos temblaban y su visión se nublaba como si mirara a través de una ventana empapada por la lluvia, pero siguió adelante. Su respiración se volvió entrecortada mientras se ocupaba de la herida externa, sellándola, mientras sus extremidades se volvían pesadas como el plomo. Cada latido resonaba en sus oídos, más fuerte e insistente. Finalmente, cuando la herida se cerró, su energía se desvaneció por completo. Cerrando los ojos, se tumbó.

Toto habría estado orgulloso de ella porque esta vez no perdió el conocimiento. La curación, sin embargo, había sido una de las más difíciles y exigentes que jamás había realizado, así que no se sintió mal cuando los siguientes momentos fueron una nebulosa borrosa. Puede que no se hubiera desmayado, pero ciertamente no estaba funcionando a pleno rendimiento, más bien lo justo para mantener las luces tenuemente parpadeantes.

Su padre se incorporó y la apoyó contra él, acunando su cabeza. Le vertió en la boca un líquido que sabía a miel y cítricos, murmurando palabras que su cerebro nublado no podía descifrar.

Luces comenzaron a arremolinarse a su alrededor, y la energía se acumuló mientras su padre creaba un portal.

Un beneficio de estar tan aturdida era que no sentía ninguna de las molestias habituales al viajar por portal.

La dulce bebida que su padre le había dado recorrió su cuerpo, energizándola y haciéndola sentir mareada y aturdida. Con la cabeza apoyada en su hombro, tarareaba una melodía y movía las manos como si estuviera dirigiendo una orquesta invisible mientras él la llevaba a la cama.

—Me siento mejor —dijo Rhianne cuando él la depositó en el suave colchón. La afirmación habría sonado más convincente si no hubiera puntuado sus palabras con una risita.

Le costó esfuerzo formar una frase coherente. —¿Sabes? Kai construyó esta barrera mágica para mí en casa. Nada puede penetrarla. Necesitas una de esas. —Parpadeó, pero el rostro de su padre seguía siendo borroso.

—Duerme, Rhianne. Yo te vigilaré —dijo su padre.

Demostrando que siempre hay una primera vez para todo, ella obedeció.

CAPÍTULO 15

Rhianne se despertó cuando la luz de la mañana se filtraba por la gran ventana, proyectando patrones en las paredes. Una suave brisa agitaba las cortinas transparentes, trayendo consigo el fresco aroma del césped cubierto de rocío y el jazmín floreciente. La naturaleza misma había decidido envolver la mañana como un regalo.

Se estiró bajo las suaves sábanas, la seda lisa de su camisón acariciando su piel. A los pies de la cama, una túnica y unas mallas recién lavadas la esperaban. Una rápida revisión de su estado físico y mental reveló que no se sentía mal en absoluto; aparentemente, el vino de las hadas no venía con la temida maldición de la mañana siguiente.

¡Ja! El mercado del alcohol sin resaca en la Tierra sería enorme; me haría millonaria para el próximo martes.

Se dio cuenta de que había voces amortiguadas al otro lado de la puerta. Algunas sonaban agitadas, siseando y afiladas como una tetera hirviendo, mientras que otras eran frías y cortantes.

Sentándose, balanceó las piernas sobre el borde de la cama, la frescura del suelo de madera bajo sus pies fue una refrescante llamada de atención.

Descartando el camisón, se vistió rápidamente, la túnica ajustándose como una segunda piel.

Caminó por la habitación, sus suaves botas de cuero susurrando con cada paso. Las voces se hicieron más claras: palabras afiladas y acusatorias se mezclaban con explicaciones tranquilizadoras, creando una sinfonía de discordia.

Respirando profundamente, Rhianne alcanzó el pomo de la puerta y lo giró, lista para enfrentar cualquier tormenta que se hubiera estado gestando mientras dormía. Cuando la puerta se abrió con un crujido, seis rostros sorprendidos se volvieron hacia ella.

Antes de que pudiera siquiera decir buenos días, Kai se apresuró hacia adelante, envolviéndola en un fuerte abrazo y presionando un suave y prolongado beso en sus labios.

—¿Estás herida? —preguntó, mientras se apartaba para examinarla en busca de lesiones, sus manos rozando sus brazos y hombros.

—Estoy bien —le aseguró Rhianne con una sonrisa; una suave calidez envolviéndola.

Kai exhaló, sus facciones suavizándose. —Bien —murmuró, colocando un mechón suelto de su cabello detrás de la oreja antes de depositar un suave beso en su frente.

Hora de enfrentar a los demás.

El silencio había descendido en la sala de estar, la tensión era evidente en las posturas y expresiones de los ocupantes.

Marissa, vestida con un conjunto de traje pantalón elegante, estaba sentada en el borde de un sillón mullido, tan tensa que parecía que podría saltar del asiento en cualquier momento. Sus dedos agarraban el reposabrazos como si fuera un salvavidas.

Isobel, vestida con una túnica y mallas élficas similares a las de Rhianne, estaba posada en el sofá, con la espalda recta y las manos entrelazadas en su regazo. El rápido golpeteo de su pie revelaba su estado de nervios.

Nel, vestido con un traje de diseñador de color claro, logró esbozar una pequeña sonrisa cuando sus ojos se encontraron con los de ella.

Carl, que había estado paseando, se detuvo contra la ventana como si estuviera congelado, proyectando sombras por la sala. Rhianne nunca lo había visto parecer más una gárgola que en ese momento: sólido, imponente y ligeramente fuera de lugar en interiores.

El padre de Rhianne se apoyaba contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho. Su rostro era una máscara de calma, pero sus ojos traicionaban una vorágine de emociones, arremolinándose como una tempestad detrás de una superficie engañosamente serena.

De Toto, no había señal.

—Buenos días —dijo Rhianne, apuntando a sonar alegre pero aterrizando en algún punto entre nerviosa y avergonzada—. No es que no esté feliz de verlos a todos, pero ¿cómo llegaron aquí?

El silencio persistió antes de que Marissa lo rompiera. —¿De verdad creíste que te escabullirías al reino élfico para investigar por tu cuenta?

Carl gruñó algo por lo bajo.

Nel dio un paso adelante, respondiendo a su pregunta. —Tu padre nos trajo —dijo, dando unos pasos para pararse junto a ella y besarla en la mejilla—. Estaba muy preocupado —susurró antes de retroceder.

Isobel se levantó y se acercó por el otro lado, lanzando una mirada a Nel. Tocó el antebrazo de Rhianne. —¡No vuelvas a hacer eso nunca, ¿me oyes? Y por cierto, tu padre ha sido parco en explicaciones. Yo, por mi parte, no me importaría una puesta al día.

A Rhianne le golpeó la idea de lo afortunada que era por tener amigos tan fuertes y solidarios. Por un momento, el peso de sus responsabilidades se sintió más ligero, y una sonrisa se extendió por su rostro. —Bueno, entonces, será mejor que empecemos. —Se volvió hacia su padre—. Esto va a llevar un tiempo. ¿Crees que podríamos convencer a la maravillosa chef Lila de que nos envíe algo de comida?

Como si fuera una señal, un movimiento de la cortina y un borrón de movimiento confirmaron que su petición sería concedida.

Los demás ya habían puesto al día a Nel sobre el asesinato de Eldrin, así que Rhianne relató su secuestro.

Carl gruñó cuando ella describió su lucha con la Sombra. Su padre, sin embargo, descruzó los brazos y se despegó de la pared. —¿Luchaste contra la Sombra?

—Pues claro, ¡me agarró! —dijo Rhianne. ¿Estaba su padre enojado porque se defendió?—. Por eso me noqueó con magia, al final.

—¿Estás diciendo que aguantaste contra la Sombra? —Sus ojos se agrandaron.

Rhianne se encogió de hombros, incómoda bajo la intensidad de su mirada. —Por un segundo, pensé que tenía la oportunidad de noquearlo.

Su padre echó la cabeza hacia atrás y se rio, el sonido rico e inesperado.

La puerta se abrió, y Aria entró deslizándose antes de que Rhianne pudiera preguntar qué era tan gracioso. Bandejas flotantes de pasteles y una tetera humeante anunciaron su entrada.

Rhianne la presentó a Carl y Marissa; Kai, Nel e Isobel la habían conocido durante la investigación del asesinato del amigo de la reina. Nadie cuestionó la presencia de Aria mientras su discusión continuaba, y ella se sentó con ellos, uniéndose al grupo sin problemas.

Nel seleccionó los pasteles de aspecto más delicioso, arreglándolos en un bonito patrón antes de colocarlos frente a Isobel. Ella fingió no darse cuenta, pero sus ojos la traicionaron, abriéndose de par en par, especialmente ante la vista del milhojas, coronado con bayas regordetas como una tiara enjoyada. Su mano, como si tuviera mente propia, alcanzó el pastel.

La boca de Nel se torció en una sonrisa. —Veo que el milhojas ha elegido a su reina —murmuró.

Isobel lo fulminó con la mirada, pero en el momento en que mordió el pastel, sus ojos se cerraron, su rostro transformándose en una expresión de puro éxtasis.

En un movimiento valiente, Rhianne tomó otro de los milhojas y lo comió, antes de continuar su relato. Después de terminar de contar el viaje de regreso desde la taberna, todos hicieron una

pausa en la comida. Kai la acercó más, envolviéndola con sus brazos con un calor reconfortante. Se inclinó, su aliento suave contra su oreja mientras inhalaba profundamente.

—¿Estás diciendo que alguien te disparó una flecha *otra vez*? —Las cejas de Carl se alzaron como orugas enojadas.

—Chica, ya te lo he dicho antes. Los problemas te adoran —dijo Marissa, saboreando un mousse de chocolate—. Por cierto, estos están increíbles.

Carl se sentó junto a Marissa. —¡No la animes!

Marissa le dio una palmadita en la rodilla. —No necesita ánimos; es un auténtico imán para los problemas. Y he tratado con todo tipo de gente. Desde gánsteres hasta políticos y estrellas de telerrealidad que creen que cada problema se puede resolver con un monólogo dramático.

—No sé a cuál de nosotros apuntaban, pero mi padre se plantó justo delante para protegerme —dijo Rhianne, negando con la cabeza—. Y casi muere cuando la flecha le atravesó el pulmón.

Su padre frunció los labios y el ceño. —Y tú procediste a curarme, aunque te exigí que huyeras del peligro. —La miró fijamente, y Rhianne le devolvió la mirada. No la iba a ganar en terquedad.

—¿No habrás guardado la flecha, por casualidad? —preguntó Isobel, cogiendo un macaron rosa y mirándolo como si fuera su “tesoro”.

¡Maldita sea! Rhianne había estado demasiado aturdida para pensar en ello.

—De hecho, sí. ¿Quieres verla? —dijo su padre, sorprendiéndola.

Impresionante. Había tenido la presencia de ánimo de llevársela cuando usó el portal para sacarlos de allí. Le estaría bien empleado al aspirante a asesino si volviera y se pasara horas buscándola.

—Me temo que es el mismo tipo de flecha que se usa en la Sala de Entrenamiento de la Alta Corte —añadió Cael.

O no, porque nuestro astuto culpable sabía que sería difícil rastrearla hasta él.

—Nunca se sabe lo que puede revelar un examen minucioso. Y puedo compararla con la que le dispararon a Rhianne —dijo Isobel, mordisqueando el macaron.

Kai, que tenía un brazo sobre los hombros de Rhianne, la acercó más. —Pensé que Toto se había llevado la primera flecha y la daga.

Isobel asintió. —Es cierto, pero tomé muchas fotos.

—¿Dónde está Toto? —preguntó Rhianne, mirándolos a todos.

—No ha aparecido —dijo Kai—. Cuando tu padre llegó a la guardería, todos estábamos allí intentando averiguar qué había pasado.

El pulso de Rhianne se aceleró y su corazón se hinchó. —¿Todos estabais allí?

Carl sonrió. —Alice se va a enfadar tanto cuando se entere de que se lo perdió. —La hermana de Carl había ido al sur para presentar a su no tan nuevo pretendiente a sus padres.

Isobel se levantó después de coger otro pastel. —Tampoco me importaría echar un vistazo a esa sala de entrenamiento.

—Supongo que negociaste acceso total para tu investigación —preguntó Marissa.

Rhianne recordó sus palabras a la reina y sonrió. —Sí, a prueba de todo. Acceso total.

Marissa se levantó, sacudiéndose las migas de los pantalones. —Excelente. Quiero registrar la biblioteca y los archivos. Necesitamos saber todo lo posible sobre la caja de Onlura y Eldrin. Tiene que haber una conexión entre él, tú y tu padre.

Aria intervino: —Permíteme escoltarte. El bibliotecario es un duende gruñón, pero me debe un favor... oh, es toda una historia. Recuérdate que te la cuente más tarde; incluye un anillo extraviado, una duendecilla muy enfadada y... bueno, guardaré el resto para otra ocasión. En cualquier caso, asegurará su cooperación más allá incluso de las órdenes de la reina. Puede que refunfuñe y se queje, pero sabe que es mejor no cruzarse conmigo cuando está en deuda.

Esto era: la pandilla reunida y trabajando para resolver el caso. Los ojos de Rhianne brillaron con lágrimas contenidas, una sonrisa tirando de sus labios mientras el nudo de preocupación en su pecho finalmente comenzaba a aflojarse.

—¿Sabes si Eldrin tenía amigos cuando vivía aquí? —preguntó Rhianne a Aria.

—El joven Eldrin tenía apenas dieciocho veranos cuando se fue. Sin embargo, asistió a la Escuela Real. —Aria hinchó el pecho y sus alas aletearon, creando una suave brisa—. Tres de esos estudiantes ahora trabajan en el palacio en diferentes capacidades: Seraphina Nightstar, Orin Brightspear, así como Finwe Sunstrider. Otro que solía ser profesor en la escuela es ahora el Maestro de la Sala, Reron Oakenshield.

Rhianne la miró boquiabierta. —¡Dios mío, Aria! ¡Tienes madera de gran detective!

Un intenso tono escarlata coloreó las mejillas de Aria ante el cumplido de Rhianne.

—Bueno —dijo Rhianne—. Supongo que debería ir a conocerlos.

Kai le apretó la mano. —*Iremos*. Necesito estar a menos de veinte metros para protegerte con mi barrera mágica. Por eso tu padre nos trajo.

Rhianne recordaba vagamente haber mencionado la barrera a su padre mientras estaba ebria con el vino de hadas.

Marissa se rió. —Nosotros somos la bonificación.

Kai se inclinó para susurrar al oído de Rhianne. —Iba a venir yo solo, pero no me dejaron. Carl puede ser muy convincente.

Como si fuera una señal, Carl cruzó los brazos, adoptando su mejor pose intimidante. Rhianne luchó por no reírse y arruinar su feroz aspecto. Para ella, siempre sería un gran oso de peluche. Un gran y peligroso oso de peluche.

—Bien, de acuerdo, gente. Hagamos esto. Podemos reunirnos más tarde esta tarde para informar. —Rhianne se estremeció ante sus propias palabras que sonaban a empresa, lo que le recordó a su madre.

Afortunadamente, el bullicio y la emoción en el aire significaban que nadie se dio cuenta de su tono, o eran demasiado educados para señalarlo.

Aria revoloteó hacia la puerta, sus alas creando un suave zumbido rítmico. —Marissa, Carl, por favor, seguidme. ¡Desentrañaremos los enigmas ocultos en los antiguos tomos!

Marissa ajustó su bolso. —Hora de desenterrar algunos viejos secretos polvorientos —dijo mientras seguía a Aria hacia fuera.

Carl esbozó una rara sonrisa. —¿Crees que el bibliotecario me dejará reorganizar los libros? —preguntó con un brillo en los ojos. Carl era un maniático de la organización y sobresalía en la administración. Si no le encantaran tanto las plantas, habría sido un gran bibliotecario. Asintió a todos antes de salir con Aria y Marissa, sus pasos resonando por el pasillo.

Kai y Rhianne los siguieron con Nel e Isobel cerrando la marcha.

Cuando Rhianne echó un vistazo atrás, los vio caminando juntos, Nel rozando su hombro con el de Isobel. ¿Eh? Rhianne había esperado que Isobel fuera distante. ¿Tal vez Nel iba por buen camino con los pasteles?

Salieron a la luz del sol moteada que se filtraba a través del antiguo bosque élfico. Detrás de ella, con sus elevadas torres y elegante cantería, el palacio se alzaba majestuosamente, como un gran centinela vigilando la tierra.

Intentó no quedarse boquiabierta, pero estaba bastante segura de que fracasó: todo era tan hermoso. El camino bajo sus pies era un mosaico de piedras lisas y entrelazadas, desgastadas por siglos de uso, como una alfombra muy querida.

Mientras caminaban, el bosque a su alrededor cobraba vida con el sonido de los pájaros cantando y las hojas susurrando.

Rhianne intentó identificar el aroma de las flores silvestres, que se mezclaba con el olor terroso de la corteza cubierta de musgo. Algunas las reconocía, como el jazmín y la rosa, pero otras se le escapaban por completo.

Notas de cítricos y pino se entrelazaban con la dulzura de la miel y el sabor acre de la tierra. Una nota subyacente, algo metálica y casi ahumada, añadía una misteriosa profundidad a la sinfonía olfativa.

Dispersos por todo el bosque, diversos tipos de viviendas élficas se fundían a la perfección con el entorno natural.

Algunas casas, construidas en lo alto de los árboles, se conectaban entre sí mediante robustos puentes de cuerda. Estas casas arbóreas, construidas con ramas y hojas entretejidas, parecían casi extensiones naturales de los propios árboles: nidos acunados en los brazos de antiguos gigantes.

De vez en cuando, alguna figura élfica saltaba de rama en rama, con movimientos sinuosos y gráciles, como bailarines en un ballet aéreo.

Acurrucadas al pie de antiguos robles y altos pinos, otras viviendas construidas con una combinación de madera y piedra se escondían entre los inmensos troncos de los árboles. Puertas arqueadas y ventanas adornadas con hiedra y enredaderas floridas les daban un aspecto acogedor e invitador, como cabañas de un cuento de hadas. Pequeños jardines con flores y hierbas de colores rodeaban muchas de estas casas, añadiendo salpicaduras de color al paisaje verdoso.

A medida que se acercaban al salón de entrenamiento, su estructura se hacía más visible. Elaborado en elegante piedra, similar al palacio, pero con un puñado de ventanas altas, también se integraba en el bosque.

Enredaderas y musgo se aferraban a sus paredes, dando la impresión de que había brotado del suelo mismo. El techo, una armoniosa mezcla de hojas y ramas, parecía como si el bosque hubiera tejido un dosel protector sobre él.

En el interior, el aroma de madera añeja y leves rastros de incienso llenaban el vasto espacio abierto. El suelo de madera reflejaba la luz, resaltando las numerosas muescas y marcas en él, como si cada cicatriz contara una historia de batallas pasadas. Probablemente así era, y Rhianne decidió no mirar demasiado de cerca algunas de las manchas más oscuras.

A lo largo de las paredes colgaba una serie de armas y equipos de entrenamiento, desde flechas hasta espadas de diferentes tamaños: un tesoro de guerreros. Dianas y maniqués de práctica permanecían en posición de firmes, esperando su próximo encuentro.

En el centro del salón, un puñado de elfos participaba en un intenso entrenamiento, sus movimientos fluidos y precisos. Su ropa debía estar confeccionada con telas ligeras que permitían total libertad de movimiento. Túnica ceñida y calzones en tonos de verde oscuro y marrón, acentuados con bordados dorados y plateados, mostraban sus formas esbeltas. Cinturones de cuero ceñían sus cinturas, sosteniendo las vainas para sus espadas de práctica.

Algunos elfos llevaban el pelo recogido con cordones trenzados, mientras que otros dejaban que sus largas melenas fluyeran libremente mientras combatían, asemejándose a corrientes de seda en el viento.

Tanto hombres como mujeres se movían con agilidad acrobática, entrelazándose y girando con la precisión de un mecanismo de relojería. El suave susurro de sus ropas se mezclaba con el choque de las espadas y los gruñidos de esfuerzo.

Isobel se dirigió directamente hacia las armas en la pared, con Nel cerca detrás de ella, sus ojos escaneando la sala. Rhianne sonrió. Era algo adorable verlo en modo protector, especialmente cuando no estaba dirigido hacia ella.

Kai se había acomodado en un banco a unos metros de distancia, practicando su vigilancia discreta. Rhianne le lanzó una mirada agradecida, un cálido resplandor extendiéndose por su pecho. Su silenciosa muestra de fe la envolvía como una manta cómoda y reconfortante.

Un elfo en particular destacaba entre los demás, su figura más grande e imponente. Aunque no tan corpulento como Carl, sus anchos hombros y sus musculosos brazos y piernas le daban una presencia intimidante, como un roble imponente entre retoños.

Era al menos una cabeza más alto que su oponente, una elfa que estaba demostrando ser una rival formidable. A pesar de sus poderosas estocadas, que dejaban abolladuras en el suelo de madera como golpes de martillo, ella lo evadía con tal agilidad que Rhianne luchaba por analizar sus movimientos. Su velocidad era un borrón, una danza de precisión y gracia, contrastando con su fuerza bruta.

Cael debió de notar lo que había captado la atención de Rhianne y se inclinó para susurrarle al oído:

—Ese es el Maestro del Salón, Reron Oakenshield, y su oponente es Seraphina Nightstar. Debería mencionar que...

Pero antes de que pudiera terminar sus palabras, el Maestro del Salón gritó:

—¡Alto!

Cuando Rhianne se giró, Seraphina cruzó el suelo, dirigiéndose directamente hacia ellos con el ceño fruncido.

Vaya, vaya. Un comité de bienvenida.

—Seraphina —dijo Cael cuando ella se acercó lo suficiente para oírlo—, me complace presentarte a la Dama Rhianne.

Seraphina miró a Rhianne arqueando una ceja.

—¿Dama? No es más que una híbrida. ¿Quién es el progenitor inadaptado?

Cael se puso tenso. No habían discutido si revelarían su parentesco, pero Rhianne supuso que no lo harían.

No es que ella fuera a usar su relación como escudo. Una oleada de irritación se encendió en ella, haciendo que Rhianne apretara los labios, haciendo que Rhianne apretara los labios.

No era la primera vez que el término híbrida se usaba como insulto, y probablemente no sería la última.

Normalmente, Rhianne lo habría dejado pasar, pero en las últimas treinta y seis horas la habían secuestrado y le habían disparado dos veces. Su frustración estalló.

—Uno que me enseñó mejores modales que los tuyos —dijo Rhianne, su tono frío a pesar de su enojo.

Una hoja cortó el aire, su filo afilado captando la luz a solo centímetros del pecho de Rhianne: la espada de Seraphina.

CAPÍTULO 16

Antes de que Rhianne pudiera parpadear, Cael intervino, desviando la espada de Seraphina con un rápido desenvaine de la suya.

La mandíbula de su padre se tensó y las venas de su brazo armado se hincharon. Reconociendo que la prudencia era la mejor parte del valor (o como fuera que dijera el refrán), Rhianne dio un paso atrás. *Esto se va a poner feo.*

El acero chocó contra el acero, y el sonido resonó por todo el salón. Los ojos de Seraphina se entrecerraron mientras arremetía contra Cael, quien paró el golpe con suavidad, sus movimientos elegantes pero poderosos.

Rhianne observaba fascinada. Nunca había visto un combate con espadas antes, pero en términos de estrategia no era tan diferente de la capoeira.

Mientras los contendientes se rodeaban, era evidente que buscaban una abertura o cualquier debilidad que pudieran explotar.

Seraphina lanzó su espada hacia adelante con una velocidad imposible de seguir. Cael simplemente la desvió con un hábil giro de muñeca. Contraatacó con un golpe amplio dirigido a su cintura, pero Seraphina lo esquivó y bajó su espada en un poderoso arco. Cael lo bloqueó, sus hojas se entrelazaron por un momento mientras se empujaban mutuamente, ninguno dispuesto a ceder terreno.

Rhianne contuvo la respiración.

Cael empujó una vez más, y Seraphina tropezó, recuperándose rápidamente antes de que Cael pudiera aprovechar la situación.

Rhianne entrecerró los ojos. ¿Habría prolongado deliberadamente el combate su padre? Los ataques de Seraphina eran agresivos e implacables, sus movimientos como una tempestad, mientras que la defensa de Cael era calma y metódica, como una fortaleza inquebrantable.

El corazón de Rhianne latía con fuerza mientras la lucha se intensificaba.

Seraphina fingió a la izquierda, luego a la derecha, tratando de desequilibrar a Cael. Él igualaba sus movimientos uno a uno, con una expresión concentrada e imperturbable.

Con un movimiento repentino y fluido, Cael giró, usando el impulso para apuntar un barrido bajo a las piernas de Seraphina. Ella saltó hacia atrás justo a tiempo, sus ojos se entrecerraron y su mandíbula se tensó mientras un ceño fruncido reemplazaba rápidamente un destello de admiración.

Cael aprovechó la momentánea apertura, acercándose y desarmando a Seraphina con un golpe rápido y decisivo. Su espada cayó al suelo con estrépito, y la hoja de Cael apuntó a su garganta.

—¡Basta! —la voz de Reron Oakenshield resonó por el salón, rompiendo la tensión. Reron dio un paso adelante, su presencia imponente—. Este es un lugar de entrenamiento, no de escaramuzas.

Seraphina recogió su espada, respirando pesadamente, y lanzó una última mirada desafiante a Rhianne antes de retroceder.

Cael envainó su arma, sus ojos encontrándose brevemente con los de Rhianne con un gesto tranquilizador. Se volvió hacia Seraphina—. Bien luchado. Has mejorado tu técnica.

Un rubor rosado apareció en el rostro pálido de Seraphina, y ella hizo una reverencia—. Aprecio tu lección, tío. Siempre es un placer entrenar con semejante maestro del arte.

¿Tío? ¿Tiene que estar bromeando!

—Ven —dijo Cael, dirigiéndose de vuelta a donde Rhianne estaba parada al margen sin comprobar si Seraphina lo seguía.

Con una sorprendente mansedumbre, Seraphina lo hizo, aunque sus ojos aún contenían un atisbo de desafío al encontrarse con la mirada de Rhianne.

—La dama Rhianne está en una misión de la reina —dijo Cael, con tono calmado—. Le ofrecerás no solo tu completa cooperación, sino también la debida deferencia a su rango y habilidad. Es una estimada Sanadora.

¿Rango? ¿Qué rango?

Seraphina, que había fruncido los labios mientras escuchaba a Cael, abrió los ojos ante este último pronunciamiento. La tensión en su mandíbula revelaba que no estaba contenta, pero su ira había dado paso a una aceptación a regañadientes.

Respeto no, sin embargo. Rhianne sospechaba que seguiría en la lista de personas a las que Seraphina ensartaría a la primera oportunidad.

No es que preocupara mucho a Rhianne, pero comprobó, y la barrera que Kai había creado seguía en su lugar.

Seraphina tendría que desahogar sus frustraciones en otra parte porque Rhianne sospechaba que había algo más en su actitud que simple intolerancia. Aunque no pudiera precisar qué era.

—Muy bien —dijo Seraphina, con voz tensa—. Cumpliré con tus deseos y los de la reina, tío.

Cael asintió—. Asegúrate de hacerlo. La misión de la dama Rhianne es de suma importancia. Ahora, responde a sus preguntas sin ambigüedades.

Interesante elección de palabras. Probablemente no tenía sentido pedir sinceridad, dado que mentir dañaba a los elfos; la mayoría no se arriesgaría a las consecuencias.

—Busquemos un lugar más privado —dijo Rhianne. Los combates se habían reanudado, trayendo consigo una oleada de ruido. Además, sería más fácil estudiar las reacciones de Seraphina sin tantas distracciones.

—Un momento —respondió Cael, dirigiéndose hacia Reron. En segundos, regresó—. Usaremos el estudio de Reron —. Con eso, marchó hacia una puerta lateral. Seraphina caminó con él, mientras Rhianne esperó a Kai antes de seguirlos.

Incluso sin saber quién era el dueño de la oficina, habría sido fácil adivinar su línea de trabajo.

Armas ceremoniales pulidas colgaban como decoraciones, intercaladas con mapas enmarcados y lo que parecían planes de batalla detallados. Un gran escritorio de roble dominaba el centro de la oficina, su superficie repleta de pergaminos, tinteros y plumas. Una única ventana alta dejaba entrar un rayo de luz solar, iluminando las motas de polvo que bailaban en el aire como pequeñas hadas.

Cael tomó asiento detrás del escritorio y se reclinó. Le estaba cediendo la palabra a Rhianne. Kai se posicionó contra la pared, con un pie apoyado en ella.

Rhianne y Seraphina se sentaron una frente a la otra en sillas de madera robustas, y Rhianne encontró la mirada de Seraphina y la estudió. Como todos los elfos, Seraphina presentaba una figura imponente con un cuerpo esbelto pero fuerte. Su cabello negro como el cuervo caía por su espalda en una larga trenza, enmarcando un rostro marcado por pómulos altos, ojos verde esmeralda penetrantes que cortaban el aire como dagas y una expresión perpetuamente desafiante.

¿Y esta es mi prima? El parecido era tenue pero innegable: una forma de cara similar y la misma inclinación de la nariz.

Quizás Marissa pudiera indagar en los archivos y encontrar un árbol genealógico. Que la reina y su padre guardaran sus secretos; había otras formas de descubrir la verdad. Pero ¿por qué

eran tan reservados? ¿Qué tenía de terrible esta información? ¿Realmente quería saberlo?

Sí, decidió. Quería saberlo.

Volviendo su atención a Seraphina, que estaba golpeando el suelo con el pie, Rhianne preguntó—: ¿Conocías a Eldrin Delmar?

Seraphina no mostró ninguna reacción—. Sí —respondió.

Iba a ser así, ¿eh? Hora de presionar botones—. Está muerto.

Un destello de algo —¿sorpresa, tristeza, miedo?— cruzó el rostro de Seraphina, demasiado rápido para que Rhianne lo descifrara.

—Entiendo —dijo Seraphina.

Qué dura. —Asesinado.

Los ojos de Seraphina se agrandaron y se aferró a los costados de su silla. —¿Cómo? —Su voz era firme, pero la furia brillaba en sus ojos.

Ahora que había alterado a Seraphina, era hora de subir la apuesta. Se arriesgó. —¿Era tu... novio?

Rhianne miró a su padre, pero su rostro permaneció impassible. Ciertamente. Esta era su entrevista, y él la estaba dejando a cargo. Era lo que ella había querido, ¿no?

Suspiró. Claro, había estado investigando por un tiempo, con cierto éxito. El problema era que estaba fuera de su elemento en este reino. ¿Los elfos siquiera usaban el término novio? ¿Qué más iba a decir, amante? Sí, eso caería muy bien. Con suerte, en este contexto, quedaba claro.

Seraphina no podía mentir fácilmente, pero podía evadir.

—¿Quién te ha estado proporcionando información? —preguntó Seraphina, inclinándose hacia adelante, con los nudillos blancos.

¡Ja! Había acertado, y su apuesta había dado frutos. Seraphina estaba definitivamente enojada. ¿Por qué? ¿Se sentía culpable?

—¿Responderás la pregunta? —contraatacó Rhianne.

Había estado tentada de agregar que había sido un pajarito, pero no creía que pudiera decirlo con cara seria.

Seraphina lanzó una mirada a Cael y juntó las manos frente a ella. —Éramos demasiado jóvenes y quizás no sabíamos nada mejor. Todo es bastante insignificante, ya que partió del reino élfico.

Traducción: Me dejó.

—Te importaba —dijo Rhianne, estudiando a Seraphina cuidadosamente.

Hubo una breve pausa. Seraphina separó las manos y cruzó los brazos, ofreciendo un asentimiento seco.

—¿Qué puedes decirme sobre Eldrin?

—Eldrin era... diferente. —Sus palabras eran cortantes—. Poseía el alma de un artista y una forma única de percibir la vida. Podía pasar horas al aire libre, embelesado por un árbol, una flor o un arroyo. A menudo, intentabas hablarle solo para descubrir que no había estado escuchando, cautivado en cambio por la forma en que el sol iluminaba un objeto. Su mirada se volvía vacía, y luego tomaba su pergamino de dibujo y comenzaba a esbozar. —Mientras hablaba, la voz de Seraphina se suavizó—. Sin embargo, también podía ver belleza en todo, y en esos raros momentos en que eras el centro de su atención, era como si el sol saliera y se pusiera contigo.

Los elfos no eran conocidos por ser afectuosos o siquiera cariñosos, al menos no abiertamente. Sonaba como si el sentimiento hubiera sido embriagador para Seraphina.

—¿Por qué se fue? —preguntó Rhianne.

La pregunta borró toda la suavidad de la expresión de Seraphina. Todo su rostro se frunció y sus hombros se tensaron.

—Somos una raza orgullosa —dijo Seraphina como si estuviera sopesando cada palabra.

Kai hizo un ruido que podría haber sido una risa. Sí, eso era como decir que a un dragón le gustaba un poco el oro. Rhianne se dio puntos por abstenerse de decirlo en voz alta.

—No estoy segura de cuánto sabes. —Seraphina lanzó otra mirada a Cael, quien asintió esta vez—. No era de sangre pura —dijo, mirando sus manos—. Por mínimo que fuera, a los demás no les agradaba.

¿Y tú qué? se preguntó Rhianne, pero Seraphina estaba en racha, así que se mantuvo en silencio.

—Eso, sumado a sus inclinaciones artísticas... —Seraphina fijó sus ojos en Rhianne, como exigiendo que entendiera—. Somos una raza guerrera. Cualquiera que no sea un luchador hábil es visto como inferior.

—Pero tienen profesores y músicos y cosas así —dijo Rhianne, un poco aturdida por esta información.

Uno de los sospechosos en su caso anterior en el reino élfico había sido un talentoso músico que no parecía capaz de lastimar ni a una mosca. Por supuesto, ella había asumido que ese era el caso, y sabía lo que hacían las suposiciones: te hacen quedar como un tonto.

Seraphina alzó una ceja y levantó la barbilla, mirando a Rhianne desde arriba. Dado que le llevaba unos centímetros a Rhianne, no era difícil.

—Puedo asegurarte que el más débil de los artistas y otros profesionales que encontraste podría matarte antes de que tuvieras la oportunidad de gritar.

Rhianne alzó las cejas en respuesta. ¿Quién estaba haciendo suposiciones ahora? Se sentía como si estuviera en un extraño concurso de miradas con una jirafa. No importaba, no estaba interesada en una batalla de egos.

—Es un requisito pasar un mínimo de dos años en el Salón de Entrenamiento para perfeccionar tus habilidades. Y aunque Eldrin no deseaba hacerlo, nuestras costumbres exigían que asistiera hasta que se escuchara su petición de exención —agregó Seraphina.

—¿Dos años? —repitió Rhianne. Eso no sonaba como un paseo divertido para el pacífico Eldrin, tan divertido como un koala en una cinta de correr.

—¿Eldrin era bueno? —preguntó Kai desde atrás.

Rhianne frunció el ceño. ¿Era relevante la pregunta?

—Habría sido un guerrero de élite si hubiera puesto la mitad del esfuerzo que dedicaba a sus estudios artísticos. Era grácil y ágil, y bastante bueno en el tiro con arco —dijo Seraphina, ofreciendo una pequeña sonrisa. La sonrisa se desvaneció—. Sin embargo, se oponía al combate cuerpo a cuerpo y a la esgrima. Se negaba a participar en los combates, a pesar de que el Maestro del Salón lo golpeaba o lo cortaba con su espada. —Sus ojos brillaron con clara ira.

¿Con el Maestro del Salón o con Eldrin?

—¿Contando historias, Seraphina? —La voz fuerte del Maestro del Salón resonó por el estudio mientras entraba.

—¿Son historias, Reron, o la pura verdad? —preguntó Cael. No se había levantado, pero ya no estaba reclinado.

Su padre parecía relajado, pero Rhianne sospechaba que podría estar en la puerta y en la cara de Reron antes de que el Maestro del Salón pudiera dar otro paso adelante.

—De todos los elfos, Don Caelan, esperaré que usted valorara el valor por encima de todo lo demás —dijo Reron.

Rhianne se volvió, curiosa por escuchar su respuesta.

—No presumas conocerme, Reron. Y en cualquier caso, no es mi valía ni mi honor de lo que estamos hablando —dijo Cael.

Antes de que Reron pudiera ofrecer una réplica —y parecía que estaba tratando de pensar en una—, Seraphina se levantó de su asiento. —Debo ir al palacio, ya que dignatarios de la Corte de Invierno asisten a un evento. —Sin esperar el permiso de nadie, comenzó a alejarse.

¿En serio? —Todavía tengo más preguntas, Seraphina —llamó Rhianne antes de que pudiera hacer efectiva su huida.

Seraphina se giró, una tormenta de emociones cruzando su rostro, principalmente ira e irritación. Respiró hondo. —Estaré disponible más tarde esta noche o mañana por la mañana. — Ante la mirada fulminante de Cael, añadió—: Si es aceptable.

Rhianne suspiró. No tenía sentido forzar el asunto ahora. No solo estaba Reron presente, lo que hacía improbable que Seraphina se abriera, sino que también le daba a Rhianne tiempo para pensar las cosas. Además, ahora tenía otro sospechoso con quien hablar. Aun así, no pudo resistirse a una última pulla.

Rhianne sonrió dulcemente. —Estoy segura de que la reina aprecia su disposición a compartir información. Pronto le enviaré noticias.

Con un ceño fruncido y un asentimiento, Seraphina se marchó.

Rhianne esperaba que fuera fácil. Por supuesto, conociendo a Aria, se las arreglaría para entregar el mensaje incluso si la destinataria se escondiera en la madriguera de un wombat.

Cael se puso de pie. Ya fuera una concesión por estar en el estudio de Reron o una táctica de intimidación, Rhianne no estaba segura. Sin embargo, los hombros de Reron se tensaron ante el movimiento, así que probablemente era lo segundo.

Interesante. Reron podría ser más fuerte que su padre, pero ella apostaría el suministro de té de un mes entero a que su padre ganaría un combate entre ellos.

—Maestro Reron, esta es la Dama Rhianne. Está llevando a cabo una investigación en nombre de la reina Elara —dijo Cael mientras caminaba desde detrás del escritorio, posicionándose junto a Rhianne e indicando el asiento que Seraphina había dejado vacante.

Reron dudó, como si se preguntara si sentarse detrás del escritorio en su lugar valdría la pena provocar la ira de Cael. Pero debió pensarlo mejor porque, después de unos segundos, se sentó frente a Rhianne.

—¿Cómo puedo ayudar con sus indagaciones? Ha pasado mucho tiempo desde que Eldrin asistió al Salón de Entrenamiento.

Palabras cuidadosas. Reron debía haber escuchado de qué estaban hablando, pero no el porqué.

Por supuesto, Rhianne podría preguntarle a Reron si había asesinado a Eldrin. Una pregunta que también podría haberle hecho a Seraphina, pero decidió no hacerlo. Aunque a los elfos les resultaba difícil mentir, podían hacerlo, y si empezaba con esa línea de investigación, acabaría con engaños descarados que quizás no pudiera desentrañar.

La mejor manera de extraer información era dejar que la gente hablara mientras ofrecía sutiles indicaciones. Inevitablemente, revelarían más de lo que pretendían, creyendo que tenían el control. Era como entregarles el micrófono en una noche de karaoke: cantarían con todo su corazón, ajenos a lo desafinados que estaban.

Era hora de poner en práctica algo de esa estrategia.

CAPÍTULO 17

—Es muy amable de su parte ofrecerse a ayudar, Maestro Reron —Rhianne enfatizó su título. Añadir un toque de cortesía para suavizar las cosas no le costaba nada.

Funcionó. Los ojos de Reron perdieron su dureza y su boca volvió a una posición neutral.

—Supongo que no has visto a Eldrin en un tiempo, ¿verdad?

—Partió hace casi veinte estaciones y no regresó —respondió Reron.

—A menos que hayas hecho un viaje al Reino de la Tierra y lo hayas visto allí, claro —dijo Rhianne, manteniendo su rostro neutral.

Él se burló. —Viajar por portal es un pasatiempo para la élite, que requiere el permiso expreso de Su Majestad. No tengo negocios ni empresas estratégicas que justifiquen semejante extravagancia.

Si eso no era una indirecta hacia su padre y sus viajes, se comería su sombrero. Le lanzó una mirada a su padre, pero él ni siquiera se inmutó.

¡Espera! ¿No había dicho su padre que sus viajes a la Tierra se hacían discretamente? Tal vez algunos de ellos eran oficiales y conocidos. Incapaz de preguntarle a su padre sin desviar la conversación y potencialmente revelar secretos, Rhianne se hizo una nota mental para consultarle más tarde. Suponiendo que se lo dijera.

—Entonces, ¿no has estado en la Tierra? —insistió Rhianne.

Reron jugueteó con la vaina de su espada, que no se había quitado. Ella se preguntó si alguna vez iba a algún lado desarmado. ¿Lo hacía su padre?

Seraphina se había quitado la espada, pero Rhianne notó la daga sujeta a su cinturón. No le sorprendería saber que Seraphina también llevaba armas ocultas.

Era lo que Rhianne llamaría de gatillo fácil: rápida con el desenvaine de la espada, como un gato listo para saltar, pero mucho más letal. ¿Era eso un rasgo compartido por todos los elfos o solo por aquellos en el ejército élfico? Por lo que Seraphina había mencionado, ella formaba parte de ese ejército. Una guardia. Otra pregunta más para después.

Hasta que la reina le advirtió, Rhianne no se había dado cuenta de lo aficionados que eran los elfos a resolver las disputas con combate físico. Claro, conocía su historia belicosa —Toto a

menudo le contaba sobre antiguas batallas—, pero después de la segunda o tercera historia de ese tipo, su atención divagaba como una mariposa revoloteando de flor en flor. Cuando Toto la interrogaba después, nunca podía recordar qué había causado la disputa en primer lugar. La historia de Joshua también había sido sobre una batalla, un duelo.

La lucha dominaba sus vidas cotidianas, y habría sido doloroso para alguien como Eldrin.

Rhianne volvió su atención a Reron. El sudor perlaba su frente y dejó escapar un pesado suspiro. —Fui en una ocasión, pero es un asunto confidencial.

Cael se inclinó hacia adelante, pero Rhianne levantó la mano para evitar que dijera algo. Estaba dispuesta a dejarlo pasar por ahora. Reron era un sospechoso, uno con un motivo y posiblemente la oportunidad. Dados sus comentarios punzantes, no le caía bien su padre, pero ¿cuál era su problema con Eldrin?

—Creo que Eldrin fue tu estudiante —dijo Rhianne, manteniendo un tono agradable y fácil, y su comentario abierto.

La mandíbula de Reron se tensó, y su agarre en la parte superior de la empuñadura se volvió blanco por la fuerza. —Eldrin asistió a la academia, sí, pero no tenía interés en el combate —sus palabras parecían llevar el peso de innumerables intentos fallidos, sus ojos oscuros con el recuerdo—. Le demostré el honor del oficio, el valor que exigía. Era como tratar de encender una llama bajo la lluvia.

—¿Entonces no era bueno? —preguntó Rhianne.

Una pausa y luego una mueca. —Eldrin poseía un talento increíble. Lo observé entrenando en las formas y posturas, perfeccionándolas en secreto. Podría haber sido un gran guerrero. Me enfurecía que eligiera ocultar sus habilidades, que rechazara el camino que se le presentaba.

Rhianne asintió, uniendo las piezas de las complejas emociones detrás de las palabras de Reron. —Ya veo. Eldrin tenía el potencial de ser un guerrero, pero eligió un camino diferente, ¿no?

Los ojos de Reron destellaron. —Sí. Poseía un don y lo desperdició. Era algo que nunca pude comprender. Tenía otros estudiantes con el hambre y el impulso, pero simplemente carecían del talento innato que tenía Eldrin. El único esfuerzo que se permitía era la arquería, y podía vencer a la mayoría de los demás en eso.

—¿Había otros estudiantes también enojados con su actitud?

Pasándose la mano por el pelo, Reron respondió en un tono cortante: —Le costó su amistad con Finwe Sunstrider.

—¿Por qué? —preguntó Rhianne, inclinándose hacia adelante. Aria había mencionado a Finwe como uno de los ex estudiantes que todavía trabajaban en o cerca del Salón de Entrenamiento.

Reron suspiró, su mirada distante. —Como parte de las tradiciones de fin de año, la clase se divide en dos equipos. Finwe, Seraphina, Eldrin y otros dos estaban en un equipo. Orin Brightspear y otros cuatro estaban en el equipo contrario. Orin no era ni un espadachín hábil ni diestro en el combate cuerpo a cuerpo, pero derrotó a Eldrin simplemente porque Eldrin se negó a luchar. Esa pérdida le costó al equipo no solo la competencia, sino también algunos roles codiciados que habrían llegado a ellos si hubieran sido victoriosos.

—¿Estás diciendo que los otros perdieron roles debido a la negativa de Eldrin? —preguntó Rhianne.

—En efecto —respondió Reron, con un tono rígido—. Finwe ciertamente estaba bastante amargado por ello. Codiciaba el papel de Capitán de la Guardia de la Reina, pero ni siquiera fue admitido como guardia en entrenamiento. Seraphina, sin embargo, quizás por sus conexiones, fue aceptada —miró a Cael con desdén.

Bueno saber que el nepotismo está vivo y coleando en el reino de los elfos.

En un mundo de magia y maravillas, todo se reducía a quién conocías. Y eso también respondía a una de sus preguntas sobre la profesión de Seraphina: no solo era buena con la espada, también era buena usando sus conexiones familiares. Tanto para la actitud de santurrón de Seraphina.

—¿Qué hay de los otros dos miembros del equipo perdedor? —preguntó Kai.

La mano de Reron fue a su cinturón, como si estuviera buscando un arma. Rápidamente cubrió el movimiento frotándose las manos, probablemente avergonzado de haber sido pillado con la guardia baja.

Los labios de Rhianne se crisparon. Kai tenía un don para eso: desvanecerse en el fondo solo para emerger con algo agudo y perspicaz.

Aclarándose la garganta, Reron miró a Kai. —Los otros dos miembros del equipo siguieron caminos distinguidos. Evanter ahora sirve como administrador de las propiedades de su padre cerca de las Montañas Lexon, a dos días de viaje de aquí. Eryndor se ha convertido en un reconocido historiador y actualmente ocupa un puesto en la universidad de la Corte de Invierno.

—¿Eryndor Greensleeves? —preguntó Cael, con los ojos muy abiertos—. ¿No fue galardonado con la cátedra más joven en la universidad?

—En efecto —respondió Reron.

Bien, entonces no había motivos para creer que Eryndor o Evanter tuvieran alguna implicación. Para empezar, no estaban lo suficientemente cerca como para haber organizado el intento de envenenamiento o los ataques con flechas. En segundo lugar, parecía que tenían roles de prestigio, aunque tendría que preguntarle a su padre sobre los detalles específicos de las funciones de un mayordomo.

—¿Qué hay de Finwe? ¿Está por aquí? —preguntó Rhianne.

—Finwe es miembro del cuerpo diplomático y creo que está fuera en una misión —respondió Reron, con un tono de admiración colándose en su voz—. Está asignado al Salón de Entrenamiento, ya que se especializa en la prevención de guerras. Finwe posee un talento notable para desactivar conflictos antes de que escalen, una habilidad invaluable. Parte de su éxito se debe a su conocida destreza en combate, demostrada en muchos torneos. Los guerreros respetan a los guerreros.

Sí, sí. Crees que todo se reduce a pelear. Sin importar los sanadores que te mantienen saludable o los granjeros que te alimentan, ¿verdad?

Rhianne se mordió el labio para evitar expresar sus pensamientos en voz alta. Sin embargo, eso planteaba la pregunta de por qué a Reron le desagradaba su padre. Por lo que había visto y oído, su padre era un gran guerrero. Era hora de poner a prueba la teoría.

—¿Te refieres a alguien como Don Caelan? —preguntó, poniendo su expresión más inocente.

Los ojos de Reron se entrecerraron, con un atisbo de burla curvando sus labios.

—Precisamente. Los guerreros pertenecen a roles de guerreros, no como consejeros, sin importar cuán alto sea su cargo.

—¿Alto cargo? —preguntó Kai, robándole las palabras a Rhianne.

Esta vez, Reron estaba preparado y no se inmutó ante la pregunta de Kai. Pero fue su padre quien respondió.

—¿Te refieres a un cargo como el de Consejero Jefe de la propia Reina? —preguntó Cael.

Rhianne se quedó boquiabierta. *¿Su padre era qué?*

Su mente rápidamente repasó todo lo que sabía sobre la política élfica. Toto le había explicado la estructura de la Alta Corte, y el título le sonaba familiar. Parpadeó, recordando que aunque la Reina era la autoridad máxima, a menudo consultaba al consejo, con el Consejero Jefe manejando las decisiones del día a día. ¿Y ese era su padre? La lista de sospechosos ahora había crecido exponencialmente. En una posición tan alta, tendría muchos enemigos. Gimió.

Le lanzó a su padre una mirada que esperaba transmitiera que iban a tener una conversación más tarde; él simplemente arqueó una ceja en respuesta.

Con razón había estado demasiado ocupado para visitarla mientras crecía. No es que justificara todas sus ausencias. ¿Y no había pensado que era importante decírselo? ¡Increíble! Se sacudió y volvió a concentrarse en su entrevista con Reron, pero una nueva irritación bullía en su interior.

—Déjame ver si lo entiendo. ¿Te desagrada cualquiera que no se gane la vida luchando? —preguntó, tratando de enmascarar su creciente molestia. Adiós al enfoque relajado. Qué lástima. El fanatismo de Reron le estaba irritando y, si era honesta, esta última revelación sobre su padre también la había desconcertado. Casi se rio de lo absurdo de todo: drama familiar y prejuicios, todo antes del almuerzo.

Reron parpadeó, pero Rhianne no le dio la oportunidad de hablar.

—No importa, esa era una pregunta retórica. Pero esta no lo es. ¿Tu aversión fue suficiente para asesinar a Eldrin por ello?

Su rostro se volvió carmesí y sus ojos se abrieron de la impresión. Su padre se puso de pie y Kai se despegó de la pared.

Rhianne cruzó los brazos y esperó, su enojo cegándola ante las señales de peligro mientras el cuerpo de Reron se tensaba y sus labios se fruncían. Pero luego su cuerpo se desinfló y se frotó los ojos, mirando al suelo.

—Qué desperdicio de magnífico potencial —su voz áspera retumbó en su pecho.

Por una vez, Rhianne se quedó sin palabras.

Después de un minuto de silencio, Reron levantó los ojos para encontrarse con los de ella.

—¿Cómo fue asesinado?

La sorpresa de la pregunta pilló a Rhianne desprevenida, provocando que respondiera.

—Fue apuñalado por la espalda.

No había forma de confundir el atisbo de furia en los ojos de Reron.

—¡Cobardes!

Claro, por supuesto. Honor en la batalla. Rhianne suspiró. Reron acababa de colocarse en el fondo de su lista de sospechosos, al menos para el asesinato de Eldrin.

Después de extraerle una promesa de mantener en secreto la noticia sobre Eldrin (Rhianne quería evaluar las reacciones de la gente cuando ella se lo contara), se separaron. Dejó claro que podría tener más preguntas para él más tarde.

La mente de Rhianne daba vueltas a las implicaciones de lo que habían aprendido.

Finwe saltó a la cima de su lista. Eldrin había sido la causa de que perdiera una posición prestigiosa.

Seraphina quedó en segundo lugar. Si bien consiguió su deseo de estar en la guardia, eso fue a través de favores. Un hecho que podría molestarla. Y también era una mujer despechada, o al menos abandonada. Estaba claro que Seraphina seguía enojada por lo que había sucedido y, como guardia, podría despreciar la postura de Eldrin sobre la violencia.

Cuando abrieron las puertas del salón de entrenamiento, lo encontraron sorprendentemente vacío, excepto por Isobel y Nel. El estrépito y el tintineo de las espadas de entrenamiento brillaban por su ausencia, reemplazados por el zumbido constante de la voz de Nel.

Nel estaba de pie en el centro del salón, sosteniendo una espada corta y demostrando su uso con una mezcla de precisión y estilo. Isobel observaba atentamente, con el ceño fruncido en concentración.

¿Su concentración estaba en la espada o en quien la empuñaba?

—Ahora, agárrala así —instruyó Nel, posicionando las manos de Isobel en la empuñadura—. Una espada corta se trata de control y agilidad, no de fuerza bruta.

Isobel asintió, imitando la postura de Nel.

Rhianne sonrió, acercándose, y comentó:

—Recuerda, no es el tamaño de la espada lo que importa, sino cómo la usas.

Isobel le lanzó una mirada fulminante a Rhianne, pero su boca se torció.

—Es importante que el patólogo entienda la mecánica de un asesinato para asegurar hallazgos precisos —blandió la espada en un arco salvaje, y Nel retrocedió.

—Guau, cuidado —dijo Nel, levantando las manos.

Cael cruzó los brazos mientras observaba, tal vez ofendido por la torpe demostración de Isobel.

—¿Qué hay de la daga? —preguntó Kai, deteniéndose a una distancia prudente del área de práctica de Isobel.

Isobel bajó la espada y se la entregó a Nel.

—Definitivamente del mismo tipo —caminó hacia el estante de armas y regresó con una daga. Isobel también le mostró la foto en su teléfono. Se veía idéntica al arma del crimen.

—¿Los teléfonos funcionan aquí? —preguntó Rhianne.

—Más o menos —dijo Kai—. Desafortunadamente, no la función de internet ni de llamadas. Estoy asegurándome de que las baterías permanezcan cargadas usando un hechizo de transferencia de energía de bajo nivel que imita el proceso de carga. Es un poco como crear una

fuelle de energía inalámbrica aprovechando la corriente eléctrica en el aire. La densidad natural es solo de unos pocos microamperios por metro cuadrado, pero puedo aumentarla con magia.

Nel sonrió con aire de suficiencia. —Un banco de energía ambulante y parlante. Eso se podría vender.

Para sorpresa de Rhianne, Kai sonrió. —¿Estás ofreciendo tus servicios como agente de negocios, Nel?

Los ojos de Nel adquirieron un brillo pensativo, y Rhianne decidió intervenir antes de que empezara a planear un verdadero negocio lucrativo. El sentido del humor de Kai no siempre le llegaba a Nel. Aun así, este intercambio jovial era una señal de progreso en su relación a menudo tensa.

—Vamos a buscar a los demás. Podemos almorzar y luego hacer un informe. Estoy segura de que Marissa ha encontrado algo interesante a estas alturas —dijo Rhianne. Si alguien podía encontrar la información correcta, esa era Marissa.

Cael los guió de vuelta al palacio y hacia la biblioteca.

Debía de ser la hora punta, pues los caminos estaban llenos de vida y bullicio con seres mágicos.

Las hadas flotaban por el aire, mientras otros seres se movían en delicados carruajes tirados por animales fantásticos, un cruce entre ciervo y libélula. Sus alas iridiscentes y ojos brillaban, y escamas relucientes cubrían sus cuerpos esbeltos. Largos y delicados, se movían con un andar sereno, apenas haciendo ruido mientras tiraban de los carros y coches. A Rhianne le picaban las manos por tocar sus escamas y rascarles entre las orejas.

Entre los seres feéricos, los elfos caminaban con una gracia innata, su largo cabello fluyendo como seda en la brisa. Los gnomos se afanaban, sus movimientos rápidos y su charla alegre añadían una energía vivaz a la escena. Algunas sílfides brillantes se deslizaban entre las flores, y algunos fae caminaban a pie, sus delicadas alas revoloteando detrás.

El palacio estaba aún más concurrido, y las miradas de los elfos se volvieron más evidentes mientras el grupo se abría paso. Cael las ignoraba, y nadie se atrevía a cruzar su mirada, aunque todos se inclinaban a su paso. ¿Cómo no se había dado cuenta Rhianne de lo profundamente que todos se inclinaban ante él?

Dos grandes puertas que llegaban hasta el techo y eran tan anchas como el gran salón se alzaban ante ellos, sus elaboradas tallas representaban escenas del folclore y la historia de los elfos.

Las puertas se abrieron con un suave empujón de Cael, revelando la grandiosa biblioteca más allá. El aire fresco llenaba el espacio, trayendo consigo el tenue y reconfortante aroma del pergamino añejo y la madera pulida.

Estanterías y más estanterías de antiguos tomos y pergaminos cubrían las paredes, alzándose hacia el techo abovedado. Rhianne levantó la mirada y admiró los murales de estrellas y criaturas míticas, como un cielo nocturno capturado en pintura.

Solo el suave roce de las páginas interrumpía la quietud de la biblioteca mientras elfos y otros seres examinaban la vasta colección. En el centro de la sala se alzaba una enorme mesa circular hecha de madera oscura y brillante, su superficie cubierta de mapas, manuscritos y artefactos peculiares, semejante al tesoro de un erudito.

Mientras se movían por el espacio, varios elfos alzaron la vista de su lectura, ofreciendo respetuosas inclinaciones a Cael y miradas curiosas a Rhianne y al resto del grupo. Entre ellos, un fauno con gafas posadas en el puente de la nariz levantó la mirada, sus grandes ojos expresivos magnificados tras los cristales.

Cael los condujo a un recodo apartado, donde les esperaba una mesa más pequeña e íntima. Las paredes del recodo estaban repletas de lo que parecían volúmenes preciosos, sus lomos grabados en oro y plata, como joyas en el tesoro de un dragón.

En la mesa, casi ocultos por las pilas frente a ellos, estaban sentados Marissa, Carl y Aria.

CAPÍTULO 18

—¿Has tenido suerte? —preguntó Rhianne a Marissa.

Marissa miró a Rhianne por un momento, con la mirada desenfocada, como si luchara por apartar sus pensamientos del denso montón de notas de investigación esparcidas a su alrededor.

Pero antes de que Marissa pudiera responder, un hada —presumiblemente una bibliotecaria— descendió volando desde lo alto de las estanterías y se llevó un dedo a los labios.

El hada era una criatura delicada, no más alta que un palmo, con alas rosadas y púrpuras que brillaban como las de una mariposa bajo la luz moteada. Su cabello era una cascada de hilos plateados, y sus ojos resplandecían con una aguda inteligencia. Llevaba un diminuto vestido tejido de pétalos de flores y seda de araña.

Cuando vio a Cael, sus ojos se agrandaron. La expresión severa del hada desapareció y se encogió antes de agitar sus alas. Rhianne luchó por reprimir una sonrisa. Consejero Jefe o no, la biblioteca era un lugar sagrado.

Marissa habló en voz baja, algo que Rhianne no creía que fuera capaz de hacer. Su tono habitual era lo suficientemente fuerte como para hacer temblar a los jueces cuando argumentaba sus casos en el tribunal.

—¿Sería posible mantener los libros aquí hasta que regresemos más tarde? —le preguntó al hada.

El hada asintió una vez y se convirtió en un borrrón, tejiendo una malla mágica alrededor de la mesa que brilló brevemente antes de solidificarse. Apareció un pequeño letrero que decía: “Reservado”.

Vaya, Marissa encantó al hada.

Marissa, Carl y Aria se levantaron, recogiendo sus pertenencias. Se unieron a Rhianne y los demás, que ya se dirigían hacia las puertas de la biblioteca. Juntos, salieron del gran salón, dejando atrás los susurros del conocimiento antiguo y el suave crujir de las páginas mientras salían al bullicioso pasillo.

No habían dado ni unos pasos hacia la habitación de Rhianne cuando un elfo vestido con elaboradas túnicas de color esmeralda bordadas con enredaderas plateadas se les acercó e hizo

una reverencia a Cael.

—Ruego me perdone la interrupción, mi señor —dijo el elfo—. Un asunto de suma importancia relacionado con una disputa provincial requiere su atención inmediata.

Cael se pasó la mano por el pelo. Se volvió hacia Rhianne con una sonrisa de disculpa.

—Debo atender este asunto. Me reuniré con vosotros tan pronto como pueda.

Rhianne agitó la mano.

—Claro, no hay problema.

Con un último asentimiento al grupo, Cael siguió al otro elfo.

Continuaron caminando en silencio. Rhianne se sintió aliviada de que todos supieran mantener la boca cerrada ante oídos agudos. Al entrar en la antesala de su cámara, les recibió la vista de una gran mesa cargada con una variedad de alimentos élficos.

Había bandejas de frutas frescas, cuyos colores reflejaban la luz como gemas: fresas regordetas tan rojas como rubíes, peras doradas que brillaban como topacios y racimos de uvas de un púrpura intenso que parecían amatistas. Cuencos de frutos secos y semillas, ligeramente tostados y sazonados con hierbas aromáticas, se encontraban junto a delicados pasteles rellenos de compota de bayas dulces y nueces con miel: pequeños tesoros que esperaban ser descubiertos.

Junto a Rhianne, Isobel suspiró.

En el centro de la mesa, un gran plato contenía un faisán asado, con la piel crujiente y dorada, adornado con ramitas de romero y tomillo. A su alrededor había platos más pequeños de verduras a la parrilla, rociadas con un ligero glaseado balsámico, y una ensalada de hojas mezcladas, aderezada con flores comestibles y una vinagreta ácida.

Una selección de quesos, que iba desde variedades suaves y cremosas hasta cuñas añejas y fuertes, estaba dispuesta junto a una cesta de pan recién horneado, aún caliente y que exhalaba un aroma reconfortante. Decantadores de cristal con vino, té y agua con gas completaban el festín.

—¡Oh, luz estelar y destellos! Debéis haber causado una gran impresión en Lila —dijo Aria con una sonrisa.

Nel y Aria alargaron la mano hacia un pastel de migas de crema al mismo tiempo. Las manos de Nel se cernieron sobre él, como si librara una batalla entre su instinto caballeroso de ceder y su deseo por el dulce. Sus ojos se desviaron hacia Isobel. Los ojos de Aria se agrandaron, luego sonrió con picardía y le entregó el pastel con un guiño.

Una sonrisa se extendió por el rostro de Nel mientras añadía una rebanada de tarta de merengue de limón y una mini tarta de caramelo al plato. Con un gesto de agradecimiento a Aria, le entregó el plato a Isobel, quien lo aceptó con un rápido asentimiento ansioso.

Interesante.

Después de que todos hubieran llenado sus platos, se sentaron y comieron en silencio. Rhianne no estaba segura de qué hora era, pero mientras contemplaba el paisaje y notaba el ángulo del sol, tenía que ser bien entrada la tarde.

—¿Soy yo, o el sol aquí parece que llega tarde a una cita muy importante? —reflexionó, provocando algunas risas alrededor de la mesa.

Kai se acercó y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja a Rhianne, sus dedos deteniéndose.

—Has dormido hasta el mediodía —dijo en tono juguetón.

¡Vaya! Debía estar más agotada de lo que pensaba. O eso, o el vino de las hadas tenía un efecto más fuerte de lo que creía. Se hizo una nota mental para evitarlo en el futuro.

Kai soltó una risita, apretándole el hombro antes de volver a su comida.

Limpiándose los labios con una servilleta, Marissa se aclaró la garganta.

—Esa biblioteca es a la vez el paraíso y el infierno en uno —dijo, dando un sorbo a un vaso de una bebida lechosa.

Carl se rio.

—Lo que Marissa quiere decir es que tiene una colección increíblemente grande. Juro que tienen cientos de miles de pergaminos y libros allí.

—En efecto —asintió Aria, quitándose migas del pelo—. Es la más grande del reino élfico.

Kai agitó su tenedor en el aire, con las cejas levantadas.

—¿Pero?

—La bibliotecaria de Aria no estaba, y tienen el sistema de archivo más enrevesado que he visto jamás —terminó Marissa con un suspiro dramático—. Imagínate tratar de encontrar un solo libro siguiendo un rastro de acertijos crípticos, cada uno llevándote más profundo en un laberinto de estanterías que parecen reordenarse cuando no estás mirando. Y no olvidemos a los duendecillos guardianes que insisten en jugar al escondite con las fichas del catálogo.

Todos estallaron en carcajadas.

—Debe haber sido toda una aventura localizar el libro correcto —dijo Kai, sacudiendo la cabeza.

—No tienes ni idea —dijo Marissa, echándose el pelo hacia atrás—. Estaba a punto de empezar a sacar libros de las estanterías al azar cuando apareció Marla.

—Marla es el hada encantadoramente servicial que encontrasteis en la biblioteca —explicó Aria—. Alberga una profunda fascinación por la Tierra y su sistema legal.

—Bastaron un par de historias de Marissa; creo que el caso del robo de la cabra fue el que lo logró —dijo Carl—.

Aria aplaudió y sus alas revolotearon. —¡El Gran Robo de la Cabra! —Se inclinó hacia adelante, con los ojos brillantes—. La fascinante historia nos cuenta sobre la cabra campeona de un granjero que desapareció misteriosamente —dijo.

Carl resopló. —Alboroto y plumas, o mohair, más bien.

Aria le lanzó una mirada de reproche antes de continuar. —Involucraba a vecinos descontentos, un coleccionista obsesionado con las cabras y un cartero.

Rhianne agitó la mano. —Déjame adivinar, el cartero lo hizo.

Boquiabierta, Aria volvió a sentarse, y Rhianne se sintió mal por haberle robado el protagonismo.

—¿Cómo discerniste al culpable? —preguntó Aria.

—Siempre es el que desentona —Rhianne se encogió de hombros—. Pero suena como una historia realmente buena.

—Yo nunca lo habría adivinado —dijo Nel en voz baja, y Aria le ofreció una sonrisa tentativa—. Me encantaría escuchar la historia alguna vez —añadió. La sonrisa de Aria se ensanchó.

Isobel le dirigió a Nel una mirada pensativa. Algo destelló en sus ojos antes de que lo disipara con un parpadeo.

—En fin —dijo Marissa, con un brillo en los ojos—. Encontré información interesante para ti.

Rhianne se metió una tarta dulce en la boca, saboreando el estallido de sabor a bayas. Sabía que era mejor no apurar a Marissa; los abogados siempre se tomaban su tiempo cuando tenían la palabra. El dulzor persistió mientras esperaba que Marissa continuara.

—Liraelle, la difunta madre de Eldrin, era en realidad la bisnieta del anterior Alto Rey —dijo Marissa.

—¿Qué, como una princesa? —preguntó Isobel, con los ojos abiertos de curiosidad.

Aria juntó las manos en su regazo. —En el reino élfico, los títulos solo se mencionan durante las ceremonias o los bailes formales. La excepción es la propia reina. Para la nobleza, los demás se refieren a ellos como Don o Dama —explicó Aria—. Como dicen los duendecillos: “Que tus alas nunca se marchiten y tus títulos siempre brillen”. Debido a que tienen que desempolvarlos en estas ocasiones.

Como Don Caelan.

¿Qué título tenía su padre? No es que importara. Muchas de las costumbres e instituciones élficas seguían siendo un misterio para Rhianne, a pesar de los intentos de Toto por enseñarle.

¿Por qué no estaba Toto aquí? Echaba mucho de menos su sabiduría y conocimientos. ¿Estaría bien? No era propio de él estar ausente tanto tiempo. ¿Tal vez no sabía dónde estaban todos? Pero Aria había dicho que le había dejado un mensaje a Toto. Tenía que confiar en que Toto era capaz de cuidarse solo.

Pero sus entrañas se retorcieron, y se las frotó distraídamente. Más tarde, intentaría enviarle un mensaje a Toto con su magia. Lo había hecho una vez antes, aunque había sido en la Tierra. Aun así, valdría la pena intentarlo: su corazón latía más rápido pensando en su ausencia, y se admitió a sí misma que estaba cada vez más preocupada por él.

Se sacudió y reflexionó sobre la última información. Algo le hormigueó en la nuca —estaba aprendiendo a no ignorar ese hormigueo— a menudo significaba que se había presentado una pista. Desafortunadamente, esa pista no tenía sentido en este momento.

—Debe ser por eso que Eldrin asistió a la llamada Escuela de Élite —dijo Kai.

¡Por supuesto! ¿Cómo había pasado por alto la conexión? Rhianne se volvió hacia Aria. —¿Es eso cierto? ¿Todos los elfos que asisten a la Escuela de Élite son de familias nobles?

Aria asintió con la cabeza. —En efecto. Y no simplemente de cualquier familia noble, sino solo de aquellas de los más altos escalones de la nobleza.

—¿Entonces mi padre también? —Rhianne lo dijo casualmente, como si ya supiera la respuesta.

—En efecto, Dama Rhianne, él era tanto una delicia como un terror para enseñar —respondió Aria.

Rhianne cruzó la mirada con Marissa, y el breve asentimiento de esta confirmó la importancia de la información. Ocultando su sorpresa, Rhianne redirigió la conversación. —¿Eras profesora en la escuela? —Se inclinó hacia adelante, con genuina curiosidad brillando en sus ojos. De todas sus locas suposiciones, Aria siendo profesora no había sido una de ellas.

Aria sonrió como si reviviera algunos de esos recuerdos, sus dientes afilados como navajas reluciendo como una hilera de dagas pulidas. —Participo en la enseñanza de lecciones relacionadas con la comunicación y la diplomacia de vez en cuando. Y, oh, estrellas, esos elfitos —Aria se rió entre dientes—. Nacen con la creencia de que saben más. Es todo un placer dejar al descubierto la prueba de tal insensatez.

—¿Dijiste que mi padre también era un terror? —preguntó Rhianne, sabiendo que estaba tentando a la suerte, pero queriendo saber más. La información podría ser valiosa para futuras

discusiones familiares o, mejor aún, un poco de chantaje inofensivo.

Pero no tenía de qué preocuparse; Aria parecía estar en racha. —Oh, era obstinado y deseaba ver los otros reinos con una pasión indecorosa. También era el elfo más guapo del palacio, con sedosos cabellos rubios y ojos esmeralda que podían derretir incluso el corazón más frío. Las damas se reunían a su alrededor como duendecillos alrededor de un rayo de luna, cada una compitiendo por su atención y favor.

Sus ojos perdieron el enfoque y su mano fue a su pecho. *Mmm, así que Aria es una romántica como Toto.* —Siempre era muy educado, creo que disfrutaba de la atención. El pícaro también coqueteaba: un guiño aquí, un toque casual del brazo de una dama allá, pero su corazón no estaba realmente en ello. ¡Noches oscuras y tormentas! Todo cambió cuando su madre falleció trágicamente, seguida poco después por la muerte de su padre —Aria se limpió una única lágrima del ojo derecho. El pastelillo en su regazo yacía olvidado—. De la noche a la mañana, se convirtió en Don Caelan, ya que la reina necesitaba, no, exigía su ayuda. Se acabaron sus travesuras y sus coqueteos, y su entusiasmo, hasta que descubrió que tenía una hija —Los ojos de Aria se clavaron en Rhianne.

El pulso de Rhianne se aceleró. Ni siquiera había considerado preguntar por sus abuelos hasta el otro día con la reina. Se estrujó el cerebro. ¿Su padre había insinuado sus muertes? ¿O había estado tan empeñada en negar todo lo relacionado con los elfos que se había cerrado a ello? Pensándolo bien, Toto tampoco había dicho nada, y él lo habría sabido.

No hacía mucho que Rhianne había descubierto que Toto conocía a su padre de antes. Eso la había llevado a creer que su padre había enviado a Toto para cuidarla. Y aunque Toto había desechado esa creencia, no había explicado por qué se había exiliado a la Tierra.

Todos en la sala se habían quedado en silencio. Incluso Isobel había hecho una pausa en su comida.

Pequeñas campanillas de viento sonaron en la sala, llenando el aire con su tintineo, y Aria parpadeó. —La reina requiere mi presencia —dijo, levantándose con gracia. Con un asentimiento al grupo, se deslizó fuera de la sala.

—Bueno, ¿no fue eso algo? —dijo Carl, arqueando una ceja. Marissa le dio un golpe con su servilleta—. ¡Ay! —dijo Carl, con los ojos muy abiertos.

Como si nada. Marissa podría haberle golpeado con un cuchillo y no le habría dejado ni un rasguño en su piel de piedra.

Kai rodeó los hombros de Rhianne con su brazo y se inclinó para besarla en la sien. —¿Estás bien? —susurró.

No, no estaba bien. Pensamientos arremolinados y emociones conflictivas luchaban por su atención, una tempestad de confusión y dolor. Hizo lo único que pudo en ese momento: los apagó, encerrándolos en lo más profundo de su ser.

Tomando un respiro para calmarse, se volvió hacia Marissa. —¿Qué más encontraste?

Marissa asintió, ofreciendo a Rhianne una breve sonrisa. —Aria hizo todo lo posible por disuadirme de mirar ciertos tomos y pergaminos. Muchos de los más antiguos estaban en élfico, pero Marla fue *muy* servicial y me dio un orbe traductor. Mientras Carl fingía estar fascinado por los detallados relatos de Aria sobre las antiguas técnicas élficas de encuadernación, logré aprender algunas cosas interesantes.

—Oh —Nel se inclinó hacia adelante—. Cuenta, cuenta.

—Todos aquí saben que hay cinco cortes élficas, ¿verdad? —comenzó Marissa.

Carl negó con la cabeza. —Yo estaba muy ocupado distrayendo a Aria —lanzó una mirada a Rhianne—. Y me dejaron atrás en el último viaje.

Sí, Carl sigue molesto por eso. Tenía un instinto protector de una milla de largo.

Marissa continuó, con los ojos brillantes. —Están las estaciones: Invierno, Verano, Otoño y Primavera, y gobernándolas está la Alta Corte.

Los labios de Kai se curvaron. —Un poco como el Pronosticador Jefe del Tiempo.

Isobel sonrió, alcanzando un pastelillo dorado. —Excepto que con mucho más poder.

Nel ladeó la cabeza. —¿Cómo lo sabes?

—Frecuenté el reino élfico hace mucho tiempo porque... —Se congeló por un segundo, luego rápidamente se metió el pastelillo en la boca.

Nel arqueó una ceja. Rhianne conocía la historia. Isobel había tenido un amante elfo. Al parecer, los deseos del djin eran menos efectivos en el reino élfico. Rhianne no creía que la relación hubiera sido tan significativa, pero había sido un alivio para Isobel poder soltarse un poco durante un tiempo.

—¿Estabas aquí cuando gobernaba el rey Arman, entonces? —preguntó Marissa.

Isobel asintió, aún masticando. Un sutil rubor se deslizó por sus mejillas mientras Nel se tocaba la barbilla, observándola.

—¿Ese es el monarca anterior a la reina Elara? —preguntó Kai.

Marissa asintió. —Sí, los elfos son longevos, así que los monarcas permanecen en el poder durante mucho tiempo.

Kai trazó círculos en el hombro de Rhianne. —Peligroso.

—Tal vez —Marissa se encogió de hombros—. Pero los elfos aman la tradición y detestan el cambio. Hubo bastante revuelo cuando la reina Elara asumió el trono. Era joven y de la Corte del Verano, considerada frívola o algo así.

Rhianne golpeó el suelo con el pie. *Sherezade, la narradora de los cuentos de Las mil y una noches, debió haber sido abogada.*

—En cualquier caso —continuó Marissa—, la razón por la que os cuento esto es porque, mientras leía, me encontré con el proceso de ascensión —hizo una pausa, probablemente para darle efecto.

Carl miraba a Marissa con gran atención, pero Isobel puso los ojos en blanco. —¿Y?

—Ya voy a ello —dijo Marissa, dando un largo sorbo a su té—. Hay una especie de concurso. Nadie sabe cuáles son los desafíos, y no todos los que participan sobreviven a las pruebas.

—¿Estás diciendo que cualquiera puede competir? —preguntó Kai.

Marissa le señaló con el dedo. —¡Ja! Serías un testigo difícil de confundir, como intentar hacer tropezar a una gárgola de piedra. En teoría, no hay una regla explícita sobre los candidatos, pero en toda la historia de reyes y reinas, cada uno de los concursantes provenía de la alta nobleza —miró a todos por turnos.

—¿Quieres decir que no es una democracia? ¡Sorprendente! —se burló Nel.

La mente de Rhianne comenzó a unir las piezas. Kai le apretó la mano; probablemente ya lo había descifrado. Y entonces lo entendió. —¿Lo que estás diciendo es que lo que Eldrin, mi padre y yo tenemos en común es que todos somos elegibles para competir por el trono?

Marissa negó con la cabeza, volteando la palma de su mano. —No solo elegibles, sino probables *ganadores*. Durante los últimos miles de años, al menos hasta donde investigué, cada rey o reina ha sido de una de dos ramas: la de la reina Elara o la del rey Arman.

Bueno, eso le da un giro diferente a las cosas.

CAPÍTULO 19

—Seguramente, habrá unos cientos de esos descendientes reales —dijo Nel, cruzándose de brazos.

—¿Quieres apostar? —le preguntó Isobel. Aunque su tono era juguetón, su frente se arrugó.

—Depende de lo que gane el vencedor —Nel movió las cejas sugestivamente.

Isobel miró al techo como pidiendo paciencia, pero sus ojos brillaban.

Carl levantó las manos. —¿Qué me estoy perdiendo?

—Alguien está intentando eliminar la competencia antes de las pruebas —dijo Kai.

—Bueno, eso es jugar sucio —resopló Carl—. Al menos deberían esperar a que empiecen los juegos. Está en el reglamento. En alguna parte.

A Rhianne se le revolvió el estómago. No tenía sentido. Ella no pertenecía al reino élfico, ¡ni siquiera vivía aquí! —Excepto que de momento no hay desafío. La reina Elara está viva y bien, y probablemente le quedan unos cientos de años más.

Era el turno de Isobel de encogerse de hombros. —Los elfos juegan a largo plazo. A *muy* largo plazo. Esto suena exactamente al tipo de estrategia que seguirían.

La puerta se abrió de golpe y Aria entró volando, con las alas revoloteando y los ojos brillantes. —¡Por el Viejo Espíritu del Bosque, la reina ha anunciado un baile para mañana por la noche! Hay mucho que hacer —dijo Aria, mirándolos a todos uno por uno. Levantó un dedo—. Encargaré a la costurera que prepare atuendos adecuados y hablaré con el Mayordomo del Palacio sobre la preparación del festín. ¡Oh, sombreros de seta! Y enviar las invitaciones. ¡Esto es maravilloso! No hemos disfrutado del placer de un baile desde hace unas cuantas lunas. ¡Oh, los músicos y los bailarines, todo a la luz de las velas! Y tú, mi querida Dama Rhianne, experimentarás las maravillas de la diversión élfica.

¡*Qué demonios!* Las manos de Rhianne se cerraron en puños, sus uñas clavándose en las palmas. Alguien había intentado matarla a ella y a su padre varias veces, ¿y la reina estaba organizando una fiesta? El calor se apoderó de ella, quemándole las mejillas y nublándole la visión. Apretó los labios, conteniendo apenas un torrente de palabras coloridas.

—¿Cuál es la ocasión? —intervino Kai. Debió de darse cuenta de que Rhianne estaba a punto de decir algo de lo que podría arrepentirse.

—¡Palillos y libélulas!, ¿no lo mencioné? La reina desea presentar a Rhianne a la corte como nuestra nueva Sanadora —dijo Aria con un floreo.

Kai apretó la mano de Rhianne, ya fuera en advertencia o consuelo; ella no podía decirlo. La ira nublabla su juicio mientras se levantaba. —Llévame con la reina. Ahora. —Aria retrocedió un palmo, parpadeando rápidamente.

Recordándose a sí misma que Aria era solo la mensajera, literalmente, Rhianne suavizó su tono. —Es importante, por favor.

Aria asintió una vez y le hizo un gesto a Rhianne para que la siguiera. Cuando los demás empezaron a levantarse también, Rhianne levantó la mano. —Solo Kai. —No había querido que sonara como una orden, pero su tono no dejaba lugar a discusión. Carl frunció el ceño pero no dijo nada cuando Rhianne, Kai y Aria salieron de la sala.

Caminaron por los pasillos y subieron la amplia escalera. Rhianne estaba tan absorta en su enojo que llegó a lo alto de las escaleras antes de darse cuenta de que sus pensamientos resonaban en su cabeza sin interrupción. ¡Oh! Aria no estaba burbujeando.

Rhianne lanzó una mirada a Aria, que miraba al frente, olfateando. Una punzada de culpa hizo que Rhianne redujera la velocidad. Respirando hondo, dejó ir parte del fuego que había estado consumiendo sus sentidos.

—Te gustan las fiestas, ¿verdad? —preguntó Rhianne, estremeciéndose internamente. Era algo tan tonto de decir, pero no se le ocurría nada más y odiaba ver a Aria disgustada.

Un breve asentimiento fue la única respuesta.

Rhianne suspiró, su ira disipándose. Logró esbozar una pequeña sonrisa irónica. —Bueno, al menos una de nosotras está emocionada por el baile. —Esperaba que su intento de humor aligerara el ambiente, aunque fuera un poco.

Las alas de Aria se crisparon, pero permaneció en silencio, su habitual brillo apagado. Rhianne deseaba poder decir algo para hacerlo regresar.

Rhianne lo intentó de nuevo. —¿Tendré que bailar?

—Oh, no si no lo deseas —respondió Aria.

Vale, no era un deshielo total, pero al menos Aria volvía a hablar. Rhianne podía trabajar con eso. Kai, sabiamente, se había quedado atrás y ahora las seguía a cierta distancia.

—¿Crees que podría llevar el anillo y los pendientes que me regalaste?

—Me aseguraré de que el vestido los complementa, si ese es tu deseo —la voz de Aria se suavizó—. El verde esmeralda sería un color magnífico con tu tez y sin duda resaltaría tus ojos. —Aria se volvió hacia ella y comenzó a volar hacia atrás mientras ascendían, evaluando a Rhianne con ojo crítico.

—El verde es mi color favorito —dijo Rhianne.

Aria las guió hacia la izquierda. —En efecto. Qué apropiado. —Juntó las manos—. Sería como si salieras del bosque, un guiño a tu herencia y mostrando todo tu potencial. —Sus ojos brillaron.

Aria voló alrededor de Rhianne, sus ojos midiendo su cuerpo. Su voz adquirió un tono emocionado. —Diseñaré una obra maestra de vestido para ti, hecho a la perfección. Imagina un vestido fluido de la seda más fina, adornado con intrincados bordados de plata que capturen la luz con cada movimiento. El corsé se ajustará a tu figura, acentuando tu gracia, mientras la falda caerá como una cascada de esmeralda, permitiéndote moverte sin esfuerzo.

Las palabras de Aria fluían más rápido a medida que crecía su entusiasmo. —Y cuando entres en el salón de baile, tanto elfos como otros seres feéricos quedarán cautivados. Sus ojos se abrirán de asombro cuando hagas tu entrada, una visión de elegancia y fuerza. Los susurros se extenderán entre la multitud, maravillándose de cómo encarnas la esencia misma de nuestros antiguos bosques.

—Mmm. Preferiría no atraer demasiada atención —dijo Rhianne. No quería apagar el entusiasmo de Aria ahora que finalmente había logrado sacarla de su depresión, pero la idea de que todas las miradas se centraran en ella le revolvía el estómago.

—Tonterías —dijo Aria—. Serás... ¿cuál es la expresión humana? —Se dio unos golpecitos en la barbilla, pensativa.

—La bella del baile —ofreció Kai.

Aplaudiendo, Aria se detuvo y se enfrentó a ambos. —¡Eso es exactamente!

—No ayudas —murmuró Rhianne, y Kai se rio.

Aria se detuvo, se dio la vuelta y golpeó tres veces una puerta ornamentada. Los dos guardias que flanqueaban las puertas dobles ni siquiera parpadearon ante su presencia.

Bien. Habían llegado a las cámaras de la reina. Aria no esperó una respuesta a su llamada. —Oh, tengo tanto que preparar. —Y se alejó flotando.

Las puertas se abrieron como si tuvieran vida propia.

—¿Debería esperar aquí? —preguntó Kai.

Le estaba dando privacidad para que desahogara su ira.

Rhianne arqueó una ceja, y Kai pareció captar su pregunta silenciosa. Le susurró al oído, provocándole escalofríos. —La barrera funcionará a través de estas paredes. Además, probablemente sea el lugar más seguro donde estar. —Se echó hacia atrás—. He oído que el gusto de la reina en cuanto a *papel tapiz* es legendario.

Ah, sí, las barreras mágicas de la reina serían de otro nivel. Rhianne asintió, respirando hondo. —De acuerdo. Gracias.

Con un último gesto de Kai, levantó la barbilla y entró en la guarida del león.

Las barreras mágicas vibraron contra su piel, una advertencia cosquilleante que le erizó los nervios mientras Rhianne se detenía para observar la sala. Un vasto espacio se desplegaba ante ella, bañado por la dorada luz de la tarde que se filtraba a través de altas ventanas arqueadas cubiertas con ricos cortinajes de terciopelo burdeos. Tapices que representaban grandes batallas y paisajes serenos adornaban las paredes, sus colores apagados como los tonos desvaídos de recuerdos antiguos. El aire estaba cargado de historia, y la sala exudaba una belleza silenciosa y reverente.

Una mullida alfombra roja, tan gruesa que parecía engullir el sonido, se extendía por el suelo de mármol pulido, guiando la mirada de Rhianne hacia la única otra persona en la sala.

La reina estaba de pie junto a la ventana, su silueta enmarcada por el resplandor del sol, proyectando un delicado halo etéreo a su alrededor. Llevaba un vestido de color púrpura intenso, su tela brillaba como la superficie de un lago tranquilo al atardecer, bordado con hilos de plata.

Como la reina no la había reconocido, Rhianne continuó examinando el área, preguntándose si revelaría alguna pista sobre su propietaria.

A la izquierda de Rhianne, una gran chimenea dominaba la pared, su repisa adornada con candelabros ornamentados y un gran espejo dorado que reflejaba la opulencia de la sala. El tenue aroma a vainilla y miel impregnaba la estancia, un olor que Rhianne ahora asociaba con la magia de la reina.

Junto a la chimenea, una colección de mullidos sillones y una mesa baja de caoba estaban dispuestos en semicírculo como viejos amigos reunidos para una reunión secreta.

El techo se elevaba muy alto, pintado en verde musgo, recordando el dosel de un bosque antiguo. Lámparas de cristal colgaban, sus innumerables facetas dispersando la luz en un deslumbrante espectáculo.

Los ojos de Rhianne finalmente se posaron en las delicadas manos de la reina, entrelazadas detrás de su espalda. La postura de la reina era de gracia compuesta, pero la tensión agarrotaba sus hombros como si cargara con el peso de todo el reino, lo cual, para ser justos, así era.

A pesar de la pose regia de la reina, una sensación de vulnerabilidad la rodeaba, y una oleada de simpatía amenazó con descarrilar la ira de Rhianne. No debía ser fácil ser responsable de todo lo que ocurría en el reino élfico. Según Marissa, la reina había heredado la corona siendo joven, lo que fuera que eso significara según los estándares élficos. *Debe de ser solitario*. El pensamiento involuntario hizo que Rhianne vacilara.

La reina se dio la vuelta. Con la barbilla en alto y los ojos brillando con una determinación acerada, como si esperara una pelea. —¿Debo suponer que hay un propósito para esta visita? —preguntó la reina, con voz fría e inquebrantable. No se movió de su puesto junto a la ventana.

Rhianne se encogió de hombros, preparándose. *Bueno, entonces será una pelea*. —Oh, ya sabe, me preguntaba si podría aconsejarme sobre el color del vestido para llevar al baile. No querría equivocarme, ¿verdad?

La reina arqueó una ceja, su expresión indescifrable.

Claro. Los elfos no eran buenos con el sarcasmo. Usualmente les pasaba por encima de la cabeza.

Rhianne se cruzó de brazos. —No creo que organizar una fiesta en medio de una investigación de asesinato sea una buena idea.

Dejando escapar un pesado suspiro, la reina hizo un gesto desdeñoso con la mano. —Olvido que no estás familiarizada con nuestras costumbres y tradiciones.

¿Por qué sonaba eso como un insulto velado?

—Entonces ilústreme —dijo Rhianne, con la voz tensa por la frustración.

La reina dio unos pasos más cerca, su presencia como una tormenta que se aproximaba. —Creo que puede ser el momento de tu presentación en la corte.

—No necesito ni quiero una presentación —replicó Rhianne entre dientes apretados—. Alguien ha intentado matarme dos veces y a mi padre tres. No necesito que me exhiban ante los demás como una especie de curiosidad.

Los recuerdos de su infancia y de asistir a las apariciones políticas de su madre surgieron. Una de las muchas razones por las que se había marchado de casa siendo joven. Ciertamente no volvería a ser una marioneta para la conveniencia política de alguien.

Frunciendo los labios, la reina miró a Rhianne por encima de la nariz, con la mirada firme. —No comprendes la importancia de tu posición.

—¿Y de quién es la culpa? —replicó Rhianne, con los puños apretados a los costados, lista para lanzar un puñetazo literal.

Los dedos de la reina fueron hacia su collar, una hermosa perla del tamaño del huevo de un petirrojo. —Tienes razón. Es hora de que te explique...

El aire centelleó y se retorció en el centro de la sala, la luz doblándose y deformándose como si la realidad misma estuviera siendo desgarrada. Rhianne se quedó boquiabierta, y su corazón latía con fuerza mientras un vórtice arremolinado de colores —azules, púrpuras y dorados— se materializaba ante sus ojos.

¡No debería ser posible eludir las barreras mágicas de la reina!

CAPÍTULO 20

El portal zumbaba con una energía sobrenatural, sus bordes chisporroteando como pequeños rayos. Desde el centro del vórtice, una figura comenzó a emerger.

Al principio, era solo una sombra, pero a medida que pasaba a través, la forma se volvió más clara. Toto atravesó el portal, su pequeña figura casi invisible contra la magia arremolinada detrás de él. Su pelaje estaba alborotado y mostraba los dientes.

Ignorando a la reina, Toto trotó hacia Rhianne, colocando sus patas sobre sus piernas. —He venido a rescatarte. ¡Vámonos de inmediato!

En respuesta, la magia de la reina se intensificó. El aire a su alrededor chisporroteó con aún más energía, y una luz brillante irradió de ella, envolviendo a Toto y Rhianne en un resplandor luminoso.

Como una tormenta en aumento, la magia de la reina se magnificó, volviéndose casi tangible. El suelo bajo los pies de Rhianne vibraba con el poder que fluía de la reina, el aroma a vainilla y miel saturando el aire.

—¡Cómo te atreves a invadir mi santuario! —Los brazos de la reina se elevaron, su voz resonando con autoridad.

—No te molestes, Elara. Nos habremos ido y estaremos fuera de tus garras antes de que puedas desatar tu magia lo suficiente como para impedir nuestra partida —ladró Toto, lanzando a Rhianne una mirada impaciente—. Y tus guardias tampoco van a entrar. He sellado la sala —añadió, curvando sus labios.

En lugar de dejarse intimidar por las palabras de Toto, la reina redobló sus esfuerzos. Su magia pulsaba, haciendo que los objetos a su alrededor se difuminaran y brillaran.

—Ahora sería el momento perfecto, Rhianne —instó Toto, inclinando la cabeza hacia el portal mientras mantenía un ojo en la reina.

A pesar de su confiado desprecio por la magia de la reina, Rhianne dudaba que pudiera contenerla para siempre.

La sorpresa por la repentina aparición de Toto se desvaneció, y la ira de Rhianne resurgió. ¿Dónde había estado los últimos días? Se había ido sin siquiera despedirse. ¡Y ahora había

atravesado las supuestamente infalibles barreras de la reina y se había dirigido a ella como Elara!

—No —dijo Rhianne tan bajo que no estaba segura de haber pronunciado la palabra.

Toto arqueó una ceja, e incluso la presión mágica de la reina se alivió por un momento.

—¿No? ¿Qué quieres decir con que no, niña? —preguntó Toto.

Se abstuvo de decir que él debería haber estado allí cuando la Sombra se la llevó. En cambio, había desaparecido sin explicación para hacer quién sabe qué.

Rhianne entrecerró los ojos. Eso era exactamente lo que sucedería si volvía con él ahora. Se negaría a responder preguntas y desaparecería misteriosamente de nuevo.

—Alguien está tratando de asesinarme no solo a mí, sino también a mi padre. Ha habido tres intentos hasta ahora, y estoy bastante segura de que continuarán a menos que encuentre al culpable y lo detenga. —Levantó la mano cuando Toto abrió la boca para protestar—. Y no voy a vivir mi vida en la Tierra constantemente mirando por encima del hombro porque alguien ha decidido que, por asociación, necesito ser eliminada.

—Eso es inaceptable —dijo Toto, pero parte de la lucha había desaparecido de él. Se volvió hacia la reina, su cola rígida de agitación—. Esto debe ser obra tuya, Elara.

La reina, aún sosteniendo su magia, se inclinó hacia adelante y entrecerró los ojos. De repente, sus ojos se abrieron de par en par, su magia se desvaneció y retrocedió tambaleándose. —¿Talion? —susurró, llevándose las manos a la boca.

Era la mayor emoción que Rhianne había visto jamás en ella. Por unos segundos, la reina pareció joven y expuesta, su rostro una mezcla de tristeza y conmoción.

Sus hombros se enderezaron y levantó la barbilla. Debía estar tratando de parecer decidida, pero en su lugar se veía angustiada.

—Muéstrate —exigió.

Toto miró a Rhianne una vez más; sus orejas bajaron. ¡No! Ya no iba a ocultar sus secretos por más tiempo.

Rhianne cruzó los brazos. —Ya es hora. Hazlo. —A pesar de su enojo, la curiosidad y cualquier emoción que la reina irradiaba suavizaron su tono.

El portal, que había estado girando como un vórtice, comenzó a cerrarse, los colores desvaneciéndose hasta que desaparecieron por completo, dejando la sala en un silencio inquietante.

Toto se sacudió, como si se deshiciera de los restos del viaje mágico, y se transformó. Donde el esponjoso Maltés de Rhianne había estado hace meros segundos, ahora se erguía un hombre tan alto como su padre.

Su largo cabello, de un blanco impresionante entretejido con hebras plateadas, caía en cascada hasta su cintura como luz de luna. Sus ojos, de un marrón profundo y expresivo - lo único que permanecía igual - eran tan parecidos a los de Toto.

Rasgos angulosos, esculpidos con pómulos altos y una mandíbula fuerte, le conferían una presencia masculina imponente. Bien podría haber sido una estatua de mármol tallada por un maestro. Su piel, pálida e inmaculada, brillaba con una luz interior. Rhianne parpadeó.

Toto siempre había sido un viejo fae en el corazón de Rhianne, pero este elfo parecía estar en su mejor momento - un guerrero listo para la batalla.

Las orejas de Talion, puntiagudas en las puntas, lo marcaban inconfundiblemente como un elfo, y se movían como si estuvieran sintonizadas con sonidos y secretos que otros no podían percibir.

Una túnica finamente confeccionada del color de la canela abrazaba su cuerpo, adornada con hilos plateados. Una capa de un rico azul medianoche, sujeta en su hombro con un broche en forma de hoja, fluía detrás de él como una sombra.

Sus manos, de dedos largos y elegantes, descansaban a sus costados, pero su postura irradiaba tensión.

¡Un elfo! Toto es un elfo. El mundo de Rhianne se tambaleó. Y oh, lleva una espada.

Rhianne miró ansiosamente hacia la puerta, preocupada de que los guardias irrumpieran, pero aparte de su propio corazón latiendo con fuerza y su respiración pesada, un silencio casi cómico envolvía la sala. Era el tipo de quietud que le daban ganas de estornudar para romperla.

Cuando volvió a mirar a Toto y a la reina, estaban enfrascados en un intenso juego de “quien aparta la mirada primero pierde”. Rhianne puso los ojos en blanco.

—Esto es lo que sé sobre el asesinato de Eldrin y los intentos contra Cael y contra mí —dijo Rhianne, más para interrumpir su pequeño concurso de miradas que para iniciar una conversación real—. Alguien está tratando de eliminar la competencia por el trono.

Dos pares de ojos giraron para mirarla. Sus colores eran diferentes, pero sus rasgos sorprendentemente similares, y sus expresiones penetrantes, idénticas. Debían enseñar miradas amenazantes en la Escuela de Elite.

—¿A qué te refieres, por las cinco cortes? —preguntó Toto, su voz una mezcla de curiosidad y frustración.

¿En serio? ¿Aún no lo han descifrado? —¿Qué familias han ocupado el trono en los últimos miles de años? —preguntó Rhianne, con un tono afilado.

Toto - no, Talion - ladeó la cabeza de esa manera entrañable y familiar que casi hizo que Rhianne se riera - o tal vez llorara.

Nunca podría pensar en él como Talion. Aunque tampoco podría volver a mirar a Toto de la misma manera.

La reina frunció el ceño, su compostura regia alterada. Los hombros de Toto se tensaron mientras comenzaba a pasearse por la sala, sus movimientos rápidos e inquietos.

—Antes del reinado de Elara estaba el Rey Arman de la familia noble Frostveil. Y antes de eso estaba el padre del Rey Arman. Y antes de eso estaba...

—Nuestro abuelo —terminó la reina por él.

Rhianne asintió, complacida de que por fin lo hubieran entendido, pero antes de que pudiera alardear de ello, las palabras de la reina se registraron en su cerebro. —¡Espera! —dijo, levantando las manos en un gesto de tiempo fuera—. ¿*Nuestro*? —Miró de uno a otro—. ¿Sois hermanos?

Toto apretó los labios, así que Rhianne miró a la reina, quien igualaba la expresión infeliz de Toto. —En efecto, lo somos —dijo ella—. Talion es mi hermano menor, y *eligió* abandonar sus deberes y a su hermana cuando ella más necesitaba su ayuda.

¡Uy!

—¿Abandonarte? —La ira de Toto estaba impresa en su rostro, en la dura línea de su mandíbula y en las profundas arrugas grabadas en su frente. La magia comenzó a arremolinar a su alrededor una vez más—. La Reina de la Alta Corte no requiere mis servicios. Ella es la máxima autoridad, ¿no es así?

Mechones de cabello se habían soltado del peinado de la reina mientras se inclinaba hacia adelante; su boca se torció hacia abajo mientras destellos emanaban de sus manos.

En ese momento, a pesar de la crianza solitaria de Rhianne y de lo mucho que había deseado un compañero de juegos, se alegró de ser hija única.

—¡Y cómo te atreves a hablar de abandono! —continuó Toto con furia implacable—. Fuiste tú quien le falló.

—¡No metas a Madina en esto! —La voz de la reina se quebró.

¿*Madina*? ¿*No era esa la dama que había muerto en un duelo*?

La reina respiró hondo. —Las reglas del Mundo de los Fae son explícitas en esto, como bien sabes. No podría haber detenido el duelo, ni siquiera si hubiera lanzado toda mi magia contra él. ¡El Mundo de los Fae levantó la barrera una vez que Erdellan lanzó el desafío! —Su tono era suplicante, pero el rostro de Toto bien podría haber sido tallado en granito.

Esto sonaba como una discusión bien ensayada que nadie había ganado jamás.

—¿Dónde estaban tus Sombras? Incluso yo sabía que Erdellan estaba tramando venganza contra ti —dijo Toto, su voz dura e implacable. Su cabello pareció cobrar vida propia, flotando a su alrededor con una energía sobrenatural.

¿Estaba erizando el pelo?

—Nunca esperé que su venganza tomara la forma de un desafío a Madina. Ella no era una guerrera. Había considerado que podría intentar asesinarme o quizás lanzarte un desafío a ti.

—El cobarde nunca se habría atrevido —replicó Toto, su voz llena de desdén—. Sabía que yo lo vencería. No, su carácter era deshonesto. Deberías haber anticipado que iría tras un objetivo vulnerable. Tú estabas demasiado bien protegida, y él apuntó a golpear donde más profundamente te heriría.

—¡Y como mi Consejero Jefe, tú eras el más capaz de identificar la amenaza y prevenirla! —gritó la reina.

Toto dio un paso más cerca de la reina, temblando. —Detuviste mi mano cuando podría haber matado a Erdellan y haber hecho justicia por Madina.

Una sola lágrima rodó por el rostro de la reina. —¿Crees que la pacífica Madina habría querido que se derramara sangre para vengarla? ¿El deseo de venganza era suyo o tuyo?

Auch. La reina tenía razón, aunque Rhianne estuviera animando a Toto.

—La amaba más que a mi vida, tanto como te amaba... te amo a ti —susurró la reina.

Toto se quedó paralizado.

Vale, es hora de una intervención. Sin mencionar que Rhianne se moría de curiosidad.

—¿Quién era Madina?

—Nuestra hermana menor por parte de padre —dijo Toto, sus hombros cayendo y sus ojos nublados con lágrimas contenidas.

—Tu abuela —añadió la reina.

CAPÍTULO 21

—¿Madina era mi abuela? —repitió Rhianne. No debería haberse sorprendido tanto. Había sospechado una relación familiar entre su padre y la reina, pero no tan... cercana.

Su mente daba vueltas con emociones contradictorias.

Aceptar su herencia medio elfa había sido difícil, de hecho, aún no lo había logrado. Pero bueno, si podía sobrevivir a las cenas políticas con su madre, podría manejar unas cuantas orejas puntiagudas y palabras afiladas. ¿*Verdad?* Mientras miraba las posturas rígidas de Toto y Elara, se preguntó si eso era cierto.

La comprensión de que su padre había estado ausente no por negligencia, sino porque fue empujado a la posición de Consejero Jefe cuando Toto se marchó, añadió una nueva capa a su lucha interna.

Las palabras anteriores de la reina resonaron en su mente: “Me recuerdas a alguien”. Por supuesto, ahora tenía sentido. La reina se había referido a Madina. Joshua había dicho lo mismo.

Una mezcla de ira y comprensión luchaba dentro de ella. ¿Cómo pudo su padre haberse mantenido alejado todos esos años? Pero si había estado cumpliendo un papel tan crucial, quizás no había tenido elección. Rhianne apretó los puños, tratando de calmar el torbellino de pensamientos y emociones.

Sintió una punzada de resentimiento, no solo hacia su padre sino hacia toda la situación. Cuán diferente podría haber sido su vida si lo hubiera sabido, si lo hubiera entendido antes.

Peor aún, todos le habían mentido. No, no mentido. Casi se rio: no se habrían arriesgado a las consecuencias. ¡Maldita sea! Elfos y su tendencia a la confusión y predilección por los secretos.

La reina la observaba, sus ojos suaves con empatía.

—Sí, Madina era tu abuela. Llevas su fuerza y espíritu, Rhianne. En cuanto a tu padre, actuó según lo que creía que era el mejor interés de todos nosotros, incluida tú.

¡¿Qué?! ¿*Ahora la reina es lectora de mentes?* Rhianne cruzó los brazos. El peso de la opulencia de la sala la oprimía.

Toto resopló.

—Actuó de acuerdo con tus directivas, priorizando tus intereses. Rhianne fue relegada a una posición secundaria.

—No tuve conocimiento de Rhianne hasta hace apenas un puñado de estaciones —dijo la reina.

El momento en que había enviado a la Sombra para espiarla.

Toto caminaba de un lado a otro cerca de la gran ventana, sus pasos resonando en la espaciosa cámara.

—El único logro de Caelan que puedo elogiar es su éxito en mantenerla oculta del reino élfico. —Se volvió hacia Rhianne—. Ten en cuenta que no supo que tenía una hija hasta muchos años después de asumir el cargo.

Rhianne recordaba vívidamente el día en que, siendo una niña de seis años con cola de caballo, conoció al hombre alto y hermoso con orejas puntiagudas, su presencia grabada para siempre en su memoria bajo la luz moteada de los árboles del parque.

Su padre había mantenido en secreto su existencia. No por vergüenza o negligencia, como había asumido originalmente, sino porque...

—Mi padre estaba tratando de protegerme —dijo Rhianne. Cambió el peso de un pie a otro, la realización hundiéndose más profundamente.

Toto asintió.

La reina levantó la barbilla y extendió su mano hacia Rhianne.

—Podría haber ofrecido la protección que necesitabas si tu padre hubiera confiado en mí. Te habría proporcionado la educación adecuada para la corte y asegurado tu posición.

Sí, claro. Su escepticismo se avivó como un incendio forestal. La arrogancia y el fanatismo de los elfos probablemente la habrían visto enfrentarse al ridículo como una medio bruja, medio elfa. Probablemente lo mismo le había pasado a Eldrin, y él era incluso más elfo que ella. ¿Era por eso que había dejado el reino élfico por la Tierra? Se encontró de acuerdo con la decisión de su padre y Toto de mantenerla oculta. Pero ¿por qué no contárselo? ¿Pensaban que era demasiado joven para entender las consecuencias? Peor aún, ¿estaban preocupados de que anhelara la pompa y el rango del reino élfico?

—¿La protección que le ofreciste a Madina? —se burló Toto, luego se volvió hacia Rhianne con ojos pensativos—. Te pareces mucho a ella, y como tú, aborrecía la injusticia y poseía una curiosidad insaciable. También poseía poderes de curación, aunque no tan potentes como los tuyos, que ella afirmaba haber heredado del linaje de su madre.

Así que Toto, la reina y Madina compartían el mismo padre. ¿Habría otros elfos relacionados con ella, entonces? No es que importara; la verían como una híbrida y no valdría la pena conocerla.

Toto se pasó la mano por el pelo.

—En cualquier caso, dañar a otros iba en contra del código de curación, y Madina no participaría en combate. El duelo —dijo Toto entre dientes—, terminó tan rápido como comenzó.

—¿Por qué tú o mi padre no me lo dijeron? —preguntó Rhianne, con frustración filtrándose en su voz.

Toto se movió hacia la chimenea y se apoyó contra la repisa, su expresión cargada de arrepentimiento.

—Eras tan joven, y luego... No deseaba que te decepcionaras de tu padre.

El corazón de Rhianne dolía con el peso de sus palabras. Miró a Toto, tratando de entender las complejidades de sus elecciones. La revelación de Toto sobre quién era, la muerte de su abuela y la sangre compartida tenían su mente dando vueltas como un hámster en una rueda.

¡Ja! Había querido saber la verdad, ¿no? Muy parecido al caso de “Ten cuidado con lo que deseas”. Y dado que había caído en los clichés, agregó otro más para rematar: La curiosidad mató al gato, y aparentemente también le da crisis existenciales a los medio elfos.

Toto continuó, su voz más suave ahora.

—Tu padre y yo queríamos protegerte de las duras realidades que vienen con nuestro linaje. Esperábamos ahorrarte los prejuicios y expectativas del reino élfico.

—Bueno, parece que esos prejuicios me encontraron de todos modos —dijo Rhianne, porque el sarcasmo era la forma más baja de ingenio pero la más alta forma de inteligencia—. Entonces, ¿y ahora qué?

—¿Nos sentamos y deliberamos sobre la mejor estrategia? —preguntó la reina.

—Eso depende —respondió Toto—. ¿Ha mejorado tu capacidad para escuchar consejos en las últimas décadas?

¿Era eso sarcasmo? Rhianne sacudió la cabeza. Probablemente no. Toto lo decía literalmente. Esperaba alguna réplica mordaz de la reina, pero en su lugar, ella levantó una sola ceja.

—¿Y estás dispuesto a descubrir si ese es el caso, o seguirás rumiando? —contraatacó.

Rhianne no estaba dispuesta a apostar por el ganador de esta batalla de voluntades. Tampoco quería esperar para ver una resolución; eso bien podría ser más allá de su vida, y tenía cosas mejores que hacer, como debatir los puntos más finos de la identificación de hongos.

—Bueno, yo, por mi parte, estoy dispuesta a escuchar. —Se sentó en un sillón mullido sin molestarse en comprobar si los demás estaban de acuerdo.

Después de unos segundos, el roce de unas faldas le indicó que la reina se acercaba. En efecto, se sentó frente a Rhianne, con las manos en el regazo, ocultando todo rastro de dolor y enojo. Pero Rhianne no se dejó engañar; podía ver la profundidad de las emociones de la reina y, si se concentraba lo suficiente, la leve tensión en las comisuras de los ojos de Elara le decía bastante.

Con pasos pesados, Toto la siguió y se sentó. —Al menos, estoy seguro de que Rhianne prestará atención a mis palabras de sabiduría.

—Quizás en otro siglo o así, habrá madurado lo suficiente como para discernir mejor a quién escucha —dijo la reina, con la nariz levantada en un desdén regio.

¡Oh, por favor!

—Ella —dijo Rhianne— no solo está sentada frente a usted, sino que también se está cansando de toda esta postura.

Toto soltó una risita.

—Tú también, Toto —dijo Rhianne, pero él no parecía arrepentido en lo más mínimo—. Miren, entiendo que tienen siglos de historia de la que no sé casi nada. No me importa. —Pronunció cada palabra como una maestra explicando un concepto básico a un alumno lento—. No quiero enredarme en ello y me niego a tomar partido.

Miró a la reina, que lucía una pequeña sonrisa. Era hora de aclarar su posición; Rhianne no quería malentendidos.

—Toto ha estado a mi lado desde que era niña; me ha protegido, enseñado y *amado*. —La reina perdió la sonrisa y un pequeño ceño fruncido marcó su rostro—. Secuestrarme, Su Majestad, no cuenta en mi libro como una expresión de amor, así que según mis cálculos, recuperar mi confianza probablemente le llevará más tiempo del que predijo. Quizás un milenio o dos, más o menos —dijo Rhianne.

La reina desenlazó las manos y agarró el costado de su silla. —Por favor, llámame Elara, y ya me he disculpado por eso y he explicado la importancia...

—Su disculpa no gana automáticamente mi perdón. —Rhianne levantó la mano para detenerla cuando pareció que la reina —Elara— iba a argumentar más.

—Bien dicho —dijo Toto.

Rhianne giró la cabeza bruscamente. —No empeores las cosas, Toto. Puede que no la perdone, pero también puedo ver su dilema. Te guste o no, la vida de papá está en juego, y no

voy a quedarme de brazos cruzados y dejar que le pase algo.

Toto alzó las cejas ante la palabra “papá”.

Sí, bueno. Las cosas están evolucionando.

—¿Acaso olvidas que tu vida también está en peligro? —preguntó.

Rhianne se encogió de hombros. —Matar dos pájaros de un tiro.

Elara suspiró. —Tanto tú como tu padre son preciosos para mí, aunque no pueda demostrarlo de una forma que puedas comprender o aceptar. ¿Podrías informarnos sobre el progreso de tus investigaciones hasta ahora?

Rhianne ignoró la sutil pulla y los puso al día con la investigación. Decidió repasar los eventos hasta la fecha desde su llegada al reino élfico.

—En la taberna donde intentaron envenenar a mi padre, entrevistamos al tabernero y a su esposa —comenzó Rhianne—. La esposa recordó a dos visitantes inusuales: uno de ellos tenía un porte militar, una mujer. El otro se mantenía oculto y escondía su rostro. Me parece sospechoso; ningún elfo que he conocido ha sido tímido con su presencia, con la excepción de la Sombra. —Y considerando que ese era su trabajo, eso no contaba—. Nos dispararon de camino de vuelta al palacio. Burdo y directo. Tuve que curar a papá. —Omitió la parte en la que casi se desmayó después de usar su magia, sabiendo que Toto no estaría contento.

Como era de esperar, los ojos de Toto se abrieron de par en par y chasqueó los dientes; el sonido fue agudo como un latigazo. —¿Intentaron asesinarte otra vez?

—La flecha podría haber sido dirigida a mi padre —esquivó, moviéndose en su asiento. Pero tan pronto como lo dijo, se dio cuenta de que no era cierto. Cael la había apartado del camino.

Los ojos de Elara brillaron con interés, su mirada calculadora. —Caelan no mencionó que lo habías curado. ¿Cuán grave era su herida?

¡Maldición! No quería la curiosidad de Elara; el peligro acechaba en esa dirección. Debería haber recordado que ser sanadora era un rasgo inusual, y Toto ya había dicho que era más talentosa que Madina. Si hubiera podido lanzar un hechizo de “aquí no hay nada que ver” y “olvida lo que dije”, lo habría hecho.

—Rhianne no es un instrumento a tu disposición, Elara. —Toto cruzó los brazos sobre el pecho—. Volverá a la Tierra después de que se encuentre al culpable.

Elara se irguió. —En efecto. Sin embargo, eso depende de Rhianne, ¿no es así?

—Y Rhianne definitivamente lo hará —dijo Rhianne. Intentó usar un tono autoritario, pero dada la sonrisa astuta en los labios de Elara, no creyó haberlo logrado. No importaba. Primero encontrar al asesino; lidiar con las garras codiciosas de la reina después.

—El primer asesinato es nuestra mejor pista —continuó Rhianne, como si el intercambio no hubiera ocurrido—. Se necesitaría mucho esfuerzo y astucia para ir a la Tierra a asesinar a alguien. No solo sugiere a alguien con medios, sino también a alguien que conocía a Eldrin.

—Tengo entendido que Eldrin partió poco después de la muerte de su madre —dijo Elara.

Ah, debía haber estado investigando por su cuenta. O más probablemente, la Sombra. No es que Rhianne fuera a pedir compartir notas con Alvarador. Ni le gustaba ni confiaba en el espía y asesino.

—La conexión de Eldrin como descendiente del Rey del Invierno es crucial. Lo une todo. Su linaje lo convertía en una amenaza —dijo Rhianne—. ¿Recuerda cómo murió la madre de Eldrin?

Elara cerró los ojos. —Un accidente, creo.

El cuello de Rhianne hormigueó. —¿No sería un accidente de carruaje, por casualidad? —preguntó Rhianne.

Abriendo los ojos de golpe, Elara parpadeó y su mano se dirigió a su garganta. —Sí, ella y su cochero perecieron en el accidente.

Así que el asesino carece de imaginación. Bueno saberlo.

—Has logrado mucho en tan solo un puñado de días —dijo Elara—. ¿Hay algo más que quieras compartir?

Elara era astuta, pero la adulación no iba a funcionar.

Rhianne tomó aire, decidiendo guardar un detalle. La caja de Onlura seguía siendo un misterio que no podía explicar del todo y, por alguna razón, se sentía obligada a guardárselo para sí misma. Dudaba que Toto lo compartiera con Elara. Ni los demás tampoco. Por supuesto, eso significaba mantener a Aria también en la oscuridad. Eso no le sentaba bien a Rhianne, pero había demasiados intereses personales en juego.

—Lo he reducido a cuatro sospechosos —añadió—. Todos ellos de la alta nobleza. Es nuestra línea inicial de investigación, de todos modos. Alguien quiere una oportunidad para el trono, ya sea ahora o más tarde. —¿Qué había dicho Isobel? Ah, sí, los elfos jugaban a largo plazo.

Elara y Toto intercambiaron una mirada cómplice.

—Es completamente factible —dijo Elara finalmente, con la mirada perdida—. Aunque mi reinado podría continuar por unos cuantos siglos más, la intención bien podría ser reducir la competencia, dándose a sí mismos la mejor oportunidad en el desafío. Ingenioso y perverso.

Su tono tenía un dejo de admiración. Rhianne negó con la cabeza. *¿En serio?*

—Creería que Erdellan está detrás de los intentos, pero mis informantes me dicen que su mente está fallando; es una sombra de lo que fue. ¿Quiénes son sus sospechosos? —preguntó Elara.

Rhianne dudó. En primer lugar, no quería que la reina se lanzara a una repentina cacería y quizás encontrara personas culpables por sospecha más que por hechos; había visto a Elara cuando descubrió al asesino de su mejor amiga, su furia fría aún le provocaba escalofríos a Rhianne.

—Creo que prefiero guardármelo para mí por ahora —dijo Rhianne. No es que fuera a servir de mucho. Si no era ya, Elara pronto sabría con quién había hablado, aunque no el porqué. Tendría que bastar.

Los hombros de Elara se tensaron, pero asintió una vez, su expresión endureciéndose.

—Me ocuparé de ellos cuando los descubra.

Eso es lo que me temo.

—Sin embargo, creo que tengo una idea que podría ayudarte —dijo Elara con un brillo en los ojos.

Corrección: *Esto* era lo que Rhianne temía.

CAPÍTULO 22

Rhianne salió de las cámaras de la reina con Toto en su forma de perro maltés trotando a sus pies.

Los guardias que flanqueaban las puertas se movieron inquietos. Debían estar preguntándose cómo había entrado el perro. Uno de ellos echó un vistazo dentro antes de que las puertas se cerraran de golpe en su cara.

Aunque Elara y Toto habían acordado la estrategia, aún no habían resuelto sus problemas. Sus miradas sincronizadas y los intentos competitivos de resoplar más fuerte que el otro al final de la reunión los delataban.

Su mente zumbaba con teorías. Elara le había dado una lista de los sospechosos más probables con aspiraciones al trono. La lista era sorprendentemente corta después de eliminar a aquellos que no podrían haber asesinado a Eldrin o intentado matar a Rhianne y a su padre.

Por ejemplo, Don Belden fue rápidamente descartado. A pesar de su ambición, tenía una condición que hacía imposible viajar entre reinos, un factor crucial dado los intentos de asesinato en la Tierra. Dama Isolde de la Corte de Invierno había dejado clara su aversión hacia Elara, pero tenía una coartada sólida. Estaba en una reunión del consejo durante los ataques, junto con algunos otros que también fueron tachados de la lista.

Por supuesto, podrían haber contratado asesinos para hacer el trabajo sucio, pero el viaje a la Tierra significaba que el asesino tenía los medios para viajar entre reinos. Ese tipo de magia de viaje era rara y mucho más difícil que abrir portales dentro del reino.

La reina también señaló que habría sido demasiado arriesgado involucrar a otros en semejante complot: después de todo, esto era traición. Bajo el Decreto Real de Protección Soberana, cualquier acto de violencia contra los herederos potenciales se consideraba alta traición y se castigaba con la muerte.

Pocos asesinos se arriesgarían a tal acto, y aquellos que lo hicieran, no serían de confianza y, por lo tanto, probablemente traicionarían a sus amos. ¿Contratar sicarios para la traición? Una elección que terminaría con sus vidas.

Los duelos, sin embargo, eran perfectamente aceptables. *Vaya figura*. Esto reforzaba la teoría de que quien estaba detrás de estos ataques era un cobarde.

Para alivio de Rhianne, la lista de la reina coincidía con la suya, aunque no había compartido ese detalle con Elara. Solo añadía un sospechoso adicional.

La reina era astuta y probablemente sabía que las listas coincidían. Parecía que le estaba dando a Rhianne la libertad de completar la investigación, o quizás suficiente cuerda para ahorcarse.

Elara tenía un plan; Rhianne estaba segura de ello. Se ocuparía de ello cuando, no si, Elara mostrara sus cartas. Hasta entonces, Rhianne seguiría fingiendo que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Perdida en sus reflexiones, Rhianne casi chocó con Kai. Él la agarró de los brazos para estabilizarla. —¡Vaya! Esa debió ser una reunión intensa —dijo Kai, bajando la mirada—. Hola, Toto.

—Saludos, Kai —dijo Toto, moviendo la cola rápidamente.

Kai se inclinó y acarició a Toto.

Rhianne hizo una mueca. Tendría que contarle a Kai sobre Talion/Toto en algún momento.

Bajaron por la gran escalera, la mano de Rhianne deslizándose por la fría balaustrada de mármol. Un trío de elfos susurraba entre ellos mientras subían a su derecha, sus ojos siguiendo a Rhianne.

Una ninfa con piel que brillaba como la luz de la luna y cabello que caía en ondas plateadas hizo una pausa en su conversación para observarlos pasar, sus ojos luminosos llenos de intriga.

¿Eh? Los seres feéricos solían ser más discretos en su interés.

Gracias al sentido de la orientación de Kai, ella no habría pasado de largo su puerta, que se veía igual que todas las demás. Ahora, dos guardias flanqueaban la entrada. Se inclinaron cuando ella se acercó. —Dama Rhianne —dijo el más bajo, abriendo la puerta para ellos.

Rhianne tenía que reconocerlo; la reina trabajaba rápido.

Todo el grupo seguía en la sala. Un grueso tomo yacía abierto sobre la mesa de café, con Carl y Marissa absortos en su contenido.

Cerca de la ventana, Nel e Isobel estaban muy juntos, Isobel agitando la copia de la daga del asesinato con un entusiasmo inquietante.

El primer pensamiento de Rhianne fue: *¿Qué dijo Nel esta vez?* Pero antes de que pudiera expresar su pregunta, las puertas se cerraron detrás de ellos, y Marissa preguntó inmediatamente: —¿Qué pasa con los guardias?

—Hola, Toto —dijo Carl.

Nel entrecerró los ojos mirando a Toto. —Ya era hora. Te has perdido gran parte de la diversión. —Aunque su tono era casual, el mensaje era claro: Nel no estaba contento con su ausencia.

Rhianne esperaba que Toto resoplara y bufara, pero en su lugar, saltó a un sillón y se sentó, enroscando su cola esponjosa alrededor de sus patas. —He estado explorando el enigma de la Caja de Onlura en relación con el asesinato. Estaba seguro de que había comprendido de dónde provenía el peligro; sin embargo, lamentablemente me equivoqué.

Sobre la mesa, esperaba una tetera azul y dorada. Rhianne se sirvió una taza, sintiéndose sedienta después de tratar con la reina; había sido tan agotador como navegar por un laberinto. Se dejó caer en el sofá, tomó un sorbo y sintió cómo la tensión en sus hombros se desvanecía.

—¿Te importaría elaborar? —preguntó Rhianne por encima del borde de su taza. No había olvidado la caja, pero había asumido que era parte de todo el esquema de “quiero el trono para mí”.

Toto se bajó para que su barbilla descansara sobre sus patas. —La Caja de Onlura ya no está donde se vio por última vez. Sin embargo, el equilibrio de la magia aún prevalece, lo que indica que no ha caído en las manos equivocadas.

¿Críptico, no? Pero eso era típico de Toto. Al menos eran buenas noticias, porque significaba que no había caído en manos equivocadas. Rhianne aún ansiaba saber dónde estaba la caja.

¿Alguien la habría tomado para evitar que el asesino pusiera sus manos en ella? La imagen de la dulce Aerlyn apareció en su mente: había sido tan reservada como una urraca con una moneda brillante respecto a la caja. Tal vez el asesino había venido a llamar, y Eldrin le había pedido que la guardara.

Kai se sentó junto a Rhianne, con un vaso de agua en la mano. —Así que, ¿un callejón sin salida, eh?

Los labios de Rhianne se crisparon, pero Toto movió una oreja como si estuviera perplejo. Ella dirigió su atención a la ventana, donde Isobel sostenía la daga y Nel se cernía a su lado.

—¿Qué pasa con la práctica de tiro? —preguntó Rhianne, arqueando una ceja.

Las mejillas de Isobel se tiñeron de un delicado rosa mientras se frotaba la cara con la mano que sostenía la daga, bajándola rápidamente con una risita avergonzada. —Estaba intentando determinar las características del asesino recreando el asesinato.

—Vamos a enseñárselo —Nel le dio la espalda a Isobel y comenzó a alejarse. Con un destello de determinación en sus ojos, Isobel cerró rápidamente la distancia, fingiendo

apuñalarlo. Nel se desplomó con un grito dramático, cayendo en una posición inquietantemente similar a la de Eldrin en su sala de estar. Debían haber estado practicando durante un tiempo.

Marissa levantó la vista del tomo, con un atisbo de exasperación en su mirada. —Se están divirtiendo demasiado, si me preguntas.

Nel se levantó, sacudiéndose el polvo, antes de hacer una reverencia a su divertido público.

—¿Y cuál es el veredicto, doctora? —preguntó Rhianne.

—La puñalada requiere cierta precisión y fuerza. Habría sido más difícil para alguien muy alto conseguir el ángulo correcto, pero no descartaría necesariamente al Maestro de la Sala de Entrenamiento —dijo Isobel pensativamente—. Y Eldrin estaba alejándose cuando lo apuñalaron.

Toto gruñó, con el pelo erizado. Encontraría la cobardía profundamente ofensiva.

Rhianne sorbió su té, entrecerrando los ojos mientras consideraba las implicaciones. —Mi conclusión es que conocía a su atacante, lo que encaja con nuestros sospechosos, aunque no estoy segura sobre el nuevo: Lyron Wintermoon. Espero poder hablar con todos ellos mañana por la noche, si no antes.

Carl se recostó en su silla, con una sonrisa extendiéndose por su rostro. —¿El baile sigue adelante, entonces? —preguntó, tamborileando con los dedos en el reposabrazos.

Rhianne inclinó la cabeza. —Pensé que no te gustaba bailar en los bailes —dijo, arqueando una ceja.

Los gárgolas solían ir a estos eventos para encontrar parejas adecuadas cuando alcanzaban la edad casadera, un ritual que tanto él como su hermana Alice se habían visto obligados a soportar hasta que empezó a salir oficialmente con Marissa.

Carl se encogió de hombros. —Me gustan cuando no me exhiben como a un toro en una feria, y puedo bailar con mi dama —dijo, apretando la mano de Marissa.

El rostro de Marissa se tornó de un rojo intenso mientras bajaba la mirada, sus dedos trazando suavemente el borde del libro que sostenía. Levantó la vista, encontrándose con la mirada de Carl, y su dura fachada se relajó.

Era difícil de creer, pero Carl de alguna manera había descubierto el lado suave de la formidable abogada. A su lado, incluso parecía pequeña, a pesar de medir un metro ochenta. Aunque, con la excepción de otros gárgolas y trols, todos parecían pequeños a su lado. Rhianne apenas le llegaba al pecho, lo que la hacía sentir como una hobbit en una tierra de gigantes cuando trabajaba en el vivero con ambos gárgolas.

Isobel se aclaró la garganta, el brillo juguetón de hace un momento se había desvanecido mientras fruncía los labios.

Oh, oh. ¿Qué pasa? Rhianne miró a Nel, quien se encogió de hombros con una expresión demasiado inocente en su rostro.

—¿No pudiste convencer a la reina de que era una mala idea? —Isobel sacudió la cabeza.

Rhianne negó con la cabeza, una sonrisa de resignación jugando en sus labios. —Ella terminó convenciéndome a *mí* de que era una buena idea. Finwe está en una misión en algún lugar, al igual que Lyron, que trabaja como traductor. Sin embargo, ya se han enviado mensajeros para solicitar a toda la alta nobleza que asista.

—¿Y vendrán a conocer a una nueva Sanadora? —preguntó Isobel, con una nota de duda en su tono.

—Todos tendrán que dejar sus puestos y venir al baile porque la reina está presentando a su *sobrina nieta* en la corte. —Rhianne dejó que eso flotara en el aire.

Kai le dio unas palmaditas suaves en la rodilla.

Los ojos de Marissa se abrieron de par en par, su mandíbula cayendo. La boca de Isobel formó una ‘O’ perfecta, su habitual compostura destrozada por la sorpresa. Las cejas de Carl se dispararon hacia arriba, y dejó escapar un silbido bajo. Nel, siempre el showman, parpadeó unas cuantas veces antes de romper en una amplia sonrisa conocedora.

—Bueno, por supuesto que sabía que eras de la realeza, princesa —dijo Nel, enderezándose el cuello de la camisa y guiñándole un ojo a Rhianne.

Isobel le dio un manotazo en el antebrazo. —¡No lo sabías!

Nel fingió una expresión herida, agarrándose el brazo como si el manotazo de Isobel hubiera dejado marca. —Por supuesto que sí —insistió, su tono goteando indignación exagerada—. Un hombre de mi impecable intuición puede detectar a una princesa a kilómetros de distancia. —Se inclinó, mirando a los ojos de Isobel, y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. O un tesoro precioso.

—Bueno, tu intuición debe necesitar gafas —dijo Isobel, con la voz un poco más alta de lo habitual. Se sacudió una mota de polvo imaginaria de la manga, centrándose en su lugar en la mesa de café.

La sonrisa de Nel se ensanchó. —¿Eso crees? —bromeó, con los ojos brillantes.

—Absolutamente. —Isobel echó los hombros hacia atrás—. Ahora, si hemos terminado con tus grandes declaraciones, ¿tal vez podemos centrarnos en el misterio real que tenemos entre manos?

Carl frunció el ceño. —¿No pondrá esta presentación a Rhianne en peligro?

—Creo que ese barco zarpó hace tiempo. Nuestra chica ya es bastante popular —dijo Kai—. Con tres intentos contra su vida ya, es como un imán de celebridades para el desastre.

Se inclinó hacia Rhianne y susurró: —La vida contigo siempre es una aventura. ¿Quién necesita una montaña rusa cuando te tengo a ti?

Los ojos de Marissa se abrieron de par en par. —¿Tres intentos? ¿Cuándo sucedió esto?

Kai tomó la mano de Rhianne, entrelazando sus dedos como enredaderas en un enrejado. —¿Recuerdas cuando Rhianne y yo fuimos atacados hace unos meses? Tú fuiste quien señaló que un elfo había manipulado las mentes de los matones.

Eso había sido un susto considerable. Inicialmente, Rhianne pensó que habían resuelto el misterio detrás del ataque, pero Kai tenía razón: nunca llegaron a descifrar esa extraña conexión.

—Repasemos a los sospechosos —dijo Rhianne.

Dejando a Nel junto a la ventana, Isobel se acomodó en un sillón, su mirada desviándose hacia los platos vacíos.

Rhianne captó la indirecta y sonrió. —La comida aquí es deliciosa, ¿verdad? Lila es simplemente asombrosa. Me pregunto qué magia culinaria preparará para la cena de esta noche.

Tan pronto como terminó de hablar, el sonido de pequeños pasos, como gotas de lluvia golpeando un techo de hojalata, se desvaneció. Eso resolvería lo de la cena y también evitaría que oídos pequeños escucharan, pero por si acaso... —Toto, ¿crees que puedes hacer magia para crear un cono de silencio alrededor de nosotros?

Toto, que había cerrado los ojos, abrió uno. —¿Un cono de silencio? Debo confesar que no estoy familiarizado con este constructo geométrico específico de hechizos.

Kai se rió, sacudiendo la cabeza. —Está haciendo referencia a una vieja serie de televisión. ¿Quizás podrías crear una burbuja a prueba de sonido?

Toto parpadeó. —Ah, ya veo. Entonces será una burbuja a prueba de sonido, con un toque de lavanda para el ambiente.

Mientras Toto murmuraba algunas palabras arcanas, el aire a su alrededor brilló tenuemente, como las ondas de calor que se elevan del pavimento en verano. Una suave brisa con aroma a lavanda susurró por la sala, llevando consigo una delicada fragancia que los envolvió.

Bien. Se sentía mejor hablando de sus frágiles teorías ahora que solo su pandilla podía escucharlas. —Primero, tenemos a Finwe, que perdió sus perspectivas como guardia porque Eldrin no quiso pelear.

Toto levantó la barbilla. —Su linaje de la Corte de Otoño es impecable.

Nel arqueó una ceja. —Estás asumiendo que Finwe no está contento con su puesto actual. No sería la primera vez que alguien se da cuenta de que su trabajo soñado no era lo que esperaba o deseaba.

Sí, ya había notado ese agujero en su teoría. Rhianne asintió. —Cierto. Pero aun así, es posible que su familia esté decepcionada con el resultado.

Alcanzando una taza, Nel sirvió dos té, pasando uno a Isobel. La tetera debía estar encantada porque el vapor se elevaba de ella como la niebla de un manantial oculto. —Sí, y sospecho que los elfos son buenos guardando rencores.

Rhianne miró a Toto. Sus orejas se crisparon, pero no discutió el punto.

—Bien. Luego está Seraphina, la ex novia. Podría seguir resentida con Eldrin por haber terminado con ella.

Marissa levantó una cucharita y la agitó. —¡Testimonio de oídas! —objetó.

Ignorando la interrupción, Rhianne continuó. —Luego tenemos al Maestro del Salón, que pensaba que Eldrin estaba desperdiciando sus dones al negarse a pelear; a sus ojos, probablemente era un cobarde.

Demostrando que estaba prestando atención, Toto intervino: —¿No lo convertiría el acto de intentar asesinar en deshonesto y cobarde? Tales acciones no concuerdan con su carácter.

Rhianne suspiró. —Buen punto, pero algunos dirían que ojo por ojo justifica acciones deshonestas, o que su deshonor lo convierte en un blanco justo. —Rhianne había escuchado lógicas aún peores de los políticos.

—Eso, eso —dijo Marissa—. Todavía creo que habrías sido una gran abogada.

Rhianne se estremeció.

—Una brillante abogada en la familia es suficiente —dijo Carl con una sonrisa.

Una oleada de afecto por el inquebrantable apoyo de Carl envolvió a Rhianne. Esa conexión iba en ambas direcciones, porque también le ganaba sonrisas de Marissa.

—Luego está Orin. Por lo que escuchamos, solo ganó porque Eldrin se lo permitió —dijo Rhianne.

Kai puso su vaso vacío sobre la mesa. —Lo cual significaría que estaría agradecido con Eldrin, ¿no?

Kai tomaba las cosas literalmente, viendo el mundo a través de una lente de pura lógica.

Desafortunadamente, los seres en general no se comportaban como computadoras, más bien como IAs defectuosas con una tendencia a la volubilidad.

Isobel negó con la cabeza. —¿Estás bromeando? Especialmente para los elfos, sería lo opuesto.

Kai inclinó la cabeza en señal de interrogación, pero fue Nel quien respondió. —¡La vergüenza! Todos sabrían que Orin ganó porque el otro no se defendió.

Toto intervino. —Su familia es muy orgullosa y proviene de una larga línea de guerreros de la Corte de Invierno.

Rhianne asintió a Toto. —Y por último, está Lyron.

—Su familia también proviene de la alta nobleza de la Corte de Invierno —dijo Toto.

—No sé mucho sobre él o su relación con Eldrin —dijo Rhianne.

Isobel chasqueó la lengua. —Un recién llegado a nuestra lista de sospechosos. Necesitamos más información sobre él.

Rhianne asintió. —De acuerdo. Así que tenemos algunas pistas, pero nada concreto. Necesitamos profundizar más.

Marissa sonrió y dio unas palmaditas en el brazo de Carl. —Ahí es donde entramos Carl y yo. Podemos volver a la biblioteca mañana y buscar información sobre sus antecedentes. Aria estará demasiado ocupada con todos los preparativos para interferir. Tengo un don para desenterrar viejos registros y conexiones ocultas. Si hay algo sobre Lyron o los demás, lo encontraremos.

Toto levantó la cabeza. —Os asistiré en esos esfuerzos. Solía pasar largas horas en la biblioteca del palacio. La conozco bien.

—¿Y nosotros qué? —dijo Nel. Su mirada incluía a Isobel, y ella se tensó pero no lo contradijo.

—Id y mezclaos. A veces los chismes son una buena fuente —dijo Rhianne. Era lo que Nel hacía mejor. Su encanto podía hacer maravillas.

—Eso no es lo mío —dijo Isobel en un tono cortante.

El corazón de Rhianne se hundió. Estaba segura de que trabajar con Nel ayudaría a Isobel a superar sus miedos y darse cuenta de lo buenos que eran el uno para el otro.

Pero respetaba los límites de Isobel y no quería empujar a su amiga a algo con lo que no se sintiera cómoda.

Antes de que Rhianne pudiera pensar en una respuesta diplomática, Nel se le adelantó. —Vamos, querida doctora, podrías ser mi arma secreta. ¿Quién puede resistirse a revelar sus secretos a una encantadora médica y su apuesto ayudante?

Isobel suspiró, pero un atisbo de sonrisa tiraba de sus labios. —Está bien. Supongo que puedo detectar deseos ocultos y moderar tu comportamiento desmedido.

Nel sonrió, con un brillo travieso en sus ojos. —¡Exactamente! Seremos como Sherlock y Watson, solo que mucho más atractivos y con más estilo. Vamos a sonsacar los secretos de todos con un poco de encanto, ¿de acuerdo?

—Depende —dijo Isobel, con un leve surco en sus cejas. Sin embargo, sus ojos brillaban.

Nel se acercó más, su voz ansiosa. —¿De qué?

—De quién será Sherlock Holmes —respondió ella.

CAPÍTULO 23

Por la mañana, el aroma del té recién preparado y los bollos recién horneados llenaba el aire como un cálido abrazo. La luz del sol se filtraba por las ventanas, iluminando la habitación y las deliciosas ofrendas.

Lila, la talentosa cocinera duendecilla, debía de haber tomado cariño a Rhianne; era asombroso lo que podía lograr un poco de adulación sincera.

Toto, que había dormido en el sofá de la sala de estar, se había marchado hacía un rato, ansioso por hacer algunas investigaciones.

Kai y Rhianne estaban sentados juntos, con la cabeza de ella apoyada en el hombro de él. Kai tomó un sorbo de su bebida de almendras —¿cómo había adivinado la duendecilla la bebida favorita de Kai?— y miró a Rhianne. —Tienes esa mirada otra vez.

Rhianne se echó un poco hacia atrás y arqueó una ceja. —¿Qué mirada?

—Esa mirada que dice que estás tratando de resolver tres misterios a la vez antes de terminar tu tostada —dijo Kai con una sonrisa, su cabello rojo brillando como un halo de fuego alrededor de su cabeza bajo la luz del sol.

Rhianne se rio y se inclinó para untar mantequilla en un trozo de pan tostado. —¿Puedes culparme? Tenemos mucho en nuestro plato, y no me refiero al desayuno.

Kai asintió, su expresión tornándose seria mientras sus ojos azules se fijaban en los de ella. —Es cierto. Pero lo resolverás. Siempre lo haces.

Rhianne sonrió, y su corazón dio un pequeño brinco. ¿Cómo había tenido tanta suerte? Su fe en ella hacía que su corazón latiera con un ritmo reconfortante, calentando su alma y fortaleciendo su determinación.

Era tentador quedarse un poco más rato, saboreando la tranquila mañana con Kai.

Un trozo de papel revoloteó como una hoja cayendo mientras volaba por la sala hacia ellos. Rhianne lo agarró rápidamente, el pergamino tan ligero como una pluma en su mano.

En una hermosa caligrafía cursiva, la nota decía: «Don Orin se encuentra actualmente en su estudio. Lila». Adjunto a la nota había un mapa meticulosamente dibujado que detallaba la ruta

al estudio de Orin con anotaciones precisas y delicados adornos. Pequeñas ilustraciones de puntos de referencia incluían un árbol sonriente y una estatua guiñando un ojo.

Rhianne le mostró la nota a Kai y suspiró. —Parece que nuestro descanso para el desayuno ha terminado. Es hora de hacerle una visita al viejo compañero de escuela de Eldrin. —Se volvió hacia las cortinas y, aunque ningún movimiento delataba la presencia de la duendecilla, Rhianne tuvo la corazonada de que estaba allí.

—Al igual que tu comida, tu información es muy apreciada —dijo.

Con el mapa en mano, Rhianne y Kai partieron en busca del estudio de Orin. Siguiendo las indicaciones, descendieron a la planta baja, donde se encontraba un gran árbol, sus ramas elevándose hacia el cielo, desapareciendo en el brumoso dosel superior. Una sensación de bienvenida emanaba de él, así que Rhianne le devolvió un alegre «hola».

Una estatua de un elfo vestido con armadura dorada marcaba su camino, guiándolos hacia el extremo del patio. Los ojos del elfo parecían seguirlos, enviando un escalofrío por la espalda de Rhianne. Ella apartó la sensación, respirando profundamente para calmarse.

Girando a la izquierda por un pasillo sombrío, siguieron las indicaciones del mapa. El estudio de Orin, según el pergamino, estaba escondido en un rincón. Rhianne esperaba que fuera el correcto. Echó un vistazo al mapa una vez más, luego se encogió de hombros y llamó a la puerta.

—Adelante —llamó una suave voz de barítono.

La puerta se abrió con un crujido, y Rhianne y Kai entraron en el estudio de Orin. Estanterías talladas en madera antigua cubrían las paredes, repletas de libros encuadernados en cuero y curiosos artefactos.

Una suave luz se filtraba a través de las vidrieras, proyectando patrones coloridos por todo el estudio. Un gran escritorio de roble se erigía en el centro, desordenado con pergaminos, plumas y frascos de tinta brillante: un caos organizado que solo su dueño podía descifrar.

El aroma de pergamino envejecido y pino fresco impregnaba el aire, mezclándose con un leve toque de magia. Rhianne se concentró en ello, y su magia respondió, llenando sus sentidos con el sabor inesperado de bayas de goji y cebollino.

Detrás del escritorio, Orin se levantó como un gato estirándose después de una larga siesta. Tenía el cabello largo y castaño atado en una sola trenza. Sus ojos, de un marrón oscuro, brillaban con un toque de picardía: el primer elfo que Rhianne había visto con una sonrisa abierta.

Su atuendo era elegante pero discreto: una camisa morada con mangas ondulantes, ceñidas por puños de cuero justo debajo del codo. Sobre esto, una túnica tipo chaleco que se ensanchaba

hasta las rodillas, complementando sus pantalones a juego y botas largas y negras.

Orin se movía con elegancia, cruzando el estudio con pasos silenciosos y medidos. Al acercarse a Rhianne, hizo una reverencia. —Dama Rhianne —dijo. Tenía una voz encantadora que la hizo pensar que podría ser cantante—. Qué placer conocerla. No esperaba el honor de su presencia. De haber sabido que deseaba reunirse conmigo, habría estado encantado de ir a su encuentro.

—Don Orin, encantada de conocerlo —dijo Rhianne, inclinando la cabeza. No estaba segura de cuál era el protocolo, pero esperaba que cualquier error fuera visto como resultado de su ignorancia de las costumbres élficas.

Si había fallado en su saludo, Orin no reaccionó. Incluyó la cabeza, estudiando a Kai.

Eran similares en altura y complexión, pero mientras la pálida piel de Kai estaba cubierta de pecas —ella una vez había intentado contarlas—, la piel de Orin tenía un tono dorado.

—Soy Kai Wagner —dijo Kai.

De camino aquí, habían acordado mantener en secreto las habilidades de Kai y su papel. Sería mejor si el asesino pensara que Rhianne era una novata que había tenido suerte al resolver el asesinato de la Dama Celestia.

Probablemente, lo único que el asesino habría aprendido durante su breve viaje a la Tierra era que ella era dueña de un vivero. Cuanto menos supiera el culpable y más la subestimara, más probable sería que cometiera un error.

—Encantado de conocerte, Kai Wagner. ¿Os gustaría tomar asiento? Estoy a vuestra disposición —dijo Orin, señalando las sillas frente a su escritorio.

Rhianne y Kai tomaron asiento, mientras Orin se movía detrás de su gran escritorio de roble, acomodándose en su propia silla.

—Estoy preocupada por algunos incidentes recientes, y estoy buscando algunas conexiones entre estos y un caso de asesinato —dijo Rhianne, siendo deliberadamente vaga.

—Sus palabras me intrigan. Si no le importa revelar, ¿cuáles son los incidentes a los que se refiere? —preguntó Orin, arqueando una ceja. Se inclinó hacia adelante, con los hombros relajados.

O bien era un tipo imperturbable —y seamos sinceros, la mayoría de los elfos lo eran— o estaba genuinamente curioso. Por supuesto, podía ser ambas cosas.

—¿Recuerdas a Eldrin Delmar? —Rhianne estudió cuidadosamente la reacción de Orin.

—Por supuesto que sí —Orin se dio golpecitos en la barbilla—. Eldrin y yo estuvimos en la misma clase durante algunas temporadas. Un artista increíble. Creo que algunas de sus primeras

obras se conservan en el palacio. Aunque supongo que su trabajo se habrá vuelto aún más exquisito.

Sus brazos descansaban casualmente sobre el escritorio.

—¿Es usted coleccionista de arte? —preguntó Kai.

Orin le ofreció una pequeña sonrisa. —Me temo que no soy mucho de un conocedor —hizo un gesto abarcando el estudio—. Mis intereses están en otra parte.

Era su señal, y Rhianne la siguió escaneando su entorno. Su atención se dirigió a los libros y los artefactos expuestos en las estanterías.

Antiguos tomos encuadernados en cuero agrietado insinuaban conocimientos arcanos, sus lomos inscritos con símbolos de lenguas olvidadas.

Aunque había afirmado que no estaba interesado en el arte, dos hermosas pinturas que colgaban de las paredes contaban una historia diferente. Una representaba una feroz batalla entre dos grupos de elfos: uno con uniformes azules y plateados, el otro con dorado y rojo, sus movimientos congelados en el tiempo en una danza dramática. La segunda pintura mostraba a los elfos de armadura azul y plateada chocando con una horda de trols, sus formas grotescas marcadas por cuernos amenazantes que sobresalían de sus cabezas como ramas retorcidas.

Viales llenos de polvos coloridos y líquidos brillantes sugerían una participación en la alquimia. Tallas y amuletos de diversas formas y tamaños estaban dispersos entre los libros, cada uno emanando un tenue aura de magia antigua.

Los ojos de Rhianne se detuvieron en un amuleto particularmente elaborado, su superficie grabada con runas que cambiaban y brillaban bajo su mirada. —Su colección es... única y diversa, Don Orin.

La sonrisa de Orin se ensanchó. —En efecto, mis intereses radican en el estudio y la preservación de magias antiguas. El conocimiento de las viejas costumbres es una pasión mía.

—¿Es esa también su profesión? —preguntó Kai.

Como si no fuera consciente de hacerlo, Orin cogió una pluma y la giró en sus manos. —Soy historiador del palacio y enseño tanto en la universidad como en el Salón de Entrenamiento. ¿Dónde están mis modales? ¿Desean una bebida? Puedo hacer que un duendecillo nos proporcione refrigerios —Sin esperar a que respondieran, hizo sonar una pequeña campana de bronce que se encontraba peligrosamente cerca del borde del escritorio.

—¿Es usted profesor, entonces? —preguntó Rhianne mientras el sonido de la campana se desvanecía.

Él se rio. Era bastante expresivo para ser un elfo.

—Quizás en el futuro se me otorgue una cátedra —dijo Orin.

Un suave golpe en la puerta fue seguido por un duendecillo que llevaba una bandeja tan grande como él. El duendecillo era una criatura diminuta, de apenas un pie de altura, con alas iridiscentes que brillaban a la luz. Su cabello era un enredo salvaje de verde y dorado. A pesar del tamaño de la bandeja, la llevaba con facilidad, sus alas aleteando para mantener el equilibrio.

—En el escritorio, Tink —dijo Orin mientras el duendecillo colocaba la bandeja. Cómo el duendecillo logró encontrar espacio en el desordenado escritorio era un misterio.

Ella le sonrió. —Agradezco el té; huele maravilloso.

Tink dio un rápido asentimiento y una sonrisa pícara antes de salir disparado por la puerta.

La bandeja contenía una hermosa tetera de porcelana, acompañada de tres tazas a juego. El vapor se elevaba de la boquilla, llevando el aroma relajante del té de menta. Junto a la tetera había un plato lleno de una variedad de galletas: delicadas de mantequilla, macarons y crujientes de jengibre.

Orin sirvió el té, llenando cada taza con el líquido ámbar. Le entregó la primera taza a Rhianne, la segunda a Kai y se quedó con la tercera. —Por favor, sírvanse las galletas —dijo, señalando el plato.

Orin era bastante imperturbable, y era hora de presionar un poco porque Rhianne no había aprendido mucho.

—Eldrin está muerto —dijo, y observó cómo Orin dejaba su taza y se ajustaba las solapas.

—Eso es ciertamente inquietante de escuchar. ¿Puedo preguntar cómo llegó a su prematuro fallecimiento? —preguntó Orin en un tono neutral.

Rhianne tomó un sorbo de su té. Como había sospechado, era refrescante menta. —Fue asesinado, lamento decirlo.

—¿Están buscando a su asesino? —preguntó Orin, con ambas cejas arqueadas—. No sabía que había regresado al reino élfico.

—No lo había hecho —dijo Rhianne—. Fue asesinado en la Tierra.

—Interesante —dijo Orin, su mirada elevándose hacia el techo por un momento—. No veo cómo puedo ser de ayuda. No soy muy viajero, y por mucho que desee viajar a otros reinos, mi posición no me permite tal lujo —Recogió su taza y tomó un sorbo.

Kai alcanzó una galleta de mantequilla. —¿Está diciendo que no ha estado en la Tierra?

—Oh, no, mi querido amigo. Sí he estado. Mi padre me llevó una vez para una breve visita cuando era niño. Un reino extraordinario y fascinante. Tome eso, por ejemplo —Señaló el teléfono móvil de Kai, que asomaba de un bolsillo en su faja—. Ese es un dispositivo de

comunicación, ¿no es así? Increíble lo que pueden hacer sin magia —Sus labios se separaron y sacudió la cabeza como si estuviera maravillado—. Me gustaría volver algún día —Dejó su taza con decisión y se levantó—. Me temo que debo dirigirme a mi clase. El director no ve con buenos ojos la tardanza. No obstante, quedo a su disposición para cualquier consulta adicional que puedan tener cuando les convenga. Además, será un placer para mí asistir al baile en su honor esta noche.

Rhianne y Kai también se pusieron de pie.

Orin se acercó a Rhianne y tomó su mano, besando sus nudillos. —¿Quizás me reservará un baile? —sugirió con una sonrisa encantadora.

Luego se volvió hacia Kai e inclinó la barbilla. —Maestro Wagner —dijo, abriendo la puerta para ellos.

Rhianne y Kai observaron cómo Orin giraba a la derecha por el pasillo, caminando con un paso tranquilo pero decidido, deteniéndose para levantar la mano y saludar a un par de elfos en el camino.

—¿Qué te pareció? —preguntó Kai.

Rhianne ladeó la cabeza, observando cómo Orin desaparecía tras una esquina.

—No estoy segura. Era bastante relajado para ser un elfo.

Kai se rio entre dientes.

—Lo dices como si fuera algo malo.

Encogiéndose de hombros, Rhianne comenzó a caminar de vuelta por donde habían venido.

—Podría serlo. No mostró ninguna sorpresa ante la muerte de Eldrin, pero quizás esté bien conectado y ya se haya enterado, especialmente si tiene oídos en el Salón de Entrenamiento.

Kai igualó su paso, con las manos entrelazadas detrás de la espalda.

—También ya sabía sobre el baile, así que su red de información es rápida.

Llegaron al patio principal, donde el majestuoso árbol ocupaba el centro de la escena. Rhianne se detuvo y sintió el impulso de tocar el tronco del árbol.

—Bueno, la reina ya había anunciado el baile, pero mi presentación como sobrina nieta es una información nueva. No se refirió a eso, pero sí me llamó Dama Rhianne.

Kai se volvió hacia ella y bajó la voz.

—Sí, pero los elfos empezaron a llamarte así en nuestra visita anterior.

—También admitió que había estado en la Tierra —señaló Rhianne.

—Una vez —contrarrestó Kai.

Una pareja de duendes pasó caminando. Bajos y delgados, con piel verdosa y grandes orejas puntiagudas, sus ojos se agrandaron al ver a Rhianne y Kai. Intercambiaron miradas y susurraron entre ellos antes de alejarse apresuradamente, perdiéndose su conversación en el susurro de las hojas del patio.

Rhianne tiró de su coleta.

—Sí, parece que las noticias ya han circulado. Debería facilitar nuestras investigaciones, excepto que no tengo idea de dónde están Seraphina o Finwe.

—Puede que Finwe aún no haya regresado —dijo Kai, frotándose la barbilla.

—Dama Rhianne —la profunda voz de su padre la llamó desde un extremo del patio. Rhianne se giró mientras Cael caminaba hacia ellos—. Estoy completamente avergonzado por no haber podido volver contigo anoche. ¡Por los dientes de un duende! Tuve que resolver una disputa entre comerciantes de la Corte de Invierno y mercaderes de la Corte de Verano por derechos territoriales. Fue un asunto tedioso, pero afortunadamente ya se ha resuelto. ¿Cómo has estado?

—¿Esas disputas ocurren a menudo? —preguntó Kai.

—Existe una enemistad particular entre esas dos cortes, así que más a menudo de lo que me gustaría —dijo Cael, ajustándose las correas de cuero. Dudó mientras miraba a Rhianne—. Me complacería si pudiéramos compartir la comida del mediodía juntos.

Las manos de Cael continuaron jugueteando con sus puños. ¿Estaba nervioso? ¿Pensaba que ella estaba enojada con él? Rhianne sonrió, su mano extendiéndose, antes de darse cuenta de que estaban en un lugar público y la bajó.

—Eso sería genial, siempre y cuando no venga con efectos secundarios —dijo, tratando de inyectar humor para que Cael supiera que no estaba enojada.

¡Espera! ¡El veneno! La mención de una comida había desencadenado una pregunta en su mente.

—¿Puedes hacer esa cosa del cono de silencio, por favor? —preguntó Rhianne en voz baja, agitando su mano alrededor de ellos.

Su padre frunció el ceño, pero rápidamente aclaró su expresión. Su mano se movió sutilmente, y un breve destello los rodeó mientras se formaba una barrera mágica, encerrándolos en un escudo protector.

CAPÍTULO 24

El cono de silencio era bastante interesante y útil. Rhianne se preguntó si Toto podría enseñárselo, aunque conociendo su suerte, probablemente su magia no se inclinaba hacia esa dirección.

—¿Qué tipo de veneno usaron contigo? —Rhianne no perdió tiempo en ir al grano.

Los elfos y otras criaturas mágicas en el patio ahora les daban un amplio margen, tal vez debido a la barrera mágica o porque su padre infundía temor, posiblemente ambas cosas.

Cael parpadeó ante la pregunta directa. —Nunca llegué a preguntar al respecto. Había asumido que era un simple caso de comida que no me sentó bien.

¿En serio? Según el relato de Aria, había estado al borde de la muerte. Malditos elfos y su arrogancia.

—No es más que un rasguño —dijo Kai con fingida seriedad.

Cael alzó una ceja, pero Rhianne, que sonreía, no se molestó en explicarle la referencia a Monty Python.

—¿Quién fue el sanador que te trató? —preguntó Rhianne.

Cael ladeó la cabeza. —El maestro Andreas.

Rhianne señaló hacia adelante con un gesto decidido. —Guíanos.

Una pequeña sonrisa tiró de la comisura de la boca de Cael. —Eres muy parecida a tu madre —dijo mientras los guiaba hacia otro corredor.

—Oh, no sé —respondió Rhianne—. Creo que la terquedad corre por ambos lados de la familia.

—Sí, no hay esperanza para ti —dijo Kai.

Rhianne contempló discutir el punto durante un segundo. Desafortunadamente, Kai había conocido a sus dos padres, y tenía razón. *Aunque soy menos terca. ¿Verdad?*

Con Cael a la cabeza, ascendieron en silencio. En la cima, giraron a la izquierda y entraron en un largo pasillo. Elfos, duendecillos e incluso algún que otro trol se inclinaban a su paso.

Al llegar a lo que debía ser su destino, Cael abrió una puerta de madera. Dentro, la sala estaba bañada por una suave luz natural. El espacio era una versión antigua de un consultorio

privado de hospital. Por supuesto, los hospitales modernos no tenían tallas de runas curativas grabadas en las vigas de madera del techo.

La pieza central era una cama individual, perfectamente hecha, con sábanas blancas immaculadas. Un leve aroma a hierbas medicinales se mezclaba con el olor limpio y fresco de la ropa de cama recién lavada.

Las estanterías cubrían las paredes, una llena de libros y la otra con frascos de hierbas, pociones y elixires: un tesoro de boticario. La curiosidad la atrajo más cerca, y levantó uno de los frascos, tratando de identificar su contenido.

—Usted debe ser la Dama Rhianne —dijo una voz desde la puerta.

Rhianne se volvió hacia ella.

—Veo que le interesa mi colección. Ese frasco que tiene contiene mirenwort en polvo. Se sabe que causa relajación si se ingiere; algunos de mis pacientes pueden ser bastante *inquietos*. —Lanzó una mirada significativa a su padre.

Rhianne se rio, devolviendo el frasco a la estantería. Un elfo con sentido del humor. Ahora lo había visto todo. —Gracias, maestro Andreas. Su colección es ciertamente única.

El maestro Andreas sonrió, sus ojos brillando con diversión. —Años de práctica, mi querida dama. Ahora, ¿qué les trae a mi enfermería hoy?

Entró, cerrando la puerta tras de sí. Llevaba una túnica larga y blanca con bordados verdes en el dobladillo y los puños, sobre unas mallas verde bosque. Un fajín de verde oscuro complementaba su atuendo. ¿Quizás todos los sanadores se identificaban con el verde? Sus suaves botas de cuero no hacían ruido.

—Este es Kai Wagner —dijo Rhianne, señalando a Kai, quien asintió. Necesitaba averiguar cuál era la palabra para novio aquí.

El maestro Andreas colocó su puño sobre su pecho.

—¿Creo que trató a mi... Don Caelan recientemente? —preguntó Rhianne. Aunque su presentación oficial esta noche revelaría la relación, por ahora, Rhianne no veía razón para anunciarla.

El maestro Andreas lanzó otra mirada a Cael y negó con la cabeza. —En efecto, es uno de mis pacientes más frecuentes. ¿Satisfaría la curiosidad de un viejo elfo?

Rhianne se tensó. ¿Iba a comentar sobre su condición de híbrida? Pero había venido aquí para obtener algunas respuestas, así que era justo que ella también respondiera algunas preguntas. —Ciertamente no parece viejo, maestro Andreas.

—Por el roble antiguo, tiene unos modales exquisitos. ¿Dónde has estado escondiendo a esta encantadora dama, Don Caelan? Es realmente egoísta de tu parte. —El maestro Andreas se rio y, en un gesto similar al de Orin, besó sus nudillos. Sin embargo, se sintió diferente, como un abuelo.

Su respuesta implicaba que sabía quién era Rhianne, y ella ladeó la cabeza, con la curiosidad despertada.

El maestro Andreas debió haber adivinado su pregunta. —He sido el médico de la reina y de su padre durante más estaciones de las que me gusta recordar. También fui el médico de la Dama Madina. El parecido es asombroso. —Agitó la mano—. Dígame, mi querida dama, ¿es cierto que es una sanadora? —Se inclinó hacia adelante, sus ojos brillando con entusiasmo.

Cael se aclaró la garganta, pero Rhianne lo ignoró y sonrió. —En efecto, lo soy. —Era la primera vez que lo admitía con confianza. Algo en la amabilidad del maestro Andreas la ponía cómoda.

La sonrisa del maestro Andreas iluminó la sala. —Tal vez cuando tenga más tiempo libre, podría tener la oportunidad de presenciar algo de su curación. Lo consideraría un honor.

—Bueno, mi padre no parece ser capaz de mantenerse fuera de problemas, así que... —Rhianne se encogió de hombros.

—La sartén le dice al cazo —dijo Kai.

—Cierto —dijo Rhianne rápidamente, pero sus labios temblaron—. ¿Lo trató recientemente por envenenamiento?

El maestro Andreas frunció el ceño. —No, mi querida dama, eso no fue veneno. —Miró a Cael para confirmarlo. Cael, intentando parecer casual mientras se apoyaba contra la pared, dejó que una pequeña sonrisa de triunfo cruzara sus labios ante las palabras del doctor.

—Fue Halo Azul —dijo el maestro Andreas, volviendo su atención a Rhianne.

—¿El alucinógeno? —preguntó Rhianne, reconociéndolo de su último caso.

El maestro Andreas hizo una mueca y miró a Cael, quien había perdido su sonrisa y había dado un paso más cerca.

—En efecto, una dosis bastante grande. —El maestro Andreas enderezó los hombros como si reuniera valor—. Le recomendaría evitar tales sustancias en el futuro, Don Caelan. No solo son peligrosas, sino que...

Hizo una pausa, sus ojos encontrándose con los de Rhianne con una mezcla de preocupación y sinceridad. —También complican el proceso de curación y pueden dejar efectos duraderos en

la mente y el cuerpo. Su recuperación fue nada menos que milagrosa, gracias a su resistencia y, sospecho, a alguna intervención oportuna.

Cael parpadeó, abriendo los ojos de par en par. Sacudió la cabeza y pareció pensativo por un momento. Su expresión se suavizó y sus ojos se arrugaron cuando una carcajada escapó de sus labios, disipando su incredulidad anterior en hilaridad.

Las cejas del Maestro Andreas se fruncieron. Inclino la cabeza, observando a Cael como si fuera un rompecabezas al que le faltara una pieza crucial. —Don Caelan, no estoy seguro de que aprecie la gravedad...

Cael se dobló, agarrándose el estómago, redoblando su risa. A Rhianne le gustaba bastante esta versión de su padre.

—Oh, lo comprendo perfectamente —logró decir Cael entre jadeos, limpiándose una lágrima del rabillo del ojo—. Es solo que... la mera idea de yo y el Halo Azul... es impagable.

El Maestro Andreas intercambió una mirada desconcertada con Rhianne, quien se encogió de hombros, con una leve sonrisa jugando en sus labios. El médico se aclaró la garganta, intentando recuperar la compostura. —Sea como sea, es esencial reconocer los peligros...

Por muy divertida que fuera la situación, pensó que era mejor acabar con la confusión del Maestro Andreas.

La mano de Rhianne rozó el brazo de su padre. —Mi padre no tomó el Halo Azul voluntariamente; alguien adulteró su comida.

Los ojos del Maestro Andreas se abrieron de par en par, y dio un paso atrás, casi chocando con la mesa cubierta de suministros médicos. —¿Está sugiriendo —comenzó lentamente, apoyándose en la mesa para mantener el equilibrio— que alguien administró deliberadamente la droga a Don Caelan, Consejero Jefe de la Reina, *sin* su consentimiento?

La idea de que alguien hubiera adulterado la comida de Cael con la droga debía parecerle mucho más escandalosa que la idea de que el Consejero Jefe la hubiera tomado por sí mismo. Miró nerviosamente los viales y hierbas esparcidos por la sala.

—Sí, así es —dijo Rhianne.

—Eso es... —El Maestro Andreas se pasó una mano por el pelo, dando unos pasos antes de detenerse abruptamente—. ¿Con qué propósito?

Kai, que había estado apoyado casualmente en el marco de la puerta, se enderezó. —Estaba a punto de volver a caballo al palacio —dijo, como si eso lo explicara todo.

Ante el ceño fruncido del Maestro Andreas, Rhianne aclaró: —Su caballo muy temperamental.

—Un intento de asesinato —murmuró el Maestro Andreas, abriendo los ojos antes de entrecerrarlos pensativo. Se cruzó de brazos, sus dedos tamborileando en su codo—. Qué absolutamente cobarde.

—Inteligente, en realidad —añadió Rhianne. Ante el jadeo del médico, se apresuró a explicar—. Se habría considerado un accidente. Don Caelan tomó la droga y perdió el control de su caballo, ese tipo de cosa.

Cael, que había estado frotándose las sienes, dejó caer la mano y se apoyó contra la pared, con expresión cansada. —Y lo habrían conseguido; aún no estoy seguro de cómo logré volver a los establos.

—Bueno, ciertamente están escalando sus intentos —dijo Kai, con un tono sombrío.

—¿A qué te refieres? —preguntó Cael, enderezándose y separándose de la pared.

—De muertes que parecen accidentales, como la droga y el carruaje, a disparar abiertamente una flecha —dijo Kai—. Sus fracasos los están volviendo impacientes.

—Y la gente impaciente comete errores —añadió Rhianne, paseando por la sala con pasos rápidos y agitados—. El carruaje. ¿Lo recuperaron?

Cael negó con la cabeza. —Cayó por un barranco profundo.

Rhianne se estremeció, la imagen de su padre atrapado dentro del carruaje dando vueltas pasó por su mente.

—¿Cómo podrían haber asegurado que el accidente ocurriera en el lugar correcto? —preguntó el Maestro Andreas, formándose un profundo surco entre sus cejas.

Kai miró fijamente la pared por un momento. —Podrían haber manipulado el arnés, pequeños cortes en el cuero que lo debilitarían gradualmente. Deben haberlo planeado para que el carruaje perdiera el control en la parte más peligrosa del camino.

—¿Dónde están los establos? —preguntó Rhianne, dirigiendo su atención a Cael.

—Están en un ala adyacente del palacio —respondió Cael.

Rhianne alzó una ceja. —Déjame adivinar, ¿no lejos del Salón de Entrenamiento?

CAPÍTULO 25

Cuando Rhianne salió del consultorio del sanador, el aire fresco y sombreado de los pasillos del palacio la acarició como un velo de seda.

Cael les hizo un gesto a ella y a Kai para que lo siguieran. —He organizado un almuerzo para nosotros. El lugar de esta indulgencia espero que lo encuentren encantador.

—¿En el palacio o en otra taberna? —preguntó Rhianne, sin estar segura de querer arriesgarse a otro intento de envenenamiento.

Cael sonrió. —Ya lo verás.

Caminaron por los grandiosos corredores del palacio, donde las claraboyas entretejidas con hiedra dejaban entrar rayos de luz que bailaban como polvo de hadas.

Al acercarse al patio, el canto de los pájaros y el parloteo de muchos seres llenaban el espacio. Desde los trinos de las duendecillos hasta los gruñidos guturales de un par de ogros que parecían estar a punto de llegar a las manos, el aire estaba lleno de actividad.

Cael debió notar que Rhianne miraba fijamente a los ogros. —Su lenguaje es bastante brusco y físico, pero te aseguro que simplemente están disfrutando de un encuentro amistoso.

Cuando uno de los ogros golpeó el brazo del otro con un puñetazo que resonó en el patio como un tambor, Rhianne se estremeció. —¿Amistoso? ¿Qué hacen cuando realmente discuten? ¿Empezar una pequeña guerra?

Cael respondió con cara seria. —Oh, nada tan dramático. Un poco de aplastamiento de huesos juguetero.

Kai soltó una risita y Rhianne puso los ojos en blanco.

Caminaron por un sendero que serpenteaba por lo que parecía ser un jardín silvestre, fragante con flores y hierbas en flor, pero los ordenados grupos y arreglos no podían ser el resultado del azar.

Un recorte y un chasquido cerca de unos claveles confirmaron la presencia de dos duendes, trabajando arduamente, sus movimientos rápidos y precisos; una danza bien ensayada.

El sendero continuaba hacia el bosque, y pronto se encontraron bajo el exuberante dosel de árboles, el aire fresco y terroso, impregnado con el aroma de pino, musgo húmedo y un toque de

flores silvestres.

—¿Confío en que ambos estén preparados para un pequeño ascenso? —preguntó Cael con una pizca de sonrisa.

¡Uy! Rhianne miró los imponentes árboles que tenía delante. —¿Un ascenso?

Kai sonrió mientras seguía su mirada hacia las alturas de las ramas.

—La escalera hacia nuestro destino —dijo Cael con un gesto grandioso.

Un árbol enorme con una rústica escalera de caracol que se enroscaba alrededor de su tronco, reminiscente de un cuento de hadas caprichoso, se alzaba a su izquierda.

La subida era empinada, y a medida que ascendían, el suelo del bosque retrocedía, reemplazado por una vista impresionante de las copas de los árboles. Rhianne, sintiendo el ardor en sus piernas, intentó dar un jadeo de deleite, pero salió como un resoplido. Naturalmente, ni Cael ni Kai parecían estar ni siquiera un poco sin aliento. —Chulos —murmuró.

En la cima, los ojos de Rhianne se abrieron con genuino placer. Mesas y sillas elaboradas con madera rica y pulida se anidaban entre las ramas. Al mirar más de cerca, vio que las ramas se entrecruzaban debajo de la plataforma, tan firmes como cualquier suelo sólido. Linternas colgaban de las ramas de los árboles, proyectando un cálido resplandor, mientras pequeños insectos tricolores revoloteaban, recordando a Rhianne el tubo de caleidoscopio a través del cual solía pasar horas mirando.

Sonrió. —Bueno, si este no es el restaurante más acogedor en la copa de un árbol que he visto jamás.

Un anfitrión elfo elegantemente vestido los recibió. —Bienvenidos a Dosel Celestial. —Sus ojos se abrieron cuando se posaron en Cael, pero rápidamente recompuso su rostro a una expresión neutral mientras hacía una profunda reverencia. *Vaya*. Quizás su padre no salía a menudo.

—Permítanme escoltarlos a su mesa. —Hizo un gesto rápido a un par de gnomos vestidos con similar elegancia - chaquetas rojas con botones dorados y zapatos puntiagudos - que se apresuraron a adelantarse.

—Me alegro de que tengan una mesa —dijo Cael—. Me habían dado a entender que debería haber hecho una reserva.

Kai resopló, dando un toque en el brazo a Rhianne y luego señalando. Los gnomos estaban colocando una mesa en un rincón del restaurante, asistidos por un trol corpulento que parecía fuera de lugar en su uniforme. Los botones parecían a punto de reventar, con la chaqueta estirada al límite por su volumen.

Su mesa ofrecía una impresionante vista panorámica del dosel del bosque. Las lujosas sillas, tapizadas en tela verde oscuro, complementaban el entorno natural, como cojines musgosos que crecían en los árboles.

Un hada voló y colocó algunas esferas con los mismos insectos tricolores en su interior. Rhianne frunció el ceño pero se relajó al notar la abertura en el costado que permitía el libre paso de los insectos.

Mientras se acomodaban, su camarero se acercó con una bandeja. —¿Puedo empezar sirviéndoles una bebida?

¡Un puck! Los ojos de Rhianne se abrieron de par en par, su boca se entreabrió por la sorpresa. *El sueño de una noche de verano* era una de sus obras favoritas. Con un cuerpo esbelto, casi etéreo, la piel del puck brillaba con una tenue luminosidad iridiscente, reflejando los tonos del bosque a su alrededor. Su cabello, una cascada de hebras verde profundo y doradas, se movía como una suave brisa, siempre en movimiento, y pequeñas alas revoloteaban detrás de él como pétalos atrapados en el viento.

Vestido con un chaleco y pantalones a medida hechos de finas telas con hojas, se veía encantador. A Rhianne le costó todo su autocontrol no aplaudir de deleite.

El puck depositó delicadas tazas frente a ellos y vertió un líquido ámbar en cada una. El aroma relajante de la lavanda se elevaba de la taza.

—Me han informado que debo solicitar el menú de degustación —dijo Cael—. Aria me asegura que es una delicia única.

Rhianne asintió distraídamente.

Kai se inclinó y le susurró al oído. —Será mejor que cierres la boca, o uno de esos bonitos insectos volará dentro.

Ella se volvió para mirarlo y le susurró de vuelta. —¡Es un puck de verdad!

Cael se aclaró la garganta, y Rhianne levantó la vista, intentando mantener la compostura, pero no pudo evitar una gran sonrisa. —Suenan genial. ¡Este lugar es increíble!

Cael inclinó la cabeza, con una sonrisa en su rostro. —Pensé que lo apreciarías. Nuestro reino tiene muchas joyas ocultas.

Kai tomó un sorbo de la bebida. La taza era tan pequeña que su mano la envolvía por completo. —Ciertamente no es algo que se vea todos los días.

Llegaron más bebidas, una cóctel verde espumoso que brillaba bajo la luz moteada del sol.

Rhianne tomó un sorbo cauteloso. —Delicioso. ¿Qué es exactamente?

—La esencia de frutos del bosque, infusionada con un toque de polvo de hadas —explicó Cael—. Refrescante, ¿no es así?

Los platos en delicadas vajillas comenzaron a llegar, cada uno más exquisito que el anterior. Finas lonchas de faisán asado con un glaseado de bayas silvestres, verduras al vapor dispuestas en intrincados patrones, y un surtido de setas del bosque salteadas con hierbas aromáticas. Los postres eran igualmente encantadores, con pasteles en miniatura adornados con flores comestibles y una selección de frutas cristalizadas que brillaban como gemas.

Mientras terminaban de comer, Rhianne notó que una figura se acercaba a su mesa. Con una expresión tan gélida como una mañana de pleno invierno, su *prima* Seraphina se dirigió hacia ellos, con sus ojos afilados fijos en Rhianne y la barbilla en alto.

—Don Caelan —dijo Seraphina, con voz cortante—. No esperaba encontrarlo aquí. —Lanzó una breve mirada a Rhianne e ignoró a Kai.

La afirmación era cierta en más de un sentido. Su padre probablemente pasaba todo su tiempo trabajando.

Cael se levantó de su asiento, con una expresión cálida pero cautelosa.

—Seraphina, ¡qué agradable sorpresa! Ven, únete a nosotros.

Los ojos de Seraphina volvieron a fijarse en Rhianne, y sus labios se apretaron en una fina línea.

—Veo que tienes compañía.

Rhianne forzó una sonrisa cortés.

—Hola, Seraphina.

La respuesta de Seraphina fue seca.

—Es Dama Seraphina.

Cael abrió la boca, pero Rhianne se inclinó y puso una mano sobre su brazo. Seraphina entrecerró los ojos.

—¡Qué gran coincidencia! Tengo algunas preguntas para ti —dijo Rhianne.

Caelan hizo un gesto hacia una silla vacía, que no había estado allí momentos antes.

—Por favor, siéntate con nosotros. Estábamos disfrutando de la vista y de una conversación encantadora.

Seraphina dudó, mirando hacia otra mesa. Rhianne miró en esa dirección, viendo a un par de elfos bien vestidos. Seraphina se sentó, con la espalda recta y las manos pulcramente dobladas en su regazo.

—Gracias, tío —dijo Seraphina, suavizando el tono al dirigirse a él.

Rhianne intercambió una mirada con Kai, quien le dio un pequeño y alentador asentimiento.

—¿Cuándo dejó Eldrin el reino élfico? —preguntó Rhianne.

Seraphina, que se estaba sirviendo un líquido ámbar, volvió a dejar la jarra, aunque no lo suficientemente rápido como para ocultar el temblor de sus manos.

—Hace veinte veranos —respondió, con voz firme.

Seraphina podría estar fingiendo indiferencia, pero Rhianne apostaría a que conocía la hora exacta en que se fue.

—¿Por qué se fue?

Su máscara de frialdad vaciló por un momento.

—Quizás deberías dirigir esa pregunta a Joshua —dijo.

—Desafortunadamente, Joshua ya no recuerda bien las cosas —dijo Rhianne.

Los ojos de Seraphina se agrandaron, y bajó la mirada hacia su copa.

—No lo sabía —dijo. Tomó una respiración profunda—. Cuando la madre de Eldrin falleció, ciertos elfos lo percibieron como una oportunidad para prescindir de las cortesías habituales hacia Joshua.

—¿Porque no es un elfo completo? —preguntó Rhianne.

Seraphina asintió.

Sí, el fanatismo estaba vivo y coleando en el reino élfico también. No era ninguna sorpresa; Toto también lo había mencionado. Los constantes recordatorios eran agotadores.

—¿Eso no se habría aplicado también a Eldrin?

Los ojos de Seraphina destellaron con un atisbo de irritación.

—El linaje materno de Eldrin era de intachable reputación, y sus habilidades eran superiores en todos los aspectos, aunque ocasionalmente se negara a exhibirlas.

Claro. Mientras vinieras de una familia de alta nobleza y pudieras luchar, estabas bien. Qué fascinante y retorcido sistema de creencias. Rhianne reprimió su irritación.

—Entonces, ¿Joshua decidió ir a la Tierra porque lo estaban acosando?

—No —dijo Seraphina, apretando los labios, con reluctancia grabada en su rostro.

—¿No? —insistió Cael.

—Eldrin creía que una sociedad que valoraba a los seres únicamente por su linaje no era una en la que quisiera participar —Seraphina prácticamente escupió las palabras—. Sin más consideración, convenció a Joshua de que irse era lo mejor para ambos. Eldrin no atendía a razones. Tenía excelentes perspectivas como artista. Con el tiempo suficiente, yo me habría

asegurado de que se dedicara más a demostrar su destreza en el combate. Nuestra unión habría asegurado una dinastía noble.

Kai resopló.

Rhianne estuvo de acuerdo con el sentimiento, y se le escapó una risita.

Intentar cambiar a los demás era tan inútil como enseñar a un gato a ladrar. La verdadera transformación brotaba de las profundidades del alma.

—¿Te atreves a burlarte de mí? —siseó Seraphina—. El linaje de mi familia se remonta un milenio atrás, mientras que el tuyo probablemente ni siquiera sería reconocido por el más generoso de los genealogistas.

Cael abrió la boca, pero Rhianne volvió a poner una mano sobre su brazo, negando con la cabeza.

Seraphina se levantó, con el ceño fruncido.

—No logro comprender cómo has cautivado la atención de mi tío. Aunque tu belleza pueda poseer un atractivo exótico, palidece en comparación con la elegancia y la gracia élfica tradicional. —Se volvió hacia Cael—. Entiendo que tus deberes son agobiantes y que necesitas un respiro, pero esto es ridículo, tío. Confío en que esta fascinación pronto se desvanecerá. —Con un movimiento de cabeza, se alejó.

De vuelta a su mesa, Seraphina se inclinó para hablar con los otros dos elfos sentados allí. Recogió sus pertenencias y salió del restaurante.

—Exótica, ¿eh? —dijo Kai—. Tal vez deberías ponerlo en tu currículum.

Rhianne negó con la cabeza.

—Nunca me di cuenta de que mi “atractivo exótico” causaría tanto revuelo.

Kai se rio.

—Oye, al menos acertó en una cosa: eres hermosa.

La mandíbula de Cael se tensó.

—Su comportamiento fue totalmente indignante. Hablaré con ella después de esto. Aunque no es asunto suyo, suponer que me dejaría cautivar únicamente por el aspecto...

Kai arqueó las cejas, y Cael debió haberse dado cuenta de lo que había dicho.

—Aunque estoy de acuerdo con tu mago, eres hermosa.

—No te preocupes, papá —dijo Rhianne, sonriéndole.

La expresión severa de Cael se suavizó, reemplazada por una mirada de calidez.

—Imagina lo avergonzada que estará esta noche cuando me presenten. Además, su reacción nos dio algunas pistas —añadió Rhianne.

Cael inclinó la cabeza.

—¿Oh?

Rhianne mordió un panecillo suave, el dulce y salado bocado le quemó un poco la lengua. El sabor valía la pena.

—Puede que sea una buena actriz, pero dudo que sepa que soy tu hija. Ese tipo de engaño habría sido demasiado para ella.

Sí. La señorita Puritana no podría actuar ni para salir de una bolsa de papel.

Kai le dio un golpecito en el hombro, con un brillo juguetón en los ojos. —Aún podría querer verte muerta solo porque cree que estás saliendo con el Consejero Jefe.

La expresión de Cael se ensombreció; sus labios fuertemente apretados. Probablemente aún estaba ofendido por la sugerencia de que era el tipo de persona que tendría una aventura frívola, o peor aún, que se dejaría influenciar por una cara bonita. —Tu estancia ha sido demasiado corta para que ella haga tales suposiciones —dijo.

El bosque parecía inclinarse, las hojas susurrantes haciendo eco de su conversación en voz baja como si estuvieran intrigadas por sus revelaciones.

Sintiendo su curiosidad, Rhianne se volvió hacia los árboles y se llevó un dedo a los labios. Hubiera jurado que escuchó una suave risita en respuesta.

—Eso es lo que ella cree —dijo Rhianne, tirando de su coleta—. Aunque eso no la saca de la lista de sospechosos. Podría significar que te ha estado espiando durante un tiempo y malinterpretó nuestra relación. Antes, podría haberla descartado como una aventura, pero ahora podría pensar que es algo serio si estoy “mudándome”. —Y Seraphina estaba enojada por eso—. Podría estar trabajando con alguien más. —Rhianne tomó un sorbo de su bebida—. Estaba enojada con Eldrin por abandonarla, y también podría ser ambiciosa, o quien sea con quien esté trabajando lo es.

Cael negó con la cabeza, su expresión pensativa. —Me resulta difícil aceptar que ella quisiera verme muerto. Nuestra relación siempre ha sido cercana.

Rhianne se dijo a sí misma que la sensación retorcida en su estómago no eran celos, pero era difícil ignorar el sabor amargo en su boca. Su padre no había estado allí para ella mientras crecía, pero la guerrera Seraphina lo había tenido todo para ella. La ironía de que Seraphina ahora estuviera celosa de ella no se le escapaba a Rhianne. Hizo lo mejor que pudo para reprimir el resentimiento, pero persistía, un terco recordatorio de viejas heridas.

Kai sonrió con suficiencia. —Sabes, si esto fuera una telenovela, estaríamos al borde de nuestros asientos esperando la revelación dramática.

Rhianne se rió, aliviando la tensión. —¿Verdad? Y necesitaríamos una música de fondo exagerada. Tal vez un acercamiento dramático al rostro de Seraphina mientras se da cuenta de la verdad.

Kai se reclinó y juntó las puntas de los dedos. —La navaja de Occam.

Cael miró a Kai como si le hubieran salido cuernos; el modismo probablemente demasiado extraño para que lo descifrara.

—Tienes razón —dijo Rhianne—. Estoy complicando demasiado las cosas. Pero definitivamente es una fuerte candidata para ser la asesina. —Levantó un dedo—. Uno, es una guerrera y probablemente una buena arquera. —Miró a su padre con las cejas levantadas, y él ofreció un asentimiento reticente. Puede que no esté feliz con Seraphina como sospechosa, pero no podía negar los hechos—. Dos, también sabemos que una elfa que se comportaba como un soldado estaba en la taberna cuando alguien deslizó la droga en tu comida o bebida. —Levantó un tercer dedo—. Y tres, todavía está realmente molesta porque Eldrin la dejó.

—Esos son, en efecto, puntos válidos —dijo Cael, frotándose los ojos—. Sin embargo, dejando de lado cualquier afecto que pueda tener por mí, asesinar a Eldrin por la espalda es el colmo de la cobardía, y Seraphina está por encima de tal comportamiento indigno.

—Pero tiene un temperamento —dijo Kai—. En el calor del momento, si Eldrin la rechazó de nuevo, podría haber reaccionado mal. He examinado la imagen que tenemos del visitante en la casa de Eldrin, y podría ser ella. Aunque el ángulo del video y la borrosidad significan que lo único de lo que puedo estar seguro es de que no era Reron.

Rhianne se metió otro de esos deliciosos bollos en la boca. Suspiró. —Todavía tenemos dos sospechosos más para entrevistar, y todo esto es especulación en este punto.

—Finwe debería regresar esta noche, y Lyron no se dignará a perderse el baile. Me aseguraré de presentarte a ambos esta noche.

—¿Qué sucede en un baile? —preguntó Rhianne, sin estar segura de si quería saberlo. Había algo que decir sobre el poder de la negación.

—Los invitados llegan, y luego hay un exceso de conversaciones ociosas, intrigas políticas, posicionamiento y, por supuesto, baile —dijo Cael.

—¿Baile? —repitió Rhianne, casi ahogándose con su bebida de frutas. Orin había mencionado querer que le reservara un baile, y ella no había captado completamente la importancia en ese momento.

—Se esperará que participes en el baile ya que eres la invitada de honor. —Los ojos de Cael se iluminaron con entusiasmo—. Te enseñaré nuestros bailes para que puedas hacerlo.

Al ver la alegría y la esperanza en sus ojos, Rhianne no pudo encontrar en su corazón la fuerza para negarse. —Claro —dijo con una sonrisa.

Ya que estaba metida en esto, mejor ir hasta el final. Solo esperaba que su padre no se arrepintiera de sus dedos de los pies adoloridos más tarde.

Cael se acercó y le apretó la mano.

Su comida se extendió hasta la tarde, el escenario en la copa de los árboles creando una sensación de atemporalidad.

Su padre habló sobre parte de su juventud mientras Rhianne y Kai escuchaban. Todavía había momentos incómodos y preguntas no formuladas, pero era un comienzo.

Mientras descendían por la escalera de caracol, Rhianne sintió una sensación de satisfacción. Se enganchó del brazo de Kai.

—Este lugar es verdaderamente mágico —dijo, mirando hacia el dosel.

Cael se volvió y asintió, con una pequeña sonrisa en los labios. —En efecto, lo es. Y siempre mejora mucho con la familia.

Una calidez se extendió por Rhianne, que no tenía nada que ver con el sol de la tarde.

La habían arrastrado aquí para buscar respuestas, pero también encontró algo mucho más precioso: un vínculo creciente con su padre.

CAPÍTULO 26

Cuando Kai, Cael y Rhianne regresaron a sus aposentos, los encontraron vacíos. Rhianne había esperado que los demás estuvieran allí con información adicional para reducir las opciones, pero su ausencia significaba que aún estaban realizando investigaciones. Intentó moderar sus expectativas.

Las cosas llevaban tiempo, pero la frustración aún brotaba porque no estaba más cerca de descubrir quién era el culpable. Su instinto le decía que tenía que ser uno de los cuatro sospechosos, pero aún no tenía ninguna prueba sólida.

Cael comenzó a mover los muebles hacia la pared, y Kai se unió para ayudar. Rhianne se resignó a la lección de baile; podría ser una buena distracción de sus pensamientos ansiosos. Con un suspiro, empujó un sillón fuera del camino para hacer más espacio.

No era que no le gustara bailar, aunque las indeseadas lecciones de ballet de su juventud habían supuesto un comienzo difícil. Su madre había insistido en que era importante desarrollar la postura y la gracia adecuadas. Tenía razón, por supuesto, aunque Rhianne no se lo admitiría en mucho tiempo. *Seguramente, los bailes élficos no podían ser tan difíciles, ¿verdad?*

Con unos cuantos gestos elegantes, Cael conjuró música, y la sala se llenó de las suaves y encantadoras notas de un compás de tres por cuatro. —Era la favorita de tu abuela —dijo, sonriendo a Rhianne.

Una punzada inesperada de tristeza golpeó a Rhianne, haciéndola morderse el labio. Conocer a su abuela habría sido especial. Madina también había sido una sanadora; había tanto que podría haber aprendido de ella.

—Es hermosa —logró decir pasando el nudo en su garganta.

Cael le extendió la mano, con un brillo en los ojos. —¿Me concede este baile, mi dama?

Tomando su mano, Rhianne se rio. —Guíame, papá.

Los movimientos de Cael eran suaves y precisos mientras guiaba a Rhianne a través de los pasos básicos. —Un, dos, tres... un, dos, tres... —Estudió sus esfuerzos con ojo crítico—. Es un intento aceptable.

Rhianne puso los ojos en blanco. Los elfos y sus altos estándares. Se concentró más. Su padre no tenía nada que hacer frente a Madame Rochelle, su estricta profesora de ballet, que había sido prima ballerina del Bolshói. Rhianne había visto una vez sus pies descalzos: las bailarinas eran duras de pelar.

Kai se apoyó contra la pared, observándola con una sonrisa. —Sabes, Rhi, si todo esto de resolver misterios no funciona, siempre podrías unirme a una compañía de danza.

Rhianne casi tropezó. —Lo tendré en cuenta.

Cael corrigió su postura. —La concentración es primordial, Rhianne. Bailar requiere gracia y elegancia.

Rhianne le sacó la lengua a Kai antes de volver su atención a su padre. —Gracia y elegancia. Entendido.

Después de unos minutos, Rhianne comenzó a pillarle el truco, sus pasos se volvieron más seguros. Cael la hizo girar, los dos moviéndose en perfecta sincronía. —Esa es una mejora adecuada en tu técnica.

—No le pises los pies —dijo Kai, leyendo sus pensamientos—. Todavía lo necesitamos para la investigación.

Rhianne le lanzó una mirada juguetona. —Tú eres el siguiente, Kai. Tú también necesitas aprender.

Kai levantó las manos en fingido temor. —Estoy temblando en mis botas.

—Déjame adivinar, tú también tomaste clases de baile cuando eras joven —dijo Rhianne mientras se deslizaba.

Siendo el curioso niño genio que Kai había sido, había vuelto locos a sus padres con diversas actividades.

Kai se encogió de hombros. —Puede que haya hecho unos meses de baile de salón para una obra escolar.

Por supuesto que sí.

Como era de esperar, solo le tomó un par de bailes a Kai aprender los pasos. A Rhianne le encantaba estar en sus brazos, su corazón revoloteando con cada movimiento. Estaban compartiendo una tierna sonrisa, perdidos en el momento, cuando un golpe en la puerta los interrumpió. Con un suave suspiro, Kai la soltó, y Cael fue a abrir la puerta.

Aria entró volando, sus alas un borrón de colores iridiscentes. Tres hadas la seguían, apenas visibles bajo las enormes bolsas de ropa que llevaban, casi tragándoselas por completo. Sus delicadas alas translúcidas batían frenéticamente mientras luchaban con su carga.

Rhianne sonrió y se movió para ayudar, pero antes de que pudiera, las hadas, con sus pequeños rostros arrugados por el esfuerzo, dejaron las bolsas con un suspiro colectivo de alivio.

Aria flotaba sobre ellas, sus alas batiendo un poco más rápido de lo habitual. Se frotó las sienes, luego dejó escapar un corto suspiro exasperado mientras dirigía a las hadas para que acomodaran las bolsas en los sillones y el sofá.

Aria clavó su mirada en Rhianne y flotó frente a ella. —No estaba segura de tu gusto, así que hice diseñar y coser tres prendas por la costurera de la reina, una duendecilla del Hilo extremadamente talentosa. El baile comienza en una hora, y hay mucho que hacer antes de eso. —Le dio a Rhianne un vistazo crítico y suspiró—. Gracias a la luz de la luna que, como invitada de honor, tienes el privilegio de llegar tarde y aún así lucir bien.

Aria luego se volvió hacia Cael, que había levantado una ceja, y Kai, cuyos labios se crisparon con diversión. —Don Caelan, el privilegio de llegar tarde no se extiende al Consejero Jefe. Sugiero que regrese a sus aposentos para prepararse. —Sin esperar a ver si cumplía, miró a Kai, su expresión suavizándose—. Maestro Kai, he conseguido un magnífico atuendo para usted. Dos duendes domésticos de confianza lo esperan en sus aposentos para asistirlo.

Kai inclinó la cabeza, reconociendo quién era la verdadera jefa, y se fue. Cuando Cael vaciló, Aria se cruzó de brazos. Cael intentó ocultar una sonrisa con una reverencia antes de girar sobre sus talones para seguirlo.

Tan pronto como la puerta se cerró detrás de Cael y Kai, Aria se volvió hacia las hadas. —Mis queridas damas, será mejor que empecemos a desempacar los vestidos y mostrar las opciones para la Dama Rhianne —dijo.

Las hadas se pusieron en acción, sus pequeñas manos desabrochando diestramente las bolsas de ropa y sacando el contenido con cuidado. Una por una, revelaron los vestidos colocándolos en perchas hechas de enredaderas retorcidas y adornadas con pequeñas flores.

Los ojos de Rhianne se agrandaron mientras se acercaba al primer vestido, un traje plateado brillante. La tela atrapaba la luz, emitiendo un suave resplandor etéreo. Delicadas enredaderas y flores adornaban el corpiño, y la falda fluía como luz de luna líquida. Extendió la mano, sus dedos rozando los intrincados diseños. —Esto parece que fue hilado con rayos de luna —susurró.

A continuación, su mirada se desplazó hacia el vestido verde bosque profundo. El color le recordaba a los árboles antiguos en el corazón de un bosque encantado. Pequeñas gemas brillantes que parecían gotas de rocío decoraban el corpiño. Pasó la mano por la suave tela de terciopelo de la falda, que se ensanchaba con gracia, añadiendo un toque elegante. —Es como si el bosque mismo hubiera prestado su magia a este vestido —murmuró.

Por último, Rhianne se volvió hacia el suntuoso vestido azul real, del tono del cielo crepuscular justo antes del anochecer. Hilos plateados se entretejían en la tela, creando patrones que semejaban constelaciones. Recorrió los diseños con la punta del dedo, sintiendo la elegancia que hablaba tanto de la majestuosidad de las estrellas como de la profundidad del océano.

Rhianne dio un paso atrás, contemplando el trío de impresionantes vestidos. —Son hermosos, Aria. De verdad.

Aria sonrió, sus alas revoloteando con satisfacción. —La costurera es, en efecto, una maestra de su oficio. Ahora, veamos cuál te habla más. Tenemos poco tiempo para hacerte brillar aún más que estos vestidos. Aunque tu belleza eclipsaría incluso el atuendo más desaliñado.

Rhianne estudió los vestidos, incapaz de decidirse. Cada uno era más impresionante que el anterior, y la decisión parecía imposible.

—Puedo ver que dudas —dijo Aria, con tono indulgente—. Quizás debería explicarte algunas cosas sobre la corte para ayudarte a elegir. Los elfos adoran el misterio y la insinuación, significados que subyacen al simbolismo; cuanto más abstruso el enigma, mayor la impresión, una vez resuelto.

Aria señaló el vestido plateado. —Este vestido representa la elegancia y el estatus. Llevarlo mostraría tu refinado gusto y establecería tu presencia como una invitada distinguida. Sin embargo, no subestimes su simplicidad. Tu declaración sería de estabilidad y conocimiento silencioso.

Luego señaló el vestido verde bosque profundo. —Este resalta tus raras habilidades de sanadora. Las gemas representan las gotas de rocío del bosque, simbolizando la renovación y la vida. Recordaría a la corte tus dones únicos e invaluable. Esos dones te presentan como un ser digno de admiración y respeto.

Finalmente, indicó el vestido azul real. —Y este vestido proclama tu alta nobleza. Habla de tu legítimo lugar entre la élite y haría una declaración audaz sobre tus intenciones y tu linaje.

La mirada de Aria se detuvo en el vestido azul, con una sutil pero significativa insinuación en sus ojos. —Por supuesto, hacer tal declaración crearía la mayor impresión. Ciertamente provocaría *algo*, especialmente en aquellos que podrían sentirse amenazados por tu legítimo reclamo.

Los ojos de Rhianne se entrecerraron al comprender la implicación de Aria. Llevar el vestido azul no solo declararía su estatus noble; sacudiría al asesino al sugerir que tenía la intención de reclamar su lugar en la corte. Les obligaría a revelarse a través de sus reacciones, un movimiento estratégico en este peligroso juego.

Respirando hondo, Rhianne alcanzó el vestido azul real. —Agradezco la información, Aria. Este servirá perfectamente.

Las hadas saltaron a la acción, sus diminutas manos ayudando hábilmente a Rhianne a quitarse su atuendo actual y ponerse el elegante vestido. Con sorprendente fuerza, trajeron un gran espejo. Rhianne hizo una mueca cuando se tambalearon bajo su peso, imaginando momentáneamente un desastre de hadas aplastadas. Pero con algunos gruñidos y mucha determinación, lograron atraparlo y colocarlo firmemente contra la pared.

La tela azul real fluía sobre su cuerpo como un crepúsculo sedoso. El vestido acentuaba su figura, dejando elegantemente al descubierto la parte superior de sus hombros. El corpiño abrazaba su cintura, mientras la falda se abría suavemente, cayendo como una lluvia de estrellas. El color azul profundo hacía brillar sus ojos y realzaba el rubor natural de sus mejillas.

Aria flotó detrás de ella, con una sonrisa satisfecha en su rostro mientras observaba la transformación. —Exquisita —murmuró—. Ahora, coronemos el vestido con un estilo apropiado para tu magnífica melena.

Con un movimiento de su mano, Aria convocó a las hadas para que trajeran una variedad de ornamentos y accesorios para el cabello. Comenzó a trabajar en el pelo de Rhianne, sus ágiles dedos tejiendo y retorciendo los mechones castaños en un artístico recogido. Pequeños alfileres de plata y zafiro fueron cuidadosamente colocados. El toque de Aria era tanto gentil como particular, y pronto el cabello de Rhianne estaba peinado en un elegante peinado.

Mientras Aria retrocedía para admirar su obra, Rhianne se volvió para mirarse en el espejo de nuevo. Apenas se reconocía. La combinación del impresionante vestido y el sofisticado peinado la hacía parecer toda una dama de alta cuna. La transformación estaba completa, y el efecto era impresionante, excepto, por supuesto, que se sentía como Cenicienta, muy consciente de que podría convertirse en calabaza, posiblemente antes de la medianoche.

Aria entonces trajo una caja ornamentada, incrustada con filigrana de plata. Al abrirla, reveló un interior de terciopelo mullido que acunaba un juego a juego de un collar de zafiros, pendientes y una tiara. —Soy consciente de que deseabas llevar los pendientes y el anillo de esmeraldas. Sin embargo, me atrevo a decir que este conjunto combinará mejor con el vestido —dijo Aria.

El collar tenía una hilera de zafiros azul profundo intercalados con pequeños diamantes brillantes, con una pieza central de un zafiro más grande. Los pendientes hacían juego con el collar, cada uno con un solo zafiro rodeado por un halo de diamantes. La tiara estaba delicadamente labrada en plata con patrones florales, incrustada de zafiros y diamantes.

Tan hermosas como eran, Rhianne, sin embargo, solo podía pensar en dos cosas: cuánto debían valer las joyas y el aterrador hecho de que ahora era responsable de ellas. Tragó saliva con dificultad. *Sin presión; solo no pierdas las joyas de la corona en tu primer baile.*

Los ojos de Aria se encontraron con los de Rhianne en el espejo, un destello conocedor reflejándose en la tiara de zafiro. Despidió a las hadas, que hicieron una reverencia y rieron antes de deslizarse por la puerta.

—Dama Rhianne, hay varios asuntos de importancia que debe tener en cuenta. —Flotó más cerca, su expresión volviéndose seria—. La corte estará repleta de individuos que se deleitan en el arte del ingenio y las pullas veladas. Los elfos son maestros de la sutileza y, con toda probabilidad, se esforzarán por provocarla, buscando cualquier reacción que pueda comprometer su compostura. Sus acciones reflejarán a su padre y a la propia reina.

Rhianne asintió, con los nervios más tensos que una cuerda de laúd. Una palabra equivocada, y todo podría desentrañarse. Los elfos, con sus rostros estoicos y postura rígida, se enorgullecían de su control emocional. La ira era la única emoción que permitían que se les escapara, incluso celebrada en el contexto adecuado.

Rhianne se dijo a sí misma que no le importaba lo que pensarán. Bueno, quizás le importaba un poco, principalmente porque no quería avergonzar a su padre. La reina secuestradora, sin embargo, *no* era su problema. Está bien, era su problema, pero ese era uno para lidiar más tarde. Con un profundo suspiro y una sonrisa forzada, dijo: —Haré lo mejor que pueda.

Aria puso una mano gentil en su hombro. —Recuerde, una vez que su identidad sea revelada, su rango solo es superado por los de su padre y la reina. Hasta ese momento, sin embargo, otros podrían tratarla con menos deferencia de la que tiene derecho. No permita que sus palabras la inquieten. Mantenga su dignidad y gracia. Responda con ingenio si debe, pero nunca les permita percibir ningún titubeo.

Dignidad y gracia. Uf, condenada ya.

Aria esperó hasta que Rhianne asintiera antes de continuar.

—Don Finwe estará allí esta noche. Envié un mensaje para excusarse, alegando agotamiento, pero la reina denegó su petición —se inclinó y bajó la voz—. Es una petición *muy* inusual, y la reina no estaba complacida.

Interesante. Si la asistencia era obligatoria, ¿por qué Finwe arriesgaba la ira de la reina usando una excusa tan endeble? ¿Podrían los elfos mentir cuando escribían las cosas en lugar de decirlas?

—Don Lyron también asistirá. Él estudió en la Escuela de Élite, aunque era un año mayor que Eldrin. Hubo rumores de un altercado significativo entre ellos. Por primera y única vez, Eldrin participó en un combate con espadas y salió victorioso —Aria dejó que eso se asentara—. A estas alturas, toda la corte está al tanto de tus entrevistas y preguntas. Me temo que su conocida historia con Eldrin puede influir en la actitud de Don Lyron hacia ti, así que ten especial cuidado.

Respirando profundamente, Rhianne se centró.

—No les mostraré que me importa, canalizaré mi abeja reina interior y, si me quedo atascada, imaginaré que todos llevan calcetines desaparejados.

Aria frunció el ceño e inclinó la cabeza.

—¿Calcetines desaparejados? Ciertamente sería una falta de etiqueta, una que podrías señalar sutilmente para causar desconcierto —sacudiendo la cabeza, añadió—: Confía en tus instintos. Posees una mente aguda y un corazón noble. Utilízalos ambos juiciosamente. Esta noche no es simplemente una prueba de tu estatus, sino de tu fuerza de carácter. Revélales a la verdadera Dama Rhianne, y se verán obligados a respetarte.

Rhianne se miró una vez más en el espejo. *Finge hasta que lo logres, ¿verdad?* Enderezó la espalda.

—Agradezco el consejo, Aria.

Los ojos de Aria brillaron con orgullo.

—Estáis lista, mi dama. Esta noche no solo asistiréis al baile; lo dominaréis.

CAPÍTULO 27

Aria aplaudió y voló hacia las puertas, y con una facilidad que desmentía su peso, las abrió. Kai estaba al otro lado, flanqueado por dos guardias estoicos con armadura ceremonial. Cuando Rhianne dio un paso adelante, su vestido brillando a la luz de las velas, los ojos de Kai se ensancharon.

Con una mirada suave y apreciativa, se acercó y le acarició la mejilla. —Rhi, te ves... deslumbrante.

Rhianne sintió que se le subían los colores. —Gracias.

Kai se inclinó y la besó suavemente en los labios. Una promesa ardiente brilló en sus ojos, y un cálido escalofrío recorrió la espalda de Rhianne.

—Tú también te ves muy guapo —dijo ella.

Vestido con una túnica finamente confeccionada de color azul océano, adornada con diseños plateados que semejaban enredaderas entrelazadas, parecía un noble de alta cuna a la perfección. Un fajín de seda ceñía su cintura, y sus pantalones ajustados, hechos del mismo material lujoso, se metían en botas de cuero negro pulido hasta la rodilla. Una capa larga y fluida de color azul medianoche, forrada con hilo de plata y sujeta al hombro con un broche de luna creciente, añadía un aire de misterio. Su cabello rojo enmarcaba sus rasgos afilados y sus penetrantes ojos azules.

Aria jadeó. —Maestro Wagner, me recuerda a un joven fénix que se eleva de las cenizas, lleno de fuego y gracia. Y qué maravilloso conjunto complementario al de la dama Rhianne.

Rhianne entrecerró los ojos. *¡Un momento!* ¿Cómo podía Aria haber sabido qué vestido elegiría? Esa hada astuta había adivinado a medias y la había empujado en esa dirección, y Rhianne había mordido el anzuelo. Suspiró: había sido su elección y la asumiría.

Aria abrió el camino, sus alas revoloteando con confianza. Los guardias se colocaron detrás, creando una escolta silenciosa y respetuosa. Kai ofreció su brazo a Rhianne, y juntos se dirigieron por el opulento pasillo hacia el salón de baile.

El suave zumbido de la música lejana llegó a los oídos de Rhianne, y el alegre ritmo coincidía con los latidos acelerados de su corazón. *Respira hondo.*

Las puertas del salón de baile se abrieron para revelar una gran sala adornada con luces centelleantes y exuberante vegetación. Los músicos tocaban en un extremo, llenando el aire con melodías encantadoras, mientras que lujosas sillas se alineaban a los lados de la sala.

Elfos y otras criaturas mágicas ocupaban la mayor parte del espacio, y sus charlas y risas cesaron al volverse para mirar a los recién llegados.

Estaba lleno, y Rhianne no pudo evitar la vacilación en su paso al ver a todos los seres en la sala.

Entre los invitados había gnomos, cuyas pequeñas estaturas y espesas barbas les daban un aire de encanto caprichoso. Vestían prendas de colores y sus ojos brillaban con curiosidad y picardía. Los duendes se mezclaban cerca, sus figuras delgadas y rasgos afilados contrastaban con las apariencias más redondeadas de los gnomos. Vestidos con tonos terrosos, lucían una variedad de abalorios y joyas, sus expresiones eran una mezcla de astucia e intriga.

Los elfos se movían con gracia entre ellos.

Los varones vestían túnicas con amplios fajines y las combinaban con mallas o pantalones que acentuaban sus formas altas y esbeltas.

Las hembras llevaban vestidos vaporosos con escotes en forma de corazón o de hombros descubiertos. Sus cabellos, que iban desde tonos dorados hasta el ébano profundo, a menudo estaban trenzados con delicados accesorios inspirados en la naturaleza, como hojas plateadas y flores tachonadas de gemas.

Un trol solitario se elevaba por encima de todos, su forma masiva proyectando una larga sombra a través de la sala. El musgo y el liquen cubrían su piel áspera. A pesar de su apariencia imponente, sus ojos tenían una mirada gentil, casi nostálgica.

Pero todas las miradas estaban fijas en Rhianne.

La observaban con abierta curiosidad, y los susurros se extendieron por la multitud. Rhianne mantuvo la cabeza alta, recordando las palabras de Aria, aunque el peso de sus miradas la presionaba.

Aria se hizo a un lado, permitiendo que Rhianne y Kai entraran completamente en la sala. Los guardias tomaron sus lugares en las puertas. La sala pareció contener la respiración mientras Rhianne, con Kai a su lado, se abría paso hacia el corazón del salón de baile.

Vaya, maldición. No esperaba tanto escrutinio, y odiaba ser el centro de atención.

Su padre, rodeado de algunos elfos de aspecto serio, levantó la mirada. Sus ojos se encontraron. Asintió brevemente al grupo y caminó a grandes zancadas hacia Rhianne.

Sus ojos brillaban de orgullo mientras tomaba la mano de ella y le besaba los nudillos. —Eclipsas a las estrellas esta noche, querida. —Su voz se elevó lo suficiente como para provocar jadeos de los que los rodeaban, incluyendo uno fuerte y ofendido de Seraphina. Rhianne no se había dado cuenta de que estaba cerca, y su cuello le dio un cosquilleo de advertencia.

El brillo en el ojo de Cael le dijo a Rhianne que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Sí, bien hecho, papá.

—¿Debo hacer algunas presentaciones? —Cael no esperó una respuesta, sino que tomó a Rhianne del codo, obligando a Kai a soltarla. Ella sintió intensamente la ausencia del brazo de Kai en el suyo, pero su presencia a solo un paso detrás la tranquilizó. Estaba haciendo de nuevo su cosa discreta.

Cael la condujo hacia un trío que estaba cerca del trono. Sí, la sala tenía un verdadero trono en un podio. La reina aún no había hecho su aparición, pero probablemente se aseguraría de ser la última en llegar.

—Dama Rhianne —dijo Cael—. ¿Puedo presentarte a Don Elion Wintermoon y a su esposa, Dama Isolde Wintermoon? —Cael inclinó la barbilla hacia ellos—. Y este es su hijo, Don Lyron Wintermoon.

Don Elion tenía una figura imponente. Su largo cabello plateado caía sobre sus hombros, contrastando con su túnica azul profundo con patrones que parecían escarcha. Sus ojos, de un azul glacial, miraban a Rhianne con indiferencia y algo más que ella no pudo descifrar.

Dama Isolde era el epítome de la belleza y la gracia élfica. Su vestido fluido, blanco puro con diseños detallados de copos de nieve, acentuaba su figura esbelta. No habría sorprendido a Rhianne si cada copo de nieve en su vestido fuera único. Delicados alfileres de cristal que brillaban con cada movimiento adornaban el cabello de Isolde. Sus ojos, de un tono azul más suave que los de su marido, hacían juego con la elegancia de su apariencia.

Rhianne no tuvo que preguntarse a qué corte pertenecían: el nombre también era bastante revelador.

Lyron Wintermoon, su hijo, estaba de pie entre ellos. Su cabello rubio claro estaba recogido, revelando sus rasgos afilados y aristocráticos. Llevaba una túnica ajustada de color azul oscuro, casi negro. Sus ojos azules, del mismo tono que los de su padre, observaban a Rhianne con una mezcla de curiosidad y cautela.

Cael se volvió hacia Don Elion y Dama Isolde con una sonrisa encantadora. —Mi señor, mi dama, debo disculparme por la brusquedad, pero requiero un momento de su consejo sobre un asunto delicado.

Los padres de los Wintermoon intercambiaron una mirada antes de asentir. —Por supuesto, Don Caelan —respondió Elion.

Cael condujo a Don Elion y Dama Isolde lejos, dejando a Rhianne y Lyron de pie juntos. Kai se quedó a unos pasos de distancia, su presencia de apoyo dándole confianza. La mirada de Lyron permaneció firme, su expresión indescifrable.

—Don Lyron, me alegro de conocerle —dijo Rhianne, tratando de sonar segura.

Lyron le ofreció una pequeña sonrisa, aunque sus ojos seguían calculadores. —En efecto. El placer es todo mío. Los informes de su llegada a la corte no han hecho justicia a su belleza.

Rhianne podía interpretar eso de tantas maneras, pero decidió no adivinar su intención. Realmente no importaba.

Las parejas comenzaron a llenar la pista de baile, atrayendo todas las miradas hacia sus elegantes movimientos. Rhianne respiró más tranquila ahora que la atención se desviaba de ella.

—Es usted muy amable —respondió, manteniendo un tono neutral. Sin saber cuánto tiempo tenía, decidió ir directa al grano—. Creo que usted conocía a Eldrin Delmar.

Aria había mencionado que Lyron sabía que ella estaba indagando en el pasado. A pesar de su buena cara de póker, sus ojos se tensaron. Tal vez su franqueza lo había tomado por sorpresa.

—Eldrin y yo asistimos juntos a la Escuela de Élite —dijo.

—También se peleó con él. ¿Por qué fue eso?

Un camarero duendecillo flotaba junto a ellos, equilibrando una bandeja de delicados bocadillos. Rhianne cogió uno, saboreando la mezcla de cangrejo, mayonesa y eneldo.

Lyron ni siquiera miró las ofertas; su pérdida. El aperitivo estaba delicioso.

Lyron hizo un gesto vago con la mano. —Escaramuzas escolares; estoy seguro de que sabe cómo son.

Rhianne alzó las cejas. —¿Con espadas?

Lyron ladeó la cabeza y, esta vez, cuando pasó otro duendecillo, tomó un canapé. —Es de esperar su falta de familiaridad con el reino élfico —dijo—. El combate es un pasatiempo común.

Había logrado sonar tanto condescendiente como despreocupado en una sola frase. *Todo un talento.*

—¿Está diciendo que era amigo de Eldrin?

Esta vez, Lyron cogió una copa de cristal de un duendecillo camarero y agitó el líquido dorado. —No, no lo éramos. Eldrin estaba un año por debajo de mí. No interactuamos mucho. Además, era de la Corte de Verano.

¿Qué había dicho su padre? Ah, sí. Verano e Invierno eran enemigos.

Rhianne recordó cómo funcionaban las facciones en su escuela. En la primaria, la especie no parecía importar, pero una vez que esos mismos niños llegaban a la secundaria, las amistades entre especies se fracturaban como piezas de rompecabezas de diferentes sets. Por supuesto, Rhianne, siendo una híbrida, no encajaba con ninguno de ellos, como una pieza de LEGO en una caja de rompecabezas.

Lyron se estaba esforzando mucho por mostrar indiferencia; tal vez era hora de alborotar las plumas del grifo.

Rhianne tomó una bebida de un camarero que pasaba sin tener idea de lo que era. No quería experimentar los efectos del vino de hadas otra vez, así que solo fingió beber. —Eldrin ganó, ¿no es así?

Los dedos de Lyron se tensaron alrededor de su copa, sus nudillos se volvieron blancos. Respiró hondo. —Fue un combate bien igualado. Simplemente dominó al final. Creo que si volviéramos a enfrentarnos en un duelo de espadas, yo sería el vencedor. —Su mano se deslizó hacia su costado, sus dedos se crisparon como si buscaran una espada que no estaba allí. Su tono era frío, pero un enojo latente subrayaba sus palabras. Este era alguien que disfrutaría de una revancha para probar su superioridad.

Rhianne agitó su bebida. —¿Buscó a Eldrin para poder saldar cuentas?

Frunciendo el ceño, Lyron apretó los labios antes de aclarar su expresión. —Eldrin abandonó el reino élfico, haciendo que la posibilidad fuera casi imposible.

—Siempre podría abrir un portal allí, ¿no? —Rhianne le ofreció una sonrisa insulsa.

Los ojos de Lyron revolotearon alrededor. —Viajar al Reino de la Tierra solo está permitido con la aprobación directa de Su Majestad la Reina —dijo, bajando la voz como si incluso mencionarlo pudiera atraer atención no deseada.

Prácticamente estaba admitiendo que había ido al Reino de la Tierra. ¿Podría ser tan fácil?

—¿Qué le pareció el Reino de la Tierra, entonces? —preguntó Rhianne.

—No estoy seguro de poder hablar de eso. —Lyron ajustó su fajín y dio un gran trago a su vino.

Preguntar directamente no estaba funcionando. Rhianne probó una táctica diferente. —¿Por qué fue la pelea con Eldrin?

—¿La razón? —Sus ojos buscaron más allá de ella, posiblemente en busca de un rescate. Cael debía estar asegurándose de que sus padres estuvieran demasiado ocupados para notar la

incomodidad de Lyron. Algún tipo de protocolo élfico debía mantenerlo clavado al lado de Rhianne.

—Eso fue hace muchas estaciones. La memoria es algo tan caprichoso —dijo Lyron.

—Oh, vamos, Lyron —interrumpió una voz—. Podría haber jurado por los árboles antiguos que te jactabas de tener una memoria casi perfecta.

Rhianne se volvió para ver a un elfo alto y llamativo, apareciendo a su izquierda. Una túnica color bronce abrazaba su amplio torso, y una larga capa con patrones dorados de ramas desnudas a lo largo de los bordes, como un bosque al amanecer, ondeaba detrás de él. Su cabello, una cascada de caoba profundo, enmarcaba un rostro marcado por pómulos altos y un par de curiosos ojos ámbar.

Una sonrisa sardónica jugaba en sus labios, y sus movimientos eran fluidos y decididos. Se movía con la facilidad de alguien acostumbrado a salirse con la suya, pero había un brillo juguetón en sus ojos que sugería que disfrutaba tanto de un buen duelo verbal como de cualquier duelo físico.

Se inclinó ante Rhianne y luego llevó su mano a sus labios. —Usted debe ser la Dama Rhianne. La corte está literalmente palpitando con rumores sobre la verdadera naturaleza de su visita. Veo que ha encontrado a nuestro querido Lyron. O más probable, él la ha encontrado a usted —dijo, su voz rica y melodiosa pero con un toque de diversión—. Soy Finwe Sunstrider, de la Corte de Otoño.

—Encantada de conocerle —dijo Rhianne, ofreciendo una sonrisa cortés.

—No pude evitar escuchar su conversación. Parece que Lyron estaba a punto de deleitarnos con historias de sus desventuras. Continúe, Lyron. No deje que lo interrumpa —dijo Finwe, su tono rebosante de diversión.

La expresión de Lyron se agrió. —Finwe, siempre un placer.

Los labios de Rhianne se crisparon. Esto iba a ser interesante.

—Lyron estaba a punto de contarme de qué se trataba la pelea con Eldrin —dijo Rhianne.

Los ojos de Lyron se abrieron de sorpresa. Parecía que había estado esperando que Rhianne hubiera olvidado su pregunta, dada la dramática entrada de Finwe.

Pero parecía que los deseos de Lyron eran de poca importancia. Finwe probablemente estaba disfrutando demasiado de su encuentro como para dejarlo pasar.

—Oh, ese viejo chisme circuló durante bastante tiempo. Fue un poco vergonzoso para el joven Lyron. Ahí estaba el artístico Eldrin, que siempre se había negado a pelear, y todos asumían que era porque tenía una naturaleza delicada. ¿Quizás eso fue lo que le impulsó a

provocarle, Lyron? —preguntó Finwe, con los ojos desenfocados y moviéndose como si siguiera patrones invisibles en el aire.

Rhianne entrecerró los ojos. Finwe estaba actuando de manera poco característica para un elfo. No solo era bastante vocal y abierto, sino que también hacía gestos y expresiones grandilocuentes cuando la mayoría de los elfos intentaban parecer compuestos. Sus movimientos tenían una gracia casi exagerada, como si estuviera actuando para un público invisible. ¿Estaría ebrio por el vino de las hadas?

Finwe definitivamente estaba en racha, ajeno a las miradas asesinas que Lyron le lanzaba. — ¡Oh, la ironía! Lyron le dijo a Eldrin que su padre Joshua no era gran cosa, un híbrido que se había casado por encima de su posición.

Lyron hizo un sonido ahogado, su rostro enrojeciendo.

—Fue de lo más divertido cuando el hijo del híbrido, el artista que se había negado firmemente a participar en combates hasta ese momento, aceptó su desafío y derrotó a Lyron con una habilidad asombrosa. —Finwe pareció mirar más allá de Rhianne por un momento, perdido en alguna visión invisible—. Eldrin era todo un espectáculo. Paraba como si hubiera nacido para ello; ni un movimiento sobrante estropeaba su forma. Fue una decepción tan profunda cuando se negó a repetir tal proeza para asegurar nuestra victoria. Y luego agravó la ofensa al abandonar el reino élfico.

Rhianne había esperado ver un ceño fruncido en el rostro de Finwe, pero en su lugar, sus ojos estaban nebulosos y sus pupilas dilatadas.

Dio un paso más cerca de Rhianne, invadiendo su espacio. —Si todos los seres de la Tierra son tan exquisitos como usted, entonces puedo comprender el atractivo que presentó para Eldrin. Sin embargo, eso no puede abarcar la totalidad de su atractivo. —Soltó una risita suave, un sonido que pareció fuera de lugar—. Por favor, ilústreme, Dama Rhianne, ¿qué es lo que atrae a uno al Reino de la Tierra? Se rumorea que tiene la intención de trasladar su residencia, así que no puede ser tan cautivador como Eldrin afirmaba.

—¿Estaba usted enojado con Eldrin? —le preguntó Rhianne. Si estaba ebrio, tal vez estaría dispuesto a responder sus preguntas. Su magia chispeó en sus manos, sobresaltándola. Nunca antes había hecho eso.

—¿Es esa su magia? —Finwe se tambaleó. De repente, Kai estaba allí y lo sostuvo—. Oh, por las estrellas. ¿Este es su guardia? —Finwe sonrió. Miró a Rhianne de nuevo—. Estaba furioso por la partida de Eldrin. —Finwe arrastraba las palabras, y solo el firme agarre de Kai evitaba que se desplomara. Al segundo siguiente, Carl y Marissa estaban allí.

—¿Ha bebido demasiado? —preguntó Marissa.

La magia de Rhianne continuaba parpadeando fuera de su control, cada chispa más brillante. La luz bailaba alrededor de sus manos, fascinante y alarmante en igual medida, como luciérnagas atrapadas en una tormenta.

Lyron no dejaba de lanzar miradas a las manos de Rhianne.

—Saquémoslo de aquí —dijo ella, con la voz tensa por el esfuerzo de mantener su magia bajo control.

Kai y Carl maniobraron a Finwe a través del salón abarrotado, sus pasos inestables haciendo la tarea más difícil. Lo hicieron parecer como si simplemente estuvieran ayudando a un amigo ebrio, nada más. Carl y Kai soportaban la mayor parte del peso de Finwe, su firme agarre asegurando que el elfo no se desplomara.

Rhianne y Marissa los flanqueaban mientras se abrían paso hacia la periferia del salón, dejando atrás a un Lyron con los ojos como platos.

La bulliciosa multitud apenas notó su progreso; las festividades de la noche estaban en pleno apogeo. La risa, la música y el tintineo de las copas llenaban el aire, creando un vibrante tapiz de sonidos que ahogaba cualquier preocupación individual.

Rhianne mantuvo su concentración aguda, su magia aún parpadeando al borde de su control. Miró sus manos, donde una luz verde se arremolinaba entre sus dedos.

Cuando se acercaban a la puerta, una figura emergió de las sombras. Aria se deslizó hacia ellos, con el ceño frunciendo su delicado rostro.

—Por aquí. —Aria señaló un estrecho pasillo que se alejaba del salón principal.

La siguieron, mientras Finwe murmuraba incoherentemente. El pasillo era más silencioso; el ruido del salón amortiguado por los gruesos muros de piedra como un recuerdo lejano. Aria los condujo hasta una robusta puerta de madera, que empujó para revelar una pequeña sala.

La sala era un marcado contraste con el animado salón exterior. Una suave iluminación de lámparas encantadas bañaba el espacio en un cálido resplandor. Sillas mullidas, un diván y una mesa baja eran los únicos muebles. Aria los dirigió al diván, donde Kai y Carl bajaron cuidadosamente a Finwe.

CAPÍTULO 28

El estado de Finwe se deterioró rápidamente; su energía frenética anterior fue reemplazada por signos de angustia. Sus piernas temblaban incontrolablemente, sus movimientos ahora eran lentos y débiles. La palidez se extendió por su rostro, y su cálida complexión dorada se había vuelto de un blanco enfermizo, casi translúcido bajo la luz de la linterna. Un tono azulado coloreaba sus labios.

La visión hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Rhianne. Extendió la mano para tocar la de él y retrocedió al sentir su piel húmeda, empapada de sudor frío.

—¿Finwe? —llamó Rhianne suavemente.

No hubo respuesta. Sus ojos ámbar, que antes habían brillado con picardía, ahora miraban fijamente al vacío, sus pupilas dilatándose más a medida que disminuía su lucidez.

La puerta se abrió de golpe, e Isobel y Nel entraron corriendo en la sala. Los ojos de Isobel se agrandaron al ver a Finwe. Sin dudarlo, entró en modo médico completo.

—Despejen algo de espacio —ordenó.

Nel se apresuró a obedecer, moviendo los muebles a un lado para dar a Isobel más espacio para trabajar. Se arrodilló junto a Finwe, sus dedos comprobando su pulso y examinando sus labios y uñas azulados.

—Acuéstenlo y eleven sus piernas —instruyó. Kai y Carl siguieron sus órdenes, levantando las piernas de Finwe sobre el diván.

—Isobel, ¿qué está pasando? —preguntó Rhianne.

—Se está volviendo menos receptivo. —Isobel miró a Rhianne—. Está entrando en shock. Tenemos que actuar rápido.

La respiración de Finwe se volvió superficial, y sus ojos se cerraron. Isobel volvió a comprobar su pulso, su frente arrugándose con preocupación. —Vamos a calentarlo. Nel, busca una manta para cubrirlo.

Nel bajó algunos de los tapices de la pared y los extendió sobre Finwe.

Isobel presionó las uñas de Finwe. El color volvió lentamente. —Esto no es solo shock por el alcohol. Parece una sobredosis.

—¿Una sobredosis? —repitió Rhianne—. ¿De qué?

Isobel negó con la cabeza. —Podría ser cualquier cosa mezclada en el vino de hadas o algo que tomó antes. Necesitamos llevarlo con un médico elfo.

Las alas de Aria revolotearon. —Procuraré la presencia del Maestro Andreas. —Salió volando por la puerta tan rápido como un colibrí entre las flores.

La respiración de Finwe se volvió entrecortada. Isobel se acercó más, su voz un susurro tranquilizador pero urgente. —Quédate con nosotros. Vamos a conseguirte ayuda.

La magia de Rhianne surgió dentro de ella, tirando tan fuerte que casi perdió el equilibrio. Nunca había tratado a alguien por una sobredosis de drogas y no tenía idea de qué hacer. El pánico comenzó a invadir, pero su magia no lo permitió.

—Por favor, todos, háganse a un lado —dijo, su voz sorprendentemente firme a pesar del circo de emociones en su interior. Isobel y los demás retrocedieron.

Las manos de Rhianne brillaron con intensas llamas esmeralda, como antorchas gemelas en la oscuridad. La energía se sentía viva, pulsando con un ritmo urgente que coincidía con su corazón acelerado. Apartó sus dudas, ignorando por completo su miedo.

Arrodillándose junto a Finwe, colocó sus manos sobre su pecho. La luz verde lo envolvió, filtrándose en su cuerpo, buscando las toxinas que amenazaban su vida.

Una sensación de hormigueo resonó profundamente en su núcleo, pero la intensidad de la magia comenzó a drenar su energía, tirando de sus reservas como un vórtice, girando cada vez más rápido, amenazando con dejarla seca.

Cerró los ojos y se concentró, tratando de controlar el flujo, visualizando las toxinas siendo extraídas y reemplazadas por energía curativa. Cada segundo se sentía como una batalla para mantener el equilibrio entre su energía y el poder de la magia, su fuerza disminuyendo mientras la magia hacía su trabajo.

La puerta se abrió de golpe, y el Maestro Andreas entró a zancadas, con Aria flotando detrás de él. Sus ojos agudos evaluaron rápidamente la condición de Finwe.

Rhianne convocó de vuelta su magia. Para su sorpresa, esta obedeció fácilmente, como si estuviera satisfecha con sus esfuerzos. Retiró sus manos del pecho de Finwe y se hizo a un lado.

El Maestro Andreas se acercó, sus propias manos brillando con una suave luz dorada. Las colocó sobre Finwe, murmurando una invocación en voz baja. La luz dorada reemplazó a la verde, creando un cálido y reconfortante resplandor que cubrió a Finwe por completo.

El Maestro Andreas se volvió hacia Rhianne y le ofreció una pequeña sonrisa. —Tu magia ha actuado admirablemente. Una hazaña notable. Ahora necesita restauración y descanso.

—¿Sabe qué causó la sobredosis? —preguntó Rhianne, aunque creía conocer la respuesta. Esperaba que el médico evitara la pregunta.

Los labios del Maestro Andreas se fruncieron mientras se frotaba la barbilla. —Creo que sí. Los síntomas y las secuelas son demasiado similares a los que sufrió tu padre.

—Halo Azul —dijo Kai, llegando a la misma conclusión que Rhianne.

—Los elfos no son muy originales con sus métodos, ¿verdad? —preguntó Isobel.

Nel arqueó una ceja. —Me estremezco al pensar en los métodos que emplearías tú, querida doctora.

Isobel lo miró con una mirada altiva, aunque las comisuras de su boca temblaron. —No lo verías venir.

Los ojos de Nel se agrandaron antes de que sonriera.

El Maestro Andreas ignoró el intercambio. —Estará bien —les aseguró—. Sin embargo, debe ser sumido en un sueño profundo para permitir que su cuerpo se cure completamente.

Con un movimiento de su mano, un portal apareció en la sala, arremolinándose con luz dorada. Con la ayuda de Carl, levantó a Finwe, quien ahora parecía apacible, su respiración estable.

—Han hecho más que suficiente. Lo llevaré a un lugar donde pueda recuperarse adecuadamente —dijo el Maestro Andreas.

Extendiendo la mano, el Maestro Andreas colocó una mano sobre Rhianne y una sensación de bienestar inundó sus sentidos. Rhianne le dio un asentimiento agradecido.

Con eso, atravesó el portal, con Finwe acunado en sus brazos. El portal se cerró detrás de ellos, dejando la sala en un silencio pacífico, la luz dorada desvaneciéndose.

Rhianne exhaló un largo suspiro, su pulso aún demasiado rápido y el cansancio tirando de sus párpados. —Bueno, eso coloca a Finwe justo al final de la lista de sospechosos.

—A menos que sea un adicto. Algunos de ellos harían cualquier cosa por una dosis —dijo Kai.

—Cierto. —Rhianne se frotó la nuca—. Por cierto, ¿dónde está Toto? —les preguntó a Marissa y Carl.

Ahora que la reina sabía quién era Toto, ya no había necesidad de que él la evitara. Aunque, probablemente estallarían fuegos artificiales si esos dos interactuaban; Rhianne dudaba que estuvieran siquiera cerca de ser civilizados el uno con el otro.

—Dijo que quería investigar más sobre la Caja de Onlura, así que lo dejamos en la biblioteca. Por alguna razón, el Bibliotecario Jefe parecía temerle —dijo Marissa, dirigiendo a Rhianne una

mirada significativa.

—Dama Rhianne, debe volver al baile —interrumpió Aria, sus ojos desviándose hacia la puerta y sus alas aleteando rápidamente—. La reina hará su aparición, y todos deben estar presentes para eso.

Kai intervino:

—Será mejor que vayamos. Rodarán cabezas si no estamos allí.

—Que lo intenten —dijo Carl, girando el cuello con un crujido.

—No seas tonto —dijo Isobel—. Los elfos son muy creativos cuando se trata de sus castigos. Los ojos de Nel brillaron.

—Oh, estoy completamente intrigado.

—Seguramente habrá un debido proceso y asesoría legal —dijo Marissa.

Incluso Carl la miró con algo parecido a la lástima.

—Mejor no lo averiguamos, ¿de acuerdo? Estoy muy apegada a mi cabeza —dijo Rhianne, y recogiendo sus faldas, se dirigió de vuelta al interior.

Tan pronto como entraron, Rhianne y Kai se dirigieron a un área lateral para esperar. Por acuerdo tácito, los demás se dispersaron en diferentes direcciones.

Apareció un camarero duendecillo, sus alas reflejando la luz de la araña mientras ofrecía a Rhianne un plato de mini dulces coronados con brillantes bayas moradas. Los dulces estaban dispuestos en una delicada espiral sobre una servilleta, cada uno una pequeña obra de arte con intrincados pétalos de azúcar.

Rhianne tomó uno, pero Kai declinó con un educado movimiento de cabeza. Cuando Rhianne estaba a punto de dar un mordisco, sintió un tirón en sus faldas. Se dio la vuelta, notando el sospechoso movimiento del mantel que caía hasta el suelo.

Fingiendo admirar el elaborado arreglo floral sobre la mesa —una explosión de vibrantes rosas, lirios e hiedra entrelazados con hileras de luces decorativas centelleantes—, Rhianne se inclinó. Una pequeña ser apareció bajo el mantel: pequeña y delicada, con ojos grandes y luminosos. Una cascada de diminutos rizos enmarcaba el rostro, y unas orejas puntiagudas se asomaban entre los rizos. La pequeña boca estaba fija en una línea firme mientras sacudía la cabeza vigorosamente.

Rhianne ladeó la cabeza.

—¿Lila? —susurró. Por qué Rhianne pensó que era Lila, a quien nunca había visto realmente, no podría decirlo. Lila señaló el plato y volvió a sacudir la cabeza. Rhianne entrecerró los ojos y asintió.

La duendecilla desapareció tan rápidamente que Rhianne dudó que alguien más la hubiera visto. Sin darse la vuelta, Rhianne envió el más pequeño hilo de magia al dulce, y su magia le devolvió un leve ardor. Retiró la magia y se volvió, inclinándose hacia el oído de Kai.

—Alguien envenenó el dulce —dijo. Miró hacia atrás, pero su camarero había desaparecido.

Kai frunció el ceño y, sin dudar, tomó el dulce con una servilleta.

—Ahora lo ves —dijo con un gesto—. Y ahora no lo ves.

Había desaparecido.

—Buen truco —dijo Rhianne.

—Puedo mostrarte más —dijo Kai con una sonrisa.

—Te tomaré la palabra. —Los ojos de Rhianne escudriñaron la multitud.

La atmósfera en el gran salón cambió cuando las puertas del extremo se abrieron con un crujido resonante.

Un silencio cayó sobre la sala, y los suaves murmullos de conversación cesaron, como hojas silenciadas por una tormenta que se acerca.

Desde la entrada, una fila de trompetistas en librea real marchó, sus instrumentos pulidos brillando. Se posicionaron a lo largo del pasillo, levantando sus trompetas al unísono.

Con un floreo, los trompetistas sonaron una majestuosa fanfarria, las notas resonando por el salón y reverberando en los altos techos abovedados.

Mientras las notas finales flotaban en el aire, la reina entró. Se movía con gracia sin esfuerzo, su vestido una cascada brillante de oro. Una delicada corona de hiedra entrelazada y resplandecientes joyas descansaba sobre su cabeza, captando la luz con cada paso.

Todos se inclinaron cuando ella caminó por el pasillo, sus cabezas bajadas en respeto como flores inclinándose hacia la tierra. La expresión serena de la reina permaneció inmutable, sus ojos abarcando a todos y todo.

Rhianne se preguntó si tomaba nota de la profundidad real de las reverencias.

Probablemente.

Como si adivinara sus pensamientos, los ojos de la reina se encontraron con los de Rhianne, y le ofreció un asentimiento mientras avanzaba, sus pasos silenciosos sobre la opulenta alfombra que conducía al trono.

Si ese asentimiento pretendía tranquilizar a Rhianne, falló estrepitosamente. El cuello de Rhianne hormigueaba, y se limpió las manos en el vestido. Había aceptado este plan, creyendo que funcionaría, pero ahora tenía serias dudas mientras la tensión aumentaba.

Las acciones de la reina mostraban un control magistral, jugando con el silencio con la destreza de un experto, como un director orquestando la anticipación de una audiencia.

Si los nervios de Rhianne se tensaban más, podrían romperse. Se obligó a respirar profundamente, maldiciendo silenciosamente a su imaginación por visualizarse como un diapasón humano en medio del gran salón.

Al llegar al estrado, la reina subió los escalones y se volvió para enfrentar a todos.

—Tengo un asunto de gran importancia que anunciar. Esta noche, tenemos el honor de dar la bienvenida a una invitada muy distinguida entre nosotros.

Rhianne sintió que su corazón se aceleraba mientras la mirada de la reina se posaba en ella.

—Es con inmenso placer que presento a mi sobrina nieta, Dama Rhianne Alkenn, nieta de mi difunta media hermana Dama Madina, hija de Don Caelan Alkenn, y Archiduquesa tanto de la Corte de Otoño como de la Corte de Verano.

Un jadeo colectivo resonó por el salón, seguido de murmullos de asombro. Los rostros se volvieron hacia Rhianne; sus expresiones una mezcla de sorpresa y curiosidad. Susurros de “sobrina nieta”, “Don Caelan Alkenn” y “archiduquesa” ondularon por la multitud como una repentina brisa agitando hojas otoñales.

—¿Dos cortes, eh? —susurró Kai—. Sabía que estabas fuera de mi liga.

Rhianne le habría dado un manotazo, pero sentía el peso de innumerables ojos sobre ella.

Los elfos comenzaron a acercarse a Rhianne, y pronto se formó una cola. Ella gimió internamente.

—Felicidades, Archiduquesa Rhianne —dijo un elfo de cabello plateado y sonrisa amable, inclinándose profundamente—. Es un honor tenerla entre nosotros.

—Qué amable de su parte —respondió Rhianne.

Lyron y sus padres fueron los siguientes. —Bienvenida, Dama Rhianne —dijo la madre de Lyron, sus ojos adoptando una mirada calculadora mientras lanzaba una ojeada a Lyron. ¡Ay, no! Rhianne había visto esa mirada antes en su propia madre.

Las madres casamenteras y políticamente ambiciosas eran lo peor. Prefería enfrentarse a un dragón con dolor de muelas que sortear las intrigas de una ansiosa y aspirante a suegra.

Los rostros pasaban en un borrón, pero entonces Seraphina se plantó frente a Rhianne. Una máscara de cortesía apenas ocultaba el desdén de Seraphina; sus ojos mantenían un filo gélido.

—Dama Rhianne —dijo Seraphina con una leve inclinación de cabeza, notablemente superficial y probablemente intencionada como un insulto.

Lástima que a Rhianne no le importara.

—Parece que ostenta un título de lo más distinguido. No obstante, sigo sin estar convencida de su idoneidad como miembro de la élite élfica. Carece de las cualidades esenciales de una verdadera guerrera —dijo Seraphina.

Rhianne sostuvo la mirada de Seraphina con firmeza. —¿Cree que debería sufrir el mismo destino que Eldrin, entonces?

La compostura de Seraphina flaqueó, sus ojos se empañaron. Frunció el ceño y apretó los labios con fuerza. Girando bruscamente sobre sus talones, se marchó airada, su partida marcada por el susurro de su vestido de seda.

Rhianne la observó partir, incapaz de ignorar el breve atisbo de vulnerabilidad en los ojos de Seraphina.

CAPÍTULO 29

El protocolo exigía que ningún invitado pudiera marcharse hasta que lo hiciera la reina. Obligada a soportar interminables conversaciones triviales llenas de vagos elogios que eludían la renuencia de los elfos a mentir, Rhianne estaba a punto de arrancarse el cabello. Y su sarcasmo se *desperdiciaba* con ellos.

Cuando un elfo dijo: —Su vestido es excepcionalmente distintivo —ella sonrió dulcemente y respondió: —Sí, es único en su clase, como la hospitalidad élfica. —El elfo asintió con una sonrisa.

Otro elfo comentó: —Posee un estilo de baile muy intrigante —a lo que Rhianne respondió alegremente: —Está inspirado en los gráciles movimientos de las hadas después de beber demasiado néctar.

Cuando un elfo mencionó: —Su magia curativa es sin duda notable —Rhianne suspiró y respondió: —Es lo último entre los sanadores más vanguardistas. Mantiene las cosas emocionantes.

Para Rhianne, pareció una eternidad, pero en realidad probablemente fueron un par de horas antes de que la reina se levantara de su trono. Con un movimiento grácil pero deliberado, descendió los escalones, su vestido dorado fluyendo elegantemente detrás de ella. Los guardias reales rápidamente la rodearon en una formación protectora, sus armaduras pulidas brillando bajo las luces de las arañas. Mientras avanzaba por el gran salón, un silencio cayó sobre los invitados reunidos, y uno por uno, se inclinaban a su paso.

La reina se detuvo junto a Rhianne, tomando suavemente su mano. —Es un placer tener a la familia cerca en la corte —dijo, y su voz se hizo oír.

No, no lo es.

Rhianne le ofreció una sonrisa tensa. —Ciertamente puedo decir que ha sido una experiencia cautivadora.

Kai hizo un ruido sospechoso a su izquierda.

—Pero, por supuesto, todo tiene su curso —dijo Rhianne.

La reina inclinó la cabeza, y un destello de reconocimiento cruzó su rostro, pero simplemente asintió como si Rhianne hubiera dicho algo agradable. La reina era inteligente, sin embargo; Rhianne le había dado un aviso y ella lo sabía.

Los adornos de la realeza no eran para ella. Una jaula dorada seguía siendo una jaula. Rhianne tenía una gran vida. Amaba su trabajo en el vivero trabajando con plantas curativas, y su trabajo secundario como detective.

Sus amigos también eran su familia. Lo habían dejado todo para venir al reino de los elfos por *ella*. Tal vez la relación con su padre podría construirse, pero tendría que ser a larga distancia porque el reino de los elfos no era donde quería estar.

Su hogar eran los altos eucaliptos que rodeaban su apartamento y el vivero, el canto de los cucaburras en la madrugada y el llamado de los koalas durante la temporada de apareamiento. Era las amistosas bromas de Carl y Alice cuando todos trabajaban juntos en el vivero, los almuerzos rápidos y furiosos con Marissa cuando podía escaparse de la corte, el entrenamiento en el gimnasio con Nel, y compartir un codiciado croissant de almendras con Isobel. Bueno, lo último era exagerar, pero Isobel le había dado un mordisco.

Lo que tenían en común era una conversación fácil, desde el precio escandaloso del Latte de Chai hasta el estado del mundo e incluso el último escándalo en la revista *Bruja Pronto*.

Miró a Kai, cuyos ojos azules brillaban con una mezcla de curiosidad y diversión. En sus ojos, se vio reflejada y atesorada. La calidez de la sonrisa de Kai, su presencia tranquila y sin pretensiones, su amabilidad: él solo valía más que cualquier reino.

—¿Un céntimo por tus pensamientos? —dijo Kai.

Ella sonrió. —Salgamos de aquí.

Él le ofreció su brazo y salieron, con sus amigos pisándoles los talones.

Se reunieron nuevamente en la habitación de Rhianne, pero todos se veían agotados.

Nel se desplomó en una silla cerca de Isobel, su cabello usualmente impecable ahora despeinado y desordenado. Se reclinó, apoyando la cabeza contra la pared, y miró a Isobel, ofreciéndole una sonrisa cansada pero cálida. Isobel tenía una postura inusualmente relajada. Sus mechones casuales estaban más encrespados de lo habitual mientras se frotaba las sienes distraídamente. Su mirada, aunque aún aguda, se suavizó al devolver la sonrisa de Nel, y luego, como si se estuviera dando cuenta, frunció el ceño.

Marissa se recostó en el sofá con un brazo sobre los ojos.

—Los elfos son agotadores —dijo Marissa—. Podrían darles una lección a algunos de mis amigos abogados. Y créanme, esos tipos son como duendes impulsados por cafeína en una mina

de oro. —Marissa sonaba impresionada.

Carl se había sentado pesadamente en el sofá. Su postura habitualmente erguida y alerta ahora estaba encorvada, con la cabeza apoyada en el respaldo. Miraba fijamente al techo. —Ni siquiera entendí la mitad de las cosas que dijeron.

Marissa le dio una palmadita en la rodilla.

Kai se sentó junto a Rhianne en el otro sofá. Le ofreció una sonrisa tranquilizadora. Su mano apretó la de ella antes de mirar a los demás. —Bueno, ciertamente fue una noche llena de acontecimientos —dijo—. Aunque, con solo un intento contra la vida de Rhianne, supongo que estamos justo en el promedio.

—¿Qué? —Nel se inclinó hacia adelante, con los ojos encendidos.

Kai sacó el dulce de antes. Parecía tan inocente y bonito.

Isobel se acercó y tomó el plato de Kai. —Crees que está envenenado.

—Lila me advirtió que no lo comiera. —Rhianne se encogió de hombros.

Carl se levantó, se acercó y miró con el ceño fruncido el dulce como si lo hubiera insultado personalmente. —¿Dijo ella quién lo hizo?

Rhianne negó con la cabeza.

—Me lo llevaré para analizarlo. Ese sanador de antes debe tener algo de equipo. —Isobel bostezó.

—Esta noche no —dijo Rhianne en un tono firme—. Todos estamos cansados. Reunámonos de nuevo por la mañana.

Hubo algunas quejas, pero todos estuvieron de acuerdo. Kai, sin embargo, se quedó. Explicó que no estaba dispuesto a arriesgarse a estar más lejos de lo que la barrera mágica podía protegerla. Carl y Nel habían asegurado las habitaciones a ambos lados, asegurándose de que Rhianne estuviera bien protegida. El asesino no tendría oportunidad de atacarla esta noche.

Kai estaba profundamente dormido, su respiración estable y tranquila. Rhianne lo observaba, su mirada suavizándose mientras trazaba la curva de su mandíbula en la tenue luz. Suspiró, un tierno dolor asentándose en su pecho. A pesar de la calidez de su presencia, los rostros de sus cinco sospechosos pasaban por su mente, una bobina incesante que la mantenía despierta. Reron, el Maestro del Salón de Entrenamiento, ciertamente era capaz de violencia, y parecía que había tomado la actitud de Eldrin hacia la lucha como una afrenta personal. Pero su padre tenía razón; el estilo del asesinato era deshonesto y no encajaba con sus creencias. Por supuesto, su ira podría haber secuestrado sus valores.

Luego estaba Orin; el motivo no estaba claro, excepto por el que tenía en común con Lyron: deshacerse de la competencia en algún tipo de juego de estrategia a largo plazo. ¡Elfos!

Seraphina era una posibilidad definitiva. Rhianne se dijo a sí misma que su aversión por la guardia intolerante no tenía nada que ver con sus sospechas. Un dicho le vino a la mente: No se elige a la familia, solo a los amigos. Seraphina era rencorosa y emotiva. Lo único que la hacía menos probable como sospechosa era que se había preocupado por Eldrin. Sin embargo, el amor podía convertirse fácilmente en odio, especialmente si él le había roto el corazón.

Finwe había sido su sospechoso favorito hasta ahora. El asesino había intentado eliminarlo también, aunque Rhianne no podía entender por qué. ¿Sabía algo que incriminaba al asesino? Por supuesto, era posible que hubiera orquestado su propia sobredosis o que hubiera sido accidental.

El sueño tardó mucho en llegar.

* * *

A la mañana siguiente, Rhianne se despertó enredada en las sábanas, con la mitad de las mantas en el suelo. Las voces se filtraban por el hueco de su puerta. Se frotó los ojos y se incorporó, mientras la bruma persistente de los sueños se desvanecía. El aroma del té de lavanda y los pasteles calientes la atraía, incitándola a actuar. Una túnica élfica, unas mallas y unas botas largas de cuero colgaban de un perchero de madera retorcida. Se echó un poco de agua en la cara de una palangana y se vistió rápidamente.

En la sala de estar, un hermoso despliegue de alimentos para el desayuno descansaba sobre la mesa de café, un festín tanto para los ojos como para el estómago. Croissants dorados, ensaladas de frutas, huevos revueltos esponjosos y pilas de panqueques bañados en jarabe creaban una exhibición colorida y atractiva.

Carl estaba en medio de una historia, sus gestos animados hacían reír a Marissa. Kai bebía algo, sus ojos brillando de diversión. Toto, encaramado en un sillón, masticaba algunas bayas, con la cola meneándose.

Rhianne permaneció en la puerta un momento, asimilándolo todo. Con una sonrisa tirando de sus labios, entró en la sala de estar y, sin pensar, fue a acariciar la cabeza de Toto. Su mano se congeló, suspendida justo encima de Toto.

—Sigo siendo el mismo ser —dijo Toto con un tono de reproche.

—¿Lo eres? —susurró Rhianne más para sí misma que para él. Una extraña amargura le agrió la boca, pero sacudió la cabeza y lo acarició de todos modos. Saludó con la mano a Marissa

y Carl antes de sentarse junto a Kai y darle un beso en los labios. Sabía a bayas y lavanda.

Marissa le lanzó una mirada penetrante, que Rhianne ignoró; debía haber escuchado el intercambio con Toto.

Rhianne no estaba segura de cómo se sentía al descubrir la identidad de Toto. Puede que hubiera sido con buena intención, pero Toto la había engañado. ¿Cómo podía tratarlo de la misma manera? Claro, siempre había sabido que era un fae, pero no un *elfo*. Con un empujón mental deliberado, archivó el enigma y todos los sentimientos encontrados que lo acompañaban en una pequeña caja de recuerdos titulada “Mañana”.

—¿Dónde están Isobel y Nel? —preguntó Rhianne.

—Isobel quería analizar el contenido del dulce para identificar el veneno —dijo Marissa—. Y donde va Isobel... —Guiñó un ojo.

Kai llenó un plato con panqueques, añadió un poco de mantequilla y un chorrito de jarabe, y se lo entregó a Rhianne.

—La esperanza es que si identifica el veneno, nos pueda dar una pista sobre el perpetrador.

Carl se burló mientras agitaba un croissant que parecía diminuto en su mano.

—¿Cuánto apuestas a que es Halo Azul?

—Vamos donde nos lleven las pruebas —dijo Marissa—. Esperemos y veamos.

Rhianne miró a Toto. Tenía la cola recogida y los ojos cerrados. Los recuerdos inundaron su mente de su fiel compañero mientras crecía. Como cuando se había tropezado en el concreto y su rodilla sangraba; él le había traído una bandita de quién sabe dónde. O cuando se acurrucaba a su lado durante las tormentas eléctricas, su pequeño cuerpo temblando más que el de ella. Incluso recordó la vez que había conjurado mágicamente su tarea perdida a tiempo para la escuela.

—¿Qué descubriste, Toto? —preguntó Rhianne.

Toto abrió un ojo y ladeó la cabeza, su cola dando un solo meneo.

—Estudié la leyenda de la Caja de Onlura. Dudo que nuestro asesino hubiera podido fugarse con ella. La caja selecciona a sus guardianes con gran cuidado, y más a menudo que no, no son los monarcas. Sin embargo, significa que su portador goza del favor del Mundo de los Fae. Los archivos son algo vagos en cuanto a los detalles específicos de este favor. —Toto se sentó, y su voz se volvió más animada mientras continuaba—. Es posible que el asesino se diera cuenta de la importancia de la Caja de Onlura mucho más tarde y posteriormente persiguiera a Eldrin, sabiendo que estaba en su posesión.

Carl se sacudió trocitos de hojaldre de los pantalones.

—¿Eso no significaría que el asesino lo visitó en la Tierra anteriormente?

—O sabían que estaba en su posesión antes de que dejara el reino élfico —dijo Marissa.

—Y no entendieron su importancia hasta más tarde —terminó Rhianne.

Marissa sacó unas gafas y se las puso en la nariz. Rhianne no sabía si era una afectación o si realmente las necesitaba. Los sobrenaturales tenían una vista perfecta, pero Marissa era una híbrida como Rhianne.

—Carl y yo tuvimos bastante tarea investigando el linaje de nuestros sospechosos —dijo Marissa.

Carl sonrió.

—¡Fue divertido!

Marissa hojeó sus notas.

—Y polvoriento. En cualquier caso, la bibliotecaria duendecillo quedó bastante encantada con Carl; incluso le permitió tomar una bebida mientras leíamos. ¡Escandaloso! —Marissa sacudió la cabeza, pero la mirada tierna de afecto que le lanzó a Carl desmentía su tono burlón. El rostro de Carl se sonrojó.

—Empecemos con las cortes a las que pertenecen. Inicialmente, pensé que todos solo podían reclamar una corte, pero hay excepciones. —Marissa miró a Toto.

Toto hinchó el pecho.

—En efecto. La mayoría solo puede afiliarse a una casa, pero algunas familias nobles pueden reclamar dos.

—¿Es por eso que la reina me presentó como perteneciente tanto a la Corte de Verano como a la Corte de Otoño? —preguntó Rhianne.

Toto asintió, y una pequeña sonrisa perruna iluminó su rostro como si estuviera feliz de que Rhianne le prestara atención.

Oh, Toto.

—Eso es correcto. Eres de la Corte de Otoño por tu abuelo y de la Corte de Verano por tu abuela —dijo Toto.

—Pero aparte de ti, Finwe es el único que tiene afiliaciones duales —dijo Carl.

—¿Corte de Otoño y qué más? —preguntó Kai, inclinándose hacia adelante.

Ahora que Rhianne lo pensaba, la forma en que Finwe se había vestido, todo en dorados y hojas, había sido una clara señal.

—Corte de Invierno. —Marissa se empujó las gafas más arriba en la nariz.

Sí, definitivamente lo estaba haciendo para dar efecto.

—Es un descendiente directo del Alto Rey Arman —agregó Marissa.

—Eso lo convierte en mi enemigo natural, ¿no? —preguntó Rhianne.

Toto dejó escapar un pequeño ladrido. —El pensamiento de los elfos es bastante complejo. La enemistad entre Invierno y Verano es de larga data, sin embargo, la existencia de la Corte de Otoño compartida implica y hace necesarios vínculos y obligaciones mutuos. En consecuencia, Finwe sería más un aliado reacio que un adversario —dijo Toto.

Eso tenía tanto sentido como cualquier otra cosa que Rhianne había escuchado de los elfos, pero confiaba en la evaluación de Toto.

Kai se pasó una mano por el pelo. —También está el hecho de que alguien intentó matarlo de la misma manera que intentaron matar a Cael.

—¿Estamos diciendo que va al final de la lista? —preguntó Carl.

Rhianne suspiró. El final de la lista se estaba volviendo muy concurrido. —Por ahora.

Marissa tomó un sorbo de lo que olía sospechosamente a café, y Rhianne arqueó una ceja. —¿Trajiste tu propio suministro? —preguntó Rhianne.

Marissa sonrió. —Nunca se puede estar demasiado preparada. En fin, luego tenemos a Lyron. Es de la Corte de Invierno y, por lo que leí, también es una especie de Duque, así que está bastante alto en esa jerarquía de la nobleza, pero su linaje no incluye reyes o reinas excepto por alguna relación matrimonial lejana. No estoy segura si eso cuenta. —Miró por encima de sus gafas a Toto.

—Crea vínculos de obligación y asistencia, pero nada más —confirmó él.

—Los elfos realmente se enredan en nudos, ¿verdad? —dijo Kai.

Carl y Rhianne se rieron, incluso la boca de Marissa se torció, pero Toto simplemente ladeó la cabeza, con la lengua colgando.

—Continuando —dijo Marissa—. Orin también es de la Corte de Invierno. Sin embargo, es un Vizconde y, aunque sigue siendo de alta nobleza, está muy lejos del rango de Lyron.

—Podría estar sufriendo del síndrome del título pequeño —dijo Carl con expresión seria.

—¿Perdón? —dijo Toto y olfateó el aire.

Kai apiló algo de fruta en su plato, con todos los colores del arcoíris representados. —Lo que Carl está diciendo es que entonces podría sentir que el reino le debe una porción más grande del pastel.

Antes de que Toto pudiera preguntar de qué pastel estaban hablando, Rhianne intervino. —Podría albergar ambiciones de ser más.

—Todos los elfos aspiran a mayores alturas. —Toto estiró su cuerpo—. Convertirse en un guerrero y erudito más consumado son metas dignas de cualquier elfo honorable.

—Eso nos deja con tu prima favorita, Seraphina —dijo Marissa.

Rhianne gimió. —¡Ella tiene un serio resentimiento y me odia!

Kai palmeó la mano de Rhianne y ella le sonrió.

—El problema es que creo que todavía tiene sentimientos por Eldrin, así que no creo que lo matara. También parece apreciar a mi padre. —Una pequeña sensación irritante golpeó el estómago de Rhianne—. Si los intentos hubieran sido solo contra mí, diría que ella estaba detrás de ellos.

—Los guardias del palacio son seleccionados por su inquebrantable honor. No puedo concebir que ella sea capaz de intenciones asesinas y traicioneras. Una puñalada por la espalda sería abominable para tal guerrera —dijo Toto.

Carl se tocó el pecho dramáticamente. —Ah, pero cuando se trata de asuntos del corazón, todas las apuestas están canceladas. Una mujer desechada y todo eso.

Marissa le dio un golpecito en el brazo. —Y no lo olvides —dijo, con los ojos brillantes. Carl respondió con una exagerada expresión de terror.

Era reconfortante verlos interactuar tan naturalmente entre ellos. Su primera cita había sido un desastre casi total, y combinado con las rígidas reglas de cortejo de los gárgolas, Rhianne había temido que su relación estuviera condenada antes de siquiera comenzar.

Kai se metió una mora en la boca y la saboreó. —Y también está el hecho de que si Seraphina es una descendiente directa, entonces no tiene razón para ir tras Rhianne.

—¡Ja! —Marissa se subió las gafas a la cabeza—. Ahí es donde se pone interesante. Ella es la prima segunda de Rhianne por parte del abuelo y por lo tanto no está en el lado que gana la corona. Don Caelan no tiene hermanos.

—La suya es una familia de alta nobleza, no obstante —dijo Toto.

—¿De qué lado estás? —preguntó Rhianne, con las manos en las caderas.

Toto inclinó la cabeza y sus ojos brillaban. —Del tuyo. Mientras respire.

Rhianne no pudo evitarlo; se acercó a Toto y lo abrazó. Él se quedó quieto por unos momentos, luego olfateó el aire. Rhianne se inclinó y susurró: —Gracias. —Toto le lamió la nariz.

Rhianne se rió, dándole una última caricia afectuosa antes de volver a su asiento. —Por último, pero no menos importante, está Reron. ¿Qué sabemos sobre el Maestro del Salón?

Carl se aclaró la garganta. —Es de la Corte de Primavera y no de la ‘línea que gana la corona’ —dijo, haciendo comillas con los dedos—. Como mencionó el estimado consejero aquí presente, pero... —Se inclinó hacia adelante, bajando la voz a un susurro conspirativo—. Esto

no estaba en ninguno de los archivos, pero como dijo Marissa, el hada le tomó cariño por alguna razón.

Marissa puso los ojos en blanco, y Rhianne reprimió una risa. Carl, con su combinación de grandes músculos y ojos amables, era bastante atractivo para la población femenina, aunque parecía completamente inconsciente de ello.

—Se rumorea que puede haber sangre de trol en su linaje.

Kai asintió, como si algo acabara de encajar en su lugar. —Tal vez por eso está tan empeñado en presentarse como el guerrero perfecto.

—Y también podría darle una razón para perseguir el trono, no para él, sino para sus descendientes —añadió Marissa.

Colocando su plato vacío de panqueques de vuelta en la mesa, Rhianne levantó la mirada. Algo le cosquilleaba en el fondo de su mente, pero no podía identificar exactamente qué era.

Un sonido chirriante hizo que Rhianne mirara hacia la puerta. Isobel entró a zancadas, con la cabeza en alto y los ojos brillantes. Nel la seguía un paso atrás, cerrando la puerta silenciosamente.

—No es Halo Azul —declaró Isobel mientras agarraba un plato y comenzaba a apilarlo con panqueques y bayas. Nel añadió un croissant al lado, haciendo que Rhianne se preocupara de que pudiera caerse.

—No nos tengas en suspenso, chica —dijo Marissa—. ¿Qué encontraste?

Isobel se había metido un trozo considerable de panqueque en la boca, así que Nel respondió. —Un suero de la verdad.

Rhianne frunció el ceño. —¿Un suero de la verdad?

Tragando, el rostro de Isobel se relajó, el azúcar debía haber dado justo en el clavo. —Y antes de que preguntes, es inofensivo, aparte de un terrible dolor de cabeza después de que los efectos se pasen.

—¿Por qué demonios alguien querría darle a Rhianne un suero de la verdad? —preguntó Marissa.

Kai se reclinó. —Creo que la pregunta más importante es *quién* lo haría.

CAPÍTULO 30

—El asesino podría haber confundido el suero de la verdad con el Halo Azul —dijo Carl, rascándose la cabeza.

Nel alzó una ceja.

Carl levantó la barbilla. —Podría haberlo hecho. Una vez usé fertilizante en lugar de acondicionador de suelo y terminé con un huerto que parecía una jungla.

—No es una mala teoría —dijo Isobel, y Carl lanzó una mirada triunfante a Nel—. Excepto que aparentemente el suero de la verdad es bastante raro y difícil de obtener.

El rostro de Carl se desanimó.

—Tiene sentido, dado que los elfos generalmente dicen la verdad. Por retorcida que sea su versión de la verdad —dijo Kai.

Toto se paró en su silla, giró rápidamente en círculo y luego se sentó sobre sus patas traseras. —El precio de tal suero sería bastante significativo —dijo—, y su adquisición también requeriría a alguien con cierto nivel de autoridad; la poción está prohibida para todos excepto los más confiables de la reina.

—Seraphina —Rhianne frunció los labios—. Debería haberlo sabido.

Marissa chasqueó la lengua. —¿No estás sacando conclusiones precipitadas?

Rhianne se cruzó de brazos. —Tal vez. Solo hay una forma de averiguarlo.

Un suave golpe en la puerta los interrumpió, seguido de una vocecita que llamaba desde el otro lado. —Dama Rhianne. ¿Puedo pasar? Soy Aria, y traigo algunos refrigerios conmigo. Pensé que después de...

Nel abrió la puerta y Aria entró volando, llevando una gran bandeja cargada con una variedad de golosinas. Su brillante sonrisa se desvaneció al notar la comida que ya estaba en la mesa. —Oh, hongos mágicos. Debería haber deducido que Lila se habría encargado de sus necesidades.

Isobel rápidamente tomó la bandeja de las manos de Aria, sus ojos iluminándose. —¡Perfecto! —exclamó—. Me vendría bien un poco más de esas adorables tartas de queso con bayas. —Colocó la bandeja y tomó una de las tartas redondas, dándole un mordisco con un suspiro satisfecho.

Aria, ahora libre de su carga, revoloteó hasta la mesa y alisó su vestido. —He traído una selección de refrigerios. Hay bollos con mermelada de mora y crema, una selección de té de hierbas y, efectivamente, las tartas de queso con bayas.

—Eso es muy amable de tu parte —Rhianne se levantó, impulsada por la urgencia—. Tengo una pista sobre un sospechoso. ¿Sabes dónde puedo encontrar a Seraphina?

Aria jadeó. —¿Crees que ella es la asesina? Jamás habría llegado a tal suposición. Es bastante joven e impulsiva, eso es cierto. Sin embargo, es demasiado honorable para cometer tal acto. —Se volvió hacia Toto—. ¿No estarías de acuerdo, querido señor?

Toto saltó de su silla, con la cola en alto. —Tal vez, pero la honorabilidad no es una cualidad indeleble. Incluso los mejores pierden el rumbo.

—Solo quiero hacerle unas preguntas, Aria. No estoy sacando conclusiones precipitadas —dijo Rhianne.

Marissa resopló mientras también se levantaba. Kai y Carl se pusieron de pie también, todos los ojos ahora puestos en Aria.

Aria dudó por unos momentos antes de ofrecer a Rhianne un asentimiento. —En este momento, debería estar en los establos. Si deseas seguirme, también enviaré un mensaje a tu padre.

Con un grácil movimiento de su mano, Aria conjuró una pequeña esfera brillante. Susurró en ella, y la esfera brilló, luego salió disparada de la sala, dejando un rastro de luz brillante a su paso.

Como ya era demasiado tarde para protestar, Rhianne se mordió el labio. No estaba segura de querer que su padre estuviera presente en esta entrevista. Y no tenía nada que ver con el hecho de que su padre pudiera creer y elegir a Seraphina sobre ella. Nada en absoluto.

Rhianne suspiró, observando las expresiones determinadas y las posturas listas de sus amigos; parecía que toda la pandilla también venía. Mejor seguir la corriente. No importaba lo que dijera, la seguirían de todos modos.

—Está bien, entonces —dijo Rhianne, su voz resignada pero resuelta—. Vamos.

Aria lideró el camino. Mientras descendían por la gran escalera, el aroma del bosque se coló: una mezcla de pino y tierra húmeda. Pasaron por el patio y las puertas principales que conducían al bosque abierto y las calles que se extendían más allá. Caminos empedrados serpenteaban entre los imponentes árboles.

Aria se deslizaba con un propósito, de vez en cuando comprobando que Rhianne estuviera a su lado. —Todos hablan del anuncio y tu presentación en la corte, Dama Rhianne. Las costureras

han sido inundadas con peticiones para copiar tu vestido. Por supuesto, nadie podría llevarlo con la misma gracia que tú, incluso si logran emularlo, lo cual, me atrevo a decir, no podrían.

Rhianne caminaba junto a Marissa, mientras Kai y Carl las flanqueaban, sus ojos escaneando los alrededores. Toto trotaba adelante, con la cola en alto y las orejas erguidas.

—Abundan las especulaciones y rumores de que la reina tiene la intención de hacerte una de sus damas de compañía o quizás incluso una consejera de tu padre —añadió Aria.

Rhianne alzó las cejas. ¿Un rumor, o la reina estaba preparando el terreno para algo? De cualquier manera, no importaba. La reina podía urdir todos los planes que quisiera; Rhianne pronto volvería a casa.

El camino se curvaba, llevándolos hacia los establos adyacentes al palacio. A medida que se acercaban, los sonidos del bosque se mezclaban con los ruidos de los establos: el suave relincho de los caballos, el crujido del heno y el ocasional chirrido de las vigas de madera.

Las puertas de madera de los establos estaban abiertas a un espacio que bullía de actividad. Elfos, gnomos y duendecillos entraban y salían, algunos a pie, otros montando o revoloteando con alas delicadas. Las monturas variaban tanto como sus jinetes: majestuosos caballos de pelaje lustroso, grandes lagartos con escamas iridiscentes e incluso algunos grifos con plumas orgullosas y brillantes.

—Esto va a ser como buscar a un elfo en un pajar —dijo Kai, con los labios temblando.

—Más bien como ponerle la cola al elfo —A pesar de la respuesta despreocupada de Rhianne, su estómago se revolvía de ira.

¿Cómo se atrevía Seraphina a alterar su comida? Intentó decirse a sí misma que no podía estar segura de que hubiera sido Seraphina, pero todos sus instintos gritaban lo contrario. Lila no había vuelto a aparecer, o le habría preguntado.

Como si adivinara sus pensamientos, Marissa se inclinó. —Dale el beneficio de la duda, y una vez que la duda se despeje, ve a por la yugular —aconsejó con total seriedad.

Rhianne asintió, sus ojos escaneando los establos. Más adelante, fuera de uno de los compartimentos, Seraphina estaba hablando con un duendecillo. Vestida con su uniforme de guardia completo, el largo y lacio cabello negro de Seraphina estaba tejido en una pulcra trenza francesa. Las líneas nítidas de su uniforme resaltaban su figura alta y atlética. La insignia de plata pulida en su pecho brillaba bajo las luces del establo y sus botas, hasta la rodilla y fuertemente atadas, parecían listas para la acción. El cinturón alrededor de su cintura sostenía varios bolsillos y una daga enfundada. Parecía en todos los aspectos la formidable guardia que era.

Rhianne respiró hondo, preparándose mentalmente. —Chicos, voy a acercarme a ella sola.

—Ni hablar —dijo Carl, haciendo crujir sus nudillos.

—Secundo eso —añadió Nel con una fría sonrisa.

Marissa e Isobel les lanzaron miradas fulminantes, Marissa cruzándose de brazos mientras Isobel ponía las manos en sus caderas.

—Está protegida —dijo Kai con tono despreocupado—. Nada penetrará mi barrera mágica.

Rhianne extendió la mano y apretó la de él.

—Y yo estaré a su lado —declaró Toto—. Nada ocurrirá con sus dos protectores más feroces cerca.

—Ya los habéis oído —dijo Rhianne—. Quedaos aquí. —Avanzó con confianza. Si Nel y Carl intentaban seguirla, confiaba en que Isobel y Marissa se asegurarían de que no pudieran.

Seraphina levantó la cabeza y fijó su mirada en Rhianne, su postura repentinamente rígida e inflexible. Murmuró algo al duendecillo, que se escabulló rápidamente.

—Dama Rhianne, ¿se está preparando para un paseo tranquilo? No estoy segura de si tendrán sillas de montar laterales disponibles. Quizás una carroza se ajuste más a sus habilidades. —Su tono goteaba desdén.

Rhianne ya había tenido suficiente. —¿Por qué el suero de la verdad?

La boca de Seraphina se abrió, pero la cerró de golpe con un chasquido audible. —¿A qué te refieres? —Su voz había perdido confianza, y sus ojos se desviaron hacia las puertas.

—Hipócrita, ¿no crees? —dijo Rhianne, y la mirada de Seraphina volvió bruscamente hacia ella—. Querías la verdad de mí por alguna razón incomprensible, pero no estás preparada para decírmela a la cara.

Un destello de cálculo brilló en los ojos de Seraphina.

No, ya no puedes jugar con las palabras. —En realidad, más bien cobarde —dijo Rhianne, provocándola deliberadamente.

La mano de Seraphina se movió hacia su daga.

El corazón de Rhianne se aceleró, pero mantuvo la calma, sus ojos siguiendo el movimiento para mostrar que era plenamente consciente de la amenaza. —¿En serio? ¿Eso es todo lo que tienes? —Confiando en la magia de Kai, dio un paso adelante. Si Seraphina la atacaba, sería la prueba que necesitaban.

—Vienes al reino élfico, una simple híbrida, y te pegas a mi tío. Conozco a las de tu tipo —siseó Seraphina.

—¿Mi tipo? —preguntó Rhianne, inclinando la cabeza.

—Interpretas a la perfección el papel de damisela en apuros, y los hombres caen víctimas de tal actuación. No permitiré que mi tío sea encantado de esa manera. El suero de la verdad habría revelado tus intenciones hacia él, y entonces habría transferido su atención a quienes lo apoyan y elevan en su posición —siseó Seraphina.

Rhianne se quedó boquiabierta. De todas las cosas que Seraphina podría haber dicho, esta no era la que habría apostado.

—Es mi *padre* —dijo Rhianne. Esta conversación estaba mal en tantos niveles. Las piezas habían comenzado a ordenarse en una imagen, pero no la que había visualizado minutos antes.

—¡Y ha sido prácticamente uno para mí! —escupió Seraphina—. Hasta que llegaste tú y ahora toda su atención está en ti y tu seguridad, débil como eres.

—Estás celosa —dijo Rhianne, y la última pieza encajó en su lugar. Rhianne no pudo evitarlo; empezó a reír. La ironía de quién estaba celosa de quién no se le escapó.

Los ojos de Seraphina se estrecharon. —Ríe todo lo que quieras, pero no has sido tú quien ha intentado mantenerlo a salvo de los atentados contra su vida. Fui yo quien lo rescató cuando casi se cae de su caballo, herido por un veneno destinado a él. Merece alguien en quien pueda confiar. —Su voz temblaba de rabia contenida, y su rostro se enrojeció. Sacó su daga hasta la mitad de la vaina cuando el padre de Rhianne apareció, su mano sujetando la muñeca de Seraphina con un agarre que dejaría moretones.

—¿Qué significa esto? —exigió.

—Tío. —Los ojos de Seraphina se agrandaron—. Puedo explicarlo. Ella no es digna de tu atención y distracción de tus deberes.

Cael retorció la muñeca de Seraphina, y ella dejó escapar un grito de dolor, soltando la daga.

—La Dama Rhianne —enunció con un tono gélido—, es mi hija. No me interesan tus explicaciones. Si hubieras dañado un solo cabello de su cabeza, te habría retado a un duelo.

El jadeo y los ojos abiertos de Seraphina sugerían que las palabras de Cael la habían herido más profundamente que el agarre en su muñeca.

Rhianne tocó el brazo de su padre, aunque bien podría haber sido de piedra por lo poco que sirvió para calmarlo. Su mandíbula estaba fuertemente apretada, y una vena palpitaba en su sien.

—Papá, Seraphina no está detrás de los intentos de asesinato.

Por el rabillo del ojo, Rhianne vio a los demás agrupándose a su alrededor, tratando de darles algo de privacidad de miradas indiscretas mientras un repentino silencio descendía sobre los establos.

—¿Qué infamia has inventado ahora? Por supuesto que no intentaría asesinar a mi tío. —El tono de Seraphina era una mezcla de desconcierto y enojo.

—No a él —dijo Rhianne, señalando a su padre—. Aunque eso sí ocurrió. Alguien también intentó matarme a mí.

—Dos veces —añadió Carl, servicial.

Seraphina parpadeó rápidamente, frunciendo el ceño mientras inclinaba la cabeza. —¿Por qué lo harían?

Rhianne volvió a reír, ganándose un ceño fruncido de su padre. —Dime, Seraphina. ¿Fuiste a visitar a Eldrin en la Tierra?

Seraphina bajó la mirada y apretó los labios.

—Contéstale —ordenó Cael, y Toto ladró su acuerdo, mordisqueando sus talones.

—Lo hice —dijo Seraphina con una voz apenas audible—. Anhelaba tanto a Eldrin que decidí hacer un último intento para persuadirlo de que regresara. Juré que si me rechazaba, seguiría adelante y lo borraría de mi memoria.

—Y dijo que no —adivinó Rhianne.

—Me dijo que también pensaba a menudo en mí y deseaba que las cosas fueran diferentes. Sabía que yo nunca me exiliaría del reino élfico, y esa había sido la razón por la que no me había pedido que lo acompañara. —Los ojos de Seraphina se endurecieron—. Su asesinato debe haber ocurrido no mucho después.

—¿Viste la Caja de Onlura cuando estuviste allí? —preguntó Rhianne.

Seraphina frunció el ceño. —¿Qué es esa caja?

Toto se sacudió. —¿No has oído hablar de la famosa historia de la Caja de Onlura? —Su incredulidad era obvia.

—Nos enseñaron las lecciones estratégicas de las batallas históricas. Nunca me interesaron mucho otras lecciones de historia. Además, las leyendas oscuras habrían sido para estudios avanzados. Solo los que se inclinaban por ello las emprendían. —Seraphina se echó la trenza hacia atrás.

Toto farfulló y resopló.

Rhianne se permitió la mezquina satisfacción de que la Señorita Perfecta no fuera buena en todo. Y entonces sus pensamientos fueron golpeados como por un rayo que iluminó su cerebro.

—¡Eso tiene sentido! —dijo Rhianne.

—¿Qué? —Seraphina miró a Rhianne como si le hubieran salido dos cabezas.

CAPÍTULO 31

El cerebro de Rhianne estaba uniendo rápidamente las piezas finales del rompecabezas, y no le prestó atención a Seraphina.

Aria irrumpió en su tête-à-tête, con su pequeño rostro arrugado. Miró a Seraphina con furia, mostrando sus afilados dientes. —Un comportamiento vergonzoso para cualquier elfo; intolerable y completamente despreciable para un miembro de la Guardia del Palacio. Personalmente revelaré esta ignominia a Su Majestad la Reina. Y efectuar tales acciones contra la Dama Rhianne, una estimada Sanadora de carácter intachable.

Aria golpeó a Seraphina en la nariz. Para sorpresa de Rhianne, Seraphina bajó la mirada y sus mejillas se sonrojaron.

Rhianne parpadeó, sus pensamientos finalmente claros. —Aria, ¿sabes si Orin está en su estudio?

Antes de que Aria pudiera responder, alguien tiró de la túnica de Rhianne por detrás. Se giró para encontrarse mirando los expresivos ojos de un duendecillo con cabello dorado y verde. —¿Tink? —preguntó.

Tink sonrió y asintió. Hizo un gesto y voló, deteniéndose para mirar a Rhianne por encima del hombro.

—¿Sabes dónde está Orin? —preguntó Rhianne, siguiéndolo rápidamente. En dos pasos, Kai estaba a su izquierda y Nel a su derecha. No necesitaba girarse para saber que los demás los seguían de cerca.

Al salir de los establos, el sol proyectaba largas sombras sobre los adoquines como siluetas estiradas de recuerdos olvidados. Tink los guió a través de un estrecho pasaje que serpenteaba por la parte trasera del palacio. El aire estaba impregnado con la dulce fragancia del jazmín en flor.

Cael, caminando unos pasos atrás, intervino: —Nos dirigimos hacia los jardines del palacio.

Rhianne lo miró, notando el ceño fruncido en su frente. —¿Los jardines?

—Orin podría retirarse allí en busca de soledad —respondió Cael a su pregunta no formulada—. Es un lugar de paz, lejos del constante ajetreo del palacio.

Como para confirmar esto, solo se encontraron con un par de elfos después de pasar por el estrecho pasaje. Continuaron por el camino, que se abría a una exuberante extensión de racimos de flores. El suave sonido de una fuente en la distancia se sumaba al ambiente sereno.

Tink voló adelante, guiándolos. Al acercarse a un recodo aislado enmarcado por rosas trepadoras, Tink se detuvo abruptamente y lo señaló. El corazón de Rhianne se aceleró. Efectivamente, una silueta se alzaba dentro de la estructura de espaldas a ellos, con las manos entrelazadas tras la espalda.

Pruebas, necesito pruebas.

Rhianne le sonrió a Tink. —Te agradezco tu ayuda.

Tink sonrió ampliamente y se alejó volando, un borrón de oro y verde.

Ahora venía la parte difícil. Rhianne se volvió hacia sus compañeros y arqueó las cejas al ver a Seraphina entre el grupo.

—Necesito hablar con él a solas —dijo Rhianne en voz baja.

Esperaba que Carl o su padre discutieran, pero fue Seraphina quien habló. —Si este es quien ha estado intentando matar a Don Caelan, aconsejo precaución y solicito estar presente.

¿Era eso por preocupación por su seguridad? Poco probable. Seraphina no habría hecho la conexión de que este probablemente también era el asesino de Eldrin. Rhianne no iba a aclararle nada; algo le decía que terminaría en violencia y podría no obtener las respuestas que necesitaba.

—Estaré bien —dijo Rhianne en su lugar—. Tengo algunas protecciones mágicas.

Su padre parecía a punto de discutir, pero Rhianne se cruzó de brazos. Debió haber visto la determinación en sus ojos y le dio un brusco asentimiento.

Rhianne miró a los demás; mientras Carl y Nel fruncían el ceño, ninguno dijo nada.

Rhianne se volvió y caminó los treinta pies hasta donde estaba Orin. —Don Orin —llamó.

Él se giró, sus ojos escaneándola a ella y al grupo que se quedaba atrás. —¿Dama Rhianne?

—Pensé en aceptar tu oferta de conocernos mejor —dijo ella. No era su mejor frase, y vio el momento en que Orin se dio cuenta de que era una trampa. Su mandíbula se tensó, pero su sonrisa no vaciló.

—Ah, ya veo. ¿Caminamos? Los jardines son realmente encantadores. —Orin hizo un gesto hacia adelante.

Salieron del recodo, y Rhianne no necesitaba mirar para saber que los demás los seguirían. Comenzó a preparar un discurso para persuadir a Orin de revelar algo cuando él volvió a hablar.

—¿Qué me delató? —preguntó.

Sorprendida por la repentina admisión, Rhianne hizo una pausa antes de reanudar su lento paso. —Un par de cosas. —No vio el daño en decírselo—. Hablaste de haber estado en la Tierra una vez, pero reconociste el teléfono de Kai por lo que era. —Una vez *con* su padre era lo que había dicho. Astuto.

—Mmm. ¿No podría haber obtenido esa información de mi viaje o mis estudios? —dijo Orin con una pequeña sonrisa. Su andar era relajado, sus manos aún entrelazadas tras la espalda.

Rhianne negó con la cabeza. —Los móviles no eran comunes hace treinta años. Y dijiste que fue una visita breve. En cuanto a tus estudios, incluso la bibliotecaria estaba fascinada por todas las cosas del Reino de la Tierra. Hay información limitada disponible.

O la reina no quería que los elfos se volvieran demasiado curiosos sobre el Reino de la Tierra o el viaje restringido significaba que muy poca información llegaba a los archivos. Posiblemente ambas cosas. Sin embargo, no importaba.

Orin se rió entre dientes. —Tu memoria es deliciosamente precisa, Dama Rhianne. Desde el momento en que te conocí, supe que eras extraordinaria.

—¿Fue eso antes o después de que me disparaste una flecha? —preguntó Rhianne.

—Después. Si te hubiera conocido antes... Puede que no quieras creer esto, pero decidí cesar todos los intentos contra tu vida después de nuestra primera conversación. —Se detuvo y se enfrentó a Rhianne—. No es tu belleza, aunque ciertamente eres atractiva. Sin embargo, reconocí nuestro agudo intelecto similar, y estaba en lo correcto en esta evaluación. ¿Qué más me delató? —preguntó, con una pequeña sonrisa en los labios.

Se veía tan inofensivo de pie allí con la cabeza inclinada y los ojos brillantes como un niño curioso. Pero ella sabía que no era así.

Rhianne se recordó a sí misma que él no podía hacerle daño con la barrera mágica que Kai tenía en su lugar e intentó relajarse, pero sus entrañas permanecieron en apretados nudos.

Se encogió de hombros. Esto último era pura suposición. —Eres historiador; deberías haber sabido sobre la Caja de Onlura.

—No al principio —dijo Orin—. Más es la lástima. Visité a Eldrin después de la victoria de nuestro equipo en la escuela. Quería expresar mi aprecio por nuestra victoria, y la vi. Solo más tarde entendí su significado.

Rhianne inclinó la cabeza.

—Era muy consciente de que permitió que nuestro equipo ganara. Esa victoria fue muy afortunada porque permitió que mi familia me viera con otros ojos. Ellos son los que me confiaron esta misión; eventualmente, cuando se elimine la competencia, nuestra familia podrá

ascender —dijo Orin como si tuviera perfecto sentido. Quizás para él y su ambiciosa familia, así era.

—¿Te refieres a los descendientes de los monarcas de Invierno y Verano que han dominado el trono? —preguntó Rhianne.

La sonrisa de Orin se ensanchó. —Oh, mi querida Dama Rhianne, qué tesoro. ¡Qué desperdicio! Sí, en efecto. Lamentablemente, la caja estaba vacía cuando la revisé después de matar a Eldrin. Aunque no importa, los poderes del Corazón son, después de todo, desconocidos. Quizás lo dejó atrás. —Se encogió de hombros—. El objetivo era Eldrin. Era uno de los cabos sueltos que necesitaban ser atados.

—Vidas, Orin, no cabos sueltos. Ahora tendrás que enfrentar la justicia de Su Majestad —dijo Rhianne. Se estaba cansando de la conversación y su casual falta de preocupación. Había oído suficiente.

Orin se rió, enviando escalofríos por la espalda de Rhianne. —Desafortunadamente, eso causaría caos en los planes de mi familia y provocaría un deshonor incalculable —dijo Orin, frunciendo el ceño—. Estoy verdaderamente arrepentido, pero no tengo otra alternativa. —Hinchó el pecho y levantó la barbilla—. Dama Rhianne, por el código de honor, por la presente te reto a un duelo.

Rhianne escuchó gritos de alarma de sus amigos, pero ya era tarde.

Una cúpula brillante de magia creció alrededor de Orin y ella, la luz pulsando como un latido. Los envolvió en un resplandor sobrenatural, proyectando intrincados patrones en el suelo bajo sus pies. Los sonidos del mundo exterior se silenciaron abruptamente, creando un silencio inquietante.

Dentro de la cúpula, Rhianne podía escuchar cada respiración rápida, cada una haciendo eco en el espacio confinado. Dio un paso cauteloso hacia atrás, la superficie de la cúpula brillando y ondulando como la superficie de un estanque perturbado por una piedra.

—Haré esto justo al no usar magia en nuestro duelo —dijo como si estuviera haciendo una gran concesión.

Los ojos de Rhianne se entrecerraron mientras evaluaba a Orin, que estaba de pie con una postura confiada, sus manos listas pero desprovistas de energía mágica.

Respiró profundamente, se centró y entró en acción. Sus movimientos eran fluidos, casi como una danza, mientras se lanzaba a una serie de ataques.

Los ojos de Orin se ensancharon al ver que ella tomaba la iniciativa, pero rápidamente se adaptó, bloqueando sus patadas iniciales y esquivando sus movimientos giratorios con agilidad.

—Fue mi tío abuelo Don Erdellan quien mató a tu abuela Madina en un duelo —dijo Orin.

Debe haber sido por eso que Joshua nos contó esa historia, una forma de que su cerebro comunicara quién había estado en la casa.

—¿Y quieres repetir la historia? —preguntó Rhianne. Orin desvió su patada barrida dirigida a sus piernas y retrocedió, esquivando por poco la rápida serie de golpes que ella desató.

—Una técnica inesperada, Dama Rhianne —dijo Orin, con una sonrisa burlona tirando de sus labios mientras bloqueaba su siguiente movimiento—. Sin embargo, he estado entrenando desde aquel día con Eldrin.

—¿Se supone que eso debe impresionarme? —replicó Rhianne, fingiendo hacia la izquierda y golpeando desde la derecha con una patada rápida que tomó a Orin por sorpresa.

Se tambaleó pero logró recuperar el equilibrio justo a tiempo para bloquear su siguiente movimiento.

El sudor perlaba la frente de Orin mientras el implacable asalto de Rhianne continuaba. Ella usó una combinación de una patada de rueda y una poderosa patada giratoria, obligando a Orin a mantenerse a la defensiva. Cada movimiento fluía sin problemas hacia el siguiente.

—Eres una excelente luchadora —dijo Orin, esquivando por poco una patada giratoria.

—¡Sorpresa! —respondió Rhianne—. Tal vez deberías haber espiado un poco antes de intentar matarme. —Golpeó su pecho.

Poco a poco, Rhianne ganó ventaja. Sus patadas se volvieron más precisas, sus esquivas más rápidas. Las defensas de Orin comenzaron a flaquear bajo la presión implacable. Ella asestó un golpe sólido en su abdomen, haciendo que jadeara en busca de aire. Tropezó hacia atrás, perdiendo la compostura.

Orin dio un paso adelante y, en un instante, sacó una daga, presionándola contra el cuello de Rhianne. El frío acero se sentía como hielo contra su piel, y su corazón se disparó. ¿Estaba la cúpula interfiriendo con la magia de Kai? Agarró la muñeca de Orin, tratando de moverlo, pero era inamovible, su fuerza sorprendente.

—Realmente lamento esto, Dama Rhianne —dijo Orin—. Prometí no usar magia; sin embargo, no dije nada sobre armas.

Rhianne era una sanadora; su magia no estaba destinada a luchar. Sin embargo, mientras la daga de Orin presionaba contra su cuello, su magia surgió dentro de ella, respondiendo a su necesidad. Se sentía como una fuerza viva, pulsando y vibrando con energía. Visualizó a Eldrin siendo apuñalado por la espalda, la flecha atravesando el pulmón de su padre y la mirada desenfocada de Finwe mientras luchaba contra el Halo Azul.

Rhianne se abrió a su magia.

Su magia se precipitó, un torrente de zarcillos etéreos brillantes que resplandecían con una suave luz. Los zarcillos se entretrajeron en el aire como serpientes, rodeando a Orin y envolviéndose alrededor de sus brazos y piernas, inmovilizándolo.

—¿Qué...?

—Yo nunca prometí no usar magia —dijo Rhianne.

Orin se desplomó en un montón, arrastrando a Rhianne consigo. Sus ojos se vidriaron, perdiendo el enfoque, y su cuerpo se quedó anormalmente quieto, como una marioneta con los hilos cortados.

Rhianne respiró profundamente varias veces, tratando de calmarse. *Eso estuvo cerca.*

Sintió, más que vio, la cúpula desaparecer, y el sonido de pasos corriendo le dijo que tenía compañía. No pudo obligarse a levantarse.

Levantó la mirada para ver a Seraphina, cuyos ojos se encontraron con los suyos con una mirada firme pero suavizada. Las comisuras de la boca de Seraphina temblaron con incertidumbre mientras ofrecía su mano, y Rhianne la agarró más por sorpresa que por deseo de aceptar su ayuda.

—Nunca he presenciado una lucha tan impresionante. Debes enseñarme —dijo Seraphina mientras ayudaba a Rhianne a ponerse de pie.

Antes de que Rhianne pudiera siquiera formular una respuesta, fue envuelta en un fuerte abrazo, el reconfortante aroma a cardamomo llenando su nariz: Kai.

—¿Estás herida? —preguntó.

Rhianne se tocó el cuello, esperando sentir un corte, pero no había nada. ¿Se había imaginado que la hoja le causaba daño? —Estoy bien —respondió. Aunque, para ser justos, el suelo estaba un poco inestable.

—¿Está muerto? —preguntó su padre, su voz apenas conteniendo su furia. Sonaba como si no quisiera que Orin lo estuviera, solo para poder matarlo él mismo.

Isobel estaba arrodillada junto a Orin tomándole el pulso. —No, está vivo, pero en un sueño profundo —Isobel miró a Rhianne, con la cabeza inclinada en una clara pregunta.

La energía de Rhianne se desvaneció, su cuerpo pesado por el agotamiento. —Tal vez esté en coma —Sonaba plausible; su magia no causaría daño.

Isobel se levantó y se sacudió las rodillas. —Buen trabajo —dijo.

Rhianne estaba a punto de responder cuando alguien la atrajo en un fuerte abrazo. Su mejilla se presionó contra el amplio pecho de Carl. —No puedo respirar —murmuró Rhianne.

Carl la soltó inmediatamente. —Me asustaste.

—Sí, bueno, no soy fácil de matar —dijo Rhianne, tratando de aligerar el ambiente.

—No por falta de intentos de otros —dijo Marissa, apartando la daga de Orin de su mano con poca delicadeza.

Entonces Aria apareció frente a Rhianne. —Dama Rhianne, me ha dado un susto tremendo. Nunca en mi vida... —Las lágrimas brillaban en sus ojos.

Rhianne sonrió. —Estoy bien, de verdad.

Su padre fue el siguiente y le dio un beso en la frente. Esa era una demostración de afecto audaz para un elfo. —Hija, me haces sentir tan orgulloso.

—Y deberías haber estado orgulloso mucho antes. Nuestra chica es asombrosa —añadió Toto, colocando sus patas sobre las rodillas de ella.

Rhianne se inclinó y lo abrazó.

Nel apareció frente a ella, sus manos agarrando sus hombros, su expresión tan seria como nunca la había visto. —Princesa —dijo, con voz baja e intensa—, siempre he sabido que la vida es frágil, pero hoy... hoy me di cuenta de cuán cerca podemos estar de perder a los que amamos.

Rhianne encontró su mirada, tratando de disipar la tensión con una sonrisa irónica. —En una buena lucha, la sincronización lo es todo. Tú me enseñaste eso. Aprovechar el momento, ¿no?

Una lenta sonrisa tiró de las comisuras de la boca de Nel mientras retrocedía. —En efecto. Siempre lo hago cuando importa.

—Quiero que el Maestro Andreas te examine —interrumpió su padre, tirando de su mano.

—Estoy bien —insistió Rhianne, sabiendo que probablemente tendría que repetirlo unas cuantas veces más antes de que alguien le creyera. Asintió hacia Orin—. ¿Qué hay de él?

Los labios de su padre se curvaron con desdén. —Haré que alguien lo recoja.

Mientras comenzaban a alejarse, Rhianne notó que no todos seguían su pequeña procesión.

Se detuvo y se dio la vuelta, notando que Nel había llevado a Isobel unos pasos lejos de los demás, justo bajo un arco de rosas. Arrodillado, sacó una pequeña caja de su bolsillo y se la presentó. Las manos de Isobel volaron a su boca.

Luces brillantes comenzaron a bailar alrededor de Nel e Isobel, como luciérnagas dibujando patrones en el aire. Aria flotó más cerca, sus alas aleteando con rápidos y emocionados golpes.

Las luces se volvieron más brillantes y vibrantes, proyectando un caleidoscopio de colores por todo el jardín. Se arremolinaron y entrelazaron, creando un capullo que envolvió a la pareja. La intensidad de las luces los ocultó de la vista, convirtiendo el arco de rosas en un espectáculo resplandeciente.

Cuando las luces finalmente se atenuaron y desaparecieron, Nel e Isobel se habían esfumado. Aria levantó su diminuto puño en el aire. —¡Ella dijo que sí!

Epílogo

Como era de esperar, la reina pidió ver a Rhianne antes de que se fuera. Toto y su padre querían acompañarla, pero Rhianne decidió que era hora de tener una conversación de mujer a mujer con la reina, o más bien, establecer límites firmes mientras intentaba mantener la cabeza en su sitio.

En general, no fue tan mal. Rhianne dejó claro que el secuestro era intolerable, y la reina le arrancó la promesa de que la visitaría. ¡*Ja!* Rhianne no había dicho *cuándo* lo haría.

Rhianne también le pidió a la reina que perdonara a Seraphina. Al fin y al cabo, Seraphina había salvado al padre de Rhianne. Había descubierto los intentos contra su vida y se había dedicado a seguirlo. Cuando lo vio afectado por la droga en la taberna, fue ella quien lo llevó de vuelta al palacio y a las habitaciones del sanador.

Orin no despertó antes de que se fueran. Rhianne se ofreció a revertir lo que fuera que le hubiera hecho, pero la reina se negó, diciendo que Orin ya no era asunto de Rhianne. Sus ojos brillaron con un toque de acero que le provocó un escalofrío a Rhianne.

Toto se reveló a Kai pero no a los demás, y Kai recibió la noticia como siempre lo hacía, con un asentimiento y un encogimiento de hombros casual. —Tiene sentido —fue su único comentario, y Rhianne pudo ver el destello de satisfacción en sus ojos.

Los planes de boda de Nel e Isobel se habían detenido en seco. Nel quería una ceremonia fastuosa con miles de asistentes. Al parecer, el Primer Ministro había insinuado que disfrutaría siendo el padrino. Isobel, por otro lado, quería una ceremonia sencilla en el Registro Civil con dos testigos.

Como ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder, Rhianne organizó una intervención. Armada con dos croissants de almendra de Rueben y una tarta de queso con frutos rojos cortesía de Aria, logró convencer a Isobel para que aceptara una pequeña boda en la playa. Nel fue fácil de persuadir una vez que Rhianne señaló que más le valía darse prisa con la ceremonia, no fuera que Isobel cambiara de opinión.

La boda tuvo lugar en la rotonda de la playa de Balmoral.

Aria se había superado a sí misma, cubriendo las columnas de la rotonda con una cascada de rosas rojas y blancas. La reunión íntima incluyó a los colegas de Isobel de la morgue —Nina, la recepcionista, estaba allí, llorando a lágrima viva— así como al personal del Club del Abogado del Diablo de Nel.

Isobel llevaba un vestido de seda blanco con una corona de flores y un ramo de las mismas rosas rojas y blancas que adornaban la rotonda.

Toto era el portador de los anillos, y se veía adorable con una pajarita azul que hacía juego con el traje de Nel. Cuando Isobel llegó, Nel parpadeó varias veces y se limpió una lágrima de la mejilla.

Nel obtuvo una victoria cuando Isobel aceptó que él eligiera el destino de la luna de miel, que mantuvo como sorpresa.

La pandilla rápidamente comenzó a hacer apuestas sobre el lugar. Marissa estaba convencida de que serían las Islas Cook, mientras que Carl insistía en que sería Las Vegas. Toto estaba seguro de que sería Venecia, pero Rhianne podía imaginar fácilmente una experiencia de glamping de lujo en algún exuberante oasis en Marruecos. Kai fue el único que se abstuvo de apostar, señalando sabiamente que con Nel, todo era posible.

Marissa se aseguró el ramo embistiendo con la cadera a cualquiera que se atreviera a competir. La sonrisa de Carl era aún más amplia que la de Marissa mientras ella sostenía triunfante su premio.

Unos días después, Rhianne regresó a su apartamento cuando vio algo en la repisa de la chimenea y se quedó helada.

Sobre su chimenea estaba la Caja de Onlura.

Con dedos temblorosos, la abrió para revelar el artefacto en forma de huevo más hermoso que jamás hubiera visto, adornado con esmeraldas que parecían hojas: El Corazón.

Cerró la caja con un profundo suspiro.

¡Maldito Mundo de los Fae!

Nota para los lectores

Estimado lector fantástico:

Espero que hayas disfrutado de este libro. Si te ha resultado entretenido, por favor considera compartir tus pensamientos en una reseña.

Tu opinión ayuda a otros lectores a encontrar su próxima aventura literaria.

Así que toma tu pluma metafórica (o teclado) y libera a tu crítico interno, comediante o orador motivacional en tu reseña. ¡Tus palabras podrían alegrarme el día!

Con gratitud y un chócala virtual,

P L

Agradecimientos

Escribir este libro ha sido una labor de amor, hecha posible gracias al apoyo inquebrantable de muchos. Mi marido, que cree en mí incondicionalmente (y leyó la historia de principio a fin), mi madre, que me inculcó el amor por la palabra escrita, y todos mis amigos que me ofrecieron ánimo y me alentaron; un gran saludo al «Trío».

Me gustaría extender un agradecimiento especial a Percy, que no lee ficción pero aun así leyó mi manuscrito, e incluso dijo que le había hecho un favor a *él* al ampliar sus horizontes.

Y, por último, pero no menos importante, a mis lectores, les extiendo mi más sincera gratitud. Espero de corazón que disfruten tanto leyendo esta historia como yo disfruté creándola. Gracias.

Otras obras de P L Matthews

La serie: Un Misterio de la Bruja Verde

Hojas Envenenadas

Manada de Mentiras

Deuda de Sangre

Bosque Mortal

Cortejando el Peligro

La serie: Un Misterio del Detective Digital

Asesinato por Código (2025)



About the Author

En la jungla urbana de Sídney, esta esposa, madre y romántica empedernida solía pastorear gatos corporativos como directora de proyectos, un trabajo que afinó sus habilidades en intriga y asesinatos (no letales). Ahora se dedica a tramar la muerte de personajes ficticios en sus encantadoras fantasías urbanas y misterios detectivescos.

Cuando no está infundiendo humor, luz y un toque de romance a sus historias, la encontrarás intentando montar olas, tocando música con su marido, o tratando valientemente de restaurar el orden en el delicioso caos que es la vida familiar.

You can connect with me on:



<https://plmatthews.com>



<https://www.facebook.com/profile.php?id=61551925178512>



https://www.instagram.com/pl_matthews_author